



Claudio

Cerdán

El hombre

sin rostro



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Parte 1

El niño observaba los gusanos...

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Parte 2

Jaime...

21

22

23

24

25

26

27

28

Parte 3

Todo plan perfecto tiene...

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

Parte 4

Lo que limitaba a las personas...

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58
59
60
61
62
63
64
65
66

Parte 5

La gran mayoría de los científicos...

67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91

Epílogo

Los niños son crueles...

92

93

94

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Para un padre no hay mayor dolor que perder a un hijo. Y Roberto Cusac lo sabe bien: bastaron unos segundos para que Jaime desapareciera de un parque infantil sin dejar rastro. Años más tarde, en un intento por redimir su culpa, entra a trabajar como investigador privado en una fundación de personas desaparecidas junto con Inés Herrera, su esposa, quien se encarga de la parte legal. Tienen otro hijo, que ha crecido a la sombra de un hermano al que nunca conoció, pero que continúa presente en la vida de sus padres. Y más cuando una noche, en un paraje inhóspito, reaparece un niño desaparecido. Desnutrido y con evidentes signos de tortura, el pequeño relata haber estado encerrado por un hombre sin rostro. Desde ese instante, y guiados por el temor de que Jaime haya sufrido la misma suerte, Roberto e Inés iniciarán una investigación paralela para descubrir la verdad.

EL HOMBRE SIN ROSTRO

Claudio Cerdán

Ediciones Destino

La noche es una, las tinieblas son varias.

VICTOR HUGO,
El hombre que ríe (1869)

Parte 1

El niño observaba los gusanos sin comprender que estaban devorando el cadáver. De hecho, ni siquiera sabía que aquel hombre estaba muerto. A sus ojos, simplemente estaba muy dormido, tanto que no podía despertar y apartar ese velo de insectos que le surcaba el rostro.

—Señor, tenemos hambre.

El difunto nunca le había dicho su nombre. El menor lo recordaba taciturno, parco en palabras, una sombra que aparecía y desaparecía sin levantar la mirada del suelo. Solo una vez, cuando le preguntó si era Navidad, sus pupilas chocaron durante un segundo. El chico percibió miedo en el rostro del hombre a pesar de que solo había tristeza y jamás volvió a preguntarle nada. El carcelero tampoco volvió a mirar al niño.

Ni a él ni a sus hermanos.

La habitación ya apestaba antes de que las larvas aparecieran por arte de magia. La pulcritud no era algo que caracterizase aquel habitáculo de tres espacios. El niño siempre lo recordaba oscuro, con el suelo de tierra, hediendo a compost y humedad, con grietas en el techo por las que caían goteras los días lluviosos y cucarachas las tardes de verano. Se encontraba en la pieza principal, donde había una chimenea cochambrosa, una mesa de madera antigua, un par de sillas y cuatro armarios con las puertas desvencijadas. En total, apenas medía tres pasos de lado a lado. El cadáver estaba boca arriba, tirado en el centro, ocupando casi toda la superficie.

La puerta de entrada era de hierro oxidado, vencida en los goznes y atascada en el marco. Los postigos de las ventanas impedían que entrara la luz. Por un lateral, dos cortinas gruesas daban acceso a la habitación del hombre y a la de los niños. La pintura de cal de las paredes lucía descascarillada, lo cual le daba una pátina extra de miseria a todo el conjunto.

—Izan, ¿no se despierta? —preguntó una vocecilla en el cuarto de al lado.

—Le pasa algo, Siena, pero no sé qué es.

—Tengo hambre, Izan... —se quejó Thiago, el más pequeño de los tres.

—Voy a buscar de nuevo, pero no he visto nada.

El niño observó el sudario de gusanos que cubría al que había sido su cuidador durante tantos meses y no sintió sino asco. En su interior no había pena, pues nunca lo había querido, pero sí miedo al futuro por tratarse de una situación nueva para ellos. Solo esperaba que el hombre sin rostro no apareciera por la puerta.

Apenas había salido de su habitación un par de veces, por lo que el resto de aquella

escuálida vivienda le parecía aterradora. Caminar a solas por la oscuridad le erizaba los pelos de la nunca y casi podía sentir el peligro en cada rincón. No le había quedado más remedio que recorrer cada palmo en busca de alimento. El hombre no se movía, no respiraba, no les daba de comer. Y él era el único de los tres que no estaba atado con cadenas a la pared.

Gateó a cuatro patas y volvió a mirar en los armarios, en los cajones, incluso entre la ceniza de la chimenea. Sus manos se llenaron de podredumbre. La jarra de agua que tenían para beber hacía ya tiempo que estaba seca. La sed hacía delirar a Thiago.

—El hombre sin cara...

—Thiago, cállate, no quiero que venga.

—Sin cara...

Izan continuó hasta el dormitorio del adulto. Las sábanas estaban húmedas, y debajo del somier había un cubo que hacía las veces de váter. El chico palpó bajo la cama, pero tenía miedo de que apareciera un ratón. A veces veía sus ojos brillar en la oscuridad y sospechaba que le podía morder. Solo encontró una toalla acartonada y áspera. Desalentado, regresó junto a sus hermanos.

—Ya no queda comida.

—Tengo sed, Izan... —dijo Thiago.

Siena se puso a llorar. Le siguió Izan. Thiago temblaba. Ante ellos, la televisión emitía dibujos animados a muy bajo volumen.

—Tienes que buscar a Ryder —dijo Siena—. Él nos ayudará.

—Ya le hemos llamado muchas veces —contestó Izan, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Y nunca ha venido.

—Thiago y yo no podemos ir.

—No quiero salir fuera. Me da miedo.

—Por favor...

—¿Y si me ataca un perro? A veces los oigo ladrar por las noches.

—Encuentra a Ryder.

—¿Y si me pierdo?

—Tengo hambre...

—No puedo...

El corte era muy fino, apenas perceptible, pero eso no evitó que una gota de sangre brotara de la yema del pulgar. Inés Herrera observó la esfera roja que se formaba sobre la superficie de su piel y se llevó el dedo a la boca. El sabor metálico le impregnó la lengua y le trajo recuerdos de la infancia, cuando sufría de esporádicas hemorragias nasales y echaba la cabeza hacia atrás para evitar manchar el suelo. Por inercia, elevó la barbilla y dejó la vista fija en el techo del despacho.

Se preguntó si la crisis de los cuarenta era eso, mirar paredes esperando alguna respuesta del universo. Ella, que nunca había pisado la consulta del médico, tenía ahora dolores de espalda, de pies y de cabeza. Echaba de menos poder salir a caminar, pero la vorágine del día a día se lo impedía. Solo se permitía ir a la peluquería una vez cada dos semanas, para que le echaran el tinte rojo que tan de moda estaba en aquel momento y que a ella le dejaba el pelo naranja.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Felicidad al entrar por la puerta cargada de carpetas.

—Sí, Feli, es solo que me he cortado con un folio. Me siento estúpida.

—Niña, los folios los carga el demonio. Hazme caso que sé lo que me digo.

Felicidad Prunyonosa hacía honor a su nombre con su forma de hablar y de expresarse. No era solo su gracejo andaluz, su tono jovial o la sonrisa que siempre tenía en el rostro, sino algo que iba más allá. Cuando la conoció años atrás, Inés supo enseguida que serían buenas amigas. Le gustó su forma de vestir, siempre con colores alegres, y también su pelo con rastas recogido en un pañuelo. Si no fuera por el *piercing* de la nariz, casi podría decir que Felicidad era todo lo que ella no se había atrevido a ser.

—Si te lames como una perra, se te va a infectar, muchacha —dijo Feli abriendo su bolso de mercadillo hippy—. Trae que te ponga una tirita.

—No hace falta, enseguida se corta. Mira, ya no sangra.

—Toma. Es de superhéroes, pero en la farmacia no tenían de otro tipo. ¿Necesitas alcohol?

—Pero no del médico. ¿Cómo es que llevas un botiquín en un bolso tan pequeño?

—Si te lo dijera tendría que matarte.

Inés se dejó llevar y su amiga le colocó la tirita en el dedo. Ahora tenía a Spiderman y al Capitán América en su pulgar derecho.

—¿Estás bien, chiquilla? —preguntó Feli—. Te has quedado blanca.

—Es... Por un momento he imaginado que esta tirita habría triunfado entre los niños. Pero no trabajamos con ellos..., sino con sus fantasmas.

Inés pensó en el largo camino que la había llevado a ser la abogada de la Asociación ADI, acrónimo de Ayuda a Desapariciones Infantiles. Con sede en Murcia, estaba integrada en una red

de organizaciones presentes en cada provincia que a su vez dependían de una central en Madrid. Su función era la de acompañamiento y seguimiento de casos de desapariciones de menores de edad. La gran mayoría lograban resolverlas en un plazo corto de tiempo, pero otras se cronificaban. Esos casos eran los más duros. Inés Herrera era abogada y asesoraba a las familias con los diferentes problemas legales que surgían a lo largo del proceso de una desaparición, mientras que Feli era psicóloga y proporcionaba apoyo especializado, algo que no resultaba nada fácil.

—Si llego a saber que te ibas a poner triste al ver una tirita de superhéroes —dijo Feli—, compro otras que había de Minions.

—No es eso, es que...

—Ya lo sé, tonta. No hace falta que digas nada, ¿vale?

—Sí, lo siento.

—Y tampoco te disculpes.

—Lo siento.

—Y dale.

Feli tomó a Inés de las manos y las apretó con fuerza. Su sonrisa logró que escapara de la jaula que formaba su pasado.

—Es normal que te pongas triste al recordar a tu hijo. Has pasado por una situación horrible, en serio, no se me ocurre nada peor que le pueda suceder a una madre. Tómate el tiempo que necesites. Ya sabes que aquí me tienes para lo que haga falta.

Inés asintió. Hacía casi una década que Jaime se había esfumado. Un día estaba jugando al escondite con otros niños en un parque infantil, y nunca más se supo. El tiempo había logrado que se familiarizara con el dolor, había aprendido a convivir con él pero no a mitigarlo. Trabajar con otras familias en su situación de alguna forma había servido para que ampliara su campo de visión y descubrir que no estaba sola en el drama. Juntos se apoyaban y trataban de salir adelante en un momento trágico en el que la esperanza era un clavo ardiendo al que habían decidido dejar de agarrarse. Y, aunque la vida seguía y el mundo no se paraba por un niño ausente, de vez en cuando recordaba la sonrisa infantil de Jaime, esa de otro tiempo, esa que ya no existía, y sentía una puñalada en el corazón.

—¿Qué me traes en esas carpetas? —preguntó a Felicidad.

—Tómame tu tiempo si quieres, cariño. Esto no corre prisa.

—No pasa nada, me vendrá bien pensar en otra cosa.

—Egea me ha pedido que hagamos un listado de todos los gastos extra que hemos tenido en los últimos seis meses en nuestros departamentos.

—¿Otra vez? Ya lo hicimos la semana pasada.

—Ahora quiere que vayamos a la prehistoria en busca de cualquier recibo que tengamos. Espero que aún guardes la factura del primer coche que compraste con veinte años, porque querrá verlo.

—Qué obsesión tiene con los gastos, no hay quien lo entienda.

La puerta del despacho se cerró a sus espaldas. Allí, de pie, estaba la imponente presencia de Anselmo Egea. Casi dos metros embutidos en un traje negro, camisa azul marino y corbata a juego. Lo más alegre de su vestimenta eran unos zapatos brillantes y engrasados. Incluso su mirada, con ojos rasgados y enormes bolsas bajo ellos, marcaba las distancias. Calvo y con barba oscura, Felicidad siempre bromeaba diciendo que si fuera un poco más animado habría sido un gran sepulturero.

—Estamos en números rojos —dijo Anselmo Egea, sin moverse de la entrada del despacho—. Tenemos que recortar gastos, y para eso necesito saber cuáles son. De lo contrario, acabaremos prescindiendo de personal o cerrando definitivamente.

Las dos mujeres se miraron con cansancio. Felicidad decía que Egea hablaba como su abuelo. Nadie sabía cuál era su edad, pero todos lo trataban como si fuera un anciano. A Inés, sin embargo, no le hizo gracia la mención a los despidos, dado que sabía exactamente por quién iba a empezar.

—¿Y crees que por eliminar un par de tiques de aparcamiento la asociación va a sanear sus cuentas? —preguntó—. Cualquiera de nosotros cobraría más en otro sitio. Dios, si incluso se nos deben nóminas. Si estamos aquí es por vocación, por ayudar a los demás, no para hacernos de oro. ¿No hay otra forma de arreglar esta situación?

—Si la encuentro, os la diré. Ya sabéis que dependemos de ayudas públicas y de donaciones, pero aun así es muy muy difícil sacar esto adelante. Cada vez hay más recortes e incluso ya hay quien se cuestiona si una asociación como esta es necesaria. Así que sí: cada céntimo cuenta.

—Dios, qué humor traemos hoy, don Anselmo —contestó Felicidad—. ¿Quiere que apaguemos la luz y subamos la persiana? Hoy hace solecito.

—Sí, por favor, es algo que no cuesta nada. Y deja de hablarme de usted, sabes lo mucho que me molesta. —Egea se giró hacia la abogada—. Inés, tienes que venir conmigo. Hay una familia que..., bueno, es mejor que los atiendas tú.

—Está bien, voy en dos minutos.

Anselmo Egea se ajustó la chaqueta y la corbata antes de salir por la puerta.

—Debes dejar de hablarle como si fuera un anciano sordo, Feli, sabes que no lo aguanta.

—Es respeto y buena educación.

—A mí antes me has llamado *perra*.

—Es porque a ti no te respeto, Inés. Y no he dicho exactamente eso, sino que, si te lamías el corte como una perra, se te acabaría infectando. Me preocupaba por tu salud, cielo.

Roberto Cusac aparcó el Seat Exeo ante un descampado cercano a las vías del tren. La tarde brillaba con tonos naranjas. El informativo decía que una nube de calima iba a abrazar el cielo de Murcia durante varios días, algo excepcional que no había ocurrido nunca en España, pero a él no le engañaba.

Sabía que se avecinaba tormenta.

Su trabajo era lidiar con la frustración, tanto la propia como la ajena. Como expolicía contaba con conocimientos necesarios para llevar una investigación paralela a la de los cuerpos de seguridad del Estado. Y a eso se dedicaba. Cuando llegaba una familia desesperada a la Asociación ADI, él hacía el trabajo de campo. Buscaba pruebas, indagaba posibles escenarios, trataba de llegar allá donde la policía no podía adentrarse. Algunos agentes le insistían en que, más que sumar, estorbaba, pero él no les hacía ni caso. Gracias a sus esfuerzos se habían podido resolver algunos casos de adolescentes fugados antes de que se los tragara la tierra. Pero había otros, esos denominados «desconcertantes», que aún continuaban con una gran interrogación.

Agarró la carpeta que llevaba en el asiento del copiloto y salió del coche. La abrió allí mismo. Contenía una foto en color de una niña desaparecida, Yasmina, junto a dos recortes de prensa. En uno se hablaba del caso, de cómo no regresó tras jugar con unos amigos en aquel solar. La otra comentaba la próxima remodelación de aquella zona.

Caminó por el descampado. Estaba lleno de cristales rotos, latas de cerveza oxidadas y restos de palés. Aquello era un sumidero, una letrina donde acababa lo peor de la ciudad, un nido de ratas e infecciones. Los vecinos celebraban que en breve se iba a convertir en una lujosa urbanización, con piscina, pista de pádel, gimnasio interior y sala multiusos. El proyecto iba a transformar esa parte de la ciudad y nadie echaría de menos aquel agujero inmundo. Nadie, excepto Roberto.

Allí había desaparecido Yasmina un año atrás. Como en tantos otros casos sin resolver, parecía que se hubiera evaporado. No faltó el vendehúmos habitual asegurando que se trataba de una abducción alienígena. Si Roberto le hubiera dado un puñetazo a cada cantamañanas que llegaba con una teoría absurda, en la actualidad tendría los nudillos en carne viva. Él sabía que, de haber alguna prueba, se encontraba en aquella escombrera. Y el hecho de que fuera a desaparecer le removía por dentro y le arrancaba la esperanza.

Porque eso era lo último que se perdía. Sabía que era imposible, que ya había peinado la zona decenas de veces, que jamás podría encontrar la más mínima prueba que le condujera a esa niña.

Era consciente de la realidad. Pero que ese terreno acabara transformado en una edificación de seis plantas era algo que no podía soportar: la confirmación de que no había nada que hacer.

Porque su hijo también había desaparecido en circunstancias parecidas.

Aún sufría cuando le recordaban a Jaime. Las miradas de condolencia tenían un fondo de incompreensión. Él era policía, se dedicaba a encontrar a personas. ¿Cómo era posible que nunca diera con el paradero de su niño? ¿Cómo se podía explicar que se esfumara en un parque bajo su cuidado? Esas personas veían en él a un fracasado por partida doble. Era imposible entender tanto dolor y por eso no lo intentaban.

Notó una presencia a su espalda. No se giró, ya era algo habitual. Puede que estuviera en su cabeza, o más allá de la realidad conocida. No se sentía observado. Fuera lo que fuera, aquello estaba vivo y le bastaba con estar a su lado.

Roberto no creía en fantasmas. Acabaría loco. Más todavía.

El repiqueteo del tren le sacó de sus reflexiones. Las obras de soterramiento ya estaban en marcha, pero aún no habían llegado a aquella zona. Pronto la ciudad dejaría de estar partida en dos por las vías, los barrios se unirían y nadie recordaría que allí desapareció una niña dejando a una familia desgarrada para siempre. La vida seguía y no se iba a detener por nada ni por nadie. Esa era otra realidad que tenía asumida.

El firmamento se mostraba errático. Pronto llegaría la «lluvia de sangre», tal y como la habían bautizado en los medios. Roberto Cusac sacó una linterna y empezó a caminar entre restos de chatarra y miseria. Nunca más podría hacerlo. Se lo debía a esa niña y pensaba cumplir con su palabra.

Inés Herrera observó a los superhéroes de su pulgar. Con cuidado, se quitó la tiritita. La herida seguía fresca, pero no sangraba. Era solo un corte superficial, no debería haberse dejado llevar por Feli, y tampoco era serio que se presentase a una reunión de trabajo con aquella tiritita.

La oficina de la asociación ADI era muy austera. Tras la puerta de cristal que daba a la calle se accedía a un escueto recibidor. De ahí, a través de un pasillo que siempre tenía humedades, se llegaba a cuatro despachos y a un cuarto de baño. Cuando Inés entró a trabajar allí, había contratadas doce personas y debían compartir mesa. Con el tiempo, unos se marcharon y a otros no se les pudo renovar el contrato. Se dio incluso el caso de un sociólogo que no pudo completar un estudio porque cancelaron su beca de la noche a la mañana. Al final, allí solo quedaban Egea, Inés y Feli para repartirse las tareas. Roberto tenía contrato de media jornada, y aunque era quien más horas echaba también era el que menos pisaba la oficina, ya que realizaba mucho trabajo de campo. Eso les dejaba un despacho para cada uno, pero el de Egea, al ser más amplio, se usaba para reuniones.

—Son los padres de Adrián Albertos —explicó Egea ante la puerta cerrada—. ¿Conoces el caso?

Inés asintió. Ese chico se esfumó durante un viaje escolar. Lo recordaba bien porque había nacido el mismo año que su hijo Jaime. Además, el padre había sido uno de los *hackers* más buscados por las autoridades, hasta que se reformó. Trabajar en la asociación ADI le permitía contactar con personas de lo más variopintas.

—¿Te han dicho qué necesitan?

Anselmo Egea lanzó una larga exhalación por la nariz al tiempo que apretaba las mandíbulas.

—Será mejor que te lo expliquen ellos.

Egea abrió la puerta y entraron en el despacho. Había un escritorio grande de madera, varias estanterías repletas de enciclopedias jurídicas desfasadas y un archivador de hierro. A la derecha había una mesa de reuniones redonda alrededor de la cual podían sentarse unas seis personas. Allí se encontraban los padres de Adrián Albertos. Inés sabía que tenían unos cuarenta y cinco años, pero estaban muy desmejorados y aparentaban diez más. El estrés hacía que el cuerpo se consumiera más rápido, era algo que había aprendido por las malas.

—Perdonen la espera —dijo Egea—. Ella es Inés Herrera, nuestra abogada, perita calígrafa y experta en grafología. Él es José Francisco Albertos y ella su esposa Gloria Marco, creo que ya se conocen.

—Hola, Inés —saludó el hombre.

—Hola. No, no se levanten. ¿Querían hacerme una consulta?

Gloria bajó la mirada y le pasó una carpeta de cartón que traía en una bolsa. Herrera notó que se movía con una cadencia lenta, casi adormilada. No necesitaba ser expolicía como Roberto para adivinar que el diazepam corría por sus venas.

—Hace más de catorce años que nuestro Adrián desapareció —explicó ella—. Ha sido..., ha sido una época terrible.

—No podemos más —añadió José Francisco—. Sufro temblores. Los médicos pensaron que era principio de párkinson, pero es por esta carga.

—Necesitamos pasar página —lo interrumpió su esposa—. La agonía tiene que terminar.

—¿Y en qué puedo ayudarles? —preguntó Inés Herrera abriendo la carpeta.

En su interior halló la respuesta. Aguantó la mirada de esos documentos como pudo, tratando de mantener la calma, pero ahora fue a ella a quien le tembló la mano.

—¿Están seguros de esto?

—Hemos llegado al límite —continuó José Francisco Albertos—. Vamos a marcharnos a Argentina. Allí vive mi hermana. Necesitamos alejarnos de este dolor.

—Pero antes debemos terminar con esta pesadilla —concluyó Gloria—. Por eso queremos declarar a Adrián legalmente fallecido.

Inés abrió la boca para decir algo, pero las palabras no surgieron de su garganta. Todos los padres luchaban por no tirar la toalla, por no perder la esperanza del todo. Estos no solo habían aceptado que su hijo estaba muerto, sino que querían hacerlo oficial. Necesitaban su partida de defunción. Inés Herrera no esperaba algo así. Ahora entendía por qué no le había dicho nada Egea: de haberlo sabido, tal vez no se habría atrevido a cruzar la puerta.

—Es algo complicado —intervino Anselmo—. Los plazos legales son los que son.

—Lo hemos consultado en internet —prosiguió José Francisco Albertos—. Si hacemos una proposición, nos deben escuchar.

—Es lo que queremos —dijo Gloria—. Lo que necesitamos.

—Está bien —claudicó Inés, tratando de mantener la compostura—. Entiendo que es una decisión muy difícil de tomar, que no están actuando por impulso. Estamos aquí para ayudarles en todos los trámites legales que necesiten.

No iba a juzgarlos. Aquel no era el cometido de Herrera. Por un momento se sintió reflejada en ellos porque sus historias tenían nexos en común, pero eran personas distintas. Habían tomado una decisión muy angustiada con la que aspiraban a acabar precisamente con el dolor. Les ayudaría a cumplimentar todos los papeles, por supuesto, pero también hablaría con Roberto para que impulsara de nuevo la investigación. No podía dejar que aquello acabara así, al menos debía intentarlo.

Su teléfono móvil brilló. En la pantalla se iluminó un wasap:

Tenemos que hablar. Venga a las 18 h. Es sobre su hijo.

Roberto Cusac había recibido el mismo mensaje y fue el primero en llegar.

Aparcó su Seat Exeo junto al paseo del Malecón y caminó en dirección sur. Marzo languidecía bajo el filtro rojo de la calima que impregnaba el cielo. Los vecinos de aquella zona iban a otro ritmo, sin preocupaciones, con la calma de quien sabe que todo llega a su debido tiempo. Cusac avanzó bajo el puente de la autovía y comprobó que el Ayuntamiento había borrado los grafitis. Dentro de poco, la lluvia de sangre convertiría aquellas paredes pulcras en un lodazal escarlata. Las siete plagas bíblicas empezaban en Murcia.

El colegio de los Maristas de la Merced se ubicaba en una construcción de casi cien años. Había sobrevivido a la Guerra Civil y llegó a usarse incluso como hospital. Tenía una planta sobria pero monumental, con un piso alto en el centro y dos alas a los lados. Como en todos los edificios antiguos, los niños contaban historias de fantasmas, de presencias que movían objetos, de voces que les susurraban al oído y ráfagas de aire gélido que los atravesaban aunque las ventanas estuvieran cerradas.

Cruzó el hall y saludó al conserje, quien señaló con la cabeza al interior. Roberto ya sabía lo que tenía que hacer, no era la primera vez que sucedía. «Tenemos que hablar de su hijo», decía el mensaje. Por eso se dirigió a la capilla.

El silencio, el incienso, la luz tenue..., algo había en los templos que le transmitía paz. Cusac estaba seguro de que no era la fe porque dejó de tenerla años atrás. La desaparición de Jaime le llevó a desconfiar del reino de los cielos. Era difícil hacerle cambiar de opinión.

Caminó por el pasillo central. Sus zapatos retumbaban sobre el suelo de mármol blanco. Ante él se alzaba un altar de tonos dorados presidido por la Virgen bajo una pequeña bóveda repleta de ángeles. En la primera bancada se encontraba Carmen, la jefa de estudios, y a su lado estaba su hijo.

—Hola, papá —dijo el niño.

Roberto lo miró con gesto serio. Era un chico alto para tener solo seis años, y muy listo, eso lo sabía bien. Pelo liso, sonrisa con mellas, enormes ojos marrones. Se levantó de un salto y fue a su encuentro. Se abrazó llorando y comenzó a contar todo lo ocurrido desde que no se habían visto. Cusac se arrodilló para poder devolverle el abrazo. Sintió su aliento, el calor que desprendía su pequeño cuerpo, los brazos alrededor de su cuello, y, sin pretenderlo, como tantas otras veces, deseó que fuera Jaime.

Pero no era Jaime. Era Leo.

—Tranquilo, ya estoy aquí —contestó.

Leo nació unos años después de que Jaime desapareciera. Inés y él no iban buscando más niños, pero Leo tenía otros planes. Llegó como un tornado para desbaratar sus vidas, ya de por sí destartadas, y al mismo tiempo conformó los cimientos sobre los que construyeron su realidad actual.

Nunca le hablaban de Jaime. Nunca. No sabían ni por dónde empezar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Roberto a la profesora.

Ya conocía la respuesta. No era la primera vez que recibía un mensaje de la tutora. El mal comportamiento de Leo, con sus riñas y altercados, amenazaba con arruinar los esfuerzos que habían hecho para mandarlo a los Maristas, uno de los mejores centros de Murcia.

—Ha vuelto a pelearse —contestó Carmen—. Esta vez ha sido a puñetazos.

Roberto miró a Leo y pensó en Jaime. Jaime nunca se peleó. Ni tenía el pelo liso. Y él jamás tuvo que ir a buscarlo a la iglesia colindante a su colegio.

—Áxel me ha robado una carta de Pokémon —dijo el chico—. Yo solo quería que me la devolviera.

—El niño ha perdido dos dientes —continuó la religiosa—. Por suerte eran de leche y ya se le movían. He hablado con los padres y no van a exigirnos la factura del dentista.

La lista de fechorías de Leo era ya bastante larga, y por alguna razón las iglesias también lo calmaban, así que solían llevarlo allí cada vez que lo expulsaban de clase. En el fondo, padre e hijo se parecían más de lo que querían reconocer.

—El director no está hoy, pero les llamará mañana y les explicará mejor el asunto —prosiguió Carmen mostrando las palmas de las manos—. Ya no sabemos qué hacer con él.

Roberto tampoco. Habían hecho terapia con Feli, individual y familiar. Ella les insistía en que el niño estaba bien, que eran los padres quienes debían ponerle límites precisos. Sugirió que tal vez eran demasiado protectores y que eso despertaba una rabia en el niño que luego salía en forma de ira contra sus compañeros. Cusac no necesitaba estudiar psicología para saber que sobreprotegía a Leo. Incluso le habían comprado un reloj infantil con un sistema de GPS. Si el niño se perdía, debía pulsar la esfera durante cinco segundos y activaría una alarma que le saltaría a Inés y a él en el móvil gracias a una app. Sí, eso era sobreprotegerlo, rozaba incluso la paranoia, pero no iban a actuar de ninguna otra forma.

Ya perdieron a Jaime. A Leo no le iba a pasar lo mismo.

—Gracias, Carmen —dijo—. Esperaremos entonces a hablar con dirección.

Lo más probable era que lo expulsaran dos días. Habían aprendido las reglas de la Consejería de Educación con cada nuevo percance y empezaba a convertirse en rutina. Leo aguantaba el chaparrón con la mirada clavada en los zapatos de su uniforme escolar, los puños apretados, los ojos a punto de llorar. Sí, sin duda se parecía a Roberto.

—Despídete de tu tutora, hijo.

—Adiós.

—Hablaré con él en casa. —Roberto le puso la mano en el hombro a Leo y le empujó

suavemente hacia la salida—. Hasta la vista.

Mientras caminaban bajo la atenta mirada de varias imágenes religiosas, Leo agarró de la mano a su padre. Aquello pilló de improviso a Cusac, quien la retiró por impulso. Fue una reacción inconsciente, pura inercia. La mano tan pequeña, esos dedos que se asían con fuerza, le recordaba tanto a Jaime...

Pero no era Jaime. Era Leo. Aún le costaba creerlo, pero era Leo.

—¿Estás enfadado? —preguntó el pequeño.

Sabía que era injusto, que Leo no se merecía que lo comparara constantemente con un fantasma, con un niño de otra época. No siempre fue así. Al nacer, Leo fue una explosión de luz en sus vidas. Pero ahora era distinto. Ahora Leo tenía una edad similar a la de Jaime cuando desapareció. Ahora era su viva imagen. Ahora era el recuerdo constante de un dolor infinito. Y no se lo merecía.

—Me ha dado un calambre —mintió Roberto—. Anda, vamos a casa.

Estiró la mano izquierda y el niño se aferró a ella. Un gesto tan sencillo, tan cotidiano, pero que necesitaba de todo su valor para no echarse a temblar. Y, al mismo tiempo, como tantas otras veces, sintió una segunda mano aferrándose a su diestra. Era esa presencia que lo perseguía, que siempre se colocaba en el límite de su visión periférica, que caminaba por los márgenes. Era la huella que dejó Jaime años atrás. Roberto aún paseaba junto a un espectro que se resistía a marcharse.

Daniel Bosch odiaba su vida. Ser vigilante de seguridad nocturno no era su trabajo soñado. Lo habían destinado a las salinas de San Pedro del Pinatar con la esperanza de que no la liara demasiado. En su anterior puesto, en una cantera de Jumilla, casi se despeñó conduciendo un todoterreno. Sus jefes amenazaron con denunciarlo por romper el coche, pero él acudió primero al sindicato y después a la televisión, y afirmó que había estado a punto de morir. Al final le mandaron a un sitio donde, en principio, no debería pasar nada y, de caer al vacío, acabaría en un charco de lodo. Todos salían ganando, salvo el propio Daniel, que cada vez estaba más solo.

A plena luz del día, el parque natural de las Salinas de Murcia era una maravilla. Las distintas charcas donde se almacenaba la sal tenían brillos que hipnotizaban a los poetas. Un lujo medioambiental, preciosista, un tesoro a la vista de todos que, al caer la noche, mutaba a tonos lúgubres de cuento de terror. El graznido de las aves zancudas, el reflejo de la luna en el agua negra, el no saber qué había dos pasos más allá. Aquel paraje tenía dos caras opuestas y antagónicas.

Bosch condujo por el camino de tierra bordeando el agua por ambos lados. Aunque detestaba trabajar de noche, era cierto que había salido ganando con el nuevo vehículo. El coche que conducía era eléctrico debido al carácter protegido del paraje natural. Eso a él le daba igual, lo único que le importaba era que tenía *bluetooth* y podía escuchar pódcast. La parte negativa radicaba en que el coche se desplazaba tan silenciosamente que los pájaros no le oían venir y rara era la noche que no frenaba en seco para evitar atropellar a alguno. El coche no emitía gases, pero era mucho más letal para la fauna autóctona.

Avanzó varios metros hasta alcanzar la zona de los molinos. Su amargada visión de la existencia le hacía cuestionarse por qué un edificio ruinoso como aquel podía tener valor monumental. Aquello solo era otra fuente de problemas para él, porque, al igual que las aves, en general nadie le escuchaba acercarse con el coche eléctrico..., y eso incluía a los adolescentes que buscaban un sitio discreto para darse el lote. Las puertas de los molinos y las casas aledañas estaban muy deterioradas y a veces se abrían con las rachas de viento. Los chavales de la zona aprovechaban para ir con sus parejas a besarse y lo que surgiera. Más de una vez los había sorprendido en plena acción, como en las malas películas porno, y sentía una mezcla de vergüenza, enfado y resignación.

Daniel Bosch odiaba su vida, pero aún odiaba más sentirse solo.

Al pasar ante el molino de San Quintín observó que, una vez más, la puerta estaba abierta. Apagó las luces y esperó a que su visión se adaptase a la oscuridad, pero no vio movimiento. Al

bajar del vehículo se dio cuenta del frío que hacía en aquella zona. El viento traía el olor a salitre y arena mojada, pero también hacía que descendieran las temperaturas las noches de cielo encapotado.

—¿Hola? —preguntó con voz ronca—. ¿Hay alguien?

El ulular del aire era tan fuerte que dudaba que nadie pudiera oírlo. Aunque imaginaba que dentro habría algunos jóvenes del pueblo pasándose la botella de cerveza, no pudo evitar pensar que, en caso de problemas, estaba perdido. Solo, en mitad de ninguna parte, sin que nadie pudiera escuchar tus gritos. Ese era el trabajo que tenía, y no estaba nada bien pagado. Abrió de nuevo el coche y accionó el claxon varias veces. Luego encendió una linterna que llevaba sujeta al cinto.

No pasó nada.

Aguardó unos instantes, dio dos bocinazos más, pero la quietud fue la única respuesta.

Sopesó sus posibilidades. Podía ser que dentro no hubiera nadie, que el propio viento hubiera empujado la portezuela hasta abrirla, o que un animal despistado estuviera en el interior. Temía más que algún perro callejero se hubiera refugiado dentro en busca de calor y le atacara. No era capaz de reconocerlo, pero la presencia del molino en plena noche le imponía. Hizo un par de barridos con la linterna deseando volver al coche y subir la calefacción.

Fue un pestañeo. Apenas décimas de segundo. El haz de luz se deslizó de izquierda a derecha y dos pequeños puntos brillantes surgieron del interior del molino. Un instante después, cuando reaccionó y regresó al mismo punto, no había nada.

Pero lo había visto. Allí había alguien. Y lo estaba vigilando.

—No tiene gracia —dijo—. Vamos, salid y largaos, no quiero avisar a la policía.

El susurro del viento no ayudaba. Se le tensó la espalda y los pelos de la nuca se erizaron con un escalofrío. Había visto algo, estaba seguro. Agazapado en la oscuridad, casi a ras de suelo. Por más que le daba vueltas, no sabía si se trataba de un animal o de una persona, ni siquiera si había sido el reflejo de la linterna contra algo reluciente.

Un estrépito de cristales rompiéndose le sacó de sus pensamientos. No estaba solo.

Regresó al coche y encendió nuevamente los faros. El molino ya no le parecía recto, sino inclinado, casi retorciéndose con cada ráfaga de viento. A la izquierda surgían unas casas de piedra que formaban parte del conjunto monumental. Apenas doscientos metros al fondo comenzaba la civilización, con pisos de cuatro plantas de ladrillo rojizo, pero allí, en aquel descampado, con las salinas a su espalda, solo estaba él.

Se aproximó a la entrada del molino sujetando la linterna a la altura de la cabeza mientras con la otra mano acariciaba el mango de la porra que llevaba al cinto. De nuevo, se escuchó el ruido de cristales quebrados y una sombra se movió en el interior. A su mente acudieron todas las fábulas que le contaba su abuelo al abrigo de la chimenea. Cuentos infantiles donde los niños acababan devorados por brujas o por gigantes que tenían un avispero en lugar de corazón, maldiciones ancestrales de las que era imposible escapar. Sentía sus botas hundirse más y más a

cada paso que daba sobre el barro y la certeza de que algo, fuera lo que fuera, lo esperaba allí dentro.

No pasó del vano de la puerta. Se quedó petrificado bajo el dintel. Con cuidado, se asomó al interior y vio varias botellas rotas en el suelo. Los postigos de las ventanas estaban sueltos y crujían con el viento. Dentro estaba la maquinaria antigua junto a una rueda de molino.

Entonces lo vio. La linterna enfocó a algo, tal vez una extremidad muy delgada, casi solo hueso, que rápidamente se escondió tras la piedra. Daniel Bosch tragó saliva. Con cuidado, fue rodeando la estancia hasta que iluminó lo que se ocultaba tras las paredes.

Se escuchó un grito. No era del vigilante. Él estaba paralizado, temblando ante aquella criatura que no sabía si era humana o animal.

Inés solo deseaba besar a Leo y ducharse. El agua la relajaría y le haría olvidar una tarde llena de fantasmas en la asociación ADI. Había ayudado a unos padres a declarar fallecido a su hijo. Fue incluso más doloroso de lo que esperaba. Demasiado. Sentía una bola amarga en la garganta que era incapaz de tragar.

Ella y su familia vivían en el barrio de San Basilio, una zona residencial de gente trabajadora situada al norte de la ciudad. Su piso estaba en un edificio de tres alturas ubicado en la intersección de las calles Esperanza y Rey Lobo. Siempre le pareció una coincidencia curiosa, como si el destino le estuviera haciendo un guiño. Ilusión y miedo, luz y oscuridad, esperanza y lobo feroz. En mitad de dos mundos tan antagónicos encontraron su hogar.

Antes de salir del ascensor escuchó los pasos de Leo corriendo hacia la puerta. El niño saltó a sus brazos tan pronto como entró en la vivienda, hablando a toda velocidad, mezclando frases y gritando emocionado. Inés apenas lo había visto un rato por la mañana y se sentía fatal por pasar cada vez menos tiempo a su lado. Ser adulto consistía en olvidarse de ser niño.

—¿Qué tal el cole? —preguntó.

—Jo, mamá...

—Venga, ¿qué ha pasado?

—Luego te lo cuento, ¿vale?

El piso era pequeño, con dos dormitorios, un baño y la cocina unida al salón. Leo aún dormía con ellos en su cama, así que la habitación libre la usaban de despacho. Inés todavía recordaba cuánto le costó desmontar el cuarto de Jaime, y tal vez por eso no tenía prisa en que Leo abandonara el nido. Ya llegaría ese momento. Mientras, cuando las pesadillas la despertaban a media noche, acariciaba el pelo enredado de su pequeño.

Roberto nunca fue un gran cocinero, pero si no se salía de su zona de confort culinaria, controlaba cinco platos que le salían bien. Inés supo que iban a cenar tortilla solo por el olor que impregnaba la casa.

—Hola —saludó ella al tiempo que abría el frigorífico en busca de una cerveza sin alcohol—. ¿Qué tal el día?

—No he podido avanzar nada en el descampado. Cuando empiecen las obras iré de nuevo por si al remover la tierra aparece algo, pero creo que es un callejón sin salida. ¿Y el tuyo?

—Mejor no te lo cuento, con uno que tenga el estómago revuelto es suficiente.

—¿Tan malo ha sido?

Inés tragó un sorbo de cerveza y ni por esas logró quitarse de la boca el rastro amargo de la

decepción.

—Peor —contestó.

—Leo ha vuelto a pelearse con un compañero.

—Me lo imaginaba.

—Lo han expulsado.

—No sé qué vamos a hacer con él.

—Deberíamos recuperar las sesiones de psicología con Feli. Cuando las tenemos de forma regular, Leo mejora mucho.

—Demasiado hace, ya sabes que de vez en cuando la tengo que mandar a recogerlo. A veces, más que una amiga parece nuestra niñera. Tampoco quiero abusar de su confianza.

Cuando Jaime desapareció, ellos vivían en Alicante. Allí tenían amigos, una red familiar que los podía apoyar, su trabajo, su memoria. Fue esto último lo que les hizo cambiar de aires y marcharse a Murcia. Las calles les recordaban a Jaime, los lugares donde lo buscaron, los parques donde jugaba, los vecinos que preguntaban en el rellano de la escalera sin disimular la pena que les daban. No había una palabra en el diccionario para unos padres sin hijos, pero todo el mundo entendía su significado. Pensaron que en una ciudad nueva todo cambiaría, aunque la parte negativa era que al no conocer a nadie debían valerse por sí solos para cualquier emergencia.

—No podemos estar pidiéndole favores a Feli a cada minuto —continuó Inés—, demasiado bien se porta con nosotros.

—Se lo preguntaré a Anselmo, seguro que disfruta mandándonos al infierno.

—Lo digo en serio. Si podemos apañarnos entre nosotros, mejor. Pero hablaré con ella para concretar una consulta sobre Leo.

Roberto colocó un plato sobre la sartén y le dio la vuelta a la tortilla. Aquello tampoco era su fuerte, y le temblaba bastante el pulso, lo cual ponía muy nerviosa a Inés. Sin embargo, en todo el tiempo que se conocían, siempre le había salido bien.

—El comportamiento de Leo no es normal —prosiguió Inés—. Me preocupa. Si no podemos con él ahora que es un niño, de adolescente será mucho peor.

—Todos nos hemos peleado en la escuela.

—Ya sabes a qué me refiero. Los niños cuchichean, Roberto. Se cuentan cosas en el recreo, tienen hermanos mayores, primos, yo qué sé.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Y si le han contado lo de Jaime? ¿Y si por eso se ha vuelto tan hostil? Tú has visto cómo nos miran los otros padres, los has visto cuchichear igual que yo.

Roberto se apoyó en la bancada de la cocina. De repente, parecía muy cansado.

—No puedo hablar de Jaime. No con Leo. Todavía no.

—Antes o después tendremos que hacerlo.

—Le preguntaremos a Feli, ¿vale? Cuando tengamos la sesión con ella le sacamos el tema, a

ver qué nos aconseja.

Una melodía de Morricone se instaló en el apartamento. Roberto sacó el móvil del bolsillo y miró la pantalla, donde aparecía el nombre de Ignacio.

—Qué raro, nunca me había llamado.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Ignacio. Le ayudé con el caso de su hijo hará dos años.

—¿No vas a contestar?

Roberto pulsó el botón de descolgar y se llevó el móvil al oído.

—Buenas noches, Ignacio, ¿qué tal estás? —dijo—. ¿Cómo? Tranquilízate, que no te entiendo. ¿Qué milagro? Habla más despacio, Ignacio, por favor. ¿Qué ha pasado?

«Han encontrado a Izan.»

Roberto no se lo podía creer. Aquella era la primera desaparición larga que acababa con el regreso de un niño. Había aprendido a aceptar que esas cosas jamás ocurren. Jaime nunca regresó. Lo había asumido. Nunca lo haría. Por eso le extrañaba tanto aquel final feliz, porque la realidad siempre tiene otros planes.

Dejó el coche en el parking del hospital Virgen de la Arrixaca. Con cerca de ochocientas cincuenta camas distribuidas en siete plantas y dos sótanos, era uno de los más grandes de España. La noche ocultaba el cielo, que sangraba calima. Media España miraba al firmamento con curiosidad ante aquel fenómeno atmosférico tan extravagante e inusual, pero la noticia estaba en el suelo cubierto de polvo rojizo.

Cusac se dirigió al interior de aquella enorme mole edificada. El encargado de la seguridad nocturna le detuvo según atravesó la puerta.

—¿Dónde va? El horario de visitas es de...

—Me están esperando en la tercera planta —lo interrumpió.

—¿Es de la policía?

—Ellos me han llamado. ¿Me dejas pasar, amigo? ¿O prefieres que avise al inspector?

El tipo dudó unos instantes. Roberto pensó que era de esas personas que quieren mantener su puesto a toda costa y, ante cualquier cosa que pueda meterlas en líos, por pequeña que sea, arrugan el hocico con desconfianza.

Una enfermera le gritó desde el mostrador cercano.

—Pero déjale pasar, hombre. No ves que viene por lo del niño.

—¿Es cierto?

Cusac estuvo a punto de contestar que no tenía por qué darle ninguna explicación, pero apretó los dientes y asintió con la cabeza. No era momento de iniciar una discusión.

—De acuerdo. Suba por esos ascensores y, según salga en el tercer piso, gire hacia la derecha. Zona de pediatría.

Roberto se fue a la carrera sin darle las gracias. Pulsó varias veces el botón del ascensor mientras sacaba el móvil y llamaba a Ignacio.

—Ya he llegado. Tardo un minuto en subir. ¿Estáis en la sala de espera? Vale, nos vemos enseguida.

El ascensor llegó con parsimonia. La urgencia lo mataba. Nada más abrirse las puertas, Cusac se introdujo en él y pulsó el botón correspondiente al tercer piso. Las hojas metálicas se cerraron

con la misma lentitud y, para su desgracia, el ascensor siguió bajando hasta el sótano en lugar de ir al tercer piso. Un par de celadores lo esperaban abajo, y Roberto supo que aquel era el camino más largo.

Se lanzó de nuevo a la carrera y subió por las escaleras. En su mente se agolpaban imágenes e ideas de niños desaparecidos. Todos los casos que había llevado durante todo aquel tiempo se superponían a velocidad febril, sin estructura ni orden lógico. Solo menores ausentes, rostros de otra época, fantasmas que jamás regresarían. No entendía qué podía haber pasado para que ocurriera el milagro, y no podía esperar ni un segundo más a descubrirlo. Cuando llegó a la tercera planta el corazón le latía con fuerza y le faltaba aire en los pulmones, pero su cabeza estaba alerta.

No sabía por dónde había salido. A aquellas horas el silencio era la tónica habitual del hospital, solo roto por alguna televisión encendida y un par de enfermeras que discutían sobre el tratamiento de un paciente. Incluso las luces estaban atenuadas. Cusac buscó de nuevo los ascensores y después giró a la derecha por un pasillo.

No tardó en llegar a una sala de espera interior. Dentro, distinguió a los médicos por la bata, a los policías por la forma de moverse y a Ignacio por los ojos húmedos de lágrimas.

—Ignacio, ¿qué ha pasado?

El hombre hizo amago de levantarse, pero Cusac se sentó a su lado. Ignacio rondaba los cuarenta y cinco años y era tendero. La tristeza había suavizado su carácter y se mantenía entero gracias al trabajo y a la medicación. Los golpes de la vida le habían dejado como secuelas una alopecia precoz y los ojos muy hundidos. Aun así, todavía conservaba cierto brillo esperanzado en la mirada.

—Gracias por venir, Roberto —dijo—. La verdad es que no sabía a quién recurrir y...

—Has hecho bien en avisarme. ¿Dónde está Izan?

—Le están haciendo pruebas. Es... es un milagro que haya vuelto. Cada día soñaba con este momento, pero también me lo quitaba de la cabeza para no sufrir. Ahora no estoy preparado para algo así, no sé qué hacer o qué decirle.

—Es una buena noticia. Siempre lo es. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo único que lamento es que su madre no esté aquí para verlo. Él..., no sé cómo se lo voy a explicar.

Roberto asintió y le pasó una mano por encima del hombro. A los pocos meses de la desaparición a su mujer le detectaron un cáncer que no pudo superar. Fueron dos desgracias demasiado seguidas que dejaron huella en aquel buen hombre.

—Todo a su tiempo. Las palabras saldrán solas, créeme. ¿Dónde apareció?

—Por la zona de San Pedro del Pinatar. Me dijeron que estaba escondido en un molino. Ni siquiera sabía que todavía existiesen. Pero...

—¿Qué ocurre?

La voz de Ignacio se oscureció. La felicidad calmada de sus primeras palabras se fue

disolviendo en una profunda herida, una nueva, una distinta que Roberto nunca había visto.

—Le han hecho algo —dijo Ignacio—. A mi Izan.

—¿Qué ha pasado?

—Le han... Oh, Dios, mi pobre niño. Apenas me han dejado verlo, pero...

—Tranquilo.

—Los médicos lo están tratando. Creen que se pondrá bien, pero solo de pensar lo que debe de haber sufrido...

—Ignacio, cuéntame qué sucede.

Cusac miró al fondo de sus ojos. Ignacio estaba vacío por dentro. Solo había oscuridad.

—Le han deformado.

La noche ocultaba monstruos.

Inés Herrera conocía esa sensación. Primero de niña, cuando el viento azotaba las ventanas de su casa familiar y su imaginación se desbordaba en amenazas irreales y fantásticas. Más tarde, con la desaparición de Jaime, la pesadilla se volvió real, tangible. Sin fantasmas ni espíritus, solo una ausencia tan atroz que aún se preguntaba cómo pudo soportarlo. La indefensión se mezclaba con la frustración de no poder hacer nada. Una madre sin hijo, un alma partida por la mitad.

Mientras arropaba a Leo para que se durmiese miró el móvil, pero Roberto no escribía. Ignoraba qué había podido suceder para que saliera tan deprisa de casa. Solo le dijo que había aparecido un niño. Vivo.

Su mirada se cruzó con la de Leo. El niño sabía que algo no iba bien. Había nacido con ese don, quizá heredado del padre: cualquier sospecha se podía convertir en el comienzo de una novela de misterio, y nada le gustaba más que resolver enigmas.

—No pasa nada, cielo —dijo ella, adelantándose a su pregunta—. Hoy estoy un poco cansada.

—¿Dónde ha ido papá?

—Ha salido a ver a un amigo. Ya sabes que se dedica a ayudar a la gente.

Inés se acostó a su lado. La cama sin Roberto parecía mucho más grande y gélida, pero Leo era una bomba de calor que espantaba el frío de la noche.

Una noche que albergaba pesadillas.

—¿Me cuentas un cuento?

—¿Quieres el de «Los tres cerditos»? Ese te gusta mucho.

—En clase nos contaron uno nuevo, quizá te lo sepas.

—¿Cuál?

—«Hansel y Gretel».

Inés acarició el pelo revuelto del pequeño con esa ternura infinita que solo transmiten las madres.

—Ese cuento habla de una bruja que se lleva a los niños.

—Yo no tengo miedo.

—Pero yo sí.

—¿Por qué?

Aquello ya lo habían hablado muchas veces con él. Desde que apenas empezó a gatear ya le fueron advirtiendo que no podía irse con desconocidos, que no se fiara de nadie, que si alguien

trataba de hacerle algo pidiera ayuda. El discurso se fue adaptando a las etapas de crecimiento de Leo, pero la advertencia siempre era la misma.

—¿Sabías que muchos cuentos están basados en cosas que pasaron en la realidad?

—¿También este?

—Es posible.

—¿Existen las brujas?

—No lo sé, pero tal vez hace muchos años, cuando lo escribieron los hermanos Grimm, pasó algo parecido.

—¿La casa de chocolate existió?

—Y la bruja atacaba a los niños que hacían muchas preguntas. —Inés se lanzó sobre él y jugó a que le mordía la barriga—. Anda, vamos a dormir ya.

—¿Me contarás el cuento mañana? Yo nunca me asusto.

Inés lo besó en la frente. Leo entraba en una edad en la que los miedos infantiles comenzaban a solaparse con los reales. No quería enturbiarle la infancia con sus preocupaciones de adulto, pero tampoco podía dejar que la pesadilla se repitiera. ¿Cómo explicarle que existen personas malvadas que se llevan a los niños de los brazos de sus padres? ¿Cómo contarle que esos monstruos sí son reales, que existieron, que por alguna razón inconcebible para su mente todavía existen y que si no se plantea un debate legal y social seguirán existiendo?

Hablaría con Feli del tema, a ver qué le aconsejaba. Conocer la presencia de los monstruos era la primera regla para poder evitarlos, pensó.

Abrazada a su hijo, Inés echó una ojeada furtiva al móvil. Roberto seguía sin contestar. Solo esperaba que todo fuera bien con ese niño.

Izan tenía la mirada ausente. Era un niño que descubría el mundo por segunda vez. Sus ojos volaban por la habitación del hospital, fijándose en aparatos sanitarios, luces y armarios. Sus pupilas delataban sorpresa en lugar de miedo o inquietud. Un médico se acercó a él con el estetoscopio y el pequeño hizo un amago de estirar el brazo para tocarlo.

La mirada de los adultos, que vigilaban la sala de observación pediátrica a través de una ventana de cristal, era muy distinta. Eran ojos acostumbrados a ver lo peor de la sociedad, fríos por convicción, y ante ese niño se mostraban todavía más secos. Sus pupilas atravesaban el vidrio con odio, ira y sentimientos de venganza. No hacia Izan, sino contra el ser inhumano que le había causado tanto dolor.

Al lado de Ignacio, rodeado de policías, Roberto Cusac observaba por la ventana. Tenía la mandíbula tensa, respiraba deprisa y apretaba los puños con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. No podía creerse lo que tenía delante. No podía aceptarlo.

—Mi hijo ha vuelto —dijo Ignacio—. Es increíble, pero ahí está. Mi hijo...

Nadie podía quitarle la alegría a un padre. Todos estaban felices de que el suplicio del pequeño hubiera acabado. Lo que no iban a perdonar era el daño causado.

Roberto se giró hacia una policía que tenía la vista muy fija en el cristal. Por la forma en la que los otros se dirigían a ella supo que estaba al mando.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Con todo el respeto del mundo, señor Cusac —dijo ella sin pestañear, la atención clavada en la ventana—, pero esa información no es de su incumbencia.

—¿Nos conocemos?

—No es la primera vez que interviene en asuntos policiales. Se ha creado cierta fama, y no muy buena. ¿Qué hace aquí?

—Soy un amigo de la familia. El padre me ha llamado.

—Todo lo que tengan que contarme a mí se lo pueden contar a Roberto —contestó Ignacio.

La mujer agachó la cabeza. Era más baja que Cusac y delgada, por lo que el traje le quedaba algo ancho de mangas y piernas. Llevaba el pelo con mechas rubias recogido en una cola de caballo. Tras las gafas se adivinaban unos iris color miel. Las uñas largas, pintadas de un rojo muy intenso, al igual que sus labios. Hablaba despacio pero firme, como quien sabe adónde debe ir pero trata de no despertar a nadie en el camino.

—De acuerdo —aceptó—. Soy la inspectora Sara Segura. La Guardia Civil nos ha pasado el caso y estoy al frente de la investigación, aunque cuando la prensa se entere de esto seguramente

se monte un circo y vengan otros mandos a pasearse por el gallinero.

—Eso no es lo que me importa ahora —interrumpió Cusac—. ¿Qué se sabe?

La inspectora dio unos pasos atrás y luego regresó a su posición inicial. Su forma de moverse era como la de una pantera a punto de atacar a una presa. Pisaba el suelo con confianza y autoridad, pero de alguna forma se le notaba como algo aprendido, interiorizado. Cusac pensó que aquella mujer tenía mucho autocontrol, una mente analítica acostumbrada a estructurar la información con un solo vistazo.

—Un vigilante de seguridad lo encontró en un molino cerca de las salinas. Avisó a emergencias y lo trasladaron aquí. Estoy coordinando un operativo de búsqueda para que al alba investiguen cómo llegó hasta ese lugar.

—¿Qué dicen los médicos?

La inspectora levantó la vista del suelo y regresó a la ventana. Roberto supo que le costaba mantenerle la mirada a Izan, pero se obligaba a hacerlo, como si le debiera una disculpa.

—Aún le están realizando pruebas —dijo ella—. El desalmado que le hizo eso... Dios, me duele hasta decirlo.

Cusac asintió. Izan tenía el cuello ladeado hacia la izquierda, como si su cabeza quisiera usar el hombro de almohada. El brazo derecho estaba retorcido, casi inutilizado. El otro, aunque tenía algo más de movilidad, presentaba un aspecto similar. Solo parecían salvarse las piernas, que en apariencia estaban bien.

—¿Cómo le hicieron eso? —preguntó Roberto.

—Es lo que tratamos de averiguar —respondió la inspectora—. No es fácil hablar con él. Cuenta detalles muy extraños, de un caparazón.

—¿Cómo una tortuga? —dijo Ignacio.

—No lo sé. Estamos a la espera de que venga un especialista forense y aporte algo de luz a todo este asunto. De momento no tenemos ninguna teoría, solo conjeturas.

—¿Y qué dice Izan? —la interrumpió Cusac, dando unos golpecitos en el cristal—. Le habéis preguntado, ¿no?

El niño tenía ahora la mirada fija en la pantalla de televisión apagada, ojeando alrededor, como buscando algo que debería estar allí pero que no encontraba.

—Izan... Es complicado hablar con él. Dice que salió porque tenía hambre, pero no nos concreta ni de dónde ni cuándo. —La mujer sacó una libreta con notas del bolsillo de su chaqueta—. Quiere hablar con Chase. Repite ese nombre todo el rato. Marshall, Zuma...

—¿Es una broma? —interrumpió Roberto.

—¿Sabe lo que significan?

Ignacio, Segura y varios policías depositaron toda su atención en Cusac, quien no salía de su asombro.

—Todo padre de un niño pequeño lo sabe —contestó—. Son los protagonistas de una serie de dibujos animados. ¿Alguno de ustedes tiene hijos?

Todos negaron despacio con la cabeza, como si saber de series infantiles formara parte de otra realidad.

—No podéis sacarle nada porque no habláis su mismo idioma —continuó Roberto—. ¿Cuándo viene el experto?

—Llegará por la mañana. —Sara Segura se miró el reloj: era medianoche.

—Tengo que hablar con Izan —dijo Cusac—. Es la única manera de saber qué pasó.

—No puedo permitirlo.

—Busque la forma de que sea posible, inspectora. Estamos perdiendo un tiempo muy valioso. Mientras esperamos de brazos cruzados, quien le haya hecho esto a ese niño sigue libre.

Roberto tardó varios minutos en reunir el valor suficiente para traspasar el umbral de la habitación. Nadie se lo echó en cara. Ni los médicos, ni los policías, ni siquiera Ignacio. En realidad, ninguno se atrevía a asomarse al abismo por miedo a que le devolviera la mirada.

Por fin, Cusac accionó el picaporte y pasó al interior. El olor a hospital se diluyó dentro de la habitación por culpa de una calefacción demasiado alta. En la sala de observación solo había un par de enfermeras e Izan. Ningún niño más a esas horas de la noche. A sus ojos, aquel era el último chico de la tierra.

Roberto dio un paso en su dirección. Apenas estaba a unos pocos metros, pero le parecía estar viendo un espejismo. Izan era como un náufrago que regresa tras años en una isla desierta. Se adivinaba en su mirada huidiza que algo había ocurrido en su interior, una odisea que su mente infantil podía, o no, solapar con recuerdos reales y ficticios.

Otro paso.

Izan giró la cabeza. Roberto pudo ver que, en efecto, le costaba hacer el movimiento. El médico le había explicado que aquello era reversible, que en apenas tres meses se notarían las mejorías, que a la larga apenas le quedaría una pequeña tirantez en el cuello. Nada era para siempre, ni siquiera aquella deformación. Izan había tenido suerte.

Roberto asintió para sus adentros ante esa palabra: *suerte*. Nunca se habría atrevido a decirla en voz alta.

Un paso más. Cada vez más cerca.

Lo que los facultativos no veían, o tal vez no se atrevían a decir, era que las cicatrices más profundas las tenía por dentro. ¿Dónde había estado? ¿Quién le había hecho eso? Al hacerse esas preguntas, Cusac avanzó con más firmeza. Alguien debía pagar por aquello.

Un nuevo paso. Estaba apenas a un par de metros de distancia.

Y entonces apareció el fantasma de Jaime.

Su hijo desaparecido. Su lanza en el costado. Su dolor íntimo y puro.

Porque el destino de Jaime tal vez fue el mismo que el de Izan. Y al pensar eso no pudo evitar pensar que aquel niño era de alguna forma su propio hijo. Se trataba de un sentimiento que experimentaba hacia cualquier menor desaparecido, una especie de hermandad secreta entre aquellos que han bebido de un horror tal que no se puede expresar.

Y, pese a la pesadilla de no saber dónde estaba Jaime, de la impotencia de no poder cambiarse por él, seguía adelante. Y adelante. Hasta que, por fin, llegó hasta Izan.

—Hola —saludó Cusac con gran esfuerzo—. Me llamo Roberto. ¿Puedo sentarme?

El niño miró la butaca cercana, en la que previamente se habían sentado cientos de familiares a la espera de que los pacientes se recuperasen o dejaran este mundo.

—Está vacía —dijo.

Roberto se sentó. En sus manos llevaba una bolsa de plástico. Casi lo había olvidado.

—Me han dicho que preguntas por Chase.

—Sí, tiene que venir a ayudarme. Yo solo no puedo.

—Chase, Marshall, Sky... Son los mejores.

A Izan se le iluminaron los ojos. Roberto vio sus extremidades atrofiadas y tuvo que concentrarse en las palabras del doctor, en que con los cuidados necesarios podían revertir la situación, que Izan sería un niño normal tras la rehabilitación.

—¡Sí! —gritó el pequeño—. Nunca fallan.

—Pues tengo buenas noticias. He hablado con Chase y se disculpa por no haber podido venir, pero traigo a un amigo suyo.

Roberto extrajo el peluche de la bolsa. Era un perro de color amarillo con casco de obrero. Gracias a la policía, habían conseguido que la dirección del hospital abriera la tienda de regalos de la planta baja, cerrada a esas horas de la noche, para comprarle el juguete perfecto. Al ver la cara de felicidad de Izan, Cusac supo que había acertado.

—¡Es Rubble!

—Toma, es para ti.

—¿De verdad? Halaaa...

Izan estaba ensimismado con el peluche. Roberto observó su pelo cortado a trasquilones, sin ningún tipo de cuidado, las uñas largas aún con barro bajo ellas, las pupilas inocentes de un chico sin malicia alguna.

Se inclinó hacia Izan y miró por el cristal. Al otro lado se intuían formas, siluetas de ceño fruncido y mandíbula tensa. Cusac asintió con la cabeza. Era el momento del interrogatorio. Hacía años que había dejado la policía, y en aquella época la toma de declaración a testigos o víctimas no era su fuerte. Pero ahora dependían de él, el único que podía hablar el mismo idioma del chaval, al menos hasta que llegara el especialista. El tictac del reloj de pared le recordó que el tiempo iba en su contra.

—¿De qué conoces a Marshall, Rubble y los demás? —preguntó.

—Me gustan mucho. Mi preferido es Chase.

—¿Ves mucho la tele?

Izan parecía extrañado.

—Siempre está encendida.

—¿Quién te la ponía?

—El señor triste.

—¿Así se llamaba? ¿O tenía otro nombre?

—No sé, siempre estaba triste y cansado. Olía a cigarrillos. Yo quería que llegara Chase a

sacarnos de allí, pero nunca lo hizo.

—¿Sabes dónde está ahora ese señor?

—Se quedó dormido. Yo tuve que romper mi caparazón. ¿Has visto los dibujos de *Las tortugas ninja*?

—Espera, ¿has dicho dormido?

—En el suelo. No se despertó. Se le ponían moscas en la cara, pero no se movía.

Roberto respiró aliviado y miró de nuevo a la cristalera. El secuestrador podía estar muerto, o tal vez agonizante. Eso les daba margen.

—¿Y... cómo era tu caparazón?

—Así.

Izan señaló unas flores de plástico que había sobre un mueble. Cusac tardó varios segundos en comprender a qué se refería. Estiró el brazo, sacó las flores y mostró al pequeño el recipiente que las contenía.

—¿Estás hablando de este jarrón?

—Sí —contestó—. Pero el mío era más grande. Me rozaba mucho por dentro y no me podía rascar.

—¿Y cómo lo rompiste?

El niño miró a un lado y a otro, temiendo que alguien le escuchara. Después, en voz muy baja, dijo:

—Lo golpeé contra el suelo —susurró—. Ya tenía un roto antes, ¿sabes? Una raja por detrás.

—Ya veo..., fue muy inteligente por tu parte. Así te liberaste.

—No fue idea mía.

Cusac sintió unos dedos fantasmales apretando su mano derecha. Allí donde acababa su rango de visión había una pequeña figura oscura que se negaba a mirarlo. Supo que todo iba a desmoronarse, que el tsunami iba a barrer la habitación antes de que sucediera. Tragó saliva antes de preguntar.

—¿Y a quién se le ocurrió? —preguntó.

—A Siena. Ella es la más lista.

Roberto estaba de pie. No sabía en qué momento se había levantado de la butaca, pero había sucedido. Una idea atroz golpeaba en el interior de su cráneo, intentando escapar, pero él trataba de retenerla.

—¿Quién es Siena, Izan?

—Mi hermana, está con Thiago.

—¿Otros niños?

—Sí, mis hermanos. Están allí, hay que llevarles de comer.

—Dios...

—Les podemos llevar estos caramelos tan ricos que me han dado, pero si los ve el hombre sin cara se va a enfadar. Hay que esconderlos antes de que los vea.

La presión de su mano derecha se hizo más intensa. El espectro de Jaime estaba allí, o puede que solo se tratase de su imaginación, pero sentía una fuerza que lo guiaba. Tenía mil preguntas, pero el rostro de Izan cambió al referirse al hombre sin rostro. Ahora se abrazaba a su peluche. Se estaba cerrando en banda.

—¿Quién es el hombre sin cara, Izan?

—No quiero hablar, tengo sueño.

—¿Dónde están Thiago y Siena?

—En la casa vieja.

—¿Sabes llegar allí?

—Se enfadará conmigo...

—Estás con Rubble. Estás conmigo. Nadie te hará daño.

—Hay que llevarles caramelos. El señor triste no tenía más comida en la casa. Tienen hambre.

—La casa vieja...

—Junto al molino pequeño. ¿Va a ir a buscarlos, señor?

Roberto asintió. Era lo que llevaba haciendo media vida.

Cuando Inés colgó el teléfono supo que ya no podría dormir en varios días.

La había llamado Roberto. Estaba muy nervioso. Iba en coche hacia San Pedro del Pinatar, cerca de las salinas, en busca de una casa donde había dos pequeños agonizantes sin comida ni agua. No tenía más pistas, pero sí una enorme cuenta atrás sobre su cabeza.

Sin embargo, lo que más impactó a Inés fue una imagen: la de un niño dentro de un jarrón, creciendo en su interior durante años hasta deformarse. Aquello la superó más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Su primera reacción fue comprobar que Leo seguía durmiendo tal y como lo había dejado. Fue por puro instinto, más que por un motivo racional. Pero necesitaba saberlo, verlo con sus propios ojos para alejar la angustia.

Y Leo estaba bien.

Se acercó y lo tapó con las sábanas. Luego le acarició el pelo con cuidado de no despertarlo mientras en su mente seguía desatado el horror.

Sacó el portátil y se sentó a oscuras ante la mesa del salón. Aún quedaban restos de la cena que Roberto había dejado a medias antes de salir a toda prisa. Apartó la botella de agua y abrió el ordenador. Una inoportuna actualización la retrasó más de la cuenta. Aprovechó para poner el móvil a cargar y se aseguró de que en esa zona del piso había cobertura, por si volvían a llamarla. Esa noche solo buscaba la seguridad de lo conocido, huir de los imprevistos, tener la sensación de que aún controlaba su vida. Solo quería alejar el frío.

El ordenador tardó tres eternos minutos en ponerse en marcha. Inés se obligó a no mirar el móvil durante la espera. Enseguida abrió el navegador y entró en la web de varios periódicos. Primero miró en los locales, luego en los nacionales y, por último, en medios de comunicación como radios y televisiones.

Nadie hablaba de la aparición de Izan.

Fue al buscador y escribió frases que pudieran dirigirla a la noticia. Los resultados que obtenía eran dispersos y poco relevantes. Respiró aliviada al saber que, de momento, no se había filtrado el caso. No tardaría en suceder, pero aún había espacio para la calma.

Redujo el ámbito de búsqueda a las últimas veinticuatro horas e introdujo nuevas variables en la ecuación: «niño desaparecido», «salinas Murcia», «policía investiga». Nada. Ni rastro de lo ocurrido.

Se levantó y dio varias vueltas alrededor de la mesa. Estaba consternada. Necesitaba saber, pero al mismo tiempo le dolía lo que ya conocía del asunto. Aquello era la primera vez en la

historia que sucedía.

¿O no?

Una idea cruzó por su mente y fue incapaz de apartarla pese a poner mucho empeño en ello. ¿Y si quien le había hecho eso al niño ya había actuado con anterioridad? ¿Era posible?

Regresó al ordenador y quitó la limitación temporal. Ahora no quería saber sobre el presente, sino sobre el pasado. Lanzó búsquedas al infinito y el algoritmo le devolvió un *collage* de resultados. Fue pasando por varios, pero nada le servía. Puede que el secuestro de Izan fuera el primer acto de semejante animal. Ojalá, pensó. Los monstruos no deberían caminar libres sin que nadie los reconociese.

Las sombras de la noche parecían sisear con voces infantiles. Probó nuevas búsquedas sin resultado. No había indicios de que aquel caso se hubiera repetido en el tiempo, las noticias no transmitían nada ni siquiera parecido, lo cual era un alivio.

Iba a comprobar de nuevo el teléfono cuando sintió una punzada en la base de la columna. Sus dedos se paralizaron sobre el teclado. La oscuridad le susurró al oído. Estuvo a punto de cerrar el portátil y olvidarse del asunto, pero su intuición era demasiado fuerte.

Y escribió: *niño, jarrón, deformidad.*

Los primeros resultados le llevaron a un chico que, en una travesura, quedó atrapado dentro de un jarrón y tuvieron que ir los bomberos a rescatarlo. Nada más allá de una peripecia con final feliz. Sin embargo, al hacer *scroll*, un *link* llamó su atención.

Inés entró en el enlace. Según leía, sus manos empezaron a temblar, las lágrimas escaparon de sus ojos y tuvo que ahogar un grito de puro pánico.

El título del artículo se quedaría grabado en su mente para siempre.

«*El hombre que ríe*, de Victor Hugo.»

El amanecer en las salinas de San Pedro del Pinatar solo puede compararse a contemplar una aurora boreal. Justo en ese momento en que el azul turquesa del firmamento comienza a desteñir, los primeros rayos de sol iluminan las piscinas con tonalidades rojas y púrpura. Las aves se desperezan y forman bandadas enérgicas que se agitan con el viento.

Cusac sabía de la belleza que albergaba ese paraíso natural, pero el cielo anaranjado de la calima en suspensión le daba otro aire. La luz llegaba mustia, pero aun así se reflejaba en la superficie. El mundo adquiriría matices cobrizos en aquella parte de Murcia, tal vez anunciando el fin de una etapa o el comienzo de otra nueva.

Había seguido al coche de la inspectora Sara Segura hasta llegar allí. Sabía que la presencia de un civil con alma de detective no era bienvenida, pero prefería que fueran ellos los que le echaran de allí a pedir permiso. Descendió del vehículo y se acercó a un corro de guardias civiles.

—No puede estar aquí —le saludó Sara sin mirarlo—. Se lo dije en el hospital y se lo repito ahora: esto no es asunto suyo.

—Y yo le repito que soy el enlace con la familia —dijo Roberto—. Ignacio se ha quedado con su hijo, cualquier cosa que tengan que decirle pueden contármela a mí.

El grupo de uniformados que estaban junto a ella lanzó un par de miradas divertidas. Segura asintió despacio y luego se dirigió a donde se encontraba Cusac.

—Venga conmigo.

Se alejaron varios metros del resto hasta llegar a un pequeño árbol solitario.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Sara.

—No puedo quedarme parado. Eso lo entiende, ¿verdad?

—Sí, señor Cusac. Viniendo hacia aquí me han informado de su... situación.

Roberto apretó los labios. Aquello no era una cuestión de orgullo o de ego. Había niños cautivos en alguna parte.

—Su hijo desapareció hace años —continuó Segura—, y usted cayó en el alcoholismo.

—Eso no tiene nada que ver.

—Le agradezco su entusiasmo, pero también fue policía. Ya sabe cómo van los protocolos. No voy a poner en peligro la investigación porque un civil quiera jugar al ratón y el gato. Si eso pasa, un abogado listo podría echar por tierra todas las pruebas alegando defectos de forma en la custodia, en la búsqueda y a saber en qué más.

—¿Qué van a hacer? ¿Por qué no empiezan de una vez?

—Es cosa de la Guardia Civil. En la Policía llevamos el caso de la desaparición, pero Izan apareció en su demarcación y conocen el terreno. No podemos dar palos de ciego, toca coordinarse. Tenemos que dividir el mapa en cuadrantes y, a partir de ahí, distribuir los efectivos. Eso llevará un rato, pero preferimos ser meticulosos a que se nos pase algo por alto que le pueda costar la vida a uno de esos niños.

—¿Entonces me tengo que quedar cruzado de brazos?

—Tampoco he dicho eso.

Sara Segura sacó un pequeño cartón del bolsillo de su americana y se lo pasó. Era una tarjeta con su nombre y un número de teléfono. Después, se alejó de vuelta con sus compañeros.

Roberto entendió la indirecta. No podían contar con él de forma activa, pero tampoco podían impedirle pasear por esa zona o cualquiera cercana.

Mientras llegaba la unidad canina, Cusac oteó el horizonte en busca de algún elemento que le permitiera ubicarse y vio el molino donde apareció Izan. Un poco más adelante se extendía la ciudad, sin duda iluminada la noche anterior. Caminó hacia allí tratando de intuir qué era lo que había visto el pequeño para dirigirse a aquella zona.

—No tiene sentido —murmuró para sí mismo.

El molino se hallaba en mitad de una encrucijada. A un lado estaba el Mar Menor y la reserva natural. Allí no podía encontrarse la casa de la que habló en el hospital Virgen de la Arrixaca. La noche anterior había sido especialmente oscura debido a la arena sahariana en suspensión. A su espalda se extendía La Manga, y frente a él San Pedro del Pinatar y Lo Pagán, con sus calles asfaltadas y el bullicio de coches, casi como una frontera entre ambos mundos. Sin embargo, Izan había decidido ocultarse en el molino en lugar de buscar ayuda en la urbe. Cusac lo imaginó asustado ante un mundo exterior que no comprendía. Si un niño habituado a ir al colegio se pierde en una excursión se muere de miedo, por lo que no podía dejar de pensar en Izan aterrado, ocultándose de la vista de cualquiera, fundiéndose con las sombras.

—¿Evitabas la luz? No querías que te vieran.

Roberto sacó el móvil. No hizo caso de los avisos de llamadas ni de los mensajes y fue directo al mapa. Marcó como punto inicial su ubicación y luego puso la vista de satélite. Si Izan hubiera venido desde La Manga, su caminata habría sido eterna, y al final solo habría encontrado más apartamentos turísticos. La casa vieja debía estar en un paraje rural. Observó que en la parte de las salinas había unos caminos que la separaban. Quizá el pequeño los había usado para moverse sin ser visto. No podía saber si había caminado mucho o poco; la casa podía estar a varios kilómetros de distancia.

Lo apostó todo a su corazonada. Montó de nuevo en el coche y se dirigió hacia una zona de invernaderos a unos cincuenta minutos caminando desde donde apareció Izan. El niño había hablado de un molino pequeño. Era su única pista y el tiempo corría en su contra.

Felicidad apareció a las ocho en punto para recoger a Leo.

—Gracias por venir, no sabía a quién llamar.

—No pasa nada, muchacha. Lo que haga falta. ¿Y Roberto?

Inés echó una mirada furtiva a Leo. Estaba desayunando embobado ante la pantalla. No le solía poner la televisión por las mañanas, pero aquel día era una excepción. Ella tenía la mente en un lugar demasiado oscuro como para nombrarlo en voz alta. Todo lo que había leído en aquella infernal noche en vela le había creado nuevas heridas, unas heridas que necesitaba cerrar, y para ello requería que su amiga se quedara con Leo unas horas.

—¿Va todo bien, niña? —quiso saber la psicóloga.

—Es... Sí, es solo que...

—Ahora mismo, ni tu lenguaje corporal, ni el tono de tu voz, ni tus ojos me ofrecen la más mínima credibilidad. ¿Pero qué te pasa? Nunca te había visto así.

Inés se mordió el labio y miró de nuevo a Leo. Aún no había saltado la noticia a los medios, pero no tardaría en hacerlo. Y ella necesitaba contárselo a alguien, nombrar al demonio en voz alta para poder arrancarlo de dentro. Agarró a Feli de la muñeca y la llevó hasta el dormitorio.

—Ven conmigo.

—Cariño, te agradezco la fogosidad, pero ya sabes que soy hetero.

—No es momento para bromas, Feli, por favor.

—Solo trataba de rebajar la tensión, caray.

Entornó la puerta para poder ver a Leo y comprobar si se acercaba a escuchar. Le costó levantar la mirada para encarar a Feli.

—Ha pasado algo y está relacionado con la asociación —dijo—. Ha aparecido un niño.

Feli se quedó paralizada. Su mirada se volvió analítica y su perenne sonrisa desapareció por completo de su rostro.

—¿Qué niño?

—Solo sé que se llama Izan. Su padre es Ignacio. Hemos trabajado en su caso, pero ahora mismo no me acuerdo. Son tantos...

—¿De qué estás hablando, Inés?

—Ese niño, Izan, apareció con..., no sé ni cómo describirlo, como si lo hubieran estado torturando. Alguien lo estaba deformando.

El rostro de Felicidad estaba tan tenso que Inés no sabía si se iba a echar a llorar o le iba a dar una bofetada. En su lugar se sentó en una esquina de la cama con los puños muy cerrados sobre

las rodillas.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Esta noche. Roberto se ha ido con la policía a peinar la zona. Creen que puede haber más niños.

Feli asintió muy despacio. Tenía la espalda recta y la mente muy lejos de allí.

—Pero eso no es lo peor —continuó Inés—. He encontrado algo. Hay un libro titulado *El hombre que ríe*, escrito hace doscientos años, en el que se habla de algo parecido.

Feli levantó la cabeza y miró al techo. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Perdona, ¿un libro?

—He leído un trozo y lo que cuenta es terrible. Creo que quienquiera que haya hecho esa atrocidad se inspiró en esa novela.

—Claro... —Feli apenas reaccionaba—. Lo siento, lo que me cuentas es... Discúlpame.

—Cuando esto se sepa, y se sabrá, la asociación va a convertirse en un polvorín. Tenemos que tener la cabeza despejada.

—¿Alguien más lo sabe?

—La policía, los médicos y nosotros.

—Entiendo...

Inés se asomó por la rendija de la puerta. Leo continuaba en su mundo, viendo una serie de Netflix sobre un oso y unos ratones azules.

—Lleva tú a Leo al colegio. Yo iré tan pronto como pueda.

—¿Adónde vas?

—Tengo que pasar por la universidad. Hay un catedrático de Filología Francesa que hizo una tesis sobre Victor Hugo, el autor del libro. Necesito que me cuente todo lo que sabe.

—¿Por ejemplo?

Inés empezó a dar vueltas por la habitación. Si le hubieran preguntado en ese momento habría dicho que ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo. El pellizco que sentía por dentro se acrecentaba al meditar las palabras que iba a decir. Lo que había descubierto era doloroso, pero verbalizarlo lo era mucho más.

—El libro habla de los *comprachicos* —explicó—. Según los describe, eran una banda de desalmados que se llevaban a los niños para convertirlos en enanos, tullidos y monstruos de feria que luego vendían a los circos o los usaban para mendigar. —Inés tuvo que hacer una pausa para tomar aire—. Quiero saber si esos animales existieron realmente o si todo es mentira. Cualquier dato que averigüe puede ser fundamental para entender lo que está pasando.

Feli extrajo el móvil de su bolso hippy y, muy tensa, contempló la pantalla negra.

—¿Feli?

—No puedo creer que haya pasado esto...

—Lo sé...

—Hoy no hay clases debido a la calima, nos quedaremos en casa —dijo.

- Solo las infantiles. La universidad sí abre.
- Como bien has dicho, hoy va a ser un día duro.

La AP-7 era un bistrú de cemento y alquitrán que partía por la mitad los campos de cultivo.

Roberto Cusac había llegado hasta la primera zona despoblada que había visto, un terreno a las afueras donde proliferaban los invernaderos. La luz naranja lo impregnaba todo y el cielo era una cúpula de nubes granate que amenazaba con resquebrajarse sobre su cabeza. El viento rugía con furia y arrastraba sedimentos de arcilla.

Cusac no era un detective actualizado. Eso lo sabía de sobra. Los tiempos cambiaban, y con ellos las investigaciones criminales. La Policía y la Guardia Civil contaban con artilugios que en sus tiempos solo existían en las películas de James Bond. Más allá de los años transcurridos, a menudo su trabajo consistía simplemente en visitar casas de adolescentes rebeldes, revisar expedientes o consultar con abogados. Se sentía oxidado.

Así que solo le quedaba confiar en su instinto. Y este le decía que un niño tan pequeño y desorientado no podría haber ido muy lejos, más aún si se encontraba desnutrido. Sospechaba que Izan había caminado sin rumbo, guiándose solo por sus miedos, lo que significaba que se escondía de las luces, de la gente y, por tanto, de la ciudad. La carretera era algo que le habría dado pánico, estaba seguro. Y aquel lugar era una de las posibles rutas que pudo tomar. Podía ocultarse en los invernaderos si pasaba algún vehículo, e incluso echar cuerpo a tierra en la cuneta aprovechando el desnivel.

Era un tiro a ciegas, pero no podía quedarse parado.

Un tipo de unos sesenta años, con la cabeza afeitada pero con una larga y espesa barba, pasó con una motocicleta cochambrosa. Cusac le hizo señas para que se detuviera.

—Buenos días, ¿es usted de por aquí?

—¿Qué desea? —contestó el tipo de malos modos.

—Estoy buscando un molino.

—Eso es en las salinas, donde los turistas.

—Otro molino —puntualizó Roberto—. Uno más pequeño. ¿Hay alguno cerca?

El tipo negó con la cabeza.

—Cerca de las salinas, donde los guiris. Allí hay un molino.

Cusac asintió y le despidió con un gesto. El tipo continuó su camino. Parte de su instinto policial anticuado consistía en preguntar a cualquiera que pudiera dar una pista, ignoraba si eso aún se seguía usando o todo dependía ahora de drones con visión nocturna.

El helicóptero volvió a pasar por encima de él y le recordó que la cuenta atrás seguía en marcha. Observó su Seat Exeo cubierto de suciedad y le pareció que alguien había echado un

saco de cerezas podridas por encima, casi parecía el coche de Drácula. Se subió a él y prosiguió la marcha.

Cusac sospechaba que Izan no se habría atrevido a cruzar la autovía por el ruido del tráfico y las luces de los vehículos. Incluso en una noche tan tenebrosa como la anterior siempre había camiones que continuaban su ruta, así que se habría asustado. Al otro lado estaba la ciudad, y más allá comenzaba el Mediterráneo. No le quedaban muchas más rutas posibles. Sin embargo, en aquella zona no localizaba la casa con el molino. Decidió cruzar al otro lado, donde el mapa se volvía más y más abierto.

El paso estaba cerca. Era un pequeño puente, sucio y agrietado, sobre el cual transitaba la AP-7. Tal vez el niño no sintiera tanto miedo al atajar por allí o por cualquiera de los otros pasos cercanos. Quién sabe. Cusac continuó por la estrecha carretera de servicio.

Su obsesión era el molino. Había perdido un tiempo precioso en internet explorando posibles ubicaciones, pero allí no había nada. Si Izan vio un molino, ¿dónde estaba? ¿Por qué no figuraba en los buscadores?

El terreno se expandía en todas direcciones. Campos de regadío cercados por alambradas ocupaban todo su rango de visión: un terreno demasiado abierto aun mermado por la neblina de polvo africano.

Dio varias vueltas hasta que encontró una pequeña pedanía. Apenas diez casas revueltas, unas de aspecto ruinoso de más de cien años junto a chalets nuevos de ladrillo reluciente. No había armonía entre unas edificaciones y otras, con gran disparidad de alturas, colores, materiales e incluso en el tamaño de puertas y ventanas. Su mayor similitud era que todas tenían rejas para evitar posibles hurtos.

Cusac aminoró la marcha. Todas tenían las persianas bajadas, por lo que pensó que tal vez fueran segundas viviendas que se usaban solo en vacaciones. A sus oídos aún llegaba con nitidez el sonido de la autopista cercana. Imaginó que la carretera había sido construida con posterioridad al asentamiento, convirtiendo un oasis de tranquilidad en un lugar ruidoso.

Avanzaba con cautela. En su móvil no aparecía referencia alguna, por lo que aquella aldea no tenía nombre ni para internet. Algunas edificaciones surgían desordenadas en el terreno, pequeños almacenes de utilería puestos aquí y allá sin criterio. Encontró una piscina a medio construir llena de agua estancada y barro rojo.

Algo hizo saltar todas sus alarmas. La tensión en su cuello se expandió y los puños se cerraron como garras sobre el volante. Aunque iba en segunda, el frenazo fue tal que el coche derrapó sobre la gravilla. Casi por instinto bajó la ventanilla del copiloto para constatar que aquello era real, no una alucinación o un efecto óptico creado por el cristal.

Sobre un chalet de aspecto coqueto, con vallas blancas de forma curva y tejas rojas, había una veleta con aspas que la hacían girar al compás del viento. Una veleta que un niño tal vez describiría como «un molino pequeño».

Roberto bajó del coche. Echó de menos no ir armado.

Se dirigió con cautela hacia la puerta del chalet. El terreno alrededor era de tierra, pero por dentro estaba asfaltado y contaba con árboles que apenas dejaban ver más allá. Casi lo único que se distinguía a pie de calle era la veleta.

No había avanzado ni cinco pasos cuando un flamante Mercedes apareció por el camino y se detuvo ante la verja. Una mujer de unos cincuenta años descendió y abrió la cancela. No tardó en darse cuenta de la presencia de Cusac.

—¿Necesita algo? —preguntó.

Roberto hizo un rápido perfil de la mujer. Vestía chaqueta de cuero sobre una camiseta negra, vaqueros muy ceñidos y botines beis hasta el tobillo. Llevaba unas gafas de sol sobre el cabello con mechas rubias. Lo miraba con curiosidad más que con recelo. Al echar un vistazo al Mercedes, vio que había una niña de unos doce años en el asiento de atrás mirando un iPad.

—Hola —saludó Cusac—. Estaba viendo su veleta. ¿La tienen desde hace mucho?

La mujer se encogió de hombros.

—Ya estaba cuando nos mudamos. ¿Se ha perdido o...?

—Estoy investigando la desaparición de un niño. La pista que tenemos es sobre un molino pequeño. ¿Sabe si hay más veletas así por las cercanías?

—Que yo sepa, no. Oiga, ¿es policía? He llamado a la comisaría unas diez veces el último año y nunca ha venido nadie. Ya que está aquí, ¿por qué no va a hablar con nuestro vecino? Estamos hartos de que no limpie su terreno. A él le dará igual coleccionar garrapatas, pero yo tengo una hija.

La mujer señaló a una casa cercana. Estaba en una pequeña cañada a unos cien metros de distancia. Su aspecto era miserable, con el gres de la fachada medio caído y grietas por todas partes. El tejado parecía a punto de hundirse por uno de sus laterales y el perímetro estaba cubierto de malas hierbas que amenazaban con convertirse en un pequeño bosque. Con aquella luz de color sangre parecía la guarida del demonio.

—Mi marido ha ido a quejarse varias veces —prosiguió la vecina—, pero ese hombre hay días que ni abre la puerta. Yo creo que necesita que le internen o algo así.

Cusac miró la veleta y luego la casa cochambrosa. Y entonces recordó que Izan no había dicho que viviera allí, sino en «la casa vieja junto al molino pequeño».

—Llame a la policía —dijo Roberto.

—Pero si acaba de decir que usted es un agente.

—Pida hablar con la inspectora Sara Segura. Dígales que vengan cuanto antes. ¿Tiene algún arma en la casa?

—¿Qué? Claro que no.

Roberto miró a la mujer. Algo en sus ojos la asustó.

—Entren y cierren por dentro. Y, pase lo que pase, no se les ocurra salir.

El campus de La Merced estaba en pleno centro de Murcia, frente a la denominada plaza de la Universidad. En su interior se encontraban las facultades de Derecho y Letras. Esta última era la que le interesaba a Inés.

Tras estacionar en un parking cercano, caminó hasta la fachada que daba a la calle Santo Cristo y pasó por la entrada principal. En su interior aguardaba una de las joyas de Murcia, el claustro del antiguo convento que había pasado a ser propiedad de la universidad hacía casi cien años. Data de principios del siglo xvii y contaba con dos alturas de columnas y arcos, con un patio central amplio y luminoso. Inés se quedó contemplando aquella maravilla unos instantes, imaginando cuántas vidas habría visto pasar.

Continuó caminando y salió por la puerta opuesta a la que había entrado, llegando a una plaza interior presidida por la Facultad de Letras. Era un edificio solemne de tres plantas, con una entrada majestuosa y de aspecto clásico pese a tratarse de una construcción moderna. El exterior estaba lleno de estudiantes que, carpeta en mano, iban y venían, se reían o conversaban en un banco. El amanecer pigmentaba cada rincón con su luz de tonos burdeos, dotando a la plaza de una atmósfera de película de terror.

Inés extrajo un papel en el que había garabateado un nombre y un número: Bastian Menéndez, despacho 108.

Según la investigación que había realizado la noche anterior, el profesor era experto en filología francesa y su tesis doctoral versaba sobre la obra de Victor Hugo. No tenía a nadie más a quien recurrir.

En la entrada buscó el despacho en un mapa que más bien parecía un listado telefónico. Cerca estaba el mostrador de conserjería. Fue directa a preguntar.

—El doctor Menéndez está en clase ahora mismo —dijo el bedel consultando un cuadrante—. Terminará en una media hora.

—¿En qué aula?

Le indicaron que siguiera el pasillo hasta el final y la encontraría en la última puerta a la izquierda. Aguardó un par de minutos, sin dejar de mirar el móvil. Se autoengañaba diciéndose que quería ver la hora, pero estaba ansiosa por tener noticias de Roberto. Aquel caso le quitaba el sueño y la vida.

El ajeteo le hacía escuchar voces que no estaban allí, niños desaparecidos que murmuraban tras los gritos y las risas de los estudiantes, susurros que la culpaban, que la señalaban, que le

suplicaban. Inés respiró profundamente. No podía dejarse sugestionar y caer en la psicosis y la paranoia. Allí solo estaba ella. Las alucinaciones auditivas solo estaban en su mente.

Un par de chicas llegaron riéndose, abrieron la puerta y entraron en la clase. Al poco rato se repitió lo mismo con un chaval muy nervioso con gafas y pelo largo. Inés echó una ojeada de nuevo al móvil, aguardó en la entrada y volvió a mirar el teléfono.

—A la mierda —dijo.

Abrió la puerta y cerró tras de sí. El aula era grande y había accedido por la parte de atrás. A unas diez bancadas de distancia había una pizarra de las de antaño y, frente a ella, un tipo de aspecto desgarbado, con barba desaliñada que ocultaba unas mejillas carcomidas por el acné juvenil. No debía de tener más de treinta años, pero su aspecto cansado le hacía parecer mayor. Apenas contó quince alumnos en total, por lo que fue directa a uno de los asientos vacíos y se sentó. El profesor Bastian Menéndez le echó una mirada aburrida y prosiguió su clase.

—Como decía, hoy día nos hemos especializado en un solo aspecto de nuestra vida. Es habitual preguntarle a alguien de qué trabaja porque con eso nos hacemos una imagen mental de él. Pero es falso. Rellenamos los huecos que faltan basándonos en un cliché. Puede que ese empresario tan encorbatado no cuente con ningún tipo de educación financiera y haya heredado su fortuna, y que ese camarero del Burger King tenga tres licenciaturas..., una de ellas en Filología.

Hizo una pausa. Solo se rieron del chiste los tres palmeros situados en las primeras filas.

—Sin embargo, eso no siempre ha sido así. Por ejemplo, Victor Hugo fue político, dibujante, activista social, poeta, dramaturgo y, por supuesto, novelista. En su momento, tuvo una influencia muy destacada entre sus iguales, siendo alcalde y diputado en diversas ocasiones. En la actualidad, que cuesta tanto destacar en un solo oficio, a nadie se le ocurre cultivar distintas artes, sobre todo si no van acompañadas de un rédito económico..., como ocurre con los profesores de universidad.

En esta ocasión, nadie entendió que aquello era un chiste y un silencio absurdo se instaló en el aula.

—¿Qué nos puede contar de los comprachicos, profesor? —interrumpió Inés, hablando al mismo tiempo que levantaba el brazo—. Aparecen en la novela *El hombre que ríe*.

Bastian se quedó pensativo, con la mirada puesta en Inés.

—Sí, sé quiénes son, le dediqué una gran parte de mi tesis doctoral a ese libro —contestó—. Pero de eso ya hablamos el semestre pasado.

—¿Cree que Victor Hugo se inspiró en hechos reales?

El profesor Menéndez asintió con la cabeza. Inés vio una leve sonrisa oculta tras la desordenada barba.

—Usted me ha escrito esta mañana, ¿verdad? He visto su correo pero no he podido contestarle todavía.

—Ahora puede hacerlo.

Bastian Menéndez miró el reloj de agujas que había sobre la pizarra.

—Si le parece, deje que termine de dar mi clase y en quince minutos podemos charlar con tranquilidad sobre los comprachicos. Quizá le sorprenda lo que tengo que contarle.

Roberto Cusac casi nunca había empuñado un arma. En la academia, en las clases de tiro, y un par de veces en acto de servicio en su etapa como policía. Esto último, de hecho, le hubiera gustado poder borrarlo de su mente. Tras salir del cuerpo, cuando había tenido que tocar una pistola lo había hecho con mucho asco, y nunca llegó a disparar. Al menos le quedaba ese consuelo. Pero, pese al recelo que sentía por las armas de fuego, en aquel momento habría pagado lo que fuera por tener una.

Su mente iba a mil por hora. Sus ideas eran un hervidero de sospechas y certezas, de posibilidades y elucubraciones. Tenía la boca seca y apretaba los dientes con tanta fuerza que le chirriaban.

Había husmeado alrededor de la casa, con la vista puesta en la puerta de hierro medio descolgada. Sacó la tarjeta de la inspectora Sara Segura y le mandó un mensaje escueto al móvil: «Tengo algo, voy a entrar, venid rápido», y compartió la ubicación. Después se acercó por un costado de la vivienda evitando las ventanas.

Aquella edificación apestaba a polvo, orines y algo más que no supo distinguir, una peste húmeda y pegajosa que le creaba náuseas. Las paredes estaban desconchadas y el revestimiento exterior lucía abombado, agrietado o directamente destrozado. Las plantas silvestres habían invadido el exterior, ya de por sí sucio de latas descoloridas y cristales rotos.

Cusac avanzó hasta la puerta con la espalda pegada a la pared. Estaba abierta, pero atrancada por el propio marco. La abrió con un tirón suave y el hedor se hizo insoportable. Ahora sí reconoció esa podredumbre. Hacía tiempo que no olía nada parecido, pero el aroma de un cuerpo en descomposición no era algo que se olvidara fácilmente.

El interior estaba desordenado, con mobiliario que parecía sacado de una escombrera. La oscuridad reinaba en aquel lugar, con las ventanas cegadas con postigos. Cusac se cubrió la boca y la nariz con la camisa y encendió la linterna de su móvil.

Era imposible no verlo. Aquel habitáculo era muy pequeño, y el cadáver ocupaba una gran parte. Reconoció que era una persona por la ropa, y entendió que estaba muerto por la cantidad de insectos que devoraban su carne. Era una explosión de color, con larvas blancas, gusanos rojos, cucarachas negras y quién sabe qué más. Los invertebrados se cebaban con el rostro de aquel desgraciado y saciaban su sed infinita con el dulce néctar de sus flujos y humores. Aquel individuo no era más que un trozo de carroña, quizá lo fue siempre.

Roberto pasó al interior y el peso de la puerta de hierro hizo que se volviera a cerrar. Ahora la oscuridad era más espesa y hostil. El siseo de los insectos agitando las alas y el crujido al

pisarlos con los zapatos se mezclaron con otro sonido, más leve e inconcreto. Cusac pensó que se trataba de una radio, o tal vez era una televisión.

—¿Hola? —dijo.

La peste era atroz. Los parásitos se retorcián unos sobre otros, el suelo estaba cubierto de un líquido pringoso y oscuro. Roberto avanzó pisando cucarachas y gusanos mientras rezaba para no resbalar. El sonido del televisor llegaba cada vez más nítido a sus oídos. Las moscas se lanzaban hacia su cara, envalentonadas por el festín de carne podrida. Las náuseas que sentía amenazaban con convertirse en vómito inmediato y tuvo que concentrarse para evitar las arcadas.

Poco a poco fue rodeando el cadáver mientras iluminaba aquel miserable salón buscando algo, lo que fuera. La habitación daba a dos cuartos distintos, ambos con una tela a modo de puerta. Se asomó a la primera y vio un colchón desnudo, igual de mugriento que el resto de la casa. Allí también retozaban los insectos. El ruido de la televisión era más fuerte.

Cusac estaba asustado, pero no por una posible emboscada, sino por haber llegado demasiado tarde. En su cabeza, los horrores se multiplicaban. Izan le había hablado de aquello con palabras infantiles, pero su mente lo había ensalzado hasta la pesadilla. Necesitaba que los niños estuvieran bien. Su cordura dependía de ello. Y en esa casa de los horrores no parecía haber espacio para la esperanza.

La siguiente habitación era muy parecida a la primera. Un pequeño televisor de tubo estaba anclado a la pared. Sintonizaba un canal infantil, pero apenas se veía nada porque la pantalla estaba cubierta de moscas. Cusac iluminó el resto. Había una bancada de yeso con un colchón de gomaespuma encima, similar al de muchas cárceles. Estaba cubierto por arriba con mantas grises de las que usan los camioneros. Un par de cadenas finas acababan en unas argollas ancladas a la pared.

Roberto dio un paso más y sus pies pisaron algo distinto a las cucarachas. Enfocó al suelo y vio fragmentos de un jarrón de cerámica.

—Dios... —dijo, pensando en el «caparazón» que había mencionado Izan.

Su mente regresó a la realidad cuando escuchó un débil sollozo proveniente del amasijo de mantas sucias.

En ese momento fue consciente de que no estaba solo.

El despacho de Bastian Menéndez era amplio, pero debido a la gran cantidad de archivadores y armarios parecía más estrecho. Había carpetas apiladas por todas partes, libros de pasta dura con decenas de marcadores de colores sobresaliendo entre sus páginas y torres de fotocopias que amenazaban con derrumbarse. La luz halógena y fría de los tubos del techo rompía el tono rojo que se filtraba por la ventana.

—Tome asiento. ¿Cómo se llamaba?

—Inés Herrera.

—¿Está realizando alguna investigación periodística?

—¿Por qué lo pregunta?

—Cada poco tiempo llega alguien con ideas extrañas sobre los comprachicos. Suelen ser de programas de misterio y cosas así. Yo siempre les contesto lo mismo: es pura ficción. Una ficción tan buena y atrayente que consiguen que la imaginación se desborde..., pero ficción al fin y al cabo.

—No soy... Esto no tiene nada que ver con la prensa o la televisión.

—¿Entonces? ¿Alguna tesis?

—Pronto saldrá una noticia en los medios. Una noticia muy..., no sé ni cómo definirla. Quizá *aterradora* sea la palabra que busco.

—¿Aterradora?

—Alguien le ha hecho a un niño algo muy parecido a lo que se cuenta en *El hombre que ríe*. Y sospecho que lleva tiempo actuando así.

El profesor Menéndez se recostó en su silla de oficina. Sus ojos estaban fijos en Inés, pero su mente volaba mucho más lejos.

—Está bien —dijo—. ¿Qué necesita saber?

—¿Los comprachicos existieron en algún momento?

—No —dijo tajantemente—. Es ficción, como le he comentado. Salieron de la mente de Victor Hugo igual que Quasimodo, el jorobado de Notre Dame.

—¿Y cómo se le pudo ocurrir algo tan escabroso?

—El que no existieran no quiere decir que no tengan su base en la realidad. —Bastian Menéndez se levantó y abrió un archivador metálico—. Los comprachicos no eran secuestradores, lo cual los hacía todavía más espantosos. Eran los propios padres quienes vendían a sus hijos sabiendo lo que les esperaba. Victor Hugo hablaba de que había españoles

entre sus filas, de ahí el origen de la propia palabra, aunque también se los llama *comprapequeños* y, en la India, *cheilas*.

El profesor tomó asiento de nuevo ante Inés y le mostró un expediente con recortes de prensa.

—Según Victor Hugo, esos demonios deformaban a los niños aplicando técnicas secretas, pero que en su mayoría se basaban en manipular el crecimiento de los huesos o, incluso, causarles fracturas para impedir su correcto desarrollo. El negocio consistía en venderlos más tarde como atracciones de feria o como saltimbanquis para el circo o las cortes de los nobles. El propio autor se cuestiona incluso qué razón de ser tenía desgraciar la vida de alguien de esta manera, y llega a la conclusión de que la gente, hasta los reyes, necesitan reírse.

—Dios...

—El capítulo dedicado a los comprachicos es uno de los primeros del libro, y apenas aparecen en el resto de las páginas. Cuenta que se trataba de una formación nómada que tuvo su auge en el siglo diecisiete. Incluso menciona que un bandolero llamado Ramón Sellés fue uno de sus miembros destacados, y asegura que mantuvo aterrorizadas a las provincias de Valencia, Alicante y Murcia.

—¿Murcia? ¿Cómo que Murcia?

—Investigaciones actuales han aportado algo de luz a este asunto. —Bastian Menéndez le mostró un artículo firmado por Mado Rodríguez publicado en la revista *Más allá*—. Al parecer, el tal Ramón Sellés existió realmente. Se trataba de un criminal que llegó incluso a atracar la catedral.

—Me estoy perdiendo. ¿La catedral de Murcia? ¿Eso también es ficción?

—Son hechos históricos comprobados por el investigador Manuel Beltrá Torregrosa. Según él, existió una banda llamada los Selleros, comandada por los hermanos Ramón y Antonio. Su historia coincide con las fechas que Victor Hugo nombra en su novela.

Inés ojeó el artículo. Contenía mucha información relacionada con deformaciones de niños en la antigüedad. Nombres como Bah Ralyahiz, Juan Luis Vives o William Longland desembocaban en la investigación de Beltrá y los Selleros. Mencionaba compras de niños en las Hurdes y en los Ancares.

—¿Significa esto que los comprachicos existieron? —preguntó el profesor—. Más bien viene a demostrar que el tal Ramón Sellés fue tan famoso en su época que llegó incluso a oídos de Victor Hugo, que no dudó en ponerlo en su novela.

—Pero aquí se habla de otros monstruos que deformaban a niños —dijo Inés señalando un párrafo—. «Los dacianos son gente cruel, despiadada y feroz, tenuta en nuestra república en menos reputación que los demás ladrones. Estos roban niños de tres o cuatro años, y rompiéndoles los brazos y los pies, les dejan estropeados y contrahechos para venderlos después a ciegos, pícaros y otra gente vagabunda.»

—Los dacianos, sí. Probablemente Victor Hugo también se inspiró en ese pasaje para crear a los comprachicos. Su nombre proviene de la Dacia, actual región de Rumanía. De hecho, los

nombra veladamente en su novela, cuando admite que no se asociaron con el condado de Pesth. Pero esto ya no son temas de filólogos.

—Entonces, ¿hubo prácticas como las que se nombran en la novela?

—El propio Victor Hugo describe algunas en el libro. Por ejemplo, dice que en China introducían a los niños en jarrones hasta que se deformaban.

Algo debió notar el profesor en el gesto de Inés, porque detuvo su explicación y se quedó helado. Su semblante se volvió blanco y la mandíbula tiritó.

—¿El jarrón? —preguntó—. ¿De verdad alguien ha...?

Inés Herrera asintió. Bastian se derrumbó de nuevo sobre su silla. Costaba saber cuál de los dos estaba más abatido.

Roberto Cusac estaba paralizado. No quería estar allí. Nadie en su sano juicio querría. Se encontraba solo ante el abismo más profundo que nadie pudiera imaginar. A veces fantaseaba con salvar a algún chico de su captor. Era una idea que le hacía daño y reconfortaba a partes iguales. Pero la realidad era mucho más cruel y nunca se imaginó un sitio tan sucio, maloliente e insano para retener a un niño.

Aquello era inhumano. Le hería a varios niveles.

Y luego estaba el sollozo. El leve quejido bajo las mantas. Ese que debería haber hecho que se lanzara sobre el colchón para descubrir la verdad, pero que, por el contrario, lo había paralizado. Era una estatua incapaz de moverse, los músculos muy tensos, el temblor en las manos, la respiración acelerada. Ya no le importaba el enjambre de bichos que querían chupar el líquido de sus ojos. Allí se había detenido el tiempo por un miedo tan profundo que incluso tenía nombre: Jaime.

Un segundo lamento le hizo salir de ese estado. Fue como si se activara un resorte y toda esa energía que lo inmovilizaba desapareciera y se transformase en urgencia, en prisas, en una cuenta atrás que no había forma de parar.

Cusac dio un paso hacia delante, luego otro, y otro más. Apuntó con la linterna del móvil hacia las mantas. La otra mano dejó de sujetar la camisa contra la boca y la nariz y se estiró hacia delante. Ya no le importaba el hedor a putrefacción, solo necesitaba saber. Poco a poco fue tirando de aquel sudario hasta ir descubriendo primero una cabeza cubierta de pelo negro, luego un hombro desnudo y, finalmente, los cuerpos de unos niños vestidos con harapos.

—Dios...

Casi al borde del desmayo, colocó la palma sobre el pecho de uno de ellos. Respiraba. El segundo pequeño también se movió. Un ojo se abrió y lo miró desde muy lejos.

—... agua.

Cusac no tenía. Tal vez en el coche, o se la podía pedir a la vecina del chalet cercano. Lo importante era que esos niños estaban vivos. Por alguna clase de milagro, había llegado a tiempo.

—Os voy a sacar de aquí.

Roberto fue a agarrar a la niña, que pese a la cantidad de mugre que la cubría y a la oscuridad vio que era rubia, pero su tobillo estaba anillado por una argolla, y esta a la cadena que se anclaba en la pared.

El tiempo se había convertido en algo muy valioso y escaso. Necesitaba sacar a esos chicos de allí cuanto antes. No podía esperar a que llegara la policía, ni siquiera se planteaba ir a por agua.

Era urgente llevarlos a un hospital, devolverlos a la realidad, huir de la pesadilla.

Miró alrededor, buscando cualquier cosa que pudiera servirle. La televisión seguía emitiendo dibujos animados con el volumen muy bajo. Regresó al salón y agarró una silla. La rompió de tres puntapiés y cogió una de las patas. Introdujo un extremo en el anclaje del tabique y dio varios tirones. La argolla saltó con facilidad de la pared. Luego repitió lo mismo con la segunda. Sintió rabia al ver lo sencillo que había sido para él, pero lo difícil que resultaría para unos niños pequeños y desnutridos. Una vida de esclavitud por una pequeña cadena unida a un muro endeble.

—Venga, nos vamos de aquí. ¿Podéis andar?

Cuando Roberto intentó agarrar al segundo niño, también de unos seis años, descubrió que el horror aún podía golpearle más profundamente. Ese chico tenía la mano y el pie derechos introducidos en una especie de cepo de madera, una caja con resistencias que impedían su correcto desarrollo. Al verlo, Cusac sintió pánico.

—¿Pero qué os han hecho?

Rápidamente se volvió hacia la niña. Estaba exhausta, pero su cuerpo no tenía ningún aparato de tortura incorporado, al menos en apariencia. Sin embargo, fue al tratar de sujetarla cuando descubrió varios anillos de latón en su garganta. La pobre chica apenas podía mover la cabeza. Cusac supo que le habían realizado el mismo ritual que a las mujeres jirafa de Birmania, consistente en estirar el cuello de forma antinatural. Contó al menos ocho aros que le presionaban la clavícula hacia abajo y forzaban sus vértebras.

Cusac no tenía palabras. Quería gritar, quería huir, quería cerrar los ojos. Pero se obligaba a ser fuerte, a no perder la cordura, a aguantar el infierno frente a frente. Los insectos se colaban entre su ropa, la peste le parecía cada vez más intensa y angustiante, la oscuridad absorbía la luz. Tal vez por eso no escuchó el chasquido de las bisagras, ni los crujidos a su espalda, ni el aviso de la niña hasta que fue demasiado tarde.

—El hombre sin cara está aquí —dijo entre lágrimas.

—¿Qué?

—Detrás de ti.

Roberto apenas tuvo tiempo de girarse un segundo y ver una figura recortada en la penumbra a un paso de su posición. Un hombre con sombrero de pescador y abrigo largo, tan alto que casi rozaba el dintel con la cabeza. No pudo distinguir sus rasgos, solo un paraguas en su mano derecha con el que golpeó a Cusac en la frente haciendo que todo se volviera todavía más oscuro.

—Existen algunos casos documentados de otras personas que se inspiraron en *El hombre que ríe* —dijo el profesor Bastian Menéndez.

Inés se sentía agotada y nerviosa al mismo tiempo. Tenía ganas de saltar de la silla y dar vueltas por el despacho, pero su cuerpo se hundía cada vez más en la butaca. Lo que estaba ocurriendo tenía que ver con la obra de Victor Hugo, estaba convencida. Una novela que partía de unos hechos preexistentes y horribles que, a su vez, ahora inspiraban a otros.

—¿Hubo más casos similares? —preguntó Inés.

—No sé todavía lo que ha ocurrido y no sé si quiero saberlo —contestó Menéndez—. Me refiero a que la influencia de Victor Hugo se vio en otros creadores.

—¿Ficción?

—Hay una película muy famosa, *Slumdog Millionaire*, que transcurre en la India. Recordemos que Victor Hugo dice que allí a los comprachicos se les llama *cheilas*.

Inés no dijo nada. Jamás pudo terminar de ver esa película. Toda obra donde aparecieran niños maltratados la dañaba. Apenas aguantó veinte minutos de esa cinta, y tuvo pesadillas durante semanas. No quería saber qué horrores la aguardaban, pero debía conocer todo lo que el profesor Bastian pudiera contarle.

—En ese largometraje, ambientado en la actualidad, se ve a una especie de comprachicos modernos. En una escena agarran a un niño y lo ciegan para convertirlo en mendigo. Tan sórdido como suena. Todo para hacer negocio. Está claro que lo de Victor Hugo se trata de pura imaginación, pero tenía un gran ojo para denunciar la crueldad humana.

Las guerras habían demostrado que los menores siempre son los más indefensos. Ahí estaba Boko Haram, o los niños bomba de Isis, o el casi millón de menores no acompañados desaparecidos de los campos de refugiados sirios. Y esos eran casos de los últimos años, en las décadas anteriores la barbarie todavía llegaba a cotas más altas.

—En el momento de su publicación, hace casi doscientos años, *El hombre que ríe* ya fue polémico —continuó el profesor—. Sorprende que hoy en día todavía pueda plantear los mismos debates morales que entonces.

—Ya no se trata de debates, ni siquiera de moralidad. Hablamos de que alguien ha puesto en práctica lo que aparece en la novela.

—Eso es horrible, pero la literatura siempre es inocente. Cuando sucede un hecho que escapa a nuestra razón los medios publican que está basado en una película gore, o en un videojuego, o en un cómic.

—En este caso es así.

—Pero no se puede demonizar una obra, sea cual sea, por un hecho puntual. Cuando se produce un atropello se culpa al conductor, no al coche.

Inés podía comprender a quien, en su locura, acaba obsesionado con una obra que debe realizar. Los asesinos en serie se movían por ese tipo de pulsiones. Existen drogas capaces de convertir a una persona en un animal, y las enfermedades mentales no tratadas adecuadamente pueden tener resultados impensables. Sí, claro que podía darse un caso así, era consciente de ello, pero era incapaz de ponerse en su lugar. Secuestrar a un niño ya era atroz, pero hacerle tanto daño no entraba en su cabeza.

—Ha dicho que había más casos inspirados en *El hombre que ríe* —dijo Inés—. ¿Cuáles son?

—El Joker.

Bastian Menéndez rebuscó en un cajón y extrajo el trabajo de un alumno. En él se veía la adaptación clásica de *El hombre que ríe*, con Conrad Veidt como Gwynplaine. A su lado, una ilustración del Joker firmada por Brian Bolland para *La broma asesina*.

—La antítesis de Batman —prosiguió el profesor—. Y hace honor a su nombre. Mientras el justiciero es fuerte, oscuro y cabal, su némesis es un personaje flaco, bromista y loco. Lo más curioso es que muchos psicópatas de ficción se inspiraron en el Joker. Es casi el culmen de la maldad, la cota máxima de perversión y crueldad. Por extraño que parezca, tiene algo magnético que le ha llevado a protagonizar incluso sus propios cómics y películas.

Inés Herrera no aguantó más y se puso en pie. Agarró su bolso y señaló a Bastian Menéndez.

—Nos vamos.

—Tengo clase en media hora.

—Todo esto debe saberlo la policía cuanto antes, y usted es el experto, así que se viene conmigo.

—Son obras de ficción. No sé a quién están buscando, pero mis conocimientos no le serán de ayuda a nadie.

—Eso que lo decidan los investigadores. —Inés apoyó las palmas de las manos en la mesa—. Me acaba de confirmar que el crimen que se ha cometido, lo de ese pobre niño, es un calco de lo que sucede en el libro. Puede que los comprachicos sean ficción, pero Victor Hugo se inspiró en sucesos reales. Y ahora alguien lo está tomando al pie de la letra.

—Tiene que entender que...

—Y, además, *El hombre que ríe* fue el germen del que nació el Joker, quizá el psicópata de ficción más conocido. Y yo no quiero a alguien así suelto por las calles donde juega mi hijo.

Inés le clavó la mirada. Aquel hombre iba a abandonar la comodidad de su despacho de una forma u otra. No iba a ir a la comisaría ella sola.

—¿Quiere ayudar a salvar a unos niños? —preguntó.

Menéndez agachó la cabeza. Ya estaba todo dicho.

—Pues en marcha —dijo Inés saliendo por la puerta.

El golpe había desorientado a Cusac. Le caía sangre en los ojos. Escuchaba un pitido incesante en el oído derecho, cerca de donde había recibido el impacto.

Pero no llegó a caer.

Algo dentro de Roberto le había hecho aguantar el envite en pie. Fue el segundo garrotazo el que lo hizo trastabillar y desmoronarse como un edificio en ruinas.

La oscuridad era casi total. Apenas lograba mantener la consciencia. En sus retinas se movían decenas de chispas de colores. Si fuera por él, se habría desmayado.

—Señor, es el hombre sin cara.

El sonido de la vocecita aterrada le llegó como desde el final de un túnel, o como si estuviera debajo del agua. Pero captó el tono de desesperación y eso activó el instinto de supervivencia. No pensó en su vida, sino en la de esos dos niños sin nombre, en Jaime, en Leo. Había un monstruo ante él que, si no lo detenía, acabaría libre para atacar a otros chicos indefensos.

Palpó a los lados. Encontró la pata de la silla que había usado para hacer palanca y separar las argollas de la pared. La agarró con fuerza y soltó un bastonazo en un arco muy abierto hacia delante. La oscuridad era total, la sangre en los ojos le impedía abrirlos del todo y estaba en el suelo, pero aun así su golpe impactó sobre algo.

Se incorporó lanzando mandobles sin ton ni son. Escuchó pasos tras el pitido de su cabeza. Se limpió los párpados con la manga y vio que ya no había nadie.

—Se ha ido —dijo la niña.

Aquello era una buena noticia que envolvía una mucho peor: Roberto no podía permitir que se escapara.

No estaba en su mejor momento. Había dos niños que dependían de él y que necesitaban ayuda médica urgente. Pero antes debía detener al hombre del saco o nunca más volvería a dormir.

Mareado, se apoyó en la pared. Varios insectos revolotearon a su alrededor. La puerta de entrada situada en el saloncito estaba entornada, pero se cerraba poco a poco por su propio peso. Cusac avanzó un par de pasos y estuvo a punto de caer sobre el cadáver que presidía la sala. Se asomó por precaución al segundo dormitorio, aunque sabía que solo hallaría oscuridad. El monstruo estaba fuera, escapando a través de los campos.

Estaba convencido.

Con una mezcla de prisas y agotamiento, alcanzó la entrada. La luz escarlata lo cegó unos segundos. Luego miró en ambas direcciones, pero allí no había nadie. La sangre regresó de su

frente a sus ojos y tuvo que volver a restregarse con la manga. Respiraba por la boca, casi a estertores, y tenía que hacer esfuerzos para que su visión no se nublara todavía más. Se movía por puro instinto.

Giró hacia la derecha de la infravivienda y se asomó. Nada.

Un ruido de pasos a la carrera a su espalda lo puso en alerta, pero sus reflejos estaban tan entumecidos como sus músculos. Apenas le dio tiempo a cubrirse con los brazos cuando el impacto de una piedra contra su cuello lo mandó de nuevo sobre la lona.

Cusac logró ponerse de costado y colocar los antebrazos ante el rostro antes de recibir el segundo golpe. El tercero fue contra sus costillas desprotegidas.

Pero el cuarto no llegó.

Tardó en darse cuenta de qué sucedía. Un ronroneo lejano, superpuesto al pitido de sus oídos, pero inequívoco: sirenas de policía que se aproximaban.

Roberto ya no estaba allí, pero logró echar una mirada rápida por encima del hombro. Apenas pudo distinguir nada por la sangre en los ojos, pero ante él se encontraba una figura a contraluz, con sombrero, abrigo largo y, ahora lo podía ver, con guantes de cuero.

—No te vuelvas a cruzar en mi camino —dijo con voz neutra—. Es el único aviso que te doy.

Roberto intentó retener cualquier otro detalle que pudiera servir más adelante, pero era inútil. Solo podía ver la encarnación de sus peores pesadillas, el demonio que raptaba niños, el que se escondía bajo una piel de cordero. Ahora estaba ante él, teñido con la paleta de mil rojos de la calima, aguantándole la mirada tras ese sombrero.

El tipo salió corriendo. Cusac hizo el amago de estirar el brazo para agarrarlo del tobillo, pero se quedó en una intentona. Apenas podía moverse. La idea de cerrar los ojos y quedarse dormido en aquel colchón de hierbajos y cristales rotos le parecía muy tentadora.

No supo cuánto tiempo había transcurrido hasta que escuchó la voz de la inspectora Segura.

—¡Está aquí! —dijo—. Dios, ¿qué le ha pasado?

—Los niños... —murmuró—. Están dentro.

—Nosotros nos ocupamos.

Roberto quiso decir que el hombre del saco estaba cerca, que era él quien lo había atacado, que lo persiguieran, que no pisaran cerca de donde se encontraba para no malograr las huellas..., pero al escuchar que se iban a ocupar de los niños sintió como toda la tensión desaparecía y, esta vez sí, se dio permiso para navegar por la inconsciencia.

Los niños estaban a salvo.

Leo estaba a salvo.

Jaime...

Parte 2

Jaime...

El sueño se repetía siempre de la misma forma.

Roberto iba con su hijo de la mano caminando por una calle cualquiera. A veces era una ciudad céntrica. Otras un barrio a las afueras.

Era algo normal. Una situación como cualquier otra. En su mente no había sentimientos de culpa, o de añoranza, o de tristeza. Era como si siempre hubiera sido así, como si Jaime jamás hubiera desaparecido. Estaban juntos, que era lo importante.

Pero, por alguna razón, siempre que miraba a su hijo, Jaime tenía la cabeza vuelta en otra dirección. No le podía ver el rostro. Estaba a su lado, apretando la mano con dedos fantasmales, pero su cara siempre estaba girada.

Entonces una puerta se abría y unos brazos agarraban a Jaime y lo introducían en el interior antes de volver a cerrar.

Apenas un pestañeo.

Un latido.

Jaime ya no estaba.

Ahí el sueño se convertía en desesperación e impotencia, dos emociones que Cusac tenía más que aprendidas. Y le asaltaban las dudas. Trataba de abrir la puerta y estaba cerrada. Y golpeaba. Y sacaba el móvil pero no atinaba a marcar el número de emergencias. Y escalaba la fachada, porque había descubierto un agujero que antes no estaba y por el que podía introducirse. Y al mismo tiempo sabía que si entraba en ese lugar sin avisar a la policía tal vez no los encontrarán a ninguno de los dos. Y el teléfono no funcionaba, y no podía abrir, y nadie contestaba a sus gritos, y se resbalaba al tratar de subir, y se rompía las manos golpeando, y Jaime ya no estaba.

Jaime ya no estaba.

Lo había vuelto a perder. Otra vez. Ahora que caminaba a su lado se lo quitaban de nuevo. Alguien se lo llevaba. A plena luz. En sus narices. Y no podía hacer nada.

Desesperación.

Culpa.

Impotencia.

Pesadilla.

Roberto abrió los ojos. ¿Dónde estaba Jaime? ¿Dónde estaba él?

—Tranquilo —dijo una voz familiar—. ¡Enfermera!

Tubos, pitidos, un gorgoteo, olores extraños, un cable pinzando su nariz. Cusac se agitó. La pesadilla era un monstruo oculto en su cabeza que arañaba el cráneo desde dentro intentando salir.

—Soy yo, Roberto —dijo Inés a su lado—. Estás en Urgencias.

Cusac centró la vista. La voz provenía de una mujer. Su esposa. Inés.

—¿Hospital? —preguntó, todavía muy desorientado—. ¿Cómo he llegado a...?

No pudo completar la frase. Una oleada de recuerdos le sobrevino, dejándolo abrumado. Recordó a Izan, la casa vieja, el cadáver putrefacto, los niños encadenados, el individuo que lo atacó por la espalda.

—Los niños —dijo, sin saber si era una afirmación o una pregunta. Solo eso, los niños, con todos los significados que podía tener.

—Están bien, los salvaste.

—Están bien...

—Deshidratados, pero ya se están recuperando.

—Pero... lo que les han hecho...

—Los médicos son optimistas. Creen que pueden revertir el proceso sin que queden demasiadas secuelas.

—¿De verdad?

—Eso han dicho. Lo que les ha pasado ha sido aterrador, necesitarán tratamiento psicológico para recuperarse, pero podrán llevar una vida normal. Su futuro les pertenece, llegarán a ser todo aquello que se propongan. Siena, la niña, dice que de mayor quiere ser policía como el hombre que la salvó.

Roberto se echó para atrás, exhausto. Le parecía haber corrido un maratón. Ni siquiera se había percatado de cuánto le dolía la cabeza o de que tenía media cara hinchada. Un relámpago iluminó la habitación y en ese momento se dio cuenta de que estaba lloviendo. El viento azotaba la ventana y las gotas de agua golpeaban en el cristal. Después llegó el trueno y el cielo parecía quebrarse sobre ellos.

Nunca llovía en Murcia. La última vez murió gente.

—¿Han llamado? —preguntó una enfermera entrando a la habitación.

—Se ha despertado —informó Inés.

—Eso es bueno. Voy a avisar al médico.

—Gracias.

La mujer se marchó de nuevo por el pasillo. Cusac miró a los lados. Estaban solos en el cuarto.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Casi un día. Te dieron una buena tunda, pero los médicos dijeron que todo iba bien. ¿Por qué te arriesgaste tanto? A veces parece que quieras que te maten.

Roberto asintió. Él también tenía ese sentimiento desde que había dejado el alcohol. No era algo constante, ni siquiera que pensara de verdad, sino un impulso inconsciente. Cuando aceleraba de más por la autovía no veía el peligro, pero sí al llegar a su destino. Entonces se preguntaba qué necesidad había de poner el coche a esa velocidad. En ese instante simplemente actuaba, los remordimientos llegaban después. Algo así fue lo que sucedió en la casa vieja donde retenían a los otros niños. Ahora sabía que, si se hubiera quedado fuera vigilando, no solo estarían los niños a salvo sino que él habría sido quien habría emboscado al responsable de su secuestro y no al revés. Lo habrían detenido. Estaría entre rejas.

—Lo tuve ante mí—dijo—. Al desgraciado que les hizo eso a los niños.

—Ya hablaremos de eso. Ahora será mejor que descanses.

—Me atacó. No lo vi venir. Dios, casi me... Prefiero no pensarlo.

—Lo importante es que esos niños están a salvo. Solo te pido que la próxima vez vayas con más cuidado. Tienes una familia que te quiere, recuérdalo.

Cusac asintió. No podía explicarle que si se la jugó entrando en esa casa antes de que llegara la policía fue para proteger a Leo. Más allá de salvar a esos niños, necesitaba estar convencido de que nada malo le podía ocurrir a su hijo, y eso pasaba por entrar en aquel chamizo. Ahora sabía que su pesadilla era real y que él siempre iba a entrar por la puerta de los horrores.

—¿Dónde está Leo?

—Se ha quedado con Feli. ¿Quieres que venga a verte?

—Estoy bien —mintió—. Es solo un golpe, ya lo veré en casa. Vamos, quiero saber qué ha pasado.

—Eso es lo mismo que dijo esa inspectora tan seria.

—¿Sara Segura?

—Te va a interrogar. Quiere saber todo lo que pasó para llegar hasta este punto. Tú también podrás preguntarle todo lo que quieras.

—¿Puedes llamarla?

—Ni hablar. —Inés le golpeó en la pierna—. Necesito un poco de calma, ¿vale? He descubierto algunas cosas mientras tú jugabas a ser el Capitán América.

El gesto de Inés Herrera se volvió serio, oscuro incluso. Roberto comprendió que pasaba algo malo.

—¿Sabes quién es Victor Hugo?

Roberto Cusac habría apostado el brazo a que Sara Segura llevaba la misma ropa que en su último encuentro, pero la inspectora parecía de esas personas que nunca pierde un envite, así que tal vez tenía vestuario repetido como los personajes de dibujos animados. El diluvio de fuera no parecía influir en su estado de ánimo.

La cafetería bullía de actividad. Era complicado distinguir a los médicos que doblaban turno de los familiares que acababan de recibir malas noticias. La principal diferencia entre unos y otros era que los primeros llevaban uniforme de hospital. Todos mostraban el gesto cansado y la mirada caída. Cusac se preguntó si alguno estaba allí por propia voluntad, si habría alguno que no saliera corriendo sin mirar atrás si le dieran la oportunidad.

—¿Empezamos? —preguntó la inspectora.

Roberto se había negado a hablar en la habitación. No estaba enfermo, no quería goteros ni máquinas enganchadas a él. Era una cuestión de principios, odiaba que lo vieran como alguien convaleciente, y tampoco pensaba pisar la comisaría. Si querían charlar con él, sería allí. Nadie puso objeciones.

—Cuando quiera.

Sara apretó el botón de una grabadora y sacó un bolígrafo para tomar notas. En las sillas colindantes estaban Inés, como su abogada, un policía y una guardia civil. A varios metros esperaba el profesor Bastian Menéndez.

—¿Cómo descubrió la casa, señor Cusac?

—Fue una mezcla de instinto y suerte. Pensé varias posibles rutas que pudo haber tomado Izan cuando escapó y calculé la distancia que lograría recorrer. Llegué a una zona con algunos chalets y allí encontré una veleta que se correspondía con la descripción de «molino pequeño» que me había dado el chico. Hablé con la dueña y me señaló una casa cochambrosa a unos cien metros de distancia.

—¿Por qué entró?

—Estaba abierto. Y por el olor parecía que había alguien muerto.

—Cuéntenos qué vio dentro.

—Había un cadáver en el suelo. En una habitación más al fondo se escuchaba un televisor. Allí fue donde encontré a los dos niños encadenados.

Roberto tenía la mirada fija en la inspectora, pero notó que Inés se retorció levemente en su silla. Él mismo se esforzaba por no temblar mientras lo contaba.

—Prosiga.

—Comprobé que estaban vivos y forcé el enganche que los sujetaba a la pared. No sabía si cargarlos en brazos o sacarlos uno a uno. Vi que estaban muy mal. Entonces la niña de los aros en el cuello me advirtió que había alguien detrás de mí.

—El hombre sin rostro.

—Así lo llaman.

—Según la testigo, hubo un forcejeo.

—Fue más bien un ataque a traición. Sentí un impacto en la cabeza y casi perdí el conocimiento. Entonces agarré un palo para defenderme y creo que conseguí golpearlo. El tipo se marchó hacia la calle y lo seguí. Ahí ya estaba bastante tocado.

—¿Y luego?

—Salí fuera y me volvió a atacar por la espalda. Solo paró cuando oyó las sirenas del Séptimo de Caballería al rescate. Y ahí creo que fue cuando me desmayé.

Sara Segura terminó de tomar notas. Roberto había tratado de ser todo lo concreto y escueto posible con tal de facilitar su trabajo. Había sido policía y no quería hacerles perder el tiempo.

—¿Podría describir al asaltante?

—Era alto. Llevaba un sombrero, abrigo largo y guantes de cuero, no recuerdo si negros o marrones.

—¿Le pudo ver la cara?

—Estaba muy oscuro. Y en el exterior me atacó por detrás, no lo vi venir.

—Izan ya está en tratamiento con especialistas y ha hecho un dibujo de ese hombre sin rostro. Me gustaría enseñárselo.

La inspectora Segura le mostró un papel garabateado. En él se observaba una figura de negro, enorme, ocupando casi todo el folio. Pero lo más llamativo era la cara. Apenas le había dibujado dos puntos como ojos y un tercero como boca. Un aspecto inexpresivo y perturbador. Roberto sintió un escalofrío. Más que de una persona, aquel era el dibujo de un mal sueño, de un ser de ultratumba, de un espectro sin alma.

—Lo siento —dijo Cusac—. Ojalá pudiera decirles algo más.

—Está bien. ¿Algún otro detalle que pueda aportarnos? ¿Forma de moverse, algo distintivo, tono de voz?

—Sí. Me amenazó.

—¿Cómo dice?

Ahora sentía todas las miradas puestas sobre él, pero la que más le dolía era la de Inés. En la habitación le había dicho que no se metiera en líos, que tenía una familia, y ahora él iba a dinamitar toda esa confianza.

—Me dijo que me apartara de su camino.

Sara Segura se echó hacia atrás y dejó de tomar notas.

—¿Cuándo fue eso?

—Al oír los coches patrulla, cuando me tenía a su merced.

—¿Cómo era su voz? ¿Puede describirla?

Roberto se concentró. Era complicado dar una respuesta. Sabía que lo que dijera quedaría registrado, que esa información se la pasaría a los investigadores y la tomarían como cierta. Debía atinar con las palabras y los matices.

—Pastosa —dijo al fin—. Como si tuviera alguna dificultad para hablar, o algo en la boca. Tal vez un aparato o un chicle, no lo sé.

Segura tomó nota. Nadie más habló. Incluso el murmullo de la cafetería pareció apagarse.

—¿Algo más?

—Solo una cosa —añadió—. Me podía haber rematado en diez segundos, pero en vez de eso se largó.

—Sí, ¿y qué?

—En el tiempo que tardó en amenazarme me podía haber aplastado la cabeza con una piedra, pero no lo hizo.

—Tal vez es listo y no quería añadir el homicidio a su lista de crímenes.

—Ese tipo es un psicópata. Secuestra a niños y los tortura, pero no ha matado a nadie. Es peor que un asesino en serie.

—¿No lo remató porque no es un homicida? ¿Es eso lo que plantea?

—Hasta dónde yo sé, no le ha quitado la vida a ninguna de sus víctimas. Es como si todo formara parte de un juego, o de un plan, y las necesitara con vida.

Sara Segura guardó el bloc de notas y el bolígrafo en el traje.

—Yo creo que fue hasta esa casa para borrar huellas. Iba a matar a los niños cuando usted apareció. Están vivos de milagro.

La inspectora se levantó y el séquito de uniformados que la acompañaba la imitó.

—Gracias por su ayuda, señor Cusac. Si requerimos nueva información nos pondremos en contacto con usted.

Roberto golpeó la mesa con la mano abierta.

—Y una mierda —dijo.

Todos se quedaron perplejos ante la salida de tono.

—Estoy tan metido en esto como vosotros —continuó—. Me ha amenazado un maniaco que mutila a chiquillos. Estoy dentro, ¿vale? No me voy a quedar de brazos cruzados. Así que contadme qué más ha pasado mientras estaba sedado.

Nadie dijo nada. La inspectora alargó la mano y apagó la grabadora.

—No tengo por qué contarle un carajo —contestó—. Pero si quiere podemos hablar mientras fumo un cigarro.

—La prensa se nos va a echar encima —dijo la inspectora, mientras fumaba tabaco de liar—. Saben algo, pero antes o después se filtrarán los detalles y nos estallará en la cara.

Estaban fuera del recinto, cerca del parking principal, bajo un saliente de hojalata. El día era más despacible incluso de lo que parecía desde la ventana. El viento los atravesaba a ráfagas gélidas mientras el agua caía sin piedad arrastrando arena rojiza que embarraba el suelo. Inés y el profesor Menéndez estaban con ellos.

—Hay algo que hemos descubierto gracias a la ayuda de su abogada, aquí presente —continuó—. Pero mejor si se lo explica nuestro..., no sé cómo llamarlo. ¿Experto?

—No es necesario que me llame de ninguna manera —contestó el profesor—. Solo estoy aquí para sumar lo que pueda.

—¿Qué es lo que tengo que saber? —preguntó Cusac.

Con voz cadenciosa, vestigio de horas y horas de clases ante alumnos, Bastian Menéndez realizó un rápido repaso de los comprachicos y de todo lo que podía ser relevante de la novela de Victor Hugo. Hizo hincapié en determinados aspectos de los crímenes que coincidían a la perfección con lo narrado en *El hombre que ríe*. Roberto no dijo nada, inmerso en una aparente serenidad, pero Inés sabía que su marido se retorció por dentro. A ella no podía engañarla, se conocían demasiado bien. Al acabar, el profesor Menéndez se retiró y dejó paso de nuevo a la inspectora.

—Los niños desaparecieron en un lapso de cinco meses en distintas localidades —dijo Sara Segura—, lo que nos dice que el secuestro ha durado entre dos y tres años. Hasta donde sabemos, los han tenido encerrados en ese agujero desde entonces, con la televisión siempre encendida. Los alimentaban y poco más. No han recibido cariño, ni educación. Por suerte, los médicos creen que sus lesiones son reversibles y se recuperarán.

—¿Nombre? —pregunto Roberto.

—Rogelio Cruz Saavedra. Sesenta y siete años, sin ocupación conocida. Viudo con una hija, estamos tratando de localizarla. La casa estaba a su nombre. Creemos que sufrió un derrame cerebral y murió en el acto. Los niños se quedaron sin su carcelero, pero también sin nadie que les diera de comer.

—Ese indeseable me da igual. Digo los niños. ¿Cómo se llaman?

Sara Segura asintió. Se llevó el cigarro a los labios y mostró un informe.

—Siena Alcaraz Serrano, de seis años. Desapareció en una zona de costa, se creía ahogada. El niño es Thiago Zamora Espín, de cinco. Se le perdió el rastro cerca de Moratalla. Se sospechaba

que había muerto al despeñarse, pero como no apareció el cuerpo se siguió investigando como desaparición.

—Dios...

Inés le puso la mano en el hombro. Cusac temblaba. El clima era hostil, incluso agresivo, pero era por sus venas por donde corría el dolor.

—Alguien está usando a los comprachicos como modelo para sus crímenes —dijo Inés—. Se lleva a niños y los trata de deformar, no puedo imaginar con qué motivo.

—Es una locura.

—Eso pensábamos todos —contestó la inspectora Segura—. Pero en la casa encontramos esto.

De nuevo, le mostró un informe que llevaba en una carpeta. En él se observaba un ejemplar de *El hombre que ríe* de tapa dura. En la portada se veía un saltimbanqui con mallas rojas y blancas que tenía una inquietante sonrisa en el rostro. Tras él, una chica con los ojos vueltos y un anciano de barba blanca tocando el violín ante un perro. Un carromato completaba la tétrica escena.

—Era el único libro en toda la casa —continuó Sara—. Lo están examinando en el laboratorio en busca de huellas o tejidos. Lo que sabemos: se trata de una edición de la Editorial Bruguera perteneciente a la colección Joyas Literarias, de 1972. Pero lo más llamativo es que parece haber sido sustraído de la Biblioteca Pública de Yecla.

La inspectora señaló una segunda imagen de sus fotocopias. Hasta en seis páginas diferentes aparecía el sello de la biblioteca.

—¿Yecla? —preguntó Roberto—. Eso está en el altiplano, muy al norte.

—No entendemos por qué robó ese y no otro de una más cercana, estamos investigando.

—¿Qué posibilidades hay de que apareciera *El hombre que ríe* en esa casa? —interrumpió Inés—. No es casualidad, sino algo premeditado. Nuestra teoría es correcta.

—¿Y qué tratas de demostrar? —Roberto levantó la voz—. ¿Es algún culto raro?

—En el caso de la novela, los comprachicos eran cristianos devotos, por extraño que parezca —explicó el profesor—. Pero en la realidad sí se han dado casos amparados por la religión, como la ablación del clítoris o...

—¿Qué es todo ese revuelo? —le interrumpió la inspectora.

Varias furgonetas con distintivos de cadenas de televisión llegaron en tromba al aparcamiento levantando cortinas de agua sucia a su paso. De cada una de ellas descendió un periodista con una cámara envuelta en plásticos. En apenas unos segundos ya tenían montado un estudio portátil en la puerta del hospital sin importarles el aguacero.

—Han tardado menos de lo que esperaba —continuó Sara Segura, aplastando el cigarro con el zapato—. Esta mañana rondaban la casucha del tal Rogelio, pero ya se han enterado del tema de los niños.

—Mierda.

—Es mi marrón, yo me ocupo. —La inspectora recogió sus fotocopias—. Esta conversación

no ha tenido lugar. Si surge cualquier otro tema, ya tienen mi número.

Mientras se alejaba hacia el hospital, Roberto se arrancó la pulsera identificativa.

—Voy a pedir el alta voluntaria —dijo—. Nos vamos de aquí.

Leo saltó a los brazos de Inés cuando la vio entrar por la puerta.

—¡Mamá! —dijo—. Mira, he hecho un dibujo de Roblox.

—Sabes que no me gusta que veas esas cosas.

—Me ha dejado Feli.

—Ya hablaré yo con ella.

—¿Para mí no hay abrazo? —preguntó Roberto—. Que he estado en el hospital.

—Papá, eres un flojo.

—Encima.

Inés vio a sus dos hombres fundirse en un abrazo. El niño estaba deseando acabar con ese trámite para mostrar su arte con los lápices, lo cual era su prioridad en ese momento. El padre, por su lado, no quería separarse de él y el abrazo acabó casi convertido en una llave de judo.

—Ya vale, papá.

Inés sabía lo que le pasaba por la cabeza porque sus pensamientos eran muy parecidos. Como madre, había desarrollado una habilidad de forma lenta y contraria a su instinto consistente en confiar en que su hijo estaba a salvo aunque no estuviera ella delante. No fue fácil. Y cuando volvía a casa, el trotar de sus pies, su voz chillona y el desorden que dejaba a su paso le parecían tranquilizadores. Leo estaba bien. Era un niño feliz y sano. Y ella no necesitaba más en aquellos momentos en que las pesadillas se volvían reales.

—Suéltalo ya que se está poniendo azul —dijo Feli acercándose a ellos.

—Gracias por quedarte con Leo, te debo otra —contestó Inés.

—Ya me cobro yo atacando vuestra nevera, no te preocupes. Y es un sol de niño, de verdad que no me importa.

—Gracias de todas formas.

—Ven aquí, campeón. —Roberto agarró a Leo en brazos y se lo llevó al cuarto—. Quiero que me cuentes todo lo que has hecho estos días.

—Jo, papá...

—Y he dicho todo.

Inés conocía a su esposo. No podía ocultar que revisaba a Leo como si de un examen forense se tratara. Le miraba las manos asombrado de que estuvieran en su lugar, como si quisiera asegurarse de que nadie las había deformado, de que todo seguía su curso natural. Le acarició el cuello y le palpó la espalda antes de apretarlo de nuevo en otro abrazo. Luego lo bajó y fueron juntos al dormitorio, donde el pequeño había dejado su cuaderno del colegio.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Feli, mucho más seria—. ¿Sabes algo nuevo?

—Tenía razón —contestó Inés—. Encontraron un libro de *El hombre que ríe* donde escondían a los niños. ¿Qué puede pretender alguien que hace algo así?

—No le des vueltas. No lo vas a entender nunca.

—No puedo evitarlo. Es... Aunque no quiera pensar en ello, al final me vienen las imágenes.

—Es normal. Nuestro cerebro actúa así. Hazme caso, soy psicóloga.

—¿Qué les pasará ahora a esos niños? ¿Podrán llegar a olvidarlo?

—El tiempo lo dirá. Con un tratamiento adecuado, ¿por qué no? La mayoría de los recuerdos reprimidos tienen que ver con sucesos traumáticos de la infancia, aunque al haber sido durante un tiempo tan prolongado... Es pronto para saberlo.

—Qué horror.

—La vida está llena de momentos así —prosiguió Feli—. Todos hemos sufrido y sufriremos. Los niños son más vulnerables, y al no ser parte activa de la sociedad muchas veces lo olvidamos. ¿Alguien conoce el índice de pobreza infantil? A la gente le interesa más saber si una tonadillera se ha liado con un torero.

—Todos necesitamos evasión, no podemos vivir en una amargura constante.

—Este caso, dentro de todo lo que supone, quizá sirva de llamada de atención para que los que pueden decidir tomen medidas.

—¿De qué estás hablando?

—Está en todos los canales. No paran de salir informaciones nuevas. Algo así hace remover las conciencias. Es atroz lo que ha ocurrido, pero ya que todo tiene un final feliz para ellos, al menos que como sociedad nos sirva para replantearnos ciertas cosas respecto a la infancia.

Inés asintió sin demasiada convicción. A ella le gustaría vivir en un mundo donde nada de esto ocurriera jamás, donde los monstruos no se llevasen a los niños y los padres no tuviesen que tomar pastillas para conciliar el sueño. Pero era imposible. La vida de color de rosa era algo que solo existía en los cuentos de hadas.

—Egea os quiere ver en la asociación —dijo Feli mirando el reloj de cocina, que marcaba las doce de la mañana—. No está muy contento, la prensa también ha acampado en su puerta.

La radio del coche informó de que la borrasca duraría varios días, tal vez semanas, y que afectaba a todo el país, no solo a Murcia. El río Segura, en general apacible, ya se mostraba nervioso y con más cauce del normal. Las calles estaban desiertas, con la gente resguardada en bares, viviendas y centros de trabajo. Quienes se veían obligados a salir luchaban con paraguas baratos contra precipitaciones que caían de lado. El agua, en lugar de limpiar, llegaba con posos de calima y enturbiaba el suelo con un barrizal pastoso. Y eso era solo el comienzo.

Inés aparcó el coche en zona azul y sacaron los paraguas del maletero. No llevaban ni un minuto en la calle y ya estaban empapados. El cielo lucía encapotado, con brochazos de nubes, unas más oscuras que otras, y sumía aquella tarde en una oscuridad artificiosa.

Los periodistas rondaban el local de la ADI. Se resguardaban como podían del agua, algunos en los portales, otros aguantando el frío y la lluvia con unos impermeables gruesos de plástico. Lo que estaba claro era que, por orden de una autoridad superior a la que temían más que al infierno, no se iban a mover de allí. Inés y Roberto se agarraron de la mano por inercia al ver las cámaras y los micrófonos.

—¿Crees que saben quiénes somos? —preguntó ella.

—Lo que pienso es que antes o después tendremos que pasar por delante —dijo él—. Y prefiero que me esperen aquí a que acampen en la puerta de casa.

—Pues al ataque.

Avanzaron con paso firme esquivando los charcos que se formaban en la acera y, cuando llegaron a la puerta, los reporteros se les echaron encima y los focos de las cámaras se encendieron. Las preguntas comenzaron a volar entremezcladas, sin sentido. Solo querían que se parasen, que entraran al trapo. «Roberto, Roberto, Roberto», repetían sin parar, pero ellos aguantaron el tipo y entraron en el local. La sala de espera estaba desierta y los objetivos seguían apuntándolos a través de los cristales.

—¿Crees que ya estaremos en YouTube? —preguntó Cusac.

Había unos cartones en el suelo que no habían evitado que todo estuviera embarrado. Dejaron los paraguas en la entrada y comprobaron que estaban calados de cintura para abajo. Continuaron por el pasillo. El despacho de Anselmo Egea tenía la luz encendida y la puerta entornada. Al entrar lo vieron decaído, mirando las noticias en la pantalla de su ordenador. Sobre la mesa tenía una botella de whisky barato y un vaso de tubo.

—Los encontré, Anselmo —dijo Roberto al entrar—. Los salvé.

Egea no dijo nada. Las bolsas bajo sus ojos parecían haber crecido desde la última vez que se

vieron.

—¿Anselmo? —lo llamó Inés Herrera.

—Lo sé —contestó—. Lo sabe toda España.

—Ya hemos visto el enjambre que hay en la puerta. Deberías salir y contarles lo que hacemos en la asociación. Es publicidad gratis.

Anselmo cerró la pantalla de su portátil y les lanzó una mirada fría y sin compasión.

—¿Gratis? No hay nada gratis. Esto nos va a salir muy caro.

Cusac se acercó a él. Sus pasos eran lentos, sus movimientos transmitían serenidad. Estiró la mano hasta la botella y la apartó. El teléfono fijo empezó a sonar.

—Creo que has bebido de más.

—No voy a aceptar consejos de un alcohólico —gruñó Anselmo.

—Tampoco te pases —respondió Inés.

—Quien se ha pasado aquí ha sido él —dijo señalándolo con el dedo—. ¿Pero tú de qué vas? ¿Ahora eres John Wayne?

—Anselmo, por favor...

—¿Cuántas veces hemos hablado de esto? Eres un detective contratado a media jornada, por el amor de Dios. No puedes salir y darte de puñetazos con un secuestrador.

—Salvé a los niños —contestó Cusac.

El teléfono seguía sonando. Anselmo levantó el aparato y volvió a colgar sin contestar.

—¿Y si te llegan a matar? —preguntó—. ¿Y si después matan a los zagales? Ya no eres policía, no puedes ir entrando en casas ajenas.

—Era mi deber.

—¡Nos pueden demandar! La asociación está en un momento demasiado delicado como para que tú te hagas el héroe. ¡Dios! Tendrías que haberte quedado fuera y llamar a la policía, ese era tu deber.

El timbre del teléfono resonó de nuevo por todo el despacho. Anselmo levantó el auricular y lo dejó caer otra vez con violencia, cortando la llamada.

—No entiendo que estés tan enfadado. Los niños están a salvo. Casi me matan, sí, pero a mí, no a ti.

—Claro que no me entiendes. Si me escucharas alguna vez, quizá lo harías, pero siempre vas por libre.

—No sigas por ese camino, Anselmo.

—¿Has salvado a los niños? Perfecto. Genial. Nadie discute eso. Pero si no llega a salir bien, si alguno de esos chicos hubiera muerto, el que pisaría la cárcel sería yo, porque soy el que te ha contratado.

—Mira, no he venido aquí a que me eches el sermón. Si me quieres despedir, adelante. No te voy a poner problemas.

—No, nada de despidos. Ahora apechugas delante de las cámaras, como todos. Pero no vas a

volver a irte por ahí a lo Charles Bronson, ¿me oyes? A partir de ahora, trabajo de oficina.

—Con todo el cariño que te tengo, Anselmo, ya te digo ahora que haré lo que quiera, ¿vale? Egea negó con la cabeza y se hundió más en su silla de escritorio. El teléfono volvió a sonar.

—Asco de periodistas, llevan así todo el día. —Anselmo descolgó—. ¿Quién es? Aguardó unos segundos en silencio, levantó la mirada y estiró el brazo hacia Roberto.

—Quieren hablar contigo, Chuck Norris.

—¿Quién es?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Roberto agarró el auricular. Inés lo miraba entre expectante y cansada.

—Hola, ¿es usted quien encontró a esos niños?

La voz al otro lado de la línea era de un hombre. Se le notaba agotado, con algún leve temblor en la dicción.

—Soy Roberto Cusac. ¿Quién es?

—Tenemos que vernos, señor Cusac. Es sobre el hombre sin rostro.

Al escuchar ese nombre, sus sentidos se agudizaron. Roberto tapó el micrófono.

—Anselmo. ¡Anselmo! ¿Los medios han dicho algo sobre el hombre sin rostro? Egea lo miró extrañado.

—No sé de qué me estás hablando.

Inés tecleó algo en su teléfono y le mostró la pantalla. Ninguna noticia lo mencionaba. Roberto activó el altavoz para que todos escucharan la conversación y puso en marcha la grabadora del móvil.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Cusac a su interlocutor.

—Lo llaman así, ¿verdad? Mi niña también.

—¿Niña?

—Ese hombre me la trajo hace meses. Le está..., le está haciendo algo. Y yo ya no aguanto más.

—Tranquilo, hablemos, ¿de acuerdo?

—Necesito que venga y se la lleve. Está sana, la he cuidado bien.

—¿Dónde está?

—Apunte la dirección. Calle Capuchinos, número 37, piso quinto. Está en el barrio del Carmen, cerca de la estación de tren. Por favor, venga solo, no quiero ver a la policía.

El tipo cortó la llamada. El despacho se quedó en silencio. Roberto miró a Anselmo.

—No vayas —dijo Egea.

Cusac levantó la cabeza y clavó sus pupilas en Inés. Tuvieron una conversación sin palabras: no te pongas en peligro, piensa en Leo.

—Llamad a la policía —contestó Roberto—. Decidles que yo estoy de camino.

La calle Capuchinos era tan estrecha que no tenía ni acera. Unos bolardos metálicos separaban la parte donde podían caminar los peatones del resto de la calzada, lo que la hacía aún más intransitable para los vehículos.

Roberto aparcó en doble fila en la cercana Floridablanca y regresó sobre sus pasos buscando el número 37. Ya no le importaba si se ahogaba en aquel diluvio o le caía un rayo. La calle era oscura y tenía manchas de aceite en el empedrado que ni la lluvia había conseguido arrancar. Los edificios eran antiguos y las fachadas mostraban claros signos de fatiga. Era un barrio de gente trabajadora, con comercios familiares y paseantes confiados. Murcia se mostraba allí sobria, sin estridencias, un laberinto de callejones que se enroscaban entre construcciones de ladrillo naranja.

Cusac caminaba por inercia. Aquella zona no la tenía demasiado pateada. Ignoraba qué haría cuando llegase al portal. De nuevo, iba desarmado y sin un plan. Solo sabía lo que aquel tipo le había contado. Una niña. El hombre sin rostro.

La pesadilla.

Recordaba flashes de sus sueños, todos parecidos pero cambiantes. Una puerta que se abre, unos brazos que le arrancan a Jaime de su lado, una desesperación que nunca acaba. Y una decisión: entrar o no.

El número 37 correspondía a una edificación de los años sesenta, de cinco alturas, con balcón de barandilla metálica. Toda la fachada era gris, tanto el estucado superior como los bloques de la planta baja, como si quisiera mimetizarse con el asfalto para no llamar la atención.

La puerta de entrada estaba abierta. Roberto observó que enfrente había un contenedor de obra, por lo que supuso que los albañiles la habían dejado así. Se preguntó si el individuo con quien había hablado conocía ese detalle.

Se asomó al interior. Era oscuro y olía a moho. Los buzones de la pared estaban repletos de publicidad, como si todos los vecinos hubieran perdido las llaves a la vez y nadie se hubiera preocupado por recuperarlas. No fue consciente de lo empapado que estaba hasta que estuvo bajo techo. Avanzó sorteando un primer tramo de escaleras hasta llegar al descansillo. No había ascensor. La única forma de subir o bajar era escalón a escalón.

Su objetivo era la quinta planta, pero no se fiaba. En cada piso hizo una pausa y estudió lo que veía. En la primera encontró una puerta nueva, con cerradura de seguridad y una placa que indicaba el nombre de una pareja. No se escuchaba nada dentro. Realizó el mismo ritual de pararse a vigilar en cada una de las plantas. No vio rastros de pasos mojados en los escalones,

pero eso tampoco era indicativo de nada. Quizá mandarlo al quinto era una estratagema para atacarle por la espalda saliendo desde el cuarto. Aún le dolía la cabeza de la paliza. Tenía toda la ropa calada y temblaba de frío. No estaba en su mejor momento y eso jugaba en su contra.

Al llegar al último piso vio que algo no encajaba. La puerta estaba entornada. Su corazón se aceleró, sentía la adrenalina golpeando las sienes y acerando cada uno de sus sentidos. Echó una rápida ojeada por el hueco de la escalera, pero no vio nada. Tenía que ser allí. Aquella era la guarida del monstruo.

Avanzó con la espalda pegada a la pared. El lugar apestaba a algo que no supo distinguir, un producto químico muy abrasivo que hacía que le costase respirar, una mezcla entre Zotal y algo dulce. Se asomó al quicio, pero seguía sin observar nada extraño. Empujó con cuidado la hoja y las bisagras chirriaron de puro dolor. La puerta quedó entreabierta; el sonido habría despertado al mismísimo demonio. Con cuidado, se colocó en el hueco y miró hacia la negritud.

Al principio no vio nada. Solo oscuridad. Las ventanas estaban tapadas con algo, tal vez cartones. De fondo se escuchaba una respiración pesada. Palpó la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Al activarlo, la entrada se iluminó y vio algo que le dejó helado.

Había un pequeño recibidor que desembocaba en un salón. Y en él, a escasos metros, una figura enorme, con barba y barriga prominente, aguardaba en pie. Vestía una camiseta de tirantes que en algún momento fue blanca y un pantalón de chándal gris. Iba descalzo y miraba a Cusac de frente. Pero lo que más le impresionó fue el enorme cuchillo de carnicero que portaba en la mano derecha.

—Puede pasar —dijo con voz ronca.

Fue pronunciar esas palabras y desaparecer de nuevo en el interior de la vivienda. Cusac se quedó paralizado. Su primer impulso fue el de entrar, igual que en su pesadilla. Pero oía las palabras de Inés recordándole que no se pusiera en peligro, que Leo debía crecer con un padre. Ya había tropezado una vez con esa piedra y casi le matan. Pero también había rescatado a dos niños. Ahora le esperaba un individuo más grande que él, con un trozo de acero enorme en las manos con el que quizá estaba asesinando a alguien mientras él dudaba sobre cómo actuar.

La luz de la escalera se apagó. Y volvió a encenderse. Se escuchó ruido de pisadas en la parte baja. Al asomarse, vio una fila de uniformados que subían a toda velocidad. Entre ellos, destacaba el pelo largo de la inspectora Sara Segura.

—¡Cusac! —le gritó—. ¡No entre!

El tiempo se cristalizó. La tropa de policías llegaría al quinto piso en apenas seis segundos. Debía reaccionar, y debía ser rápido. Instinto contra razón. Mente y corazón enfrentados. El eterno dilema. Y, entre el ruido de botas subiendo los peldaños, le pareció sentir unos dedos de niño que le apretaban la mano derecha y le acompañaban al interior. Ni siquiera estaba seguro de si lo había imaginado, pero sus pies se movieron solos y entró.

Fue hacia el salón oscuro. Sin precauciones. Como si al otro lado no hubiera un mastodonte empuñando un cuchillo. Como si allí acabara todo.

Entró. Miró alrededor. Y se quedó mudo de pánico.

Todo sucedió muy rápido y luego se congeló.

Primero llegó la policía y se parapetaron en la escalera. Roberto estaba en el interior de la casa y era imposible sacarlo a rastras sin exponerse. En apenas un pestañeo tomaron posiciones desde el descansillo, con las armas apuntando a la oscuridad donde aguardaba Cusac.

—¡Mierda! —gritó Sara Segura—. Salga de ahí. ¡Ahora!

Roberto tragó saliva.

—No es un buen momento —contestó—. Tiene un cuchillo.

En aquel salón apenas había un par de muebles funcionales pasados de moda. Una lámpara de araña amarilleaba en el techo de escayola. Las ventanas estaban ocultas bajo cartones pegados con precinto. Y al otro lado de una mesa ovalada de contrachapado aguardaba el ogro empuñando un machete.

—Solo quiero hablar —dijo Cusac.

El hombre se llevó el acero a su propio cuello, amenazando con degollarse.

—Yo también —respondió.

—Nadie tiene por qué salir herido.

—Tú salvaste a esos niños —continuó el tipo sin inmutarse—. Te he visto en la televisión. Somos de la misma quinta, ¿sabes? Me habría gustado ser como tú.

—Tranquilo, ¿vale? Baja el arma.

—¿Qué está ocurriendo, Cusac? —preguntó la inspectora Segura.

—Me ha llamado para hablar, así que estamos hablando.

—¡Salga de ahí ahora mismo, joder!

—Necesito que salves a una niña —prosiguió el hombre de la barba y camiseta de tirantes—. Debes hacerlo.

—¿Salvarla de quién?

—De ese hombre, el que no tiene rostro.

—¿Quién es? —preguntó—. Dime su nombre.

—Satanás.

Se escucharon ruidos de radio. Los policías aguardaban fuera, en el descansillo, con sus armas apuntando al interior. Roberto sabía que en cualquier momento una bala perdida le podía atravesar la cabeza, eso si no acababa apuñalado por un demente.

—El diablo no existe —dijo.

—Yo lo he visto. —Los ojos del suicida se agrandaron—. Hicimos un pacto. Le vendí mi

alma. Lo hice por amor, ¿sabes? Es difícil de creer, pero el ser humano es capaz de las mayores barbaridades por la persona a la que ama.

—Vale, vale, lo que tú digas. Solo quiero que bajes el cuchillo y hablemos. Aquí fuera hay policías, ya lo sabes. Podemos ir a la comisaría o...

—Quiero contártelo a ti. Ellos no me entenderán, pero tú sí. Perdiste a tu hijo, ¿verdad?

Las pulsaciones de Cusac le taladraban el cerebro. Su respiración estaba tan agitada como si acabara de hacer un esprint. Tenía la visión periférica nublada de puntos blancos. Su atención estaba centrada en el perturbado que tenía enfrente, que al parecer conocía la existencia de Jaime.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

—Lo dicen en los medios. Tu hijo desapareció. Tú entiendes mi dolor.

—Explícate. ¿Qué sabes de Jaime?

—Nada. Pero nuestros corazones laten con el mismo sufrimiento. Yo perdí a mi mujer y él me ofreció recuperarla. Pero nunca imaginé que el precio sería tan alto. Dime, ¿qué no darías tú por tener a tu hijo de vuelta?

La mandíbula del hombre se puso a temblar. Roberto temía que se viniera abajo y se suicidara ante él. Aún tenía muchas preguntas por hacerle.

—Háblame, ¿vale? Estoy aquí. Mírame.

—Mi mujer está en coma. La encontrarás en el hospital Mesa del Castillo. Hace un momento he solicitado que la desconecten, como me aconsejaban los médicos. Hasta hoy no me atrevía, pero ya no aguanto más.

Roberto miró hacia la entrada. Los policías, todos a una, le hicieron un gesto con la mano para que regresara fuera. Sara Segura tenía la mirada incendiada. Él les mostró la palma derecha, indicando que necesitaba un poco más de tiempo.

—Tranquilo. No sé qué está pasando, pero vamos a solucionarlo.

—No he sido capaz de hacerle daño. Es... No puedo.

—¿Daño a quién?

—Él se enfadó. Me decía que era importante. Que todo formaba parte de un plan. Pero... ¿torturar a niños? Nunca esperé que me pidiera algo así.

La cabeza de Roberto hervía. Los pensamientos se agolpaban sin ningún orden. Necesitaba separar los balbuceos de la información. Tuvo una corazonada.

—Ese hombre, el *demonio*, paga las facturas, ¿verdad? Ese hospital es caro y tú querías que tu mujer siguiera viva aunque fuera en coma. A cambio, tú tenías que quedarte vigilando a un niño. ¿Ese era el trato?

El tipo hizo un amago de derrumbarse. Las lágrimas brotaban de sus ojos. La hoja del cuchillo temblaba en su garganta.

—No he podido... —musitó—. Él... era horrible. Cuando se marchaba, yo le quitaba esos aparatos que le hacían tanto daño. He tratado de que no sufriera, de verdad, pero mis actos son terribles.

—Tranquilo.

El hombre agarró una muñeca de pelo rubio. Cusac no sabía de dónde la había sacado, con tanta oscuridad era imposible distinguir nada.

—No aguanto más —continuó, apretando el juguete contra su pecho—. No soy una mala persona, él es quien me ha convertido en un monstruo. Pero merezco un castigo.

Se acercó a la ventana. Roberto dio un paso al lado. Los policías de la puerta se mostraron alterados. Todo iba a estallar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—La niña... se llama Yasmina. Es muy buena, solo espero que me perdone.

El tipo agarró el cartón que tapaba la ventana y lo arrancó de un tirón. Un sol gris teñido de lluvia entró inmisericorde.

—Dile que lo siento mucho.

Todo sucedió muy rápido y luego se congeló.

El hombre de la barba bajó el cuchillo y lo colocó ante la muñeca, como si quisiera matarla. Los cristales estallaron. Dos rosas rojas surgieron de su camiseta de tirantes al tiempo que caía de espaldas. Roberto apenas pudo cubrirse. Los policías se le echaron encima a la velocidad del rayo.

Mientras lo esposaban, escuchó el llanto de una niña. Venía de la habitación de al lado.

La comisaría no estaba diseñada para la comodidad de los visitantes. Ni siquiera era agradable para los que trabajaban en ella. Se trataba de un edificio antiguo con escasa ventilación, luces de halógenos y despachos demasiado pequeños. Del calabozo era mejor no hablar.

Inés Herrera se preguntaba cómo Roberto había podido pasar tantos años trabajando en esas condiciones. Suponía que la vocación tiraba mucho.

Aguardaba sentada en una sala austera de sillas cojas de plástico con una mesa anclada al suelo. Era una habitación multiusos que servía tanto para los interrogatorios como para las visitas con los abogados.

Un uniformado entró acompañando a Roberto. No llevaba chaqueta y le habían quitado los cordones de los zapatos. Inés conocía esa estampa de cuando ejercía en el turno de oficio, pero que ahora fuese su marido el que se encontraba en esa situación le impactó más de lo que se había imaginado.

—Me alegro de verte —dijo Cusac cuando se quedaron solos.

—¿Sabes la que has liado?

—Solo hice lo que...

—No, yo te diré lo que has hecho. Has entrado, por segunda vez, en una casa ajena. Hay varios testigos que jurarán que la inspectora Segura te pidió que salieras para que pudieran actuar, y no la obedeciste. Y por si fuera poco hay una persona muerta.

—Le dispararon los francotiradores que tenían en la terraza de enfrente. El tipo los engañó con un muñeco. Si no le llegan a acribillar se habría apuñalado en el pecho él mismo. Era un suicida.

—Eso da igual. Piensa por un momento con la mente fría. El juez no se va a tragar esas explicaciones de trilerero. Aplicará la ley y se irá a su casa a dormir. Ya sabes cómo va esto. Y los hechos son claros.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Quedarte quieto. Habíamos avisado a la policía. No tenías que hacer nada.

—La niña está a salvo, ¿no? Eso es lo que importa.

—Roberto...

—Y ese tipo no habría hablado con las autoridades. Quería contármelo a mí.

—Pues haber usado un teléfono. ¿Por qué arriesgarte de esa forma? Me preocupas, Roberto. Y te hablo como tu compañera, no como tu abogada. Desde que empezó todo estás muy raro.

—No es nada.

—Ya has pasado por etapas autodestructivas. No vuelvas a eso, por favor.

—Dejé el alcohol hace casi seis años. Estoy bien. Es solo que...

Las palabras quedaron flotando. Ambos tenían el nombre de Jaime en la punta de la lengua, pero ninguno lo pronunció. No podían. Era algo que los superaba.

—No puedes permitir que tus sentimientos te nublen el juicio —dijo ella—. Tú no eres así.

—Ya, oye. Tú sácame de aquí. Ya lo arreglaré yo con Sara Segura para que retire los cargos.

—Vamos a pedir una fianza. Anselmo ha accedido a pagarla.

—¿En serio?

—Es su forma de decir «te lo dije». A partir de ahora le vas a deber una. Ambos se la vamos a deber.

—Genial...

—Libertad con cargos es lo mejor que te puede pasar, no abuses más de la poca suerte que tenemos.

Hubo un silencio que se fue volviendo tenso con el paso de los segundos. Ambos miraban al suelo sin decir nada.

—¿Habéis localizado a los padres de la niña?

—Es de origen magrebí. Están intentando descubrir quién es y dónde se encuentra su familia ahora.

—Yo tengo información sobre ella en el coche, creo que es la niña que buscaba en el descampado el otro día. ¿Está bien?

—Mucho mejor que los otros. Parece ser que el tipo se arrepintió y no siguió las instrucciones del hombre sin rostro. La policía ha encontrado aparatos rudimentarios para doblarle los brazos y las piernas hacia atrás, pero sospechan que no se los dejaba puestos.

—¿Un raptor de buen corazón? ¿Eso existe?

—Hay teorías de todo tipo. Lo del otro día en la asociación solo fue el calentamiento, ahora la prensa está como loca con el caso. Hay medios por todas partes, sacan información del personal del hospital o directamente se la inventan. Dios, hace un rato uno de ellos ha llevado una muñeca de trapo a la casa de San Pedro del Pinatar y la ha dejado junto a la entrada. Las cámaras no paran de grabarla, dicen que pertenecía a uno de los niños rescatados.

—Vale, calma. Cuéntame lo que sepas de ese tipo. Su mujer estaba en coma.

Inés lanzó una mirada furtiva en su dirección. No quería seguir alimentando los demonios internos de Roberto, pero sabía que tampoco podía pararlo. La decisión de no ponerse en peligro era suya y de nadie más. Para solucionar un problema, el primer paso es reconocerlo, pero su obsesión era mayor que su razonamiento. Antes o después descubriría todo lo que quería saber. Inés sacó una carpeta de su portadocumentos.

—Juan García —dijo mientras le mostraba unas fotocopias que había sacado de internet—. Cuarenta y un años, casado, hasta hace un año trabajaba como cajero de supermercado. Después

se despidió y nunca más se supo. Su mujer se llama Ana Bianchi, originaria de Uruguay. Quedó muy mal tras un accidente en la A-7, muerte cerebral. Está en el hospital Mesa del Castillo.

—No podía permitirse tenerla allí. Alguien le pagaba el tratamiento a cambio de que vigilara a la niña. Igual que con Izan, Siena y Thiago. ¿Cómo se llamaba ese individuo? Rogelio...

—Rogelio Cruz Saavedra. Hemos encontrado a su hija.

—En el hospital Mesa del Castillo.

Inés asintió con la cabeza.

—Lleva en coma varios años.

—Ese monstruo se acerca a gente sin recursos para que cuiden de los niños secuestrados mientras él los tortura a cambio de financiar el tratamiento de sus familiares.

—Se aprovecha de la desgracia ajena, juega con la desesperación de otros. —Inés se tapó la cara con las manos—. Dios, ¿en qué nos hemos metido?

Parte 3

Todo plan perfecto tiene sus fisuras. Para eso se inventaron las contingencias, para el control de daños. Aquella era la razón por la que no había puesto todos los huevos en la misma cesta. Si perdía una mano, aún le quedaría otra.

Pero por culpa de ese tal Roberto Cusac no le quedaba nada.

Abrió el ordenador y fue a una carpeta llena de notas de audio y vídeos. Se la conocía de memoria, pero era algo que lo calmaba y le ayudaba a pensar.

Puso la primera grabación. Se escuchaba la voz de ese mocosito suplicando que no le hiciera daño. Duró hasta que lo sedó. Después vino el crujido del hueso al partirse. Ese clac seco. Le gustaba cómo sonaba. Pocas cosas hacían ese sonido, solo las tibias de los niños.

La siguiente era de la chiquilla de los aros. ¿Cómo se llamaba? Él la tenía catalogada como Sujeto 3. Tenía la visión de un científico, no se preocupaba por bautizar a una rata de laboratorio. A ella no la sedó, necesitaba saber si rompía una vértebra al colocarle un nuevo anillo de cobre. Conocía la técnica: si oprimía demasiado a la niña corría el riesgo de asfixiarla o de que no pudiera volver a tragar alimentos. Eso habría sido un descuido imperdonable. Tuvo que curarle unas llagas que le salieron al estirar la piel. El entorno de vida era insalubre y el riesgo de infección, alto.

Revisó algunas imágenes más. Los niños siempre lloraban. Siempre. Tan pronto lo escuchaban entrar por la puerta. Odiaba sus balbuceos infantiles, sus súplicas vacías requiriendo a mamá o a papá. Sabían que no iban a venir y aun así los llamaban a gritos. No se adaptaban a sobrevivir. Él los consideraba imbéciles profundos.

Apagó el ordenador. No quería seguir torturándose con recuerdos bonitos del pasado. Nada de eso existía ya. Tantos años de trabajo para nada. Su obra iba a ser inmortal. Ya nadie experimentaba con niños. Sí, su trabajo era superior al estudio psicológico de sus mentes cautivas. Lo trascendental era el cambio físico, buscar los límites, observar el desarrollo.

Si todo se había ido al traste por una razón, la lógica científica le decía que debía eliminar ese problema para experimentos futuros. Así que su nuevo objetivo prioritario era acabar con Roberto Cusac.

Iba a suplicar que lo matara, como tantos otros antes que él. Pero eso no iba a suceder. Lo quería vivo y sufriendo.

Esa era la parte divertida.

Levantó la vista y contempló la miriada de polaroids que decoraban las paredes. Aquel era

su mausoleo, su altar. Allí estaba su obra. Eso no se lo podría quitar jamás.

Se levantó. Tenía un espejo de cuerpo entero fabricado en 1910. Se desnudó y dejó la ropa sobre la silla.

Observó su reflejo en el cristal. Acarició la piel de su rostro.

Era hermoso. Perfecto. No había nadie tan bello como él.

Ni nunca lo habría.

Ignacio aguardaba junto a su hijo cuando Roberto e Inés entraron en la habitación del hospital. Izan aún sostenía el peluche de *La patrulla canina* que Roberto le había regalado aquella extraña noche que parecía ya tan lejana. Lucía un aspecto distinto, con el pelo limpio, vestido, rodeado de juguetes y cartas de colores que tenía esparcidos por toda la estancia. Las secuelas físicas acabarían por desaparecer; no sería inmediato, pero todos los especialistas consultados coincidían en ello.

Izan sonrió al ver a Roberto.

—¡Hola! —dijo—. Ya he visto a Siena y a Thiago. Están en el cuarto de al lado.

—No grites tanto, hombre —contestó Ignacio, atusándole el pelo—. Que estamos en un hospital y aquí la gente descansa.

—Eres libre para hacer lo que quieras, chaval —respondió Roberto.

Inés le dio un codazo cómplice en el costado, pero con la suficiente fuerza para que lo sintiera.

—¿Pero cómo le dices eso al niño? —le recriminó—. Izan, tú ahora a estudiar, que has perdido muchas clases. Y, sobre todo, a reír. Que es algo que necesitamos todos.

—Mira, te hemos traído una cosa. —Roberto le mostró un regalo que llevaba en una bolsa—. Pero es para compartir con los demás, ¿de acuerdo?

—¡Claro!

Izan lo abrió a toda velocidad. Sus manos, aunque retorcidas, se movían con fluidez y precisión. Todos los adultos presentes aguantaron la respiración. Era doloroso ver a un niño roto.

—¡Son máscaras! —exclamó al descubrir su contenido—. De Marshall, Zuma, Sky... Mira, papá, mira. ¡Están todos!

—Qué bien, hijo. Son de esos dibujos que te gustan tanto.

—¿Cómo va el chaval? —preguntó Roberto.

—Bien, es muy... alegre.

—¿Y cómo lo llevas tú? —quiso saber Inés.

Ahí su mirada se empañó con una tristeza inmisericorde, esa tristeza que se lleva dentro y es imposible de ignorar o disimular, una tristeza que lo acompañaría siempre.

—Es todo muy extraño —dijo—. No solo por lo que le han hecho, sino por lo que ha crecido. Está en otra etapa, ya no es el mismo chico. Es como volver a empezar, pero trato de no mencionar el pasado, solo hablamos de lo que haremos hoy o mañana. Nos han robado un trozo

del ayer, y los psicólogos nos han aconsejado que de momento no pensemos en esa época. Ninguno de los dos.

Ignacio repetía esas palabras casi de memoria, como si las hubiera aprendido en un manual de instrucciones del que no pensaba separarse ni por un segundo. Inés le puso la mano en el hombro.

—Lo importante es que volvéis a estar juntos.

El teléfono de Roberto vibró en la chaqueta. Llevaba todo el día recibiendo llamadas de periodistas, pero necesitaba descolgar por si se trataba de la policía o el juez. Le habían ordenado que estuviera localizable, así que no le quedaba más remedio que ir contestando continuamente.

—¿Por qué no me hiciste caso? —contestó una voz al otro lado.

Cusac tardó dos segundos en reconocerla. Sabía que la había escuchado antes, y estaba seguro de que nunca la iba a olvidar. El recuerdo le sobrevino lento pero implacable, como un tsunami de alquitrán que se mueve despacio y presagia tragedia.

—Hijo de puta —contestó con los dientes apretados—. Da la cara si te atreves.

—No, creo que no. Los niños me llaman el hombre sin rostro por algo.

Cusac no sabía qué hacer. Le temblaba el pulso. Necesitaba dar con aquel miserable cuanto antes. El solo hecho de saber que seguía libre le provocaba un aguijonazo en el estómago.

—Dije que no te volvieras a cruzar en mi camino. Esas fueron las palabras exactas. Tal vez te di demasiado fuerte en la cabeza y por eso no entendiste una orden tan sencilla.

Roberto se marchó al pasillo. Imposible rastrear la llamada sin los medios adecuados. Solo le quedaba concentrarse. Pulsó el manos libres y buscó la grabadora de sonidos.

—También te especificué que era el último aviso.

Era una voz viscosa, con un deje flácido al final de cada frase, como si estuviera acostumbrado a que le obedecieran pero su físico no acompañara. Inés se asomó, sobresaltada.

—Eres muy chulo con unos niños indefensos. ¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño? ¿O tienes miedo de que te partan la cara?

—En nuestro anterior encuentro fui yo quien te hizo sangrar. Pero no se trata de echar un pulso para ver quién gana, sino de venganza. ¿Tienes idea de lo que has hecho? Era el trabajo de años, el proyecto de toda una vida. No, claro que no comprendes la envergadura de lo que has echado a perder.

Cusac no atinaba a encontrar la grabadora, pero Inés escuchó lo suficiente por el altavoz para saber de qué se trataba. A toda velocidad, agarró su teléfono y pulsó el botón de mandar mensajes de voz por WhatsApp.

—Pero cuando un proyecto muere, otro nace. A partir de ahora voy a dedicar todo mi tiempo, mis recursos y mi intelecto a ir a por ti, Roberto Cusac.

—¿Me estás amenazando? ¿Quieres matarme?

—No, esto no funciona así. Yo no soy un asesino, pero destrozaré tu vida y quebraré tu voluntad de tal forma que serás tú mismo quien se acabe suicidando para que pare el dolor. Esa

es mi promesa. ¿Estás preparado?

—Empieza cuando quieras, pedazo de mierda. No te tengo miedo.

—Obtuso, impulsivo y bravucón. Vas a ser un adversario pésimo. Ni siquiera te has enterado de que la cuenta atrás ya ha comenzado.

—Habla claro, a mí no me asustas.

—... dijo el hombre que perdió a su hijo. Porque ahora mismo no sabes dónde está, ¿verdad? Y colgó.

Inés soltó el botón y mandó el mensaje. Había capturado los últimos segundos de aquella conversación en la que un psicópata amenazaba a su marido y a su hijo. A su familia.

Roberto la miró con manos temblorosas. Casi se le cae el teléfono.

—Dios mío —dijo—. ¿Dónde está Leo?

Inés vivía en una nebulosa. El suelo parecía acolchado, y por más que moviera las piernas a toda velocidad no parecía avanzar. Su visión era un túnel, la mirada enfocada hacia delante, la cabeza en Leo.

Estaba en el colegio. Así debía ser.

Roberto se había adelantado. Lo encontró en el aparcamiento del hospital, con el motor del coche en marcha.

—Ponte de copiloto —dijo Inés al llegar.

No hacía falta añadir nada más. Ambos sabían que Inés era mejor conductora, sobre todo en momentos de presión. Roberto se dejaba llevar por las emociones, mientras que ella era más cerebral, y en aquel momento había que tener la mente despejada.

Salieron a toda velocidad. Roberto tenía el teléfono en la oreja.

—No me lo cogen en el colegio —contestó.

Inés se dijo que era lógico, que a aquellas horas de la tarde había menos personal y la secretaría solía estar desierta. Pero el miedo había anidado en su interior, se había fortificado entre su corazón y su cerebelo, y sus raíces se introducían en cada célula.

Diez minutos. Ese era el tiempo que se tardaba en llegar desde el hospital Virgen de la Arrixaca al colegio de los Maristas de la Merced. Con el tráfico habitual. Sin lluvia ni viento. Sin una presión en el pecho debida a la angustia.

Roberto llamaba una y otra vez. Inés prefería no mirar el velocímetro. Por más que pisaba el acelerador, el coche no parecía ir más rápido. Al contrario, en ocasiones tenía la sensación de que estaba en una rueda de hámster y que el paisaje se repetía de forma cíclica, como en una película de dibujos animados antigua.

Y en su pensamiento estaba Leo, pero aparecía Izan, el libro de Victor Hugo, los horrores que había tratado de desterrar desde la desaparición de Jaime. Y ese hombre horrible, el que había secuestrado a esos pobres niños, los había amenazado. Tenía que ir más deprisa, más deprisa, más...

Había una retención a la altura de la salida 143, la zona sur de Murcia. Apenas había arcén, los camiones le impedían avanzar. El Seat Exeo quedó inmovilizado. Al mismo tiempo, alguien descolgó al otro lado.

—Soy Roberto Cusac —dijo él mientras ponía el manos libres—. Necesito hablar con mi hijo, se llama Leo Cusac Herrera.

—Buenas tardes —contestó una voz de mujer—, ¿puede repetir el nombre?

—Leo Cusac Herrera, es de la clase primero B.

—Ahora mismo no está la jefa de estudios.

—Es una emergencia, ¿lo entiende?

—Claro, iré a buscarlo. ¿Me llama en cinco minutos?

—Tengo que hablar con él ya. No puedo esperar.

—Los niños están haciendo actividades extraescolares en el centro. Avisaré por megafonía, pero el zagal aún tardará un rato en llegar.

—Llámenos a este número cuando lo localice —interrumpió Inés—. Nosotros vamos de camino.

Colgaron sin despedirse. El tráfico avanzaba lento y pesado, un río de vehículos humeantes que rugían a cada acelerón. Recorrían diez metros y paraban, y de nuevo vuelta a empezar. Estaban a apenas medio kilómetro de la salida, y a casi la misma distancia del colegio. Roberto se removió en el asiento.

—Voy a por Leo —dijo.

Inés lo observó quitarse el cinturón y no dijo nada. Tampoco lo hizo cuando salió del Seat. Sus miradas se cruzaron un instante. Pensó en que era una locura, que podían atropellarlo, que ser un peatón por la autovía, por mucho atasco que hubiera, era una temeridad. Pero en su lugar contestó:

—Date prisa.

Roberto se marchó a la carrera por el minúsculo arcén. Inés lo vio desaparecer entre la marabunta de berlinas, furgonetas y todoterrenos.

Avanzó cuatro metros con el Exeo y se volvió a parar. El miedo seguía agazapado en el hueco donde antes tenía el corazón. No se había dado cuenta de cuánto le temblaban las manos hasta que se vio sola en el asiento del conductor.

Roberto Cusac nunca fue un gran deportista. Aprobó las pruebas físicas para el ingreso en la Policía por los pelos, y en la academia pasó muy justo. No se le daba bien correr, pero en aquel momento, con un psicópata amenazando su vida y la de Leo, podría haber cruzado un río de magma a nado.

Sus piernas se movían solas. Cada latido bombeaba la sangre con fuerza. Respiraba por la boca y notaba que los pulmones le ardían y que le faltaba el oxígeno. Sentía la rodilla derecha almohadillada, pero no le dolía. Apenas prestaba atención a lo que había a su alrededor. Empapado de arriba abajo, en su mente solo había una idea: llegar al colegio cuanto antes.

Tenía que abrazar a Leo. Lo necesitaba. Se arrepentía de todas las veces que había sentido el impulso de no darle la mano, todas las veces que había deseado que fuera Jaime. Era el peor padre del universo, pero en ese instante solo quería ver a su hijo una vez más.

Llegó a la salida de la autovía, también colapsada, y la bajó al trote. De ahí saltó el guardarraíl y alcanzó la acera colindante. El edificio de los Maristas de la Merced asomaba tras las copas de los árboles. La saliva le sabía amarga, su cuerpo se resentía del esfuerzo y amenazaba con calambres, pero él no disminuyó la marcha. Corría lo más rápido posible porque era literalmente algo a vida o muerte.

Jadeaba cuando alcanzó la puerta del colegio. No se detuvo. Atravesó el recibidor y fue directo a la secretaría. La mujer que le había atendido por teléfono seguía en el mostrador.

—Soy Roberto Cusac. —Le faltaba el aliento—. ¿Dónde está Leo?

—No lo he podido localizar. Los niños están mezclados en las distintas actividades extraescolares. ¿Sabe si está en dibujo, o en baloncesto, o...?

—¿Qué día es hoy? Creo que le tocaba música.

—En el aula al final del pasillo, planta baja.

Una nueva carrera. El vértigo que sentía amenazaba con derribarlo. Aún escuchaba en su cabeza la voz del hombre sin rostro. Iba a por él, a por su familia. ¿Cómo habían llegado a esa situación?

Escuchó instrumentos. Una flauta, una guitarra, un piano. Abrió la puerta de golpe y encontró a ocho niños inmersos en sus partituras. Los dirigía un profesor con barba cana. Los chicos dejaron de tocar ante la inesperada interrupción.

Leo no estaba allí.

—Leo Cusac —dijo—. Lo estoy buscando.

El profesor lo observó con aire distraído.

—Se lo han llevado.

Su corazón latió de forma irregular. Tenía taquicardia. Acababa de escuchar las peores palabras que podía imaginar.

—¿Quién?

—No lo sé.

Roberto lo agarró de la chaqueta y lo levantó con fuerza. El maestro se sobresaltó. Los niños murmuraron algo que no entendió.

—¿Cómo que no lo sabes? —gritó—. ¿Quién se lo ha llevado?

—Llevo poco tiempo trabajando aquí —dijo, aterrado—. Se llama Mamen, o Carmen, o...

—Carmen —dijo uno de los niños—. Es la jefa de estudios.

Roberto se quedó paralizado. Se observó desde fuera y no le gustó lo que vio. Un padre desquiciado agarrando por la pechera al profesor de su hijo, gritándole delante de otros alumnos, ridiculizándolo y acobardándolo. Lo soltó, muerto de vergüenza.

—Lo siento —respondió mientras caminaba de espaldas—. Yo... lo lamento.

Se sentía incómodo. Sabía dónde estaba Leo, pero necesitaba verlo con sus propios ojos. Se alejó del aula y sus pies fueron solos por el camino aprendido hasta la capilla.

Leo estaba allí. Junto a la jefa de estudios. Estaba a salvo. No podía creerlo.

El teléfono sonó justo antes de entrar. El niño se giró al escuchar el sonido. Roberto descolgó sin mirar.

—Leo está aquí, Inés. Ese malnacido está jugando con nosotros.

—Y esto no ha hecho más que empezar —dijo el hombre sin rostro.

Cusac miró la pantalla. No era Inés, sino un número desconocido.

—Ha sido divertido verte correr por la carretera —prosiguió—. Tanta chulería y a la hora de la verdad acabas desesperado ante un simple comentario. Esto va a ser más fácil de lo que esperaba.

—Como te atrevas a acercarte a mi familia, te juro que...

—¿Qué? —le interrumpió—. Primero tendrás que encontrarme, y dudo que tengas una sola pista sobre quién soy. Dicho de otra forma, no puedes hacer una mierda para detenerme.

Roberto tomó aire. El hombre sin rostro tenía razón en algo: esto no era una lucha física, sino de intelectos. Debía salir de aquella espiral, y para ello no podía caer de nuevo en sus juegos mentales.

—Lo haré —contestó Cusac—. Y no es una amenaza, sino una promesa. Ya salvé a esos niños.

—¡Y eso será tu fin! —gritó—. Tanto trabajo echado a perder por un inepto sin capacidades...

—Buscar a un fantasma es algo parecido a encontrar a personas desaparecidas. Y sí te conozco.

—No sabes nada.

Leo llegó a su lado. Su padre le hizo una seña con la mano para que se detuviera.

—Te crees muy listo, pero seguramente en tu día a día no te respetan ni los perros. ¿Me equivoco? Por eso estás tan resentido con la vida.

—Tus provocaciones no surten efecto en mí. Acabaré con todo lo que amas y después...

—No puedo seguir hablando, tengo que abrazar a mi hijo.

Y colgó.

Sara Segura no tenía un buen día. Roberto observó los pelos de gato que cubrían su americana, el cabello revuelto sujeto con una goma, el pintaúñas agrietado y el gesto de cansancio. Incluso calzaba unas botas con restos de barro rojizo. Se preguntó cuánto tiempo llevaba sin dormir y la imaginó en aquella misma oficina, en aquella misma comisaría, encadenando cafés con cigarrillos. Eso explicaría, pensó, el aire tan cargado.

—Le agradezco que nos vuelva a recibir —dijo Cusac.

—Es mi obligación —contestó seca la inspectora—. Y tenga en cuenta que los cargos contra usted no desaparecen por haber sufrido amenazas.

—Contaba con ello.

—Bien, volvamos a oírlo.

Inés Herrera, a su lado, reprodujo de nuevo el mensaje que había grabado en el hospital. Apenas unos segundos de puro odio y bilis, de promesas de dolor y sufrimiento. La policía tomaba notas mientras lo escuchaba por cuarta vez. Al acabar, levantó la cabeza y repasó sus apuntes.

—Aproximadamente diez minutos después encontraron a su hijo sano y salvo en su colegio —recitó—. Fue entonces cuando le volvió a llamar, aunque de esto no hay grabación. Y... ¿le colgó?

—Juega con nosotros, con mi familia —dijo Cusac—. No voy a entrar en sus provocaciones. Preferí cortar la comunicación y esperar a su siguiente movimiento.

—Nuestra prioridad es detenerlo. Ya hemos dado aviso a la compañía telefónica para que nos diga desde qué número lo llamaron.

—Eso será un callejón sin salida, ese tipo no deja cabos sueltos.

—Es el protocolo.

—Hay que seguir el dinero, saber quién pagaba las facturas del hospital de esas dos mujeres. Rogelio Cruz y Juan García. Es lo único que tenemos.

—Estamos en ello, pero hay todo un entramado de empresas pantalla que mueven el dinero de un lado a otro. Las gestiona un despacho de abogados de Belice, pero se niegan a darnos la identidad de sus clientes alegando secreto profesional. Seguir esa pista por nuestros medios nos costaría años.

—Nos vigila —interrumpió Inés—. Sabía que Roberto había llegado corriendo a la escuela. Quizá estaba en la calle, observando desde algún vehículo. Tienen que revisar todas las cámaras de seguridad.

—Sabemos cómo hacer nuestro trabajo, no se preocupe.

—¡Claro que me preocupo! Ha amenazado a mi familia, ha acechado el colegio de mi hijo. ¿Qué garantía tengo de que no nos pasará nada?

—Voy a solicitar al juez que les dé el estatus de testigos protegidos.

—Eso no sirve de nada —interrumpió Roberto—. Ya conoce nuestras identidades. Lo que necesitamos es escolta.

Sara Segura jugueteó con el bolígrafo mientras mantenía un duelo de miradas con Cusac. Inés los observaba sin comprender nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Dígaselo —ordenó Roberto—. Da igual, ya lo hago yo: no pueden ponernos protección.

—¿Qué? ¿Por qué? Nos acaban de amenazar. Nos siguen.

—Es un tema que no depende de mí —explicó la inspectora—. Voy a proponerlo, pero la respuesta tardará en llegar, y suele ser desfavorable.

—Esto es una vergüenza.

—La escolta solo es para amenazas terroristas, que suelen ir dirigidas a jueces o políticos.

—¿Y la grabación? Cuando la escuchen...

—Dice que no es un asesino —interrumpió Segura—. Que no quiere matarlos. Ni siquiera tenemos pruebas de que sea la misma persona.

—¡Claro que lo es!

—Ya lo sé. Nosotros le damos la máxima credibilidad, pero... no van a aprobar ese gasto.

—¿Gasto? ¿A eso se reduce todo? ¿La vida de mi hijo es una cuestión de dinero?

La inspectora negó con la cabeza. Cada vez parecía más y más cansada.

—Ojalá tuviera mejores noticias que darle. Hacemos lo que podemos con el material que tenemos, pero, como ha dicho su marido, ese individuo sabe muy bien cómo borrar su rastro.

Todos guardaron silencio. Se encontraban en un laberinto con las salidas tapiadas y el minotauro amenazaba con cazarlos. Se enfrentaban a una fuerza invisible que ya había demostrado su crueldad y su paciencia. Incluso contratando seguridad privada, aquel monstruo podía esperar meses e incluso años a que no pudieran seguir pagándola. La sensación de depender de factores externos imposibles de controlar hacía que la vida se volviera inestable. El mañana se preveía como un mal sueño a largo plazo.

—Hay algo que sí sabemos —dijo Cusac—. Ha prometido ir a por mí.

Sara Segura se inclinó hacia delante en la mesa. Su mirada era afilada, sin rastro del cansancio que acumulaba. Quizá ya sabía lo que iba a decirle, pero estaba esperando que fuera él quien lo sugiriera.

—¿Qué propone? —preguntó al fin.

—Al llamarme se ha arriesgado mucho —explicó Roberto—. Podía haber actuado sin avisar, pero quiere romperme psicológicamente. Ha operado alejado del foco desde hace años, cuando

secuestró a esos niños, pero ahora se ha expuesto. Creo que intentará algo pronto, así que les planteo actuar como cebo.

—¿Qué? —Inés no salía de su asombro—. Ni hablar, Roberto. ¿Me oyes? Quítate eso de la cabeza.

—Sabemos que vendrá a por mí, y por muy inteligente que se crea hay cosas que no puede controlar. Elegiremos el momento, le tenderemos una trampa y acabaremos con esta pesadilla para siempre.

Pero la pesadilla continuaba. Para Inés, la sensación de irrealidad era palpable. Un demente capaz de desfigurar niños había jurado venganza contra su marido, y este aceptaba el desafío como si se tratara de una pelea de discoteca. No entendía por qué los hombres se comportaban como cavernícolas en determinados momentos, y además parecían disfrutarlo. Ella solo quería tranquilidad y saber que su hijo estaba a salvo.

Ya había perdido a Jaime. No iba a permitir que le pasara nada malo a Leo.

Leo estaba en casa de Feli. Era un ático sencillo en la zona del Morales Messeguer compuesto por un salón, cocina, baño y un dormitorio discreto. No había ninguna estridencia en la decoración, como si Feli lo hubiera mantenido igual que lo alquiló, sin siquiera colgar una foto o añadir algún elemento ornamental. Ella, sin embargo, los recibió vestida con una blusa hippy, pantalones bombachos y descalza. Roberto observó que llevaba cada una de las uñas de los pies pintada de un color diferente. Leo aguardaba en el sofá, embobado ante la pantalla.

—Hemos hecho los deberes y luego visto la tele —dijo Feli, dándoles el parte de guerra—. ¿Sabéis que le mandan trabajos de matemáticas en inglés? ¿Qué sentido tiene?

—Es un buen colegio —contestó Roberto—. Si no, no lo habríamos apuntado allí.

Puede que llevaran cuatro años sin irse de vacaciones, aguantando el calor inmisericorde de agosto con alguna escapada rápida al paraíso natural de Calblanque, pero Leo era su único hijo y no iban a racanear en nada con su formación. Estaban contentos con su colegio y así iban a seguir.

—Por cierto, ha llamado una tal Carmen. Dice que el profesor de música no va a presentar cargos. ¿Entendéis qué quiere decir?

Inés lanzó una mirada reprobatoria que Cusac captó a la primera. En algún momento, cuando todo se hubiera resuelto, tendría que ir a pedirle disculpas a ese pobre hombre.

—Esto no sé si debería contarlo —continuó Feli—, pero Egea no quiere verte en una temporada. Ha dicho que no vuelvas por la asociación hasta que hayas solucionado tus problemas.

—Es lo último que me preocupa ahora mismo, Feli.

—Eh, para el carro, gladiador. No mates al mensajero, que yo no tengo culpa de nada.

La mirada reprobatoria de Inés se convirtió en un gesto de decepción. Cusac asintió. Estaba cansado de meter la pata.

—Lo siento, no quería ser brusco. Es solo que ahora tengo otras cosas en la cabeza.

—Va a exponerse al psicópata —interrumpió Inés—. Van a quedar un día para tomar café y matarse. Ese era el plan, ¿no?

Feli se quedó muda. Ni siquiera parecía respirar. Roberto no podía saber qué le pasaba por la cabeza, pero estaba claro que se había quedado impactada. Inés, por su parte, no estaba para nada de acuerdo. Para ella todo aquello era un mal sueño. El peor de sus temores se había materializado ante ellos, era normal que el primer impulso fuera esconderse y olvidarse de todo.

Pero no era una opción real. Tocaba enfrentarse a sus problemas cara a cara o vivirían con miedo para siempre.

—¿Qué es un psicópata? —preguntó Leo.

Todos se giraron hacia el niño. A veces olvidaban que estaba presente y que, pese a su aparente ausencia, solía estar muy atento a lo que ocurría a su alrededor. Roberto supo que no era el momento de hablar de esas cosas y se sentó a su lado.

—Es una palabra que usamos muy a la ligera —dijo pasándole la mano por el pelo—. ¿Qué tal en el cole?

—Estamos aprendiendo a leer con tres letras. Mira, ¿ves qué pone en ese cuadro? «Hom-bre». Pone «hombre», papá.

—Qué listo eres. Dentro de nada podrás escribir tus propios libros.

—Si ya hay muchos, no hacen falta más.

—Bueno, hay quien no piensa así.

—¿Tú te los has leído todos?

—No, claro que no.

—Entonces no hacen falta libros nuevos. Es una pena que se queden sin leer.

El móvil de Cusac vibró en su bolsillo. Era un mensaje de texto. Roberto contestó con una nota de audio.

—De acuerdo. Ya tienes toda la información y sabes lo que hay que hacer. Me vas informando por esta vía, ¿de acuerdo?

Inés se aproximó. A su espalda estaba Feli.

—¿Era él?

—No. Y no quiero hablar de cosas tristes delante de Leo.

—¿Y a quién le has mandado ese mensaje?

Roberto abrazó a su hijo. Sentía su respiración en el costado, su pelo suave en la cara. Le parecía mentira que estuviera allí, junto a él. Por primera vez en mucho tiempo, no pensó en Jaime al abrazarlo.

—Confía en mí —contestó Cusac, levantando la mirada hacia su esposa—. Sé que ahora mismo es algo que te resulta difícil, pero tienes que entender que no voy a hacer nada que os ponga en peligro. Nunca. Al contrario, todas mis energías están centradas en protegeros.

No era la primera vez que Inés pensaba en abandonar a su marido. Algunos años atrás, cuando desapareció Jaime, Roberto se metió en una espiral de alcoholismo que casi acaba con él. Vivía borracho y no permitía que nadie le ayudara. Por más que intentó traerlo de vuelta, le fue imposible, y no le quedó más remedio que marcharse y dejarlo a la deriva. En apenas unos meses perdió un hijo y un marido. No fue una decisión fácil, como tampoco lo fue darse una segunda oportunidad. Sin embargo, ahora solo sabía que necesitaba proteger a su hijo de los monstruos que acechaban en el exterior.

Inés observaba a los técnicos instalar el sistema de alarmas en la casa. Hacía siglos que no fumaba, pero un impulso imparable le había hecho comprarse un paquete y encadenar un rubio tras otro. Era eso o perder la cabeza.

—¿Ha entendido lo que le he dicho? —preguntó uno de los operarios, vestido con un polo color rojo corporativo.

—Sí —mintió.

—Hemos instalado sensores en puertas y ventanas. Al entrar disponen de veinte segundos para introducir el código o la alarma sonará. En ese caso se encenderá automáticamente la cámara de seguridad que hemos puesto en aquella esquina y grabará al intruso. En caso de error, de que se les haya olvidado por descuido o lo que sea, llamarán de la central y tendrán que decir una palabra clave.

—Palabra clave...

—Eso es. Puede ser inventada, o una que se use poco. Por ejemplo, hay quien tiene *Taiwán*, *marcapáginas*, *Cervantes*...

—Entiendo.

—También pueden escoger una segunda palabra clave para el caso de que estén siendo amenazados. Supongamos que alguien entra y les coacciona, pero salta la alarma y no quieren que se ponga violento. Entonces, en lugar de decir la palabra clave que apaga la alarma, dicen la segunda, y nosotros hacemos como que es correcta pero llamamos a la policía.

—Esto no lo he entendido.

—Por ejemplo, pongamos que la contraseña para cancelar la alarma es *Taiwán*, y que la palabra para indicar que están en peligro es *cúrcuma*. Si salta la alarma, la central llama, y si ustedes dicen *cúrcuma*, nosotros entendemos que ocurre algo, pero nos comportaremos como si fuera la palabra correcta para apagar la alarma. Es una clave secreta, el asaltante no puede saberla y creará que todo va bien.

Inés Herrera asintió. No lo comprendía del todo, pero daba igual. Sentía que aquello no era más que un parche para dar una falsa sensación de seguridad. Las alarmas podían inutilizarse. Además, el demente que los tenía amenazados podía actuar en plena calle, en cualquier momento. La policía tardaría varios minutos en llegar si entraba un intruso..., y solo se necesitaban unos segundos para perderlo todo.

—¿Quiere seleccionar ya las palabras clave?

—¿Vale «mi marido es idiota»?

El operario tragó saliva de forma ruidosa.

—Tendría que consultarlo antes.

—Da igual, ya pensaré una y se lo haré saber.

Inés se acercó a la ventana del salón y la abrió. La lluvia había dado una tregua, pero pronto volvería a la carga. El cielo estaba trenzado con nubes grises y negras que presagiaban un segundo diluvio universal. Encendió un nuevo cigarrillo y expulsó el humo al exterior.

Observó su casa. Aquella alarma no le transmitía demasiada seguridad. Necesitaba convertir su hogar en una fortaleza, tal vez cambiar la puerta por otra de seguridad con chapa metálica, poner cristales blindados e incluso rejas. Era posible que pudiera encontrar un perro grande, de esos denominados peligrosos, y acogerlo en casa. Tenía entendido que eran animales a los que costaba encontrarles un hogar debido a la mala fama que acarreaban. O tal vez podría comprar un spray de pimienta.

—Estoy acojonada —le dijo al cigarrillo.

Era cierto. Ese era el resumen. Tanta seguridad se resumía en el pánico que sentía en su situación actual. En eso, y solo en eso, Roberto tenía parte de razón. No se podía vivir con miedo. Era lo que llevaban haciendo desde que nació Leo, presuponer que algo malo podía pasar en cualquier momento y tratar de evitarlo por cualquier medio posible, como lo del reloj con GPS que siempre llevaba su hijo en la muñeca. La paranoia los hacía estar alerta, pero el día a día era complicado cuando el terror era el estado habitual. Ahora que por fin el pánico estaba justificado y era tangible, Inés se daba cuenta de lo poco que le gustaba esa sensación.

—¿Hay algo más que podamos hacer? —preguntó el técnico de la empresa de alarmas.

¿Qué se podía hacer? Era una gran pregunta. Solo tenía certezas negativas. No podía encerrarse en la casa durante años, no podía hacerle eso a su familia. A Leo. Él necesitaba salir, quedar con amigos, marcar su propio camino. Pensó en todas las mujeres que vivían asustadas por su maltratador y sintió un escalofrío. Ponerse en la piel de otro no era el deporte nacional, pero resultaba revelador.

—Tenemos que explicarle el tema de los sensores de movimiento —prosiguió el operario—. Los puede activar por la noche cuando se vayan a descansar, pero si tiene un gato o cualquier mascota es posible que salten solos.

Inés observó un coche azul oscuro. Le llamó la atención por la pintura destrozada del techo, parecía que lo hubiesen rociado con lejía o algún corrosivo similar, dejando el tinte de un color

varios tonos más claro y para nada uniforme. Era la primera vez que lo veía, estaba convencida. Podía significar algo o nada, la paranoia era su brújula aquel día.

—*Promesa*.

—¿Cómo dice?

—La palabra clave para desactivar la alarma. *Promesa*.

—¿Y la otra? Para indicar que está siendo amenazada.

—Esa es fácil: *Hamelin*.

Que no estuviera lloviendo no significaba que la tormenta hubiera acabado. Roberto Cusac lo sabía bien. Él vivía en un diluvio constante.

Las calles de Murcia estaban pensadas para caminar los días de sol y disfrutar de la ciudad. Los charcos eran desiguales y se repartían al azar. Cusac avanzó siguiendo el curso del río Segura por la ribera sur con un ojo puesto en su espalda y otro vigilando que ningún coche levantara una catarata de barro a su paso. Aunque llevaba una chaqueta impermeable con capucha, nunca se sabe cuándo el aguacero va a sepultarte.

Cruzó por el puente de los Peligros. Siempre pensó que tenía ese nombre porque allí habían ocurrido sucesos trágicos, tal vez suicidios o asesinatos, pero en realidad se debe a un templete cercano dedicado a la Virgen de los Peligros. Se detuvo entre los dos arcos y se apoyó en la barandilla. Aquel era un lugar privilegiado para comprobar si le seguían.

—¿Todo despejado? —preguntó Sara Segura por el comunicador que llevaba oculto en su oreja.

—No veo nada sospechoso —contestó a su vez, tapándose la boca como si fuera a bostezar.

La inspectora había cumplido su palabra. Aunque sus modos podían ser rígidos en algunas ocasiones, era una persona directa y sincera. No decoraba la realidad para que fuera más digerible, sino que te la mostraba en primer plano. Le había advertido a Cusac que podía organizar un pequeño operativo, pero que el seguimiento no garantizaba su seguridad. Eso era cosa suya. Sara Segura se había cuidado mucho de no decir si era una operación oficial o algo que estaban haciendo en su tiempo libre, y Roberto tampoco preguntó.

Continuó la travesía hasta el parque de la Glorieta y pasó rápido frente a la puerta del ayuntamiento y el palacio episcopal, con su mirador repleto de columnas en la última planta. Ahí realizó un cambio de sentido brusco y regresó sobre sus pasos. Observó a la poca gente que había aquella mañana de nubes y frío y no vio nada extraño. Continuó por la calle del Arenal hasta alcanzar la plaza del cardenal Belluga.

La tempestad había logrado que las terrazas de la plaza estuvieran recogidas, dejando una vista limpia de la catedral. Aún le impresionaba la fachada, con más de cincuenta metros de alto y decenas de esculturas de santos y arcángeles. Incluso en días nublados como aquel se reconocía la majestuosidad del templo, enorme y solemne. Se quedó parado en mitad de la plaza, contemplando el monumental edificio. Quería hacerse notar, que su adversario viera que no se escondía, que allí estaba. La partida había comenzado.

La catedral había sido testigo de muchas generaciones, del bautizo al entierro, y él era una

anécdota más de todo lo que había sucedido desde que pusieron la primera piedra. Sus problemas no eran importantes en comparación con los del paso de los siglos. El sol volvería a salir y daría igual si él vivía para verlo o no. Pero allí estaban, aguantándose la mirada el uno al otro.

Aguardó hasta que una leve llovizna hizo acto de presencia. Eran gotas minúsculas que flotaban en el aire como un enjambre de insectos. Se dirigió entonces hacia el norte y callejó a paso rápido. Aquella zona era un pequeño laberinto dentro de la ciudad, llena de recodos, plazuelas ocultas y callejones retorcidos. Si le estaban vigilando, lo descubriría rápido.

En la calle Trapería, una de las arterias comerciales del centro de Murcia, se resguardó bajo la cornisa del emblemático Casino. En una ocasión le contaron que era el edificio más visitado de toda la Región. Su interior albergaba el conocido como Patio Árabe, con decoración nazarí y una bóveda de cristal espectacular. Allí, con la espalda contra el mármol de la entrada, oteó a ambos lados de la calle.

—Creo que alguien me sigue —dijo en voz baja.

—¿Ha llegado a verlo?

—Entre cincuenta y sesenta, barba blanca, pantalón vaquero azul y jersey grueso de lana. No lleva abrigo.

—¿Está seguro?

—Lo vi cerca del puente y ahora ha cruzado Trapería en dirección a Arquitecto Cerdán hacia el oeste. Apuesto a que sigue ahí, esperando.

—Vamos nosotros.

—Os descubriríais y podría escapar —continuó Roberto—. Regreso de nuevo a la catedral y lo emboscamos allí.

Marchó hacia el sur por Trapería. Según se acercaba al cruce con Arquitecto Cerdán sintió cómo la adrenalina se disparaba. Era una sensación conocida. La misma que le avisaba de que algo no iba bien en su época de policía. La que tenían los soldados antes de lanzarse a campo abierto en plena batalla. La que auguraba peligro.

Aquella mañana había niebla espesa en el Altiplano, la zona más septentrional de la Región. Los vehículos avanzaban despacio, sin apenas visibilidad, con todas las luces encendidas para tratar de mitigar aquel muro de humo blanco. En Murcia capital la lluvia seguía siendo la principal amenaza, pero en el camino al norte las cosas eran muy distintas.

Inés trató de recordar si alguna vez había ido a Yecla. Hacía poco que habían terminado una autovía que pasaba por allí, acortando mucho los tiempos de viaje. Yecla era muy conocida por sus muebles y por su vino con denominación de origen propia. Estaba casi segura de que nunca la había pisado.

La decisión no fue fácil. Primero dejó a Leo en el colegio. La inspectora había mantenido su palabra y una patrulla los acompañó todo el trayecto. Ya en el centro, los profesores estaban bajo aviso y nadie lo perdería de vista. No era la mejor solución, pero esconderse o huir tampoco. Leo necesitaba hacer su vida, y con las medidas de seguridad adecuadas podrían aguantar hasta que las fuerzas del orden atraparan a ese maniaco.

Se sentía una madre despreciable por ello.

En su fuero interno se decía que no le importaba si perdía un año lectivo, o tres, o si tenían que empezar de cero en otro país con otro nombre. Todo eso le parecía lógico hasta que se daba cuenta de que también era una locura.

La segunda cosa que había sacado en claro era que no podía quedarse de brazos cruzados. Roberto estaba cada vez más distante y hermético, y ella debía tomar cartas en el asunto. En el bolso llevaba un spray antivioladores que le causaba más miedo que tranquilidad. Nunca había usado uno, y no era raro que se rociara más de la cuenta cuando usaba desodorante. En el trayecto no dejó de mirar por el retrovisor por miedo a que la estuvieran siguiendo, pero con tan poca visibilidad era imposible cerciorarse de que no fuera así.

La entrada a Yecla estaba repleta de polígonos industriales. Había naves de todo tipo: muebles de diseño, clásicos, funcionales, tresillos, tapizados, colchones, así como almacenes de madera. El tráfico se volvió denso por el tránsito de camiones rotulados con el nombre de cada empresa. El día era oscuro y allí la niebla le daba un aire fantasmal a todo.

El GPS la condujo a unas calles estrechas con aparcamiento de zona azul. Estacionó y bajó del vehículo frente a la televisión local. Mientras sacaba el tique lanzó varias miradas furtivas por encima del hombro. Se encontraba en una parte cercana al centro, con tiendas y edificios de diferentes alturas. Reemprendió el camino siguiendo las indicaciones de su teléfono móvil hasta alcanzar su destino.

Inés dudó de si aquel era el lugar correcto. Estaba ante una casa palaciega cuya fachada era de piedra. Los únicos indicativos de que era un edificio administrativo consistían en unas banderas bajo la puerta de entrada y una pequeña placa de mármol que rezaba «Casa municipal de Cultura». La biblioteca debía de estar dentro.

El silencio era sepulcral. Apenas dio dos pasos en el interior, vio una figura que se escondía en una de las esquinas. Fue un instante, pero le pareció que se trataba de un niño de siete u ocho años. No supo distinguir su ropa, pero era oscura. Le extrañó que a aquella hora hubiera un menor en aquel lugar. Debería estar en el colegio.

Inés avanzó hasta una sala con una escalinata curva doble y escuchó unas pisadas que se alejaban por el pasillo. Al llegar, encontró la zona infantil totalmente desierta. A su espalda había una segunda escalera con barandilla de madera. Miró hacia arriba y, esta vez sí, cruzó sus pupilas con las de aquel niño, que aguardaba en el piso superior. Sintió una mirada triste, vacía y solitaria, demasiado parecida a la suya.

—¿Te has perdido?

Antes de terminar la pregunta, el niño se esfumó. Inés no lo había visto retroceder ni alejarse. Simplemente, ya no estaba allí. Subió hasta la siguiente planta, pero no había rastro del chico. En su lugar, encontró una puerta entreabierta que daba a la biblioteca.

Era una estancia amplia, con estanterías a los lados repletas de tomos catalogados. Había varias mesas largas con sus correspondientes sillas, pero solo encontró a tres estudiantes de oposiciones con los apuntes desperdigados. Busco al niño con la mirada, sin éxito.

Tras la mesa de recepción no había nadie, pero más adelante vio un ordenador encendido. La pantalla mostraba un programa propio para la búsqueda de libros. Escribió «Victor Hugo» y apretó intro.

Apareció un listado de obras del autor. Inés las repasó una a una y, al llegar a *El hombre que ríe*, tuvo un escalofrío. Aparecía como «no devuelto».

El resto de las referencias eran todas parecidas, e indicaban que en los estantes había una sección propia para el autor francés.

Inés fue hasta el lugar indicado. Allí estaba toda la bibliografía de Victor Hugo que tenían disponible, sobre la que ella había hecho un máster acelerado gracias al profesor Menéndez. Desde las obras más famosas, como *Los miserables*, a la extrañamente traducida como *Nuestra Señora de París*, en referencia a la catedral de Notre Dame, y conocida en medio mundo como la del jorobado Quasimodo. Agarró ese tomo, tal vez llevada por los paralelismos con *El hombre que ríe*. Ambas estaban protagonizadas por personajes deformes y mendigos, y de trasfondo había un amor imposible. La tragedia de Quasimodo, dejándose morir de hambre abrazado al cuerpo sin vida de Esmeralda, era similar a la de Gwynplaine, que se lanzó al mar al saber que su amada Dea había fallecido. Más allá de lo triste de esos desenlaces, ella encontraba un significado más peligroso: eran hombres capaces de dejarse la vida por lo que querían. Tal vez

eso era lo que le fascinaba al hombre sin rostro, quizá por eso Roberto sabía que no se detendría hasta cumplir sus amenazas.

Estaba dispuesto a no salir vivo, y eso lo hacía imparable.

Abrió el libro y pasó varias páginas hasta hallar el logotipo del Ayuntamiento de Yecla impreso con un sello de caucho. No disponía de las imágenes que les había mostrado la inspectora Sara Segura para poder compararlas, pero estaba convencida de que eran iguales.

Aquel libro infernal había salido de allí.

Cusac avanzó hasta el cruce de calles. La ciudad rugía con un viento de levante encolerizado que luchaba por atravesar muros y ventanas. Las nubes se removían mezclando cúmulos negros y grises, oscureciendo aún más un día que tendía a las tinieblas.

Cuando por fin alcanzó la altura de Arquitecto Cerdán lanzó una mirada discreta, pero allí no había nadie. Estaba seguro de haber visto a un tipo de barba cana siguiéndolo. Ni siquiera el más borracho de todos los turistas habría tomado el mismo recorrido que había hecho él. Agachó de nuevo la cabeza y continuó sin detenerse. Si estaba escondido en alguna parte, no debía sospechar que lo había descubierto.

La calle Trajería desembocaba de nuevo en la catedral por la parte más al norte. Allí había una pequeña plaza empedrada y cubierta de charcos con una gran cruz en el centro. Roberto prosiguió hasta la llamada Puerta de las Cadenas, colindante a la gran torre del campanario. El portón tenía relieves de los Reyes Católicos y un gran arco profuso de decoración custodiado por los bustos de san Pedro y san Pablo. Sin embargo, lo más impresionante estaba dentro.

Atravesó el umbral y sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la iluminación interior. La puerta daba a un ala muy lúgubre donde aguardaba el enorme cuadro del Cristobalón.

Roberto Cusac ya pasaba de los cuarenta, pero le seguía impresionando aquella figura.

Era una pintura que representaba con tonos ocres y negros a un gigante con un niño al hombro. La primera vez que la vio le sobrecogió hasta un punto que no se atrevía a reconocer. Allí estaba su pesadilla, el ogro, el monstruo descomunal que se llevaba a los niños. La pintura tenía taras, se notaba el paso del tiempo, era fiel a una época de oscuridad. Y sobre todo destacaba por su gran tamaño. No la habían hecho para emocionar ni para que nadie se inspirase, sino para intimidar.

Dicen que el valor de un cuadro está en la persona que lo mira. Roberto investigó quién era el coloso y por qué portaba un niño al hombro, pero en su cabeza seguía siendo la encarnación del demonio que se llevó a Jaime. Y, al verlo de nuevo, volvió a sentir esa punzada tan sutil como intensa que de inesperada se volvía dolorosa.

La falta de un hijo. La amputación de una parte de ti.

—Roberto, ¿me recibe? —dijo Sara Segura—. Estamos en el exterior, creo que lo tenemos.

La voz distorsionada de la inspectora lo sacó de su ensimismamiento. El gigante del cuadro no era real, solo representaba una escena bíblica, por mucho que a él le pareciera la personificación de su mayor terror. Allí había un monstruo de verdad, uno que secuestraba niños y los torturaba. Tenía que centrarse y recomponerse.

—¿Es él? —preguntó.

—Barba blanca, jersey y vaqueros. No hay duda.

—¿Cómo actuamos?

—Quédese ahí. Está rondando la puerta. Hay algo que no me gusta.

El titán del cuadro parecía moverse de forma lenta. Roberto sentía su presencia sobrenatural más allá de la pintura. La catedral lo sugestionaba, esa obra de arte lo inquietaba, el enemigo acechando afuera lo trastocaba. La realidad le lanzaba una caricia pegajosa que avivaba sus miedos, que lo volvía vulnerable.

—Voy a salir —dijo.

—Espere dentro.

No quería desobedecer a Sara Segura. No podía desaprovechar su ayuda yendo por libre de nuevo, pero los muros del templo le causaban claustrofobia. Era algo que lo superaba, la angustia del pasado se mezclaba con la del presente y daba como resultado un futuro sórdido. Tenía que tomar el aire, sentir la llovizna en la cara, respirar la ciudad.

Entonces escuchó ruidos al otro lado del transmisor y supo que todo se había desencadenado.

La encargada de la biblioteca de Yecla estaba sorprendida por la pregunta.

—Si el libro aparece como «no devuelto» significa que no lo tenemos —dijo.

—Lo sé —insistió Inés Herrera—. Pero deben saber quién se lo llevó.

—Creo que reciben un aviso cuando ha pasado un tiempo. ¿Se ha descargado nuestra aplicación?

—Me refiero a si pueden mirar el nombre.

La bibliotecaria se giró hacia la pantalla del ordenador y lo contempló como si fuera una trampa para osos.

—Empecé a trabajar aquí hace dos días —dijo—. Estoy haciendo una sustitución.

—¿Y sabe quién podría ayudarme?

La puerta de la sala se abrió y entró una chica joven con varios folios en la mano. Era rubia con ojos claros muy llamativos, uno azul y otro verde.

—Tal vez ella la pueda ayudar —continuó la mujer tras el mostrador—, trabaja con el director.

—¿Ocurre algo? —preguntó la recién llegada.

—Me llamo Inés Herrera. Les quería preguntar por un libro de Victor Hugo que aparece como «no devuelto».

—Ya hemos hablado con la policía. Ese libro desapareció.

—¿Cómo puede desaparecer?

La chica se encogió de hombros.

—Alguien entra, lo echa a la mochila y se lo lleva. Ocurre a diario en toda España. Nadie viene a las bibliotecas a leer, es más emocionante robar.

—Entonces debería aparecer bajo otro epígrafe.

—El programa solo nos deja poner unos cuantos que ya están protocolizados. Imagino que si incluyeran el de «robado» se podrían llevar un susto con las estadísticas a final de año.

—Lo que me están diciendo es que no saben quién se lo ha llevado ni cuándo.

—Eso es lo que le conté a la policía. Se dio por «no devuelto» hace varios años. No hay grabaciones de hace tanto tiempo, y no tenemos un control de acceso ni nada parecido. ¿Es periodista?

—No, solo una madre preocupada...

—Tenemos más novelas de Victor Hugo, no sé si le pueden servir. Algunas están para tirarlas. La siguiente afición de la gente en las bibliotecas, aparte de hacer desaparecer libros, es

pintarrajar en ellos.

—¿Cómo que pintarlos?

—Subrayan pasajes, ponen frases, escriben sus nombres..., hasta hacen dibujos. El carnet de las bibliotecas debería conllevar clases prácticas, como las de conducir.

—Está bien, gracias.

Inés regresó sobre sus pasos y dejó a la bibliotecaria sustituta y a la adjunta de dirección cuchicheando en voz baja. Se puso cara a cara con los libros de Victor Hugo y los tomó todos. Los dejó en una mesa cercana y se sentó a inspeccionarlos. Ella misma había hecho un curso que la habilitaba como perito caligráfico judicial. Si en esas páginas había anotaciones manuscritas podría diferenciar a los autores. No serviría de prueba ante nadie, no podría demostrar nada, pero en su fuero interno necesitaba saber que había hecho todo lo que estaba en su mano.

Empezó con *Nuestra señora de París*, repasando una a una cada carilla, incluidas la portada y las guardas. Encontró varias frases subrayadas, pero ninguna palabra escrita. Prosiguió con *El noventa y tres*, pero obtuvo el mismo resultado. Allí no había nada que indicara que quien se llevó la otra novela hubiera accedido a las demás obras. Se sintió idiota al pensar que aquello tenía alguna lógica. Si robaba libros no iba a quedarse a leerlos allí.

Un tomo le llamó la atención respecto a los demás. Era más grueso y voluminoso, y en su lomo solo ponía el nombre del escritor francés, por lo que pensó que se trataba de una biografía. Abrió la primera página y se sorprendió al encontrar un conjunto de reproducciones artísticas. En un breve comentario, se explicaba que Victor Hugo había sido un prolífico dibujante.

«Aunque él se consideraba sobre todo un escritor, en su haber cuenta con más de 4.000 dibujos catalogados. Además, como pintor realizó decenas de cuadros con un claro toque romántico, con paisajes tenebrosos, fortalezas abandonadas y seres lúgubres extraídos de su imaginación más oscura. Muchas de esas obras se recogen en el presente volumen y en ellas se adivina la influencia de su admirado Goya.»

El profesor Menéndez había explicado en su clase que Victor Hugo era un artista total que abarcaba muchas disciplinas, pero no esperaba que fuera un ilustrador con tanta personalidad.

Inés pasó las páginas en un silencio absoluto. Aquello era un laberinto de pesadillas: pinceladas gruesas, manchas negras, personajes deformes..., todo tenía una pátina decadente y cochambrosa. Se veían castillos semiderruidos cubiertos de niebla, a la luz de la luna o directamente bajo una noche cerrada. Una serpiente gigante, un champiñón monstruoso o ciudades fantasmas: la mente del francés estaba poblada de aberraciones que lindaban con el surrealismo.

Hacia el final del tomo encontró un apartado especial dedicado a la ilustración en sus propios libros. Al parecer, solo había realizada una, «Los trabajadores y el mar». Según explicaba la nota al pie, aunque no se había atrevido a publicar ninguna más, sí tenía bocetos de otras novelas.

La siguiente página era un muestrario de seres enfermizos y desgraciados. Dibujos a plumilla, apenas unos garabatos sin mayor formalidad, pero que transmitían desasosiego y decrepitud.

Sus ojos se centraron en un pequeño esbozo que parecía un jarrón con una calabaza encima. Al leer el pie de foto sintió un escalofrío: «Niño en jarrón, estudio para *El hombre que ríe*, 1868». Las manos de Inés empezaron a temblar ante una anotación manuscrita muy cerca de esa estampa. Estaba en mayúsculas, apenas perceptible por haber sido hecha con lápiz sobre papel satinado, pero resultaba reveladora: «IZAN».

La sombra del coloso lo mantenía inmóvil. Roberto Cusac escuchaba el ruido al otro lado del transmisor, y luego también vio revuelo por la puerta que daba a la catedral. Sara Segura le había ordenado que se quedara donde estaba, pero era algo que iba en contra de su propia naturaleza. Sin embargo, la imagen del Cristobalón lo había petrificado.

—¿Qué ocurre? —preguntó por el comunicador.

La estática fue su única respuesta. Ya no había ruido de pasos a la carrera, ni gritos, ni golpes. En su cabeza, aquel momento había durado horas, pero sabía de sobra que apenas habían transcurrido unos pocos segundos.

—Vamos, decidme qué sucede.

Estaba ansioso por salir fuera. Apretaba tanto los puños que se clavaba las uñas en la palma de las manos. Notaba los latidos en la sien, como siempre que se le disparaba la tensión. Mandíbula tensa, garganta seca, ojos de lobo. Su corazón de guerrero no aguantaba la tortura de estar sin hacer nada.

—Venga a verlo —contestó al fin una voz al otro lado del comunicador.

Cusac salió a la carrera. Su cuerpo se activó y cruzó el umbral en apenas cinco zancadas.

Al llegar al exterior vio a qué se debía tanta agitación. Allí estaba la inspectora Segura, junto a varias personas más. Eran dos hombres y una mujer, todos policías, y tenían inmovilizado a alguien contra el suelo, que estaba lleno de agua sucia. Un tipo de barba blanca y jersey grueso.

—Es él —confirmó Sara Segura.

Roberto Cusac no pensaba igual. Sin duda, era el tipo que iba tras sus pasos, pero estaba convencido de que no era el mismo que había visto en aquella casa infernal. Aquel hombre era más alto, más delgado, y no parecía tener una barba como aquella, salvo que fuera postiza. Desde lejos no podía estar seguro, pero ahora sí.

—Levantadlo —ordenó la inspectora.

Los agentes de incógnito agarraron al sospechoso por debajo de las axilas. A pesar de que la lluvia se asociaba con un viento cada vez más fuerte, los viandantes se paraban con curiosidad para ver qué ocurría, y ya había una pequeña congregación de ellos alrededor de la plaza Hernández Amores.

—Yo no he hecho *na* —balbuceó el tipo.

Tenía la ropa empapada, y la barba lucía con tonos pizarra debido al contacto con el empedrado. Tenía una brecha en la ceja por la que le caía un hilillo de sangre.

—Eso nos lo cuentas en comisaría, ¿vale, figura? —dijo uno de los policías.

—A mí me han *pagao* —continuó el hombre—. Solo tenía que seguirle a *usted*.

—Es otra marioneta —dijo Cusac—. Siempre actúa de la misma manera, busca a algún pobre desgraciado al que pueda comprar para que le haga el trabajo sucio.

—Si eso fuera así contrataría a profesionales, no a mendigos —añadió Segura.

—No necesita sicarios porque no quiere matarme. Además, si lo hiciera se expondría demasiado. Para él es más seguro seleccionar a personas al azar que tirar de los sospechosos habituales.

No hacía falta añadir que muchos de ellos estaban a sueldo de la policía como chivatos. Era algo que sabían todos, incluido el psicópata que trataban de localizar.

—Oiga, señor. —Sara Segura chasqueó los dedos—. ¿Quién le ha pagado?

—Un hombre, no sé. Yo soy Moyano, siempre pido en la puerta del Mercadona, ahí *ande la Retonda*.

—Vivo por la zona y lo he visto varias veces —dijo otro de los policías.

—¿Cómo era ese hombre? —La inspectora se colocó frente a frente con el detenido—. ¿Está ahora aquí?

—No lo sé, se lo juro por mis hijas. Iba con un sombrero, y llevaba gafas de sol y una bufanda de esas en la boca. Me dio cincuenta pavos y luego me ofreció otros quinientos si seguía a un amigo suyo, este de *aquí*.

El grupo de curiosos era cada vez más numeroso. El espectáculo había terminado.

—Vamos a comisaría y nos lo cuentas con calma —dijo Segura.

—Sí, señorita, lo que *usted* ordene.

Los policías se llevaron al tipo con las manos esposadas en la espalda. La inspectora se puso al lado de Roberto.

—Vaya a casa —dijo—. Ahora es cosa nuestra.

—No esperaba que fuera a mover ficha tan rápido —contestó—. Pensé que tardaría semanas en arrancar.

—Tranquilo, comprando a pordioseros y desgraciados no llegará muy lejos. —Sara Segura encendió un cigarro desafiando al clima y a la lógica—. En un rato lo llamo y le cuento lo que le saquemos al tal Moyano.

Le apretó el brazo con camaradería y se fue tras sus compañeros. Cusac se quedó pensativo, con las gotas de lluvia golpeando su chubasquero y resbalando hasta el suelo. Sí, puede que pagar a drogadictos para que le siguieran no fuera un plan digno de una mente maestra. Lo que le preocupaba era un ejército de vagabundos. Y apostaba a que tenía dinero suficiente para unos cuantos.

Inés llevaba un rato llamando a la inspectora Segura, pero no le descolgaba el teléfono. Había vuelto a la puerta de entrada de la Casa de Cultura y se había encendido un cigarro con dedos temblorosos. Había perdido la cuenta de las veces que había pulsado el botón de llamar y de los mensajes que había dejado en el contestador.

Frente a ella estaba la imponente Casa de los Mergelina, otro emblemático edificio de Yecla cuyo interior albergaba objetos antiquísimos en un estado que ya querrían para sí muchos castillos. Inés oteaba hacia los lados, expectante, como si alguien la estuviera acechando. Más allá, a una manzana de distancia, había un coche azul oscuro, pero por culpa de la niebla no podía distinguir si tenía el techo quemado. De hecho, ni siquiera pensaba ir a comprobarlo.

Era más feliz así.

En su lugar volvió a pulsar la tecla de rellamada de su móvil. Contó dos colillas en el suelo, que unido al rubio que tenía entre los dientes sumaban alrededor de diez minutos de llamadas infructuosas. Esta vez la policía descolgó al otro lado.

—Hola, señora Herrera —saludó Sara Segura—. Acabo de estar con su marido.

Inés prefería no preguntar. Esa frase fuera de contexto era extraña, pero estaba convencida de que si le contaba lo sucedido acabaría aún más descolocada.

—Tengo una pista sobre el secuestrador de niños —dijo.

—Pásese luego por comisaría, ahora tengo que tomar declaración a alguien.

Aquello no era nuevo para Inés. Roberto había sido policía muchos años y conocía su jerga y su forma de hablar, por lo que entendió que se refería a un interrogatorio.

—No puedo, estoy en Yecla. Vine siguiendo la pista del libro de Victor Hugo.

—Ya lo comprobaron los compañeros de allí. Robaron ese libro hace varios años, no hay nada de lo que tirar.

—Sí lo hay. —Inés se aclaró la voz antes de continuar, sabía que lo que iba a decir era delicado y a la vez muy complejo—. Hay otro libro en Yecla, uno muy grande que es complicado que se pudiera llevar nadie sin que lo vieran.

—¿De Victor Hugo?

—Dibujos y cuadros, un volumen de arte. Y junto a una ilustración de un niño dentro de un jarrón, correspondiente a un estudio previo para *El hombre que ríe*, está escrito a mano el nombre de Izan.

El silencio era el esperado. Inés sospechaba que aquello no servía para nada a ojos de la inspectora, que seguramente tenía asuntos más urgentes que atender.

—Sé que es un callejón sin salida —prosiguió—, soy consciente de ello. Son solo cuatro letras, puede que sea una casualidad, pero lo dudo mucho.

—Yo dudo de todo.

—Estoy segura de que tiene conocimientos de peritaje caligráfico, inspectora. Entonces sabrá que se puede analizar esa letra, y si en algún momento hay un sospechoso, se podrá contrastar la escritura. Está claro que un nombre escrito en un papel no es prueba de secuestro, pero puede servir para acercarnos a la persona que ha amenazado a mi familia y torturado a esos pobres chicos.

Más silencio. Denso, palpable, imposible de ignorar.

—Solo le pido que lo tenga en cuenta —concluyó—. Creo que es la misma persona. Si es así, es la única prueba que tenemos más allá de la grabación de su voz.

—Está bien, señora Herrera —dijo Segura al otro lado—. Espere allí y mandaremos a alguien para que se lleve ese libro. Nosotros lo analizaremos en nuestro laboratorio por si hay algo más que pueda sernos de utilidad.

—Estoy convencida de que sí. Estamos en contacto.

Al colgar, levantó la cabeza por inercia y miró de nuevo al coche azul oscuro que estaba aparcado más atrás. El modelo era parecido, pero no podía jurar que se tratara del mismo vehículo, al menos no desde esa perspectiva.

Puede que fuera por la euforia de haber dado con una pista que se les había pasado a los investigadores y que se le antojaba clave para la resolución del caso, o tal vez por la nicotina que circulaba por sus pulmones, pero decidió acercarse. Estaba en el centro de una ciudad, había gente por la calle y un par de cámaras de seguridad en algunas esquinas. Tal vez se estuvieran enfrentando al demonio reencarnado, pero, aun así, aquel tipo tenía que regirse por las mismas reglas que el resto de los humanos.

No esperaba nada. Al fin y al cabo, coches azules los hay a cientos, y modelos destartados también. Por eso le impactó tanto ver la mancha blanquecina que había sobre el techo.

Se detuvo en seco. Su respiración se volvió agitada. Allí estaba, el mismo vehículo. No había duda, ni siquiera con niebla. Era una casualidad imposible, salvo que la estuvieran vigilando.

—Dios...

No supo qué hacer. En algún lugar había un ojo que no le quitaba la vista de encima. Con toda la tranquilidad de la que fue capaz, continuó caminando y giró por una de las calles adyacentes. No quería pasar por delante del coche, pero tampoco que supieran que lo había descubierto. Llamó con discreción a Sara Segura, pero de nuevo le salió el contestador. Descendió por un callejón sin acera y giró de nuevo hacia la derecha. Echó la vista atrás con disimulo mientras tiraba el cigarro al suelo, pero no vio a nadie. Llegó a un bar llamado Hadouken, pero al ir a entrar lo encontró cerrado. Aquello no le gustó, había sido un fallo. Si la estaban vigilando habrían visto sus dudas sobre qué hacer y su error al intentar entrar en un local que no estaba abierto.

Decidió continuar y regresar a la Casa de Cultura. Giraría por la siguiente calle, rodeando la manzana para llegar por la dirección contraria. Ya dentro decidiría si llamar de nuevo a la inspectora Segura o a la Policía Local. No veía a nadie tras sus pasos, ni siquiera el coche azul. Los yeclanos caminaban a paso tranquilo, seguros de conocer el camino, las calles, los edificios, a la gente. Ella era todo lo contrario, un manojo de nervios, los brazos rígidos y las manos metidas en su abrigo. Un trueno anunció en la lejanía que pronto volvería a diluviar.

Dobló la esquina y se encontró ante otro callejón neblinoso sin acera. Un coche pasó a su lado, ascendiendo en la misma dirección, rompiendo el humo blanco con sus faros. Algo saltó dentro de ella y echó a correr. Fue un impulso, necesitaba encontrarse a salvo. Sentía los pulmones vacíos y un peso en el pecho: la antesala a un ataque de ansiedad. Sus pies se movían solos, y el clac-clac de sus zapatos podía escucharse incluso en la céntrica basílica de la Purísima. Sus muslos se cargaban a cada zancada en aquella cuesta que parecía no tener fin. Un pie y luego otro, y otro, y otro. La cabeza con la vista en la retaguardia, mirando por encima del hombro a un fantasma que estaba ahí y no lograba cazar. Tenía el teléfono aferrado en su mano derecha con tanta fuerza que ni siquiera se planteaba pulsar el número de emergencias. La razón había desaparecido y en su lugar había llegado el instinto de supervivencia.

Y en mitad de la paranoia, de la niebla, del constante mirar atrás, de aquella carrera sin sentido..., al girar la calle la estaba esperando un tipo enorme. Un hombre de grandes brazos, manos descomunales y tuerto de un ojo. Ella no lo vio hasta que chocó contra él. Ni siquiera se dio cuenta de que la había agarrado de la muñeca.

Enseñó los dientes. Aquello no era una sonrisa.

Roberto fue a la sede de la Asociación ADI. La plaga bíblica de reporteros se había esfumado de un día para otro. Puede que sus jefes se hubieran puesto todos de acuerdo en que allí ya no había noticia, o tal vez todos los medios del país dependieran de la misma persona, quien les habría ordenado que se marcharan. Daba igual. Él no había puesto la televisión ni mirado los periódicos, pero le molestaba aquella nube de parásitos apostada en su puerta.

En el interior se deshizo del chubasquero y lo dejó goteando sobre un perchero. La oficina estaba a oscuras, con las luces apagadas, pero la puerta estaba abierta. Nunca lo había pensado, pero aquel era un sitio idóneo para una emboscada.

El hombre sin rostro tenía información básica sobre él: el colegio de Leo, su domicilio y, sin duda, su lugar de trabajo. El ruido del tráfico en el exterior se veía amortiguado por el tamborileo de la lluvia en los cristales. Dio un par de pasos y las suelas mojadas de sus zapatillas chirriaron al contacto con las losetas.

—Soy Roberto —dijo—. ¿Hay alguien?

Escuchó movimiento al fondo. Sus oídos se agudizaron, como micrófonos que solo captaran el sonido en una dirección. Accionó el interruptor de la luz, pero no funcionaba. Repitió el proceso una, dos, tres veces de forma inconsciente, pero la penumbra lo inundaba todo. Entonces fue cuando escuchó el arrastrar pesado de una silla.

Cusac dio un paso hacia el pequeño pasillo. La oscuridad parecía allí adoptar diversas formas. A su mente llegaban siluetas de sus horrores más profundos. Vio un niño metido en un jarrón, sin una brizna de amor o ternura en su vida, condenado a una cárcel creada para hacerlo sufrir.

Roberto dio otro paso. Sentía el frío de la lluvia y le pitaban los oídos. La penumbra tomó la forma de Jaime, siempre vuelto de espaldas, con el semblante girado para torturarlo. Él le había fallado, lo había dejado solo y desprotegido, por eso no lo miraba. Sabía que estaba en su cabeza, pero el subconsciente a veces es tu peor enemigo. Por eso veía a Jaime ahora, por eso sentía su mano en momentos de tensión o de duermevela. Era su castigo, su penitencia, nunca su redención.

Escuchó un nuevo ruido, esta vez de una respiración pesada. La oscuridad le devolvió ahora un tipo enorme, mimetizado con las tinieblas. No sabía si era real o producto de su imaginación, si se trataba del hombre sin rostro, si era una emboscada. Cusac se quedó parado, rígido, esperando una embestida que no llegaba, un nuevo ataque a traición, una pedrada en la cabeza. Pero no pasó nada, solo quedaba la respiración ronca de alguien muy hostil.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Anselmo Egea.

Cusac reaccionó como si se le hubiera aparecido el mismísimo diablo. Su jefe parecía más viejo y más cansado, sin duda quemado por todo lo sucedido los últimos días. Vestía un traje demasiado gastado incluso para él y las arrugas de su frente eran surcos grabados a fuego. Roberto tragó saliva y se permitió soltar un largo suspiro.

—Le dije a Feli que no quería verte —prosiguió su jefe.

—Me marcho pronto, vengo a verla a ella.

—No tardes —contestó volviendo sobre sus pasos—. Bastantes problemas tenemos ya.

—¿Lo dices por la luz?

—Claro que no —contestó sin detenerse.

Sus ojos ya se habían adaptado a la oscuridad. Roberto avanzó varios metros y vio a Egea entrar en su despacho, ahora convertido en una cueva sombría y fantasmagórica.

—Gracias por la fianza.

No hubo respuesta. Ni una palabra, ni un gruñido, nada.

Cusac encontró a Feli en su despacho. Estaba de espaldas a la puerta, alumbrando unos papeles con la linterna del móvil.

—Hola, Feli —dijo al entrar.

La mujer se sobresaltó y ahogó un grito al tiempo que se llevaba la mano al pecho y cerraba el expediente.

—¿Pero tú no sabes llamar, chiquillo? —dijo mientras se quitaba unos cascos inalámbricos que llevaba ocultos tras el pelo—. ¿Te das cuenta del susto que me has dado?

—¿Cómo iba a imaginar que estabas escuchando música?

—Pues por las sacudidas de mi cuello, o porque movía el pie con ritmo. Yo qué sé, tú eres el detective.

—No estabas haciendo nada de eso.

—Porque era un pódcast, no canciones. Otro fallo más y me entregas tu pistola y tu placa, agente MacHoney.

—Necesito que me ayudes —dijo mientras se sentaba al otro lado de la mesa—. ¿Por qué no hay electricidad?

—Cosas de las tormentas y las compañías energéticas. ¿Eso es todo? Vaya pregunta más fácil.

—Quiero que me orientes sobre el hombre sin rostro.

El semblante de Feli se encogió en un rictus de disgusto. Roberto sospechaba que todo aquello la afectaba de una forma que no lograba comprender. Fue un segundo, pero lo suficiente para dejar claro su incomodidad con ese tema.

—Déjalo ya, por favor —respondió ella—. Es mejor pasar página y que la policía se ocupe.

—Nos ha amenazado a mí y a mi familia, no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Pero es lo que hace esa gente, ¿no lo ves? Siempre amenazan, viven del miedo. ¿No querías un perfil? Pues es ese, el del típico abusón del colegio.

—Sabes tan bien como yo que no es lo mismo.

—Sí que lo es. Ahora mismo te la tiene jurada, vale, pero mañana la tomará con otro y se olvidará de ti. Así es como funciona esto. Hazme caso, si vas tras él solo alimentarás más y más su obsesión.

El suministro eléctrico regresó en ese momento, encendiendo luces al azar y activando ordenadores e impresoras. La guarida parecía menos terrible bajo el brillo de los halógenos.

—Ya ha empezado —interrumpió Cusac—. Hoy han detenido a un mendigo. Me estaba siguiendo por orden de alguien a quien no pudo verle la cara. ¿Te suena de algo?

Feli hizo una larga inspiración y luego se echó las manos a la cabeza.

—¿Un mendigo? —dijo Feli—. ¿Me tomas el pelo?

—Hablo muy en serio. Hice de cebo para la policía y a la primera ya mandó a alguien para espiarme.

—¿Cómo que de cebo? Pensé que Inés te había quitado esa idea estúpida de la cabeza.

—Soy una persona de ideas fijas, ya me conoces.

—¿Lo estás provocando?

—Y ha funcionado.

—Esto es una pesadilla. —La psicóloga se inclinó hacia atrás todo lo que le permitió el respaldo de su silla de oficina—. Necesito tomar un café. Te traigo uno.

Feli se incorporó y salió por la puerta. Roberto la siguió con la mirada y vio que pasaba a la habitación contigua. Aprovechó para entrar en el archivo. Observó las cajas de cartón, que acumulaban cientos de casos sin resolver. Eran muchos y se los conocía todos de memoria, como películas que hubiera visto decenas de veces. La gran mayoría quedarían así, sin solución, al menos hasta que algo fuera de su control cambiara el panorama. Un chivatazo, una confesión, un descubrimiento fortuito..., o la aparición de un niño en un molino.

Como Izan.

Alcanzó uno de los archivadores y extrajo el expediente. Repasó el caso de un vistazo rápido, tratando de ver con una nueva perspectiva todos aquellos datos que había revisado tantas y tantas noches de insomnio. Quizá había alguna pista, algo que se le pasó por alto y que ahora cobraba un significado diferente.

—Ten cuidado que está caliente —dijo Feli mientras entraba con dos tazas humeantes—. A ver, ¿en qué te puedo ayudar?

—Necesito saber cómo piensa para poder adelantarme a él. Algo básico, pero que me permita tomar conciencia de quién puede ser.

—Eso significa que no vas a parar de perseguirlo, ¿verdad?

—Ni él tampoco.

Felicidad negó con la cabeza. Cusac había visto muchas veces esa expresión en Inés. Empezaba a ser habitual.

—Está bien, empecemos —dijo.

Roberto bebió un trago corto de la taza y estuvo a punto de escupir.

—Buenísimo, ¿verdad? —preguntó Feli.

—Está... amargo.

—Así es como lo tomamos en mi pueblo. Si sabe a aguachirri no es café, sino colonia. Venga, vamos al lío.

—Te diré lo que tenemos: caucásico, entre uno ochenta y uno noventa, compleción atlética. Por lo que dicen los niños, debe de usar una máscara o algo así para esconder sus rasgos. Pero todo eso es físico, necesito saber más, acercarme a su forma de pensar para poder adelantarme a sus movimientos.

—Esto no es como en las series de Netflix, Roberto. Se necesita un estudio previo, realizar muchas pruebas, y tampoco es mi especialidad. Pero bueno, por darte mi opinión no pasa nada. Creo que estáis ante un lobo solitario, alguien que no acostumbra a relacionarse con nadie, ni siquiera en su puesto de trabajo. Hablamos de un vigilante de seguridad en una garita día y noche, o de un guardabosques aislado en su cabaña. Creo que ese sería su principal rasgo, la soledad.

—No estoy seguro —contestó Cusac—. Hablaba con soltura, como si estuviera acostumbrado a que le obedecieran.

Feli se encogió de hombros.

—Por eso te digo que ni soy una experta ni hemos seguido sus pasos para poder elaborar un perfil completo. Pero has sido tú el que se ha empeñado en sacarme a bailar.

—Hola, Inés —dijo el Tuerto con voz ronca.

Ella no sabía qué estaba pasando, aquello tenía un aura de irrealidad absoluta. La adrenalina corría desbocada por sus venas. Necesitaba un cigarro y, al mismo tiempo, sentía que le iban a estallar los pulmones; su corazón latía a toda velocidad, pero su cuerpo estaba paralizado ante aquel tipo enorme.

—Dios, Dios...

Supo que la iba a matar. En ese instante. Aquel era el último momento de su vida. Sin estridencias, sin sentido. Un punto final como cualquier otro.

—Esto no tendría que haber pasado así —añadió el tipo.

Pero había ocurrido. Era real. El gigantón le puso una manaza en el hombro. Inés cerró los ojos esperando el chasquido con el que le rompen el cuello a la gente en las películas, pero no llegó. Era un lobo jugando con el cervatillo. Ni siquiera tenía fuerzas para gritar. Lo había visto muchas veces como abogada: gente que se quedaba paralizada ante una agresión, que no era capaz de reaccionar. Y algunos jueces miserables aún preguntaban por qué no habían chillado pidiendo ayuda. Ella sabía el motivo, y ahora lo estaba viviendo en carne propia.

—Me llamo Juan Ramón Durán —continuó—. Puedes llamarme el Tuerto, todos lo hacen. Trabajo con tu marido, Roberto Cusac.

El crujido no llegó. Ni el dolor. Le iba a dar un infarto.

—¿Qué? —logro decir tras el shock.

—Me pidió que te siguiera —dijo—. Vamos, ya has llamado demasiado la atención con esa carrera loca.

Le pasó el resto del brazo por el hombro. No fue un gesto agresivo, sino todo lo contrario, amigable y cálido. Avanzaron hasta el coche azul del techo quemado.

—No esperaba que me descubrieras —dijo—, pero en este pueblo, con las calles tan estrechas, llamo la atención como una jeringuilla en un parque infantil.

Durán olía a cárcel, sonaba a barrio, y a la vista parecía un boxeador. Podía tener sesenta años, era difícil saberlo por el aspecto tan castigado de su cara. Una cicatriz le subía desde el ojo izquierdo, que mostraba una prótesis de cristal muy gastada, y su rostro estaba surcado por una mezcla de arrugas y otras marcas de la vida.

—No soy madero, no sufras —dijo para tranquilizarla, logrando el efecto contrario—. Le debo un par de favores a tu esposo, esta es mi forma de pagarlos.

—No entiendo nada.

—Me ha contado lo de esos niños. —El Tuerto apretó la mandíbula—. No me gusta. No va con el código. Y también me dijo que os había amenazado. Así que aquí estoy.

Inés se deshizo de su llave. El gigantón la observó con su único ojo.

—Yo no he pedido esto.

—Estoy convencido de que nadie te ha seguido, pero nunca se puede estar seguro de nada al cien por cien. Es mejor no llamar la atención.

Los transeúntes de Yecla observaban a la extraña pareja con estupor. Durán quería pasar desapercibido, pero más de metro noventa de expresidiario era casi como una bengala en la noche. Atraía las miradas aunque no se lo propusiera.

—El niño también está a salvo —prosiguió—. Uno de mis socios está atento a lo que pasa en el colegio. ¿Sabes? Todo este tema de los críos... es algo que me quema.

—No necesito un guardaespaldas.

—Eso mejor lo hablas con Cusac.

—¡No necesito pedirle permiso!

El Tuerto aproximó su cara a la suya. Inés se concentró para mantener la compostura. Aún le parecía surrealista todo aquello, aquel exconvicto descomunal, el coche con el techo quemado, el día oscuro y neblinoso, la anotación en el libro de Victor Hugo que había descubierto.

—Yo antes opinaba igual —dijo Durán—. No me gustaba eso del ángel de la guarda, nunca he sido muy de capillas. Yo iba más en la línea del demonio, ese pobre paria que echaron del paraíso. Porque, puestos a elegir a alguien que proteja mi vida, prefiero un demonio guardián con espada de fuego que un rubito con alas blancas.

Inés no dijo nada. Ni siquiera estaba segura de haber entendido el mensaje. El Tuerto accionó la puerta del coche azul, que estaba abierto, y se colocó en el asiento del conductor. Cerró y bajó la ventanilla.

—Parece que va a llover. A ver si así se va esta estúpida niebla. Para los que no tenemos profundidad visual es una mierda. —Se colocó unas gafas de sol que le venían pequeñas—. Sigue con tu vida, niña. Haz como si no estuviera. Y quédate tranquila que nadie te hará nada mientras yo esté cerca.

Inés recordó que llevaba un spray de pimienta en el bolso. Lo tenía olvidado del todo, ni siquiera sabía por qué lo acababa de recordar en ese preciso momento. Puede que fuera por la rabia que sentía ante ese hombre. No necesitaba la protección de un criminal, o mejor dicho, no la quería. Pensó en rociarlo con líquido antivioladores, en llamar a la policía, pero en su lugar tomó nota mental de todo para hablarlo luego con Roberto.

Era el momento de ponerse serios.

—Ha saltado la alarma nada más entrar —dijo Cusac—. Me tendrías que haber dicho las contraseñas.

Inés tomó aire. Roberto vio cómo trataba de mantener la calma, pero le costaba mucho. Leo estaba en el salón viendo un programa de YouTube y no quería empezar a discutir delante de él, por eso se esforzaba en no levantar la voz. Él, por su parte, hablaba en susurros porque le dolía la cabeza.

—Te las envié al móvil —contestó ella—. Las claves. Si de vez en cuando mirases los mensajes que te mando, no te pasarían estas cosas.

—Yo no he recibido nada.

Inés mostró las palmas de las manos como si tratara de detener un tren imaginario.

—Mira, me da igual. Luego te las pongo en un papel o te las tatúo o lo que quieras. Es la diferencia entre nosotros, que yo sí te cuento las cosas importantes.

—¿De qué hablas? ¿Ha pasado algo?

—¿Por qué pensaste que era buena idea mandar un matón a vigilarme?

Cusac suponía que antes o después se daría cuenta, pero no tan pronto. En solo un día ya había descubierto al perro de presa que había puesto a seguir su rastro. No le había dicho nada porque sabía que no le iba a gustar, y no se equivocaba.

—Has visto a Durán.

—Es una mole que va en un coche de chatarrería, imposible no verlo.

—Oye, es para protegernos, ¿vale? Una empresa de seguridad nos costaría un dinero que no tenemos. El Tuerto es la mejor opción.

—Es un criminal. Un delincuente.

—Eso hay que demostrarlo en un juicio.

—¡Deja de decir estupideces! —gritó Inés, y al instante se arrepintió, bajando el tono hasta convertirlo en casi un murmullo—. No quiero que un chorizo me siga a todas partes, ¿lo entiendes? Me ha dado un susto de muerte.

Roberto no estaba en posición de negociar. Era un niño al que acaban de sorprender realizando una travesura, y el dolor de estómago que lo torturaba desde hacía un par de horas no ayudaba. Era por el bien de todos, de la familia, no le había quedado otra opción, pero entendía el enfado de su esposa.

—¿Y qué hacemos? —preguntó—. Hay un loco que nos ha amenazado.

Hay preguntas difíciles y otras imposibles de responder. Esta era de las segundas. Por más que

analizaba todo lo que había sucedido, le costaba encontrar una salida a aquel atolladero. ¿Qué hacer cuando el caos llama a tu puerta?

—Vamos a irnos una temporada —dijo Inés—. Que la policía resuelva el caso y ya volveremos de aquí a unos meses.

—Esto ya lo hemos hablado, es absurdo.

—Absurdo es tratar de apagar el fuego con fuego. En serio, si alguien se me acerca a pedirme la hora, ¿cómo vas a justificar si ese animal le pega una paliza? ¿Pero tú lo has visto?

—Es más listo de lo que parece.

—No, ¿me oyes? No. Si no le dices que se marche, la próxima vez avisaré a la policía y diré que me están siguiendo. Esto acaba aquí y ahora.

—Sabes que no va a terminar.

Cusac se arrepintió tan pronto como pronunció esas palabras. Con ellas le daba la razón a Inés, le decía que aquello era una guerra, que iba a continuar, que la realidad desembocaba en la locura. Él había optado por enfrentarse al demonio cara a cara, pero no resultaba fácil. Era una sombra, no había dejado pistas y ellos estaban expuestos.

—Vamos a hacer la maleta —insistió Inés—. No vas a actuar de cebo, ni vamos a exponernos a ese loco.

—Hemos avanzado mucho. Tenemos un detenido que le ha visto y trabaja para él, tal vez nos proporcione algún cabo del que poder tirar. Incluso Feli ha elaborado un perfil psicológico sobre el criminal.

Inés lo miró a los ojos.

—¿Y de qué sirve todo eso?

Roberto no lo sabía. Vivía la desesperación de una forma distinta a ella, con la esperanza de que el tiempo lo cambiaría todo, pero los minutos pasaban sin novedades. Antes o después tocaba dar un paso en alguna dirección, aunque no fuera la esperada.

—Solo necesito unos días —dijo—. Trato de hacer lo correcto.

—Mañana nos vamos —contestó Inés—. Al menos, Leo y yo. Tú puedes quedarte a jugar al escondite con tu amigo el Tuerto.

Cusac asintió. El dolor de cabeza le taladraba el cráneo y no quería discutir más. Salió del cuarto y fue al salón a ver a su hijo. Los Compas gritaban incoherencias en la televisión mientras jugaban al Minecraft. Era justo lo último que necesitaba si estaba incubando una gripe, como sospechaba.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—Bien.

—¿Te gusta esto? —dijo señalando la televisión.

—Sí, están muy locos.

—Anda, quítalo ya, que llevas mucho tiempo viendo pantallas.

El niño pulsó el botón del televisor a regañadientes. Inés se sentó al otro lado de Leo.

A Roberto le pareció que estaban muy lejos el uno del otro, solo unidos por el niño que tenían entre ambos. Recordaba esa sensación, similar a la que había experimentado cuando desapareció Jaime y pasaron de ser una familia feliz a dos extraños que se miran sin entenderse. Era un camino que no quería volver a transitar, un camino áspero y gris que no los llevaba a ningún sitio bueno.

—Tal vez hagamos un viaje —concedió él.

—¿Adónde? —preguntó Leo.

—A un sitio chulo, ¿qué te parece?

—¿Me puedo llevar la consola?

—¿Qué acabo de decir de mirar tanta pantalla?

—Solo la pequeña. Por favor, papá. Voy a buscarla.

Se levantó de un salto. Inés no se movió. Ahora entre ellos había un vacío. El que había dejado su hijo.

El de Leo, pero también el de Jaime.

—Qué mala cara trae —dijo Sara Segura al verlo.

Roberto no había pasado su mejor noche. El dolor de huesos parecía haberse instalado para quedarse. Ni con todos los ibuprofenos del mundo había logrado mitigarlo.

—Estoy bien. ¿Se sabe algo del sospechoso?

La comisaría tenía el aire deslustrado de siempre. Se encontraban en una zona común, con varias mesas de escritorio y archivadores de hierro. La gente iba y venía sin prestarse atención los unos a los otros. La lluvia hacía que el amanecer se enturbiara, dejando un aura de tristeza en los cielos grises de la capital. La dana, como ahora se llamaba a las tormentas que no se querían marchar, era otra invitada indeseada similar a las punzadas que sentía en el pecho.

—Federico Moyano. —La inspectora le enseñó un dossier con varias fotos—. Es un viejo conocido de los comedores sociales, en eso no mentía. Asegura que le dieron dinero por seguirte, nada más. Estamos analizando los billetes, pero dudo mucho que encontremos alguna huella.

—Entiendo que después de vigilarme tenían que encontrarse en alguna parte para que pudiera contarle lo que había visto, ¿no?

—Dijo que sería él quien iría a buscarlo. No concertaron ninguna cita.

—Entonces hay que soltar a ese hombre y esperar a que el psicópata lo aborde.

—Eso no va a pasar.

—¿Cómo que no?

Sara Segura cerró el dossier y echó el cuerpo para atrás en la silla. Si estaba cómoda lo disimulaba muy mal.

—Vamos, señor Cusac. Piense como un policía. Está claro que sabía que esto iba a ocurrir. Ese hombre sin rostro, o como se haga llamar, está jugando. No tenía ninguna intención de volver a reunirse con Moyano.

—¿Y para qué lo envió a seguirme?

—Para descentrarlo. Y para hacernos perder el tiempo.

—Se está exponiendo, hay que seguir en esa línea.

—¿Y qué hemos obtenido? Nada.

—Sabemos que está en Murcia.

—Eso ya lo sospechábamos después de su encuentro en la casa donde halló a los niños. Esto lo confirma, nada más. Igual que lo que ha descubierto su mujer.

—¿El qué?

—¿No se lo ha dicho? —Sara lo observó como si fuera transparente, con todos sus problemas

conyugales puestos encima de la mesa para que el mundo los contemplara—. En Yecla había un libro con el nombre de Izan escrito junto a un dibujo de un niño en un jarrón. ¿Puede estar relacionado? Seguramente. ¿Nos ayuda ahora mismo para algo? Lo dudo.

Aquel asunto estaba haciendo tambalear los cimientos de su matrimonio. Inés no le había contado nada, solo su encuentro con el Tuerto, el cual solo le había dicho que la había seguido hasta Yecla sin mayor percance. Pero lo peor no era eso, sino que él mismo tampoco le había explicado los pormenores de su paseo por Murcia haciendo de cebo para provocar al hombre sin rostro. Se decía que era para protegerla, pero bajo esa justificación se escondía la desconfianza mutua.

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo, tanto para la inspectora como para sí mismo.

—Estamos esperando. Le damos tiempo a la compañía telefónica para que nos pase los datos de la antena más cercana para poder hacer un cribado y así tal vez obtener el número del sospechoso. Esperamos a que alguno de los niños recuerde algo que nos oriente en nuestra investigación. Y también aguardamos a que ese criminal dé un paso en falso, uno de verdad, a lo grande.

Sara Segura se incorporó. Se asomó a la ventana más próxima. El aguacero caía sin compasión, creando pequeños ríos oscuros en el asfalto del aparcamiento. Las alcantarillas apenas daban abasto para tragar tanta porquería y tanto fango.

—¿Pero sabe qué creo? —continuó la policía—. Que no tiene teléfono, que los niños serán más felices cuanto más olviden y que ese tipo mide muy bien sus movimientos. Por tanto, esperamos.

Cusac se puso a su lado. Ambos miraban la calle, sin esperanza ni rencor, solo con cansancio.

—Yo no puedo esperar —dijo él.

—Lo imagino.

—Mi familia y yo vamos a marcharnos de la ciudad, al menos por una temporada.

—Recuerde que sigue bajo investigación por...

—No voy a desaparecer. Les daré todos los datos de mi paradero, no sufra. Pero solo a usted. A estas alturas no me fío de casi nadie.

Sara Segura le extendió la mano.

—Buena suerte —dijo ella.

—Gracias.

Roberto se la apretó. Al ir a separarse, la mujer no lo soltó.

—Dios, está ardiendo.

—No es nada.

—Tiene fiebre. ¿Se encuentra bien?

—Es solo un catarro.

—Debería ir al médico.

Cusac no quería darle mayor importancia. Cuando desapareció Jaime tuvo un ataque de estrés.

Su cuerpo se descompensaba en momentos de mucha tensión, no era ninguna novedad, y la lluvia y el frío hacía que le bajaran las defensas. Fue lo que le dijeron en su momento y lo que él creía a pies juntillas.

—Eso sí es algo que puede esperar —contestó con una media sonrisa—. Cuando estemos instalados le mandaré un mensaje.

Se despidió con un gesto y caminó entre las mesas. No fue consciente de ello, pero en algún momento empezó a verlo todo borroso y perdió el equilibrio. El universo se volvió difuso y sintió un fuerte golpe en el costado y en la cabeza. Alguien le levantó las piernas. Justo antes de perder el sentido por segunda vez en pocos días, pudo ver el rictus asustado de Sara Segura.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó—. Le está dando un ataque.

Hacer una maleta sin saber cuándo iba a regresar era algo que ponía nerviosa a Inés. Aquello no eran unas vacaciones ni tampoco una mudanza, sino algo intermedio. Primero tenía que separar lo que iba a ser imprescindible y lo que no. Necesitaba ropa, documentación, medicamentos, los ordenadores y calzado. Luego pensó que en realidad no hacía falta nada, que no se iban al fin del mundo, sino a otra ciudad, y que todo eso lo podrían comprar al llegar. Su economía no pasaba por su mejor momento, pero para eso estaban los ahorros, por si ocurría una emergencia.

Leo estaba en el colegio. La inspectora Segura aún mantenía allí a un par de policías amigos que acompañaban al niño a la llegada y a la salida. Eso proporcionaba a Inés cierto alivio. Su hijo estaba a salvo, a no ser que el psicópata que los había amenazado, ese desalmado del que nada sabían, decidiera asaltar el centro a lo suicida.

Se asomó por la ventana. La lluvia caía con fuerza, los canalones vomitaban agua sobre las aceras encharcadas y el viento soplaba a rachas fuertes que hacían temblar los cristales. Aparcado sobre la acera estaba el coche del Tuerto. Su guardaespaldas particular llamaba mucho la atención. Se suponía que iba de incógnito, pero era complicado no reparar en su presencia. Pensó en llamar a la policía, pero era una decisión que prefería tomar con la cabeza fría.

Y en ese momento estaba muy enfadada.

Aquel asunto la había afectado en varios frentes. Como madre, sentía el dolor de cada uno de esos niños y a la vez alivio de que su pequeño Leo estuviera a salvo. También envidia al ver a esos padres reencontrarse con sus vástagos desaparecidos, algo que ella ya había dado por perdido con Jaime. Pero sobre todo estaba furiosa con Roberto. Cuando lo pensaba con serenidad concluía que las emociones rara vez tienen algo que ver con el cerebro. Una cosa es lo que diga tu mente y otra lo que dicta el corazón. Así que, de forma inconsciente o no, tenía claro que toda la culpa de que su vida se estuviera desmoronando era de su marido y sus actos impulsivos.

Decidió empezar la maleta con la ropa de Leo. No quería que viera nada extraño en aquel viaje, aunque algo sospechaba. Los niños, y esto era algo que Feli le había repetido muchas veces, necesitaban un entorno controlado, saber lo que va a ocurrir, tener la seguridad de lo cotidiano. Por eso era imprescindible que notara pocos cambios. Ya que se iban a mudar con unos familiares, al menos que le quedara algo de su anterior vida para que el impacto fuera lo más suave posible.

Miró a su alrededor. Su casa era su pequeño refugio. Nadie piensa que algún día tendrá que abandonarla, pero ahí estaban esas noticias en televisión sobre «gente que lo ha perdido todo».

Nunca les prestaba demasiada atención, al menos no con la empatía que requería el momento, y olvidaba el drama de esas familias tan pronto como el presentador daba paso a otra exclusiva. Existían terremotos, incendios o explosiones que, de un minuto para otro, daban al traste con la paz del hogar.

Su caso era especial, ella estaba viviendo el derrumbe de su vida a cámara lenta, muy despacio, sin opciones a detenerlo y sin que nadie le echara un cable. La única conclusión a la que había llegado era que aquel era su problema y que tenía que actuar porque no iba a solucionarse por sí solo. Observaba a todos esos vecinos sin preocupaciones y sentía una mezcla de envidia y rabia. Ojalá su familia tuviera los problemas típicos de la gente: saber qué coche se van a comprar o dónde van a ir de vacaciones. El paraíso era la cotidianidad.

Sonó el teléfono. Al descolgar, se encontró con la ya familiar voz de Sara Segura al otro lado.

—Señora Herrera, ha ocurrido algo —dijo la policía sin esperar—. Su marido ha sufrido un ataque cuando estaba en comisaría. Lo han trasladado al hospital Morales Messeguer.

No supo qué contestar. Ni siquiera fue consciente del alcance de esas palabras. Ahora deseaba que la normalidad fuera lo que tenían ayer, cuando se sentaron en el sofá junto a Leo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al llegar al hospital.

Los médicos iban de un lado a otro ataviados con pijamas de diferentes colores. Nadie parecía tener prisa. Los celadores caminaban con la tranquilidad de quien no va a ninguna parte. Inés lo observaba todo como si fuera una película muda. Ante ella estaba Sara Segura junto a un tipo de barba cana y bata blanca.

—Estamos haciendo pruebas —dijo el doctor—, pero parece que ha tenido una reacción muy fuerte. ¿Sabe si su marido es alérgico a algo?

—A nada. ¿De qué va esto?

El facultativo y la inspectora cruzaron una mirada incómoda. Fue un segundo, pero Inés supo que algo no iba bien, que era incluso peor de lo que parecía.

—Lo que voy a decirle es importante —dijo el hombre—. Hemos tenido que inducirle un coma.

Los boxeadores dicen que los primeros golpes no los notan. La adrenalina del momento hace que apenas los sientan, pero deben estar en guardia para no acabar noqueados a la primera. Eso no quiere decir que no les hayan dado una paliza. El dolor viene después del shock. E Inés acababa de recibir un gancho de izquierda directo a la mandíbula.

—¿Qué? —fue lo único que salió de su boca.

—Tenía convulsiones. Nos ha costado mucho ponerle una vía.

Roberto en coma. El padre de su hijo. Enchufado a un respirador.

—Esto es un mal sueño. —Se llevó las manos a la cara—. ¿Pero qué le ocurre? ¿Se va a poner bien?

—Estamos esperando los resultados del laboratorio. De momento se mantiene estable, aunque tiene taquicardias y fiebre.

—Ya continúo yo —interrumpió Sara Segura—. Venga conmigo, señora Herrera.

Se alejaron unos pasos hacia la zona de cuidados intensivos. La gente pasaba a su lado sin prestarles atención, cada cual inmerso en sus propios problemas. Inés estaba harta de hospitales. Quería salir de allí, escapar de la pesadilla aunque fuera atravesando un espejo. Y cuando nada podía ir peor, aún quedaba una sorpresa en la manga del destino.

—No soy experta en medicina —continuó la inspectora—, pero si tuviera que apostar diría que lo han envenenado.

—Pero... —El segundo gancho sí lo notó y la hizo tambalearse—. ¿Cómo ha podido pasar?

—No sé si su marido se lo ha contado, pero hicimos una operación de contravigilancia por el

centro de Murcia. Detuvimos a un sospechoso, pero no era más que un señuelo. Creo que en algún momento nuestro verdadero objetivo pasó cerca de Roberto y le inculcó algo sin que nadie se diera cuenta.

Veneno. Un tóxico recorriendo la sangre de Roberto, forzando a su corazón a pelear por la vida. No era posible. No podía creerlo.

—Pero ¿cómo no va a enterarse si le pinchan?

—Pudo ser en una aglomeración, un choque aparentemente fortuito..., no lo sabemos. He sugerido al doctor que revisen en busca de alguna marca. Estoy segura de que la encontrará.

Inés fue hacia el tabique más próximo y se apoyó. Le temblaban las piernas, los brazos, el cuerpo entero. En su mente se agolpaban recuerdos de los últimos días y otros más lejanos, como si su cerebro tratara de rememorar todo lo vivido. Y por otro lado tenía pensamientos de huida, de querer que todo acabara ya, de que esa sensación de irrealidad fuera verdadera y nada estuviera pasando.

—Solo puedo disculparme ante ustedes —prosiguió la inspectora—. Su marido se expuso de forma innecesaria, visto lo ocurrido. Ha sido mi responsabilidad. Solo falta que se confirmen mis sospechas.

—Envenenado... —repitió Inés para tratar de creérselo.

—Es difícil de digerir, lo sé.

—¿Pero qué clase de demente le hace eso a otra persona?

En su cabeza se apelmazaban todo tipo de ideas, unas sobre otras, sin orden ni lógica. Aquel loco tuvo que aprender sobre toxinas, después saber dónde comprarlas, o elaborarlas por su cuenta, y luego conseguir que el veneno acabara en el interior de su víctima. Eran muchas variables, demasiadas para una persona normal. Aquello no había sido una improvisación, sino algo calculado fríamente.

—Daremos con él. Si se confirma que tiene algún tóxico en el organismo exigiré más efectivos. Este individuo está cada vez más envalentonado y eso es peligroso.

Inés arrastró los pies hasta unas butacas de plástico y dejó caer el peso de su cuerpo. Sentía que sus piernas ya no respondían. Se esforzaba para no derrumbarse, tragándose las ganas de llorar y gritar y maldecir. Si Roberto no salía del coma se quedaría sola, y Leo necesitaría una madre que lo sacara adelante.

—Íbamos a marcharnos hoy —informó Inés—. Le dije a Roberto que se podía quedar si quería, pero que el niño y yo nos íbamos con o sin él. Y ahora...

—¿Qué va a hacer?

Era una pregunta muy difícil, por eso a Inés le sorprendió lo fácil que le resultó responderla.

—Debo estar a su lado. Somos una familia.

En eso se resumía todo. Aguantarían como uno solo, apoyándose como siempre habían hecho. No había más salidas de emergencia que esa. Todo lo demás quedaba en un segundo plano.

Sara Segura le puso una mano amistosa en el hombro.

—¿Quiere pasar a verlo?

Dicen que no hay dos oportunidades para una primera impresión, pero pocos hablan de la última imagen que se nos queda grabada en una despedida. Inés lo estaba viviendo en aquel momento al contemplar el cuerpo inerte de su marido. Era un hombre íntegro, con sus obsesiones, lleno de vida, incansable pese a los palos que el destino le había dado. Superó la pérdida de Jaime, también la depresión y el alcoholismo, fue capaz de empezar de nuevo junto a Leo y ella. Y ahora...

Lo veía y le costaba creérselo. Boca arriba, conectado a un respirador, con varios cables registrando sus constantes vitales y dos goteros enchufados a su brazo izquierdo. Era un árbol caído, las ruinas de un palacio egipcio, una ciudad sepultada bajo la ceniza de un volcán.

Leo permanecía a su lado en la habitación. Feli estaba ilocalizable aquella tarde e Inés decidió llevarlo con ella. No sabía cómo iba a reaccionar al ver a su padre así, pero entendía que, si no se recuperaba, antes o después tendría que decírselo. Le explicó que papá estaba en el hospital y pareció entenderlo, pero al llegar a la puerta de la habitación se detuvo en seco y se quedó inmóvil. Ahí supo que se había equivocado. Su padre era su héroe, más fuerte que el de cualquiera de sus amigos, más que nadie en el mundo. Y ahora lo veía postrado en una cama. Ella lo cogió en brazos, lo sentó en su regazo y lo abrazó en silencio.

—¿Qué le pasa a papá?

—Está malito, hijo.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Por qué no lo despertamos?

—No podemos. Los médicos dicen que así se curará.

—¿Y está soñando?

—No lo sé.

—Yo creo que se ha perdido.

—¿Cómo?

—Sí, perdido en un sueño. A mí me pasa a veces, cuando duermo. Estoy como dando vueltas, quiero llegar a un sitio pero no me dejan, y tiro por otro lado y no llego, y se me hace tarde y al final despierto. Seguro que papá está así.

—Sí..., puede que papá esté perdido.

Leo se levantó de un salto. Inés apenas fue consciente de que se separaba de su cuerpo. El niño se quitó el reloj de su muñeca y se lo colocó a Roberto.

—Toma, papá. Te lo doy para que no te pierdas. Con esto seguro que te encuentras.

Inés sonrió. Le habían explicado que ese reloj lo debía llevar siempre porque así lo encontrarían estuviera donde estuviera. No podían contarle que llevaba una localización por GPS, no lo habría entendido. Así que inventaron esa otra historia, que no era tan alejada de la realidad, para que nunca se lo quitara.

Leo terminó de ajustar la correa a la muñeca derecha y regresó junto a su madre. Se quedaron en silencio observando a Roberto, pero el niño estaba inquieto. Ella lo notaba por la forma de removerse en su abrazo.

—¿Jaime también se perdió? —preguntó Leo.

Inés se quedó pálida. Nunca le habían hablado de Jaime. Ni siquiera tenían fotos en la casa, al menos a su vista.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Os he oído hablar —contestó—. Y en el cole también lo dicen, que tengo un hermano que no saben dónde está, que se escondió tan bien jugando que nadie lo encontró nunca.

Inés sabía que ese momento iba a llegar antes o después. Era imposible ocultar algo así durante tanto tiempo. Las preguntas eran inevitables, los comentarios de los demás también. No esperaba que fuera tan pronto, antes de cumplir los siete años, ni en ese lugar tan impersonal, ni con Roberto en estado crítico.

—Yo creo que sigue escondido en el mismo sitio —continuó Leo—, y no sabe que el juego ya se terminó.

Lo abrazó con fuerza. Leo la mantenía anclada a la realidad. Por él era capaz de mover montañas, no se iba a rendir.

Parte 4

Lo que limitaba a las personas no era el miedo, sino el orden. Eran incapaces de salir de su zona de confort, no veían más allá de los márgenes que la sociedad puso ahí en su momento por razones inciertas. Vivían en una escala de blancos y negros sin atreverse a mirar los grises. Trabaja, ten hijos, compra una casa. Solo lograban ver lo que tenían delante de sus narices cuando alguien se lo señalaba, y si no les interesaba, simplemente cerraban los ojos y olvidaban que existía. Por eso nadaban en una falsa realidad, en la que se sentían seguros por la simple razón de que todo era una rutina repetitiva. Fantaseaban con que les sucediera algo extraordinario, pero seguían haciendo lo de siempre. Nada malo les podía pasar porque todo era igual que ayer e idéntico a mañana.

Pobres imbéciles.

El hospital parecía un sitio seguro pese a no serlo. Nadie más veía la realidad. Había un mostrador de información en la entrada para controlar quién accedía al interior, pero las puertas estaban abiertas de par en par. El truco era caminar con confianza. Nadie iba a pararlo para preguntar adónde iba. Y si lo hacían, ¿qué importaba? Era tan simple como mentir. Además, contaba con otra ventaja: el mimetismo. Una bata blanca y nadie se fijaba en ti; una mascarilla quirúrgica y un gorro, y tu faz quedaba tapada ante las cámaras. Bastaban unos guantes de goma para no dejar huellas.

¿Qué clase de demente querría entrar de incógnito en un hospital?

Allí no había nada que robar, ni nada que hacer. La gente normal rehuía esos lugares llenos de infecciones y moribundos. Había llamado horas antes preguntando por el número de la habitación a la que debía acudir, y el chico de la centralita se lo dio sin preguntar quién era. La normalidad creaba una falsa sensación de protección.

Era todo tan fácil. Nadie se llevaba a los niños hasta que desaparecían. Los padres los dejaban libres por el parque porque estaban con sus amigos. La seguridad de la manada era un espejismo. Un banco de peces no muere tras el ataque de un tiburón, pero pierde a varios de sus integrantes. Por eso resultó tan sencillo robar esos chicos. Solo tuvo que comprobar que no hubiera cámaras en el lugar ni en la ruta de salida. El resto consistió en esperar con paciencia y sedarlos sin que lo vieran venir.

Los niños no están seguros. Tampoco en un hospital.

Alcanzó la habitación sin dificultad. Nadie le preguntó nada, nadie se fijó en él. Un médico nuevo en un trabajo que funciona por turnos era de lo más normal.

Entró y dejó la puerta abierta. Roberto Cusac descansaba en un coma inducido. Era un niño grande dormido en su lecho de sábanas blancas. Le acarició el rostro. Casi podría apiadarse de él.

Casi.

Habría sido tan cómodo matarlo en ese momento. Asfixiarlo con una almohada, inocularle aire por la vía, clavarle un bisturí en el corazón. No existía una sensación más placentera que saber que la vida de otro estaba en tus manos, que con solo chasquear los dedos podías acabar con sus sueños y destrozar a su familia. Matar era fácil, ese era el secreto de las guerras. Cualquiera podía asesinar a otra persona en cualquier momento, por eso él había preferido distinguirse de toda esa chusma. Lo suyo era una obra de arte. ¿Qué mérito tenía disparar a alguien por la espalda? El sumun consistía en hacerlo sufrir.

Y Roberto Cusac iba a padecer un dolor físico y mental mayor del que jamás habría podido imaginar. Una agonía a la altura de su afrenta.

Le acarició de nuevo la mejilla. Aquello solo era el comienzo.

Tras la desaparición de Jaime, para Inés lo peor fue volver a casa y saber que él no estaba allí. Se acordaba perfectamente de la hora, las 4.37 de la madrugada. Tras dos días en comisaría y buscando por las calles, al regresar se asomó a su cuarto y lo vio vacío. Pensó que a esas alturas de la noche todos los niños deberían estar en su dormitorio, aguardando a despertar al día siguiente para ir al colegio. Pero Jaime no. Él se había evaporado y nunca más volvería a verlo.

Y lo peor era la sensación de impotencia, saber que alguien le estaba haciendo cosas horribles y que ella no podía evitarlo. Las noticias hablaban de «desaparición» cuando un niño se esfumaba en el aire, nunca de raptó. Pero esto último es lo que ocurría, lo que todos sospechaban y nadie se atrevía a decir. Alguien se lleva a los niños, esa era la realidad. Sin embargo, hablar de secuestradores generaba alarma social, era molesto, impedía dormir y transmitía la idea de que nadie estaba seguro. Las familias preferían creer en mentiras bonitas, que sus pequeños siempre estarían a salvo, que nunca les pasaría nada malo. Por eso hablaban de «desaparición», porque así descargaban parte de la culpa en las víctimas, como si los menores, desobedecido a sus padres, se hubieran ido con un extraño, o se hubieran simplemente volatilizado. Así era más fácil. Desaparecidos. Una figura pasiva en el imaginario colectivo, donde no cabía la presencia de pederastas o asesinos.

Todas estas emociones la abrumaron al regresar a su hogar en el barrio de San Basilio. Acababan de visitar a Roberto en el hospital y la sensación de vacío de su pequeño piso era atroz. Leo estaba serio, pero enseguida se evadió con la televisión. Ella no podía hacerlo. Tenía muchas preguntas y ninguna respuesta. Si se confirmaba que habían envenenado a su marido... No, prefería no pensar en eso.

Preparó algo de cena y se obligó a tragar la comida. Si no lo hacía, Leo le preguntaría si no tenía hambre. Era un niño en apariencia despistado, pero muy observador.

Esa noche durmieron abrazados. Inés se acurrucó a su lado hasta que él se durmió y luego no quiso moverse. Necesitaba sentir su calor. Si se daba la vuelta, descubriría que Roberto no estaba, igual que Jaime, y no podía permitirse el lujo de derrumbarse. Se esperaba de ella que fuera fuerte, que afrontase esa pesadilla con valentía, sin dar un paso atrás, pero solo deseaba que el sueño se la llevara a otro lugar.

La calma duró poco.

El timbre de la puerta sonó hacia las ocho de la mañana. El alba aún no había despuntado del todo y la lluvia cubría la ciudad. La tormenta no tenía fin.

Volvió a sonar una y otra vez. Inés se sobresaltó. Se levantó y comprobó que Leo seguía

dormido. Se colocó una bata y fue hacia la cocina. Por instinto, su mano agarró el cuchillo más grande que tenían.

Lo siguiente ya no fue el timbre, sino unos golpes secos en la puerta. Inés no sabía si llamar a la policía o asomarse a la mirilla. Ignoraba quién podía insistir de esa manera para que le abrieran. Por su mente pasaron infinidad de horrores en apenas unos segundos. Su lado práctico le decía que alguien de tamaño medio podría tirar la puerta abajo en unos minutos. Aunque los vecinos o ella misma llamaran a la caballería, no daría tiempo a escapar. Le temblaban las piernas, tenía la boca seca, su cuerpo estaba rígido. Pensó en abrir las ventanas y tratar de saltar a la calle, pero era una locura, sobre todo con Leo. Solo le quedaba apretar el cuchillo y esconderse en un flanco para al menos tener la ventaja de atacar por sorpresa.

Al fin, una voz conocida se escuchó tras la puerta.

—¡Inés! —gritó Sara Segura—. Tiene que abrirnos.

No entendió por qué hablaba en plural hasta que puso un ojo en la mirilla. Allí estaba la inspectora con el pelo mojado por la lluvia, no era una trampa ni un embuste, y tras ella contó al menos cuatro agentes. Inés retiró los cierres de seguridad y abrió. Los policías entraron en tromba.

—¿Está bien? —preguntó Sara—. ¿Y Leo?

—En el dormitorio. ¿Qué ocurre?

—¿Notó algo raro ayer? ¿Sabe si la han seguido?

Los agentes revisaron la casa a toda velocidad, con las manos apoyadas en las culatas de las pistolas. Comprobaron el dormitorio, las ventanas y detrás de las puertas. Inés tenía la respiración acelerada. Aquello no indicaba nada bueno.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Inés—. Me están asustando.

Sara Segura estaba más seria que nunca, con una mezcla de preocupación y enfado. Sin embargo, más allá de su gesto solemne se marcaban unas arrugas de angustia por toda su cara.

—He hablado con la jueza de guardia —anunció—. A partir de ahora tendrán escolta las veinticuatro horas, y se les ha concedido una plaza en un piso tutelado por la administración.

—¿Qué?

—Se suele usar para mujeres amenazadas de muerte por sus parejas. Nadie sabrá que están allí. Ayer me dijo que tenían las maletas preparadas para salir de viaje. Vístanse y vayámonos de aquí.

—¿Pero qué sucede? ¿Por qué tanta prisa?

La inspectora sacó un paquete de tabaco y le ofreció un cigarro a Inés, que lo rechazó con un ademán. Sara Segura lo encendió sin preguntar si podía fumar en su casa. Inés aguantó la respiración.

—Es Roberto —dijo—. Ha desaparecido.

Desaparecido. Esa maldita palabra.

La pesadilla era la misma de siempre, con sus variantes habituales. Ahora caminaba junto a Jaime por un camping de montaña. El día era luminoso, tal vez demasiado. A su alrededor había tiendas de campaña y autocaravanas junto a algunos bungalós. Se escuchaban pájaros escondidos en los pinos y carrascas. La sierra lucía verde, el aire era cálido.

Y estaba feliz. Junto a Jaime siempre lo estaba. Sentía la paz del que ha encontrado la esperanza tras muchos años persiguiéndola. Su niño, su hijo, siempre de su mano.

En ese momento lo supo. Se iba a terminar. Se llevarían a Jaime. Porque un sueño repetido muchas veces se acaba convirtiendo en un recuerdo.

Se detuvo en seco. No quería seguir caminando. Iba a ocurrir de un momento a otro. Pensó en echar a correr. En pedir ayuda a gritos.

Pero eso no iba a cambiar nada. Era inevitable.

Miró a su hijo. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás, esquivando su mirada. Un zumbido de enjambre llegó a sus oídos. Insectos, como en el chamizo donde encontró a Siena y Thiago. Jaime giró lentamente el cuello en su dirección y él cerró los ojos con fuerza. No quería verlo, así no, muerto no.

Había una autocaravana a su lado. ¿Siempre había estado ahí? Se abrió la puerta y mostró su interior negro, el aparato digestivo de una bestia, de un monstruo oscuro y milenario al que el ser humano llevaba temiendo desde hacía siglos.

Era el terror. Sin forma, incomprensible, infinito. El miedo en estado puro.

Jaime se desprendió de su mano.

Quiso agarrarlo, pero no pudo.

Vio cómo su hijo acababa engullido por las tinieblas y se cerraba la puerta.

Quiso gritar, pero no pudo.

La autocaravana se puso en marcha y se alejó de allí.

Quiso correr, pero no pudo.

No podía hacer nada.

Y despertó.

Sintió el agua caer por el pelo mojado. Roberto tardó varios segundos en darse cuenta de que estaba sentado, no tumbado en una cama. Sentía los labios agrietados, los ojos pegajosos y la lengua pastosa. Respiraba a rachas.

Era incapaz de fijar la vista. Tan pronto enfocaba lo que tenía delante, la imagen se volvía borrosa. Solo disponía de un segundo para hacer fotos mentales de lo que sucedía, y ninguna era muy nítida.

Vio un motor viejo, unas cadenas, bidones, herramientas oxidadas. No había ventanas, solo una lámpara en el techo que apenas daba luz. Pensó que estaba en un desguace. Había unas escaleras de piedra que subían hacia la planta de arriba. Tal vez se encontraba en un sótano. Probó a hablar, pero no le salían las palabras. Un insecto pasó zumbando junto a la oreja izquierda y se perdió a su espalda.

De fondo se escuchaba un generador. La lluvia, aunque lejana, también se dejaba sentir. Un martilleo constante en su frente le hacía apretar los dientes de puro dolor. Trató de arrastrar el pie por el suelo arenoso, pero estaba sujeto a la pata de la silla. Intentó levantar los brazos, pero comprobó que unas bridas unían sus muñecas y que tenía las manos agarrotadas. Estaba mojado y temblaba de frío. Vio que llevaba la bata de un hospital. Quiso incorporarse, pero la silla de hierro estaba atornillada al suelo.

Sabía lo que era aquello. Había visto más de un vídeo de ejecuciones de narcos. Moriría en aquel lugar.

Levantó la cabeza. Apenas tenía fuerza en el cuello. Sintió los músculos de la espalda contraerse con dolor. Tenía el cuerpo entumecido y acalambrado. Se preguntó cuánto tiempo llevaba en esa posición. Echó un vistazo a izquierda y derecha. Vio más chatarra, cajas con revistas amontonadas, telarañas, excrementos de ratas. Le resultaba imposible centrar la vista más allá de unos pocos instantes. La cabeza le iba a explotar.

Entonces cayó en la cuenta de algo más aterrador. No sabía dónde se encontraba ni cómo había llegado allí..., pero no estaba solo en aquel sótano.

Alguien le había echado agua por encima para obligarlo a despertar. Y debía de estar a su espalda.

—¿Hay alguien ahí? —logró balbucear.

El silencio que siguió era la calma antes de la tormenta. Quienquiera que fuese lo observaba desde la quietud, sin prisa, como un depredador que ha acorralado a su presa. Luego escuchó una risa entrecortada muy cerca de él, y después el sonido de unas pisadas. Una sombra oscura lo rodeó con calma. Trató de enfocar la vista, pero apenas lo logró. Intuía una figura alta, delgada, de brazos largos. Olía a algo dulzón que le dio ganas de vomitar. Se movía despacio, casi parecía un reptil con la barriga llena de carne fresca.

—Ya sabes quién soy —contestó el secuestrador.

Cusac solo tenía un sospechoso, una única persona capaz de hacerle algo así. Pero no quería creerlo. Sabía lo que les había hecho a los niños, cómo los había deformado, y eso significaba su perdición. Aquello debía de ser otra pesadilla. Tuvo que anclarse a la realidad, sentir la arenisca bajo los pies descalzos, el gotear del agua por su pelo, las manos abotargadas, hinchadas e insensibles. Demasiados detalles para que fuera una alucinación.

El tipo se arrodilló para ponerse a su altura. Quedó a apenas unos centímetros de él. Sintió un aliento agrio y perfumado, de tabaco y chicle, de menta y suciedad. Cusac se obligó a mirar al terror, al miedo ancestral encarnado en lo que tenía ante él. Forzó la vista y durante un breve instante creyó ver el semblante del monstruo que tanto asustaba a los niños.

Roberto tuvo que echar mano de la poca entereza que le quedaba para no gritar.

—¿Cómo pueden raptar a una persona en un hospital? —gritaba Inés desesperada—. ¿Acaso no había nadie vigilando?

Se levantó de la silla. Estaban en la comisaría, ese lugar que tan frío e impersonal le había parecido en un principio y que ahora empezaba a resultarle familiar. Le costaba pensar, su cabeza iba de un lado a otro y sus nervios eran una montaña rusa. Tan pronto estaba angustiada como furiosa o triste. Al menos, nadie de allí dudaba de que a Roberto lo hubieran secuestrado. Cuando desapareció Jaime, alguien sugirió que tal vez el niño se hubiera despistado.

—Hay que encontrarlo, ¿vale? —dijo tratando de calmarse a sí misma—. Me da igual quién la haya cagado, ahora lo importante es salvar a Roberto.

—Es nuestra máxima prioridad —contestó Sara Segura—. Tenemos a gente en el hospital y también en las calles. Daremos con él.

Inés ya había escuchado eso antes. Se solía decir que las primeras horas eran clave para resolver un caso, pero por su experiencia sabía que era mentira. Esos compases iniciales de la investigación estaban marcados por el exasperante ritmo de las tareas burocráticas: hablar con testigos, llamar al juez, esperar a la policía científica, etc. No había nadie corriendo de un lado para otro, sino gente esperando a poder actuar, organizándose y formando equipos. La policía necesitaba un hilo del que tirar, tener claro qué sucedía y por qué. Existían protocolos. Las horas y los días frenéticos llegaban después. Si la cosa se alargaba era normal que todo acabara enfriándose: aparecían nuevos crímenes que requerían de efectivos y que hacían que el caso más antiguo acabara archivado en una carpeta, a la espera de unas pruebas que podían tardar semanas en llegar. Esa era la triste realidad, e Inés lo sabía. Por eso tenía que aprovechar el tirón inicial mientras hubiera barra libre.

—Alguien se llevó a mi hijo y nunca apareció —dijo en voz baja—. No le puede ocurrir lo mismo a mi marido.

El ambiente era de tanatorio, una cortina densa de tristeza y pesar. Inés levantó la cabeza y miró en dirección al pasillo. Allí, en otro despacho, estaba Leo jugando con un policía. Le habían dejado las esposas y llevaba una gorra sobre la cabeza.

—Necesitamos que vea las imágenes de la cámara de seguridad por si reconoce al sospechoso —dijo Sara Segura.

—¿Lo han grabado?

—Salió delante de todos, por la puerta principal. Nadie desconfió de él.

—¿Cómo es posible?

—Será mejor que lo vea por sí misma.

Colocaron un portátil ante ella con el reproductor de vídeo abierto. La inspectora Segura pulsó la barra espaciadora y las imágenes cobraron vida. Era un plano fijo, ubicado en la entrada del hospital.

—Lo que está viendo es un montaje de las partes importantes. Quiero que se fije en el hombre que va a aparecer enseguida.

La película mostró una ambulancia deteniéndose en la puerta. De ella bajó un tipo con una bata blanca que miraba al suelo. Llevaba un gorro médico, o tal vez un pañuelo, estampado de color oscuro. Se detuvo ante la recepción y luego continuó hasta el ascensor. Prosiguió caminando por los pasillos del hospital hasta desaparecer en una puerta que Inés reconoció al instante.

—Está en la habitación de Roberto —dijo Sara Segura—. Tardó casi seis minutos en salir de nuevo.

—¿Qué hizo allí?

—No podemos saberlo —contestó mientras pasaba el vídeo a velocidad rápida—. Pero a la vuelta no estaba solo.

Inés sintió una punzada en el estómago cuando vio aparecer a Roberto tumbado en la cama. Lo empujaba el tipo de la bata blanca. Atravesó varios pasillos hasta detenerse junto a dos celadores que hablaban ante una máquina de refrescos. Los hombres se pusieron nerviosos al verlo. No había audio, pero estaba claro que el secuestrador los estaba riñendo.

—Esos testigos aseguran que les gritó —explicó la inspectora—. Les echó en cara que no le ayudaran y pidió una camilla para trasladar al paciente a la ambulancia.

—No entiendo nada, ¿por qué armar ese escándalo?

—Para que obedecieran sin preguntar. Los intimidó haciéndoles creer que no estaban implicados en su trabajo, y al final, sin saberlo, acabaron colaborando en un secuestro.

Las imágenes de las diferentes cámaras se sucedieron. Mostraban cómo uno de ellos traía una camilla, luego cómo la empujaban por los pasillos y, finalmente, cómo la cargaban en la ambulancia. Después, el hombre disfrazado de médico se montó en el asiento del conductor, puso en marcha el vehículo y desaparecieron del objetivo.

—¿Y ya está? —preguntó—. ¿Así de fácil?

—Necesito que me diga si lo puede reconocer, si es alguien conocido.

—¿Y la ambulancia? ¿De dónde la ha sacado?

—Son servicios que Sanidad tiene contratados a una empresa privada. Les hemos preguntado y dicen que hace dos días les robaron una del aparcamiento.

—Eso no puede ser.

—Quiero que se fije en esta imagen, es la más clara que tenemos del secuestrador.

La inspectora Segura le mostró una captura de pantalla. Se veía algo pixelada, pero mostraba el reflejo del tipo con bata blanca sobre una puerta de cristal. Inés observó aquel rostro borroso

sin entender nada. Llevaba mascarilla, gorro y gafas. Apenas se distinguían sus rasgos faciales.

—¿Esto es lo mejor que tienen?

—¿Lo reconoce?

—No. ¿Y los celadores o el recepcionista? Ellos lo tuvieron frente a frente.

—De ahí no hemos sacado nada concluyente, pero todos coinciden en que tenía algo extraño en la mirada. —Hizo una pausa para encender un cigarro—. No supieron especificar más, pero era algo raro, algo que les provocaba nerviosismo.

—¿Raro como qué?

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

Cusac movió la cabeza afirmativamente. Reconocía su voz. Esta vez no se trataba de un ayudante, era él de nuevo en persona. Tras un instante en el que vislumbró su verdadero rostro, aquel demente se alejó unos pasos, colocándose a un par de metros de distancia, en la penumbra del sótano.

—¿Qué me has hecho...?

—Te he sacado del hospital y te he dado un antídoto para que no mueras. Eso significa que te he salvado la vida. Se podría decir que soy el héroe de esta historia.

—Me has... drogado.

—Como secuestro y mutilo niños también uso venenos, ¿verdad? Qué poco sabes de mí.

—¿Dónde estoy?

—Por favor, ¿puedes ser más obvio? ¿Qué es lo siguiente que vas a decir, «sácame de aquí»? Vamos, intenta ser un poco más original.

Todo le daba vueltas. Los ojos seguían sin responder de forma normal. Apenas enfocaba una imagen, esta se diluía y distorsionaba. Alguien estaba usando un martillo dentro de su cabeza que le impedía pensar. Si quería salir vivo de allí, necesitaba hacer uso de toda su fuerza de voluntad y centrarse. Había sido policía, conocía de sobra cómo sacarle información a alguien en un interrogatorio.

—¿Por qué no me has matado? —dijo.

—No soy un asesino. Ya lo sabes.

—¿Me vas a torturar?

—Todo esto te lo has hecho tú solo. Yo soy la mano ejecutora, nada más.

Al decir esas palabras agitó una especie de bastón que tenía en la mano. Roberto tardó unos instantes en darse cuenta de que era un palo eléctrico para empujar al ganado. Medía medio metro y en su punta tenía un cabezal que emitía descargas.

—Esos niños... ¿Por qué los querías deformar?

—No tengo que darte explicaciones. Nunca lo entenderías.

Cusac hizo un esfuerzo por tratar de ver el rostro de su captor. Lo había tenido cara a cara, pero fue apenas un segundo y lo que habían captado sus retinas no podía ser real. El hombre agarró el palo y empujó la bombilla que colgaba del techo, formando nuevas sombras que se movían de un lado a otro. El psicópata lo rodeo con pasos lentos, siempre manteniéndose alejado del resplandor, evitando que la luz le iluminase.

—No lo sabes ni tú —dijo—. Solo los torturabas por placer sádico.

—¿Qué sabes de mí? —gritó—. ¡Nada! Lo que desbarataste, lo que hiciste... Años de metódico trabajo tirados a la basura. ¿Eres consciente de lo que me costó que unos ineptos como aquellos guardaran a los niños en las condiciones requeridas? El viejo, Rogelio Cruz, los desatendía, pero al menos seguía las instrucciones que le daba, pero el otro, Juan García, ese costaba más que entrara en vereda. Creo que se encariñó demasiado de su cobaya. Fue un milagro maravilloso que todo siguiera su curso.

El palo eléctrico emitió unas chispas. Aquel tipo era reactivo y podía actuar por impulso. Hablaba de ciencia, pero era iracundo. Si le seguía presionando podía estallar de modo violento. Y él seguía atado y semidesnudo, con las manos adormecidas por las bridas que lo inmovilizaban. El riesgo era alto, pero, dada la situación, tampoco tenía nada que perder.

—Sigues sin contestar.

—Mi interés era médico —dijo—. El objetivo era estudiar las lesiones. Vivimos en una sociedad estúpida donde se puede dejar morir a alguien de cáncer pero el suicidio está mal visto. La ciencia busca la cura para las enfermedades de los seres humanos, pero está prohibido experimentar con personas. Así nunca evolucionarán los tratamientos. Nosotros mismos somos quienes nos ponemos trabas. Los investigadores debemos estar por encima de la moral.

—Y una mierda —replicó Cusac, tensando el hilo todo lo que podía.

—¿Qué has dicho?

—A ti no te importa la ciencia. Buscas causar dolor. Nada más.

—No sabes nada de mí.

—Quieres verlos sufrir. ¿Te acosaron de niño? Bienvenido al club. A mí los chavales del barrio de enfrente me perseguían hasta casa y, si me pillaban, me daban unas cuantas galletas, pero no me dediqué a mutilar a niños cuando me hice adulto. ¿Qué buscas realmente?

El tipo dejó de caminar a su alrededor y se quedó quieto ante él. La bombilla también había dejado de oscilar. Ahora lo tenía muy cerca, pero su rostro seguía cubierto de sombras.

—Las connotaciones filosóficas y morales no son mi especialidad, pero reconozco que parte del experimento es psicológico. ¿Cómo reacciona una familia a la pérdida de un hijo? ¿Y el niño, cómo gestiona volver a su hogar varios años después? Y por encima de todo, ¿cómo actuará la gente ante unos monstruos de feria? La belleza es lo primordial en esta sociedad —dijo señalándose a sí mismo—. En una entrevista de trabajo se contrata antes a la chica guapa que a la gorda, hemos elevado al estatus de famosos a *influencers* que lo único que hacen es posar en redes sociales. ¿Qué ocurre cuando a una sociedad tan superficial le arrebatas la belleza, cuando transformas a unos niños perfectos en aberraciones? Todo tiene que ver con la ciencia, aunque te repito que mi prioridad no es la psicología.

Sus movimientos eran lentos pero precisos, como si coreografiase una danza antigua aprendida hace años. Vestía todo de negro, camisa y pantalón de pinza, pero en su cuello llevaba algo. Cuando por fin logró enfocar la vista comprobó que era una pajarita amarilla.

—Sin embargo, he aprendido mucho de esta experiencia. Por ejemplo, que el dolor físico no es nada comparado con el emocional. Así que dime, ¿qué quieres que te cuente antes? ¿Cómo voy a destrozarle la vida a tu mujer o a tu hijo? ¿O prefieres saber lo que reservo para ti?

—Mamá, ¿qué pasa?

Leo lo preguntó mientras jugaba con una gorra de policía que le habían dejado. Aunque estaba entretenido, sabía que algo no iba bien. Inés no tenía muy claro si contarle la verdad o esperar a que todo avanzara en alguna dirección, fuera la que fuese. Prefería no pensar en nada, vivir un duelo silencioso y mantener la cabeza distraída, pero era incapaz de hacerlo. Roberto podía estar muerto, o tal vez le estaban haciendo sufrir. Y allí estaba Leo, con sus grandes ojos marrones, aguardando una respuesta que no podía darle.

—Estamos de visita, no te preocupes. La policía aquella tan seria, ¿la ves? —Señaló a la inspectora Segura, en un cuarto cercano—. Está investigando una cosa muy importante y nos ha pedido ayuda.

—¿Ahora somos policías como papá?

—Ya sabes que eso era antes.

—¿Y vamos a ir a verlo al hospital?

—Hoy no podemos, los médicos han dicho que tiene que descansar mucho para ponerse bien.

Le dolía mentirle. Cada excusa que salía de su boca era una puñalada en su corazón. Se repetía que era para protegerlo, que Leo no se merecía aquel sufrimiento, que ella podía evitárselo. Era un chico lleno de bondad, cariñoso e inteligente, y ella, como madre, no quería transmitirle sus preocupaciones. Tal vez en el futuro, cuando todo se resolviese, recordase aquellos días con una mezcla de extrañeza y aburrimiento, pero no de lamento.

Eso si alguna vez se resolvía, porque aquella pesadilla no parecía tener fin.

Feli apareció por la puerta de la comisaria acompañada de un uniformado. Al verla le dio un abrazo.

—Mi niña, ¿pero cómo no me llamas antes?

—Esto es horrible, Feli —dijo tratando de mantener la compostura.

—Aquí me tienes para lo que necesites, ya lo sabes, tonta.

Se separaron y Feli saludó a Leo.

—Pero mira que pedazo de policía tenemos aquí. ¿Me vas a esposar?

—Pues claro.

—Mira qué simpático. No te contaré la última vez que me esposó un chico porque eres muy pequeño aún y tu madre me mata.

—Leo, tengo que hablar con Feli un momento —los interrumpió Inés.

—¿Me dejas el móvil?

—Lo necesito, cariño.

—Es que si no me aburro.

—¿Por qué no juegas con tu reloj?

—No lo tengo, se lo di a papá. ¿No te acuerdas?

Inés se quedó lívida, petrificada. Había tenido la solución delante de ella todo el rato y no la había visto. Claro que no recordaba a Leo dándole el reloj a su padre, tenía mil cosas en la cabeza. Era imposible que en su estado de nervios hubiera caído en algo que sucedió en apenas dos segundos, por mucho que le llamara la atención en su momento.

Pero ahora ese detalle lo cambiaba todo.

Su corazón se aceleró. Tal vez dijo «esperaos aquí» o tal vez solo lo pensó, pero salió corriendo hacia el cuarto contiguo donde estaba Sara Segura.

—Es importante —dijo al entrar—. Leo le dio a Roberto su reloj, y lleva GPS.

En la sala se hizo un silencio absoluto. Los cerca de diez policías allí reunidos la miraron mientras trataban de asimilar lo que les acababa de decir. Fue la inspectora Segura la que tomó la palabra.

—¿Cómo podemos localizarlo?

—Tengo una aplicación en el móvil —lo extrajo—. Aquí puedo ver dónde está.

Todo se puso en movimiento. Inés abrió la app al mismo tiempo que se acercó a una ventana pese a tener buena cobertura, alguien gritó pidiendo que vinieran los informáticos, Sara Segura ordenó que todos se instalasen la aplicación en sus móviles para poder sincronizarse. A Inés le temblaban las manos, pero nadie se atrevió a quitarle el teléfono. Aguantó sin respirar los eternos cuatro segundos que tardó en arrancar el programa e inmediatamente le dio a la opción de rastrear el dispositivo. Casi al instante se abrió un mapa donde se mostraba la última coordenada conocida.

—No —dijo—. La señal se pierde en la zona de las montañas de Moratalla.

—Eso está a treinta kilómetros de aquí —contestó Sara Segura—. ¿Se puede ver el recorrido que hizo desde el hospital?

Inés trasteó el teléfono, entró en varias opciones y por fin lo consiguió.

—Las últimas veinticuatro horas.

La pantalla mostraba números que correspondían a la latitud y la longitud, pero en la siguiente pantalla las ubicaba sobre el mapa. Allí se veía una línea que iba desde el centro de Murcia hacia la autovía en dirección oeste, para luego adentrarse en un laberinto de carreteras nacionales y caminos forestales. La señal desaparecía en una zona boscosa cercana a Moratalla.

—¿Hay alguna forma de que Roberto mande una señal?

—El reloj tiene una tarjeta SIM, puede realizar llamadas. Es una especie de botón de SOS.

—Es una zona con poca cobertura y de difícil acceso. Pero ahora sabemos dónde buscar.

Inés se sintió caer. La tensión acumulada había sido excesiva y, ante la perspectiva de que todo se pudiese solucionar, su cuerpo parecía desvanecerse.

—Necesito que nos firme unos papeles para que podamos acceder desde nuestros teléfonos a la ubicación del reloj GPS —continuó la inspectora—. Mientras, voy a ir preparando el dispositivo de búsqueda junto a la Guardia Civil, y daré la alerta a los compañeros de la zona por si han visto una ambulancia por el monte.

Segura se detuvo en seco. Rápidamente fue hasta la mesa donde estaban desperdigados los papeles del caso y agarró uno. Su cara se volvió más afilada.

—Thiago Zamora Espín —dijo—. Uno de los niños custodiados por Rogelio Cruz. Desapareció en una zona boscosa próxima a Moratalla.

Inés vio el vínculo. La red de araña se entretejía sobre ellos. El ogro aguardaba en lo más profundo del bosque.

—Nunca llegarás hasta mi familia —dijo Roberto—. Así que quítatelo de la cabeza.

—Tampoco esperabas que pudiera atraparte a ti y aquí te tengo. Crees que sabes lo que ocurre, pero no tienes ni idea.

La mente de Cusac seguía recuperándose. Trató de memorizar cualquier detalle que, en caso de salir vivo de aquella situación, pudiera servirle para identificar a ese engendro. Se fijó en sus manos, las mismas que habían torturado sin remordimientos a cuatro niños, y vio que no llevaba guantes. Los expertos en antiterrorismo habían aprendido a distinguir a los sospechosos por la forma de las uñas o el tamaño de los dedos. No era su especialidad, pero se concentró todo lo que pudo en formarse una imagen mental que no olvidara.

Y al hacerlo, tal vez por asociación, apretó sus propios puños. Apenas le llegaba la circulación, sus dedos estaban insensibilizados e hinchados, pero notó algo en la muñeca que antes no estaba ahí. Palpó con cuidado, primero pensando que se trataba de la pulsera de hospital, pero pronto reconoció que era un reloj. El de Leo. El que tenía un GPS incorporado.

—No, no sabes a qué te enfrentas, ¿verdad? Deja que te dé algunas pistas. En primer lugar, no trabajo solo. Eso ya lo habrás deducido. Esos tipos que cuidaban de mis queridos niños no son más que la punta del iceberg. Y si detienes a uno, otro ocupará su lugar. Así de sencillo.

Roberto acariciaba el reloj con la punta de los dedos. Si pulsaba la pantalla durante cinco segundos activaría el botón del pánico. Lo rozaba, pero no podía ejercer la suficiente fuerza para activarlo. Sus dedos estaban agarrotados, tan inflados que apenas podía estirarlos.

—¿Ahora diriges una secta? —preguntó para ganar tiempo.

—No hay una doctrina común. La gente es muy básica, solo reacciona ante el dinero. Eso es lo bueno, amigo mío: todo el mundo tiene un precio. Solo hay que hacer una selección y elegir a las personas idóneas. Y esa es la segunda cosa que debes saber de mí: soy millonario. Mi fortuna es inmensa y no me importa gastarla en lo que creo.

Al fin logró palpar el reloj con cierta seguridad. Lo apretó, o eso pensaba. Sus dedos resbalaban, flácidos, apenas podía ejercer presión. Estaba muy cerca, debía seguir intentándolo.

—Al final sí hay ideología detrás de todo esto.

—Soy un tipo de altos valores, ya deberías saberlo. Lo cual nos lleva al tercer punto: no lo hago por placer, sino por la ciencia. Ya hemos hablado de ello, es inútil tratar de que una mente finita como la tuya pueda apreciar la trascendencia de mis actos. Lo cual está relacionado con el último aspecto: soy una persona con carencias.

Cusac ya apenas lo escuchaba. Había logrado colocar el índice sobre la esfera del reloj

inteligente. Intentaba mantenerlo rígido, pero tenía las dos manos dormidas por la falta de riego sanguíneo. No podía hacer giros extraños o el hombre sin rostro se daría cuenta de que tramaba algo.

—Hay determinadas aptitudes que no poseo —prosiguió su captor—. Una de ellas es la de tener sentimientos. Me da igual lo que les ocurra a los demás, por eso llevo años en tratamiento psicológico. Uno de los objetivos de experimentar con niños era comprobar si podía emocionarme, pero soy incapaz de sentir nada más que ira y odio.

No vio venir la descarga. El palo eléctrico se le clavó en el pecho y sintió una quemazón brutal al tiempo que su cuerpo se arqueaba con violencia. Fue solo un suspiro, luego vino el dolor, una punzada tan profunda que parecía atravesarlo de lado a lado. Quiso gritar, pero apenas le quedaba aire en los pulmones.

Y eso fue el principio.

La siguiente fue en el costado, y luego recibió otra en el muslo, y otra más en el cuello. A partir de ahí perdió la cuenta. Puede que fueran cinco, o seis, o quizá diez más. Solo escuchaba, esta vez sí, sus gritos agónicos.

Fue rápido e inmisericorde. Apenas unos segundos de sufrimiento incontrolable. Su cuerpo estaba debilitado, tenía sed, casi no podía mantenerse erguido en la silla a la que estaba atado. El hombre sin rostro se colocó tras él y le inmovilizó el cuello. Pensó que era el fin, que lo iba a degollar y luego se sentaría a ver cómo la sangre escapaba a borbotones de su yugular.

Pero la muerte no llegó. En su lugar le introdujo un trapo en la boca y luego se lo fijó con cinta americana.

—En fin, me voy por las ramas. ¿Por dónde iba? —Su raptor caminaba en círculos a su alrededor, fundido con las sombras—. Ah, sí: me decías que no puedo llegar a tu familia, pero tengo dinero, personal y la determinación para hacerlo. Y tú estás aquí atado y a mi merced. Dime, ¿cómo vas a impedir lo que viene a continuación?

Roberto Cusac siempre se agarraba a la esperanza para seguir adelante. Cuando la vida le golpeó con el rapto de Jaime, tras la desesperación inicial, se aferró a que tal vez el mañana le depararía al menos una respuesta. Pero atado a esa silla, ante la personificación de sus pesadillas, apaleado, indefenso y con su familia amenazada, sintió que tal vez el mañana no iba a ser mejor que el presente.

Inés lo observaba todo como si estuviera en el cuerpo de otra persona. Su cabeza oscilaba de un lado a otro, pensando en Leo, en las torturas horribles que habían sufrido aquellos niños, en las peleas que Roberto y ella habían tenido los días anteriores y que tal vez quedarían sin resolver. Sus últimas palabras habían sido para discutir, igual que cuando desapareció Jaime, su pobre Jaime.

Feli le puso la mano en las rodillas y se sentó a su lado.

—Niña, ¿cómo te encuentras?

—Es todo tan... irreal.

—Tú tranquila, que esta gente sabe lo que se hace. ¿Cuándo ha fallado alguna vez la policía?

—Sé que tratas de animarme con tus bromas, pero no estoy de humor. Ahora todo depende de que el reloj que tiene Roberto dé señal.

—¿Qué reloj? —preguntó Feli, muy seria.

—Roberto lleva el de Leo, que tiene GPS, pero el rastro se pierde en una montaña cerca de Moratalla. Al menos ya tenemos un hilo del que tirar.

Feli asintió con la cabeza muy despacio. Luego negó con una sonrisa triste.

—En esa zona la cobertura es malísima —dijo—. Ni podemos llamar ni nos pueden avisar. Es irónico. No hay nada que hacer.

—La policía quiere que los acompañe —continuó Inés—. No puedo quedarme ni un segundo más sentada aquí. Necesito que te hagas cargo de Leo.

—Lo que necesites, corazón. Cuando y donde tú quieras.

—Eres un amor.

Inés se giró hacia Leo. El niño coloreaba unos dibujos que le habían impreso desde internet. Se preguntó hasta qué punto era consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Sara Segura entró en tromba en la sala de reuniones seguida de los demás policías. Le hizo un gesto a Inés y esta se colocó a su lado.

—Compañeros, salimos en tres minutos —dijo la inspectora—. Buscamos una ambulancia, tenéis la matrícula y el modelo en los informes, además de varias fotos. Al llegar nos dividiremos por cuadrantes. ¿Os habéis instalado la app del *smartwatch*? Si alguien recibe una señal, que lo comunique a los demás. Y recordad que estamos ante un tipo extremadamente peligroso e impredecible, probablemente drogado o con algún problema mental. No os arriesguéis y esperad refuerzos. Los GEO ya están en la zona aguardando órdenes. ¿Alguna pregunta? —Nadie dijo nada—. Pues en marcha.

Los policías se dirigieron a la salida de forma desordenada, aunque Inés sospechaba que todos sabían muy bien lo que tenían que hacer.

—Señora Herrera, usted vendrá conmigo —dijo rotunda la inspectora—. Aguardaremos en el campamento base y la iré informando de las novedades según surjan.

Inés solo tenía una pregunta. Una pregunta que sabía que no tenía que pronunciar pero que sacudía con fuerza el interior de su cráneo. Una idea dolorosa, pero también demasiado real, que necesitaba decir en voz alta para arrancarla de su interior.

—¿Cree que Roberto sigue vivo?

La inspectora la miró como se mira a los animales heridos. Inés deseó con todo su corazón que dijera que sí, que claro que estaba vivo, que lo iban a encontrar, que todo aquello terminaría. Necesitaba que le mintiera.

—Lo traeremos de vuelta —dijo al fin—. Tiene mi palabra.

Era todo lo que necesitaba. Un hilo de esperanza al cual agarrarse. Un respiro en medio de aquella pesadilla que hacía que su decisión fuera aún más determinante.

—No voy a ir —contestó.

Sara Segura la observó sorprendida.

—¿Por qué?

—Cuando mi hijo Jaime desapareció, no me quedé en casa esperando a que me llamara la policía. Me recorrí la ciudad pegando carteles, hablé con los medios de comunicación para que difundieran su cara en las noticias..., hice todo lo que estaba en mi mano. Y no fue solo por la esperanza de encontrarlo, sino porque de otra forma me habría vuelto loca.

La inspectora se encendió un cigarrillo y abrió la ventana. No dijo nada, se quedó escuchando en silencio, esperando a que Inés terminara.

—Si Roberto está vivo, si hay alguna posibilidad de salvarlo..., no puedo quedarme sentada. Necesito sentir que he hecho todo lo posible, y hasta lo imposible, para traerlo de vuelta. Si me quedo aguardando una llamada que tal vez nunca llegue, yo...

—Lo entiendo, señora Herrera —contestó la inspectora—. No es obligatorio que nos acompañe. Tenga mucho cuidado. Le pediré escolta, no quiero que le ocurra nada.

—No será necesario —dijo Inés—. Ya tengo mi propio guardaespaldas.

Si el Tuerto se sorprendió cuando Inés entró por la puerta del copiloto, no dio muestras de ello. Tampoco cuando arrambló con toda la basura que había en el asiento del copiloto y la tiró a la calle sin miramientos. Tampoco cuando se sentó a su lado y se puso el cinturón.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —dijo ella.

—Tengo mis informadores.

—Entonces arranca. Nos vamos de aquí.

—¿Y el niño?

—Con una amiga.

—¿Te fías de ella?

—Más que de ti, y ahora mismo tampoco tengo otra opción.

El Tuerto puso en marcha su coche de desguace. El motor carraspeó, seco y ronco, emitiendo una nube de humo negro.

—¿Dónde vamos?

—A patear algunas cabezas.

—La falta de remordimientos es solo una parte de mi personalidad —continuó el hombre sin rostro—. La otra es que me falta imaginación. Es así de triste, mi mente es científica, no creativa. Tomo ideas de los demás y las hago mías. Por eso me inspiré en Victor Hugo para mis experimentos, y por eso lo que le haré a tu mujer y a tu hijo no tiene nada de sorprendente.

No te conoces a ti mismo hasta que vives una situación límite. Roberto Cusac lo estaba experimentando en aquel momento. Por fin comprendía por qué era capaz de exponerse a tantos peligros innecesarios, y lo había descubierto en sus horas más bajas, semiinconsciente y amordazado por un desequilibrado. Comprendió que no iba a suplicar, que no iba a negociar, que su vida no era lo importante allí. Vivía por su familia, para que a ellos no les pasara nada. No le importaba morir si tenía la certeza de que Inés y Leo estarían bien. En una ocasión, Inés le expuso su miedo a que la atacara un oso. Roberto dijo que si eso ocurría, corrieran, que él entretendría a la fiera aunque tuviera que lanzarse directo a su boca.

—Lo importante, lo que quiero que comprendas, es que os destrozaré. —El tipo caminaba en círculos, con paso lento y firme, sujetando el palo de electrocutar como si fuera un bastón—. Haré que vuestra vida sea un sufrimiento continuo. Sentiréis tal dolor que el suicidio será una bonita salida para lo que os voy a hacer. ¿No te parece maravilloso? Que una familia entera se quite la vida, uno tras otro. Tú seguro que ya lo has intentado, ¿verdad, Roberto? La desaparición de Jaime mientras estaba bajo tu cuidado no fue fácil. No, a nadie le apetece sufrir.

El psicópata se detuvo ante él. Le colocó el bastón eléctrico en la garganta y le obligó a levantar la cabeza. Roberto miró en su dirección, pero su rostro era de tinieblas. Luego descendió el diodo por su pecho hasta su entrepierna, donde realizó algo parecido a un masaje.

—A ella la violaré. Como ves no es un plan maléfico, ya te he dicho que no tengo imaginación. No seré yo, por supuesto. Y quiero que no se le olvide nunca, que cada vez que cierre los ojos lo sienta de nuevo, que la corroa por dentro. Así que he pensado en algo que he encontrado en algunos vídeos. Dime, ¿qué sabes de la zoofilia?

No quería entrar en sus provocaciones, pero le costaba. La mención a la seguridad de Inés hizo que se alterara. Tensó los músculos, pero estaba bien atado y nada cedió.

—Hay gente que entrena a perros: dogos grandes, pastores alemanes enormes, bestias así. Y los animales responden. Con todo mi dinero, ten por seguro que encontraré uno. Luego será sentarse y grabarlo todo para difundirlo en internet. He oído que muchas mujeres no denuncian las violaciones por vergüenza, así que le facilitaré ese trámite exponiendo el vídeo al mundo.

No quería pensarlo, pero el horror se introdujo él solo por las grietas de su mente. Su

impotencia ante aquello era atroz. Necesitaba escapar y detenerlo. Debía de haber alguna salida. Recordó el reloj con GPS que llevaba en la muñeca y buscó el botón de aviso con sus dedos torpes.

—Imagina a Inés con un perrazo encima, destrozándola, clavándole los espolones en la espalda mientras consuma ese acto abominable. —El hombre sin rostro se ahogó con su propia saliva, gorgoteando en algo parecido a una risa infame—. Sí, ese será el precio por tu traición.

Toda persona tiene un límite, y Roberto sintió cómo la desesperación lo invadía. Se agitó hacia ambos lados, sacó fuerzas de donde no tenía para tratar de arrancar la silla del lugar donde estaba atornillada. Nada de eso funcionó, pero la consternación persistía. No era lo que necesitaba, él habría preferido mantener la calma y buscar una salida meditada a todo aquello, pero también fue una reacción muy humana. Aquel bastardo le había metido una imagen en la cabeza que tardaría años en poder olvidar.

—¿Prefieres que se lo haga a tu hijo? —dijo el monstruo—. Vamos, te dejo elegir, no soy tan mezquino. ¿Hacemos cambio? ¿A quién quieres que viole el dogo?

Hizo una pausa, como si esperase una respuesta sincera a su oferta. Roberto negó con la cabeza. Si ya le costaba enfocar la vista, ahora se tenía que esforzar para mantener la lucidez. La rabia había hecho un cóctel con la angustia. Sentía pinchazos en las sienes. Con la adrenalina del momento logró alcanzar la pantalla con pulso firme y la presionó todo el tiempo que pudo. Una vibración corta le indicó que lo había logrado. Ni siquiera era seguro que sirviera de nada, el GPS siempre estaba activo, puede que ya lo estuvieran buscando. Él solo había encendido el botón de alarma, pero si la señal no era capaz de traspasar las paredes de esa bodega no habría nada que hacer. Ya no disponía de nada más. Después de eso se permitió el lujo de llorar.

—Oh, vamos, tranquilo. Todavía no te he explicado lo que le haré a tu pequeño Leo, pero te puedo adelantar que seré mucho más sutil que con Izan y los demás.

Entonces sucedió. Aquel demente dio un paso en su dirección y luego otro más. Luego se agachó y se quedaron cara a cara, a muy poca distancia. Y por fin miró de frente al mal.

Lo primero que Roberto pensó al verlo era que se trataba de una calavera. Tenía las cuencas de los ojos muy hundidas, demasiado para que aquello fuera natural. Al fondo del abismo sobresalían dos ojos redondos e impasibles. La nariz eran dos puntos en mitad de la cara, y la boca apenas un tajo sin labios. El pelo era demasiado negro para que fuera su verdadero color, y ni siquiera parecía auténtico sino un peluquín.

Pero lo que más llamaba la atención era su piel. La tenía tan estirada que borraba sus rasgos faciales. Aquel tipo se había sometido a una operación estética extrema, dejando su rostro tan tenso que parecía más una máscara que la cara de una persona. Era imposible distinguir nada más que pellejo sobre hueso. Un semblante de serpiente, una gárgola pulida de mármol blanco.

Los niños tenían razón: aquel tipo no tenía cara.

Inés estaba cansada de hospitales. Los había visitado cuando Roberto recibió la paliza, también cuando lo acompañó para ver a los niños tras su secuestro, y de nuevo cuando su marido cayó en coma. Era la tónica habitual de aquellos días, habitaciones asépticas e impersonales con un fuerte olor a lejía. Y no había acabado.

El hospital Mesa del Castillo no era diferente. Estaba ubicado en la zona sur, pasadas las vías del tren que dividían la ciudad entre el barrio del Carmen y el del Progreso. Se accedía por la Ronda Sur, con largas avenidas y zonas nuevas que mostraban una cara distinta de Murcia, más amigable e impersonal.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó el Tuerto sin apagar el motor.

—Ponte las gafas de sol y ven conmigo.

Dejaron el coche sobre la acera y caminaron en paralelo. El Tuerto llevaba un paraguas que puso sobre Inés para que no se mojara con el aguacero de barro. Casi parecía un guardaespaldas de verdad. Ella pensó en advertirle de que podían multarlo por dejar el vehículo en doble fila ante la puerta de un hospital, pero o bien le daba igual o el coche era robado. Esta segunda opción era la más probable.

El mostrador de recepción lo llevaba un chico joven con perilla y gafas. La barba era dispareja, igual que su media melena a capas.

—Hola, tengo un problema con unos cobros —mintió Inés—. ¿Con quién podría hablarlo?

—Solían llevarlo desde el departamento de administración, pero ahora es cosa de una asesoría externa. —Señaló al otro lado de la calle—. Es aquel edificio de enfrente, no tiene pérdida.

Regresaron sobre sus pasos y alcanzaron el edificio. Esta vez no había nadie en la recepción. Un rótulo indicaba que la asesoría estaba en la segunda planta.

En la oficina encontraron a un señor calvo y encorbatado. Rondaba los cincuenta y el sedentarismo le había provocado una barriga prominente que era la antesala de un fallo coronario.

—Está cerrado, vuelvan por la tarde —gruñó el tipo—. Yo ya me iba.

—Buenos días —dijo Inés—. Tengo un problema con mi cuenta bancaria, creo que el último pago no os ha llegado.

—Deben pedir cita.

—Llamé por teléfono y me dijeron que viniera directamente.

—La han informado mal. Ahora mismo no puedo atenderla, me marcho a comer.

Inés sintió cómo el Tuerto se tensaba. No necesitaba verlo, le bastó con mirar el semblante del

tipo al otro lado del escritorio. Escuchó el sonido de unas gafas al cerrarse y el administrativo tragó saliva. No era fácil mantener la mirada a ese ojo de cristal tan gastado.

—Solo será un minuto, se lo prometo —continuó Inés con una sonrisa cálida.

El tipo se ensanchó el cuello de la camisa con un dedo y se giró con alivio hacia la pantalla del ordenador. Después introdujo una tarjeta que llevaba al cuello y escribió un código.

—Está bien, dígame el nombre.

—Ana Bianchi.

El hombre levantó la mirada por encima de la pantalla. Inés regresó a su sonrisa acogedora y entrañable.

—Soy la hermana de Juan García, tal vez ha oído lo que pasó por las noticias.

—Hemos tenido un corro de periodistas plantados en la puerta hasta hace diez minutos, y no hablo de manera figurada.

—¿Puede comprobar los datos que tiene de mi hermano?

El hombre siguió tecleando. Miraba de soslayo hacia ellos.

—Oiga, esto es muy raro. ¿Puedo ver su DNI?

Inés rodeo el escritorio y se quedó mirando la pantalla. El administrativo se levantó de un salto.

—Voy a llamar a seguridad —dijo.

Ella lo detuvo justo cuando iba a sacar la tarjeta. Su sonrisa desapareció. El tipo vio algo en ella, tal vez furia. La vida de Roberto estaba en juego y no tenía tiempo que perder.

—Nadie se lo impide —contestó.

Inés se concentró en la pantalla del ordenador. Allí estaban todos los datos de Ana Bianchi, incluyendo la cuenta de la que recibían cada mes el dinero. Inés extrajo su teléfono móvil y marcó el número de José Francisco Albertos. Contestaron al tercer tono.

—¿Hola?

—José Francisco, soy Inés Herrera, de la asociación ADI.

—Hola, sí. ¿Has conseguido ya dar como fallecido a nuestro hijo?

—Lo siento, te llamo por otro asunto —contestó ella pasando al tuteo—. ¿Has visto la noticia de los niños deformados?

—No me lo recuerdes, me pone los pelos de punta...

—Necesito que me hagas un favor urgente.

—Claro, lo que me digáis.

El oficinista miraba a Inés y al Tuerto de forma intermitente. Dio un paso hacia el costado, buscando una seguridad que había perdido. Inés le mostró la palma de la mano pidiendo calma, y luego se llevó el índice a los labios pidiéndole silencio. El hombre no sabía qué hacer.

—Es algo personal..., y no del todo legal. La policía lo está investigando por los cauces oficiales, y les llevará tiempo. Quiero que sigas el rastro de una transferencia. Tengo el número de cuenta de origen.

—Inés, ya no me dedico a eso. Llegué a un acuerdo con el juez, si vuelvo a hackear me puedo meter en un buen lío.

—No te lo estoy pidiendo por mí, sino por esos niños —prosiguió Herrera—. Quién sabe cuántos más pueden estar en las mismas condiciones. Tal vez mi hijo..., o incluso el tuyo.

Inés aguardó. Cuando se reunieron al principio de la semana no pudo soportar la idea de que quisieran dar por fallecido a su hijo, y ahora era ella quien avivaba una esperanza que habían dado por perdida. Era un chantaje emocional cruel y rastroso del que luego se arrepentiría. Aun así, confiaba en que le echara un cable, o de lo contrario se vería atascada en su investigación.

—De acuerdo, dame los números y veré qué puedo hacer.

—Magia, José Francisco. Quiero que hagas magia o estamos perdidos. ¿Tienes para apuntar?

Cusac tenía ante él una máscara de cuero viviente, un cráneo de cuencas hundidas y dos ojillos de reptil que no tenían alma al fondo. Si no hubiera estado amordazado lo habría atacado a mordiscos. Pero no era posible. Tenía un trapo sucio que amenazaba con introducirse en su tráquea y un precinto que evitaba que lo escupiera.

—Para Leo he pensado en algo igual de simple y poco imaginativo: lo haré adicto a la heroína. Sencillo y eficaz. Calculo que con un año secuestrado inoculándole su dosis será suficiente. Luego lo soltaré. Puede que se rehabilite, claro, pero en su mente siempre estará el recuerdo del placer que sentía cuando le pinchaba en el brazo y la sensación de desamparo al quedarse sin su papelina. Eso siempre estará dentro de él, carcomiéndolo. Y un día recaerá, es inevitable. Cuando tenga cierta edad ya será un despojo social capaz de hacer cualquier cosa por su pequeña dosis de veneno. Entonces será él, por su propia voluntad, quien realice los actos más reprobables para obtener droga, suplicará que lo viole un perro a cambio de pasar el síndrome de abstinencia. Y un día cualquiera se meterá una sobredosis en un portal y morirá. Dudo que llegue a los dieciséis años.

Cusac ya no tenía lágrimas, solo una respiración acelerada. Observaba a su captor sin entender cómo alguien podía llegar a ese nivel de maldad. Era una bestia rabiosa y fuera de control, y tenía que ser sacrificada. El hombre sin rostro le colocó ambas manos a los lados de la cara y le obligó a mirarle. Sus palmas estaban heladas y sus pupilas eran igual de frías.

—Y tú, querido amigo, estarás aquí, a mi lado, para verlo todo. Porque tú no tendrás la suerte de suicidarte a tu antojo, a ti te mantendré vivo en contra de tu voluntad. A partir de ahora, tu existencia consistirá en un terrible trauma, una cárcel perpetua de la que jamás podrás escapar. Eso es lo que has logrado con tus acciones de los últimos días.

Le daba igual. Nada le importaba ya, solo asesinarlo. Hasta ese momento había pensado que lo coherente era detenerlo y encerrarlo en un calabozo. Ya no. Cusac nunca había matado a nadie, pero ahora sabía que ese ser inmundo sería su primera víctima. Cruzaría la línea roja que se había autoimpuesto, lo liquidaría con placer porque no podía hacer otra cosa.

—Pero eso no significa que quedés indemne. Aprovecharé para experimentar contigo, enfrentarte a tus terrores más profundos, y ver hasta dónde eres capaz de llegar sin perder la cordura. Lo que les hice a esos niños era toda mi vida. Mi sueño, mi ilusión, iba a ser mi «Helter Skelter», y tú los liberaste. Eso me provocó mucho sufrimiento mental, así que ahora te toca a ti sentir lo mismo.

El hombre sin rostro se incorporó y se acercó a un maletín que estaba sobre una mesa,

rodeado de herramientas oxidadas. De él extrajo una jeringuilla y un botecito de cristal con una etiqueta médica. Introdujo la aguja y relleno el interior. Después apretó un poco el émbolo hasta comprobar que la dosis salía por la punta.

—Dicen que el miedo es muy personal, pero es falso. Un experimento de la Universidad de Rotterdam concluía que el mayor temor de la gente, el que más se repetía, era ser enterrado vivo. Por otro lado, la ciencia dice que un hombre puede aguantar entre tres y cinco días sin comer ni beber. Lo veo un plazo apropiado. Dime, ¿te apetecen unas vacaciones en un bonito ataúd de madera?

El tipo se relamió los labios. Fue una imagen desagradable, una lengua oscura yendo de lado a lado de una boca estirada hasta el extremo. No mostraba ilusión, miedo o asco. Una vida sin emociones para un comportamiento de psicópata. Luego regresó junto a él. Tenía la hipodérmica en una mano y el aturdidor eléctrico en la otra.

—Tranquilo, es un sedante —dijo—. No quiero correr el riesgo de que te despiertes antes de que estés bajo tierra.

Le puso una mano bajo la garganta y le obligó a mirar al techo. La aguja se clavó profunda en su cuello. Ni siquiera todo el dolor que sentía bastó para mantenerlo consciente.

La cafetería contaba con una cristalera amplia por la que se veía caer la lluvia. Se encontraba en el Jardín de la Seda, en una zona con grandes aceras. Las mesas y sillas de la terraza estaban recogidas bajo un toldo, aguardando el día en que pudieran volver a su lugar. Estaba claro que el café se aprovechaba de aquella ubicación singular para ganar clientes y que el mal tiempo lo había dejado vacío. El interior era moderno pero impersonal, como sacado de una revista de decoración. Las sillas eran incómodas, con el asiento inclinado hacia delante, y las mesas demasiado pequeñas para resultar prácticas.

El Tuerto parecía un pajarillo en una rama. Su enorme envergadura contrastaba con ese mobiliario hecho para pitufos. Se encorbaba hacia delante despreocupado, con sus dos brazos ocupando la práctica totalidad de la mesa. Inés lo observaba con curiosidad. Aquel tipo era más de lo que aparentaba. Al llegar, barrió el local de una mirada y se sentó de cara a la puerta y a la cristalera. Cada poco lanzaba un vistazo rápido por la ventana, un gesto discreto pero que Inés había cazado al vuelo. Estaba alerta, vigilante. No sabía si era así por naturaleza o había aprendido tras largas temporadas en la cárcel.

Inés miró el teléfono. No había respuesta de José Francisco, tampoco de la inspectora Segura. A esas horas ya deberían estar en la zona donde creían que se encontraba Roberto. Su esperanza pasaba por que su raptor lo quisiera vivo por alguna inquietante razón, de lo contrario lo habría matado en la visita al hospital, en lugar de arriesgarse a sacarlo por la puerta principal. La parte negativa era que no se había puesto en contacto con nadie ni había exigido un rescate ni condiciones. Ni siquiera los había llamado para regodearse.

—Dicen que a los violadores y a los pederastas los matan en la cárcel, ¿es cierto?

—No. —El Tuerto carecía de mentiras piadosas en su vocabulario—. Eso era antes, ahora los aíslan o los dejan en algún módulo con banqueros y políticos, gente que nunca empezaría una pelea ni se atrevería a asesinar a otro.

Las líneas de pensamiento de Inés se bifurcaban en varias direcciones, pero todas llegaban al mismo punto: el hombre sin rostro no debería respirar el mismo aire que su hijo. Su mera existencia solo servía para producir dolor.

—Pero siempre está la posibilidad de mandar a alguien dentro para que haga el trabajo —prosiguió el Tuerto—. Ya sabes, pagar a un tío para que robe un par de coches o haga un grafiti en el edificio del ayuntamiento. Y cuando lo meten en la jaula, le deja un recado en las costillas a ese mierda.

Acompañó la explicación con un gesto rápido, sencillo pero muy natural, como si fuera algo

aprendido de memoria en la infancia que repetía ahora en la edad adulta. Inés captó lo que pretendía transmitir. El tipo cerró el puño, lo movió una vez hacia ella como si tuviera un cuchillo invisible y la apuñaló imaginariamente. Pero había algo más, un último giro de muñeca muy sutil, como si retorciera el filo en la carne antes de sacarlo.

Inés asintió. Agarró la taza de café entre las manos, pero estas le temblaban mucho. El Tuerto la observó con su ojo de cristal magullado.

—Una pregunta, abogada —dijo—. Si alguien pincha a ese desgraciado, ¿a quién meten en la cárcel? ¿Al cuchillo o a quien lo empuña?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Mira, me da igual que me utilicen. Yo trabajo por encargo. Solo digo que ahora mismo tienes una puta katana entre las manos y le puedes sacar más pringue.

—¿Pringue?

—¿Qué hacemos en este sitio? —Señaló alrededor con la mano abierta—. No me fio de los garitos que solo ponen tostadas. Ni siquiera tienen boquerones en vinagre. Pero aquí estamos, mirando por la ventana en lugar de estar repartiendo leña.

—¿Y adónde quieres ir? ¿Qué más podemos hacer?

—¿Dónde se han llevado a Cusac?

—No lo sé.

—¿Cómo lo sacaron del hospital?

—Por la puerta.

—He dicho cómo, no por dónde.

—Con una ambulancia robada.

—No me jodas. ¿Dónde la pillaron?

—Desapareció del garaje de la empresa. ¿Qué importancia tiene eso? ¿Conoces a todos los ladrones de coches de Murcia?

—Claro que sí, no son tantos. Venga, vamos a visitar a esa gente de las ambulancias.

—La policía ya lo ha hecho.

—Te diré algo: la poli nunca te lo cuenta todo. Ellos saben igual que yo que algo huele a podrido. Si quieres robar un buga, vas a una zona donde nadie te vea. Un aparcamiento, un solar... No entras en el garaje donde aparcan las ambulancias por la noche.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cusac me contó que ese cabrón vive pagando a desgraciados para que hagan el trabajo sucio por él. Así que tiene a alguien de dentro trabajando a sus órdenes.

—¿Y la policía sabe eso?

—Sí, y tarde o temprano lo atraparán. Pero tienen que esperar a la autorización para pincharles el teléfono, y tal vez para hacer una investigación patrimonial de todos los trabajadores. Vigilancia, seguimientos..., todo eso lleva tiempo, y es lo que no tienes.

Inés observó sus manos alrededor de la taza. Ya no temblaban.

—Vamos —dijo el Tuerto poniéndose en pie—. Si vas al baile, bailas.

No hubo despertar porque no tuvo sueños. Fue una breve transición desde una oscuridad blanda a otra dura y fría, pero las tinieblas eran las mismas.

—Tranquilo, papá, ya estás conmigo.

Era la voz de Jaime. A su lado. Y algo más. El sonido de cucarachas y larvas retorciéndose.

Entonces lo sintió, el leve abrazo de un cuerpo menudo. Sus dedos asiéndose a sus costillas como un náufrago que se niega a ahogarse. El calor de su aliento en la mejilla. El siseo de mil insectos, como en la casa donde encontró a Thiago y a Siena. La leve caricia de su pelo en la nariz. La peste acre de un corazón cercenado.

Por fin había muerto y estaba con Jaime.

Pero no estaba en paz.

—Te estaba esperando a este lado —añadió la voz.

El abrazo se hizo presa. Sintió dolor. Pequeñas esquirilas que le arañaban la piel, agujas clavadas en sus articulaciones, hueso y metralla desgarrando sus pulmones. Una respiración pesada, una tos.

Giró la cabeza. No podía ver nada en la oscuridad, pero lo intuía todo. Su hijo tenía gusanos en el rostro, igual que en sus pesadillas, esas en las que nunca lograba verle la cara. Un amasijo de devoradores de carne, liendres y sangre, bilis y lágrimas. Sin rastro de sus ojos, sus preciosos ojos, su querido hijo.

Se agitó por instinto. Su brazo chocó contra algo y el reloj inteligente se iluminó un segundo. La masa de sombras desapareció llevándose a Jaime. Roberto quiso gritar que no lo dejara, otra vez no, que lo llevara con él, pero ya era tarde.

La luz murió con sus lamentos. Se encontraba entre la duermevela y la consciencia. No sabía si todo había pasado realmente o se trataba de una alucinación. Lo único real era su dolor.

Palpó a ambos lados y no tardó en entender que el hombre sin rostro había cumplido su amenaza.

Se encontraba en un ataúd.

Sus rodillas chocaron con la tapa. Apenas tenía espacio, sus hombros tocaban los laterales de aquel cajón de madera. Recorrió las superficies con las manos y varias astillas se le clavaron bajo la piel. Su celda era diminuta, moriría asfixiado.

La empresa de ambulancias tenía la sede en Molina de Segura, en un polígono donde también se ubicaba la televisión regional. Era una nave enorme, con decenas de vehículos aparcados. Además de ambulancias, Inés contó tres grúas y dos autobuses. Accedieron a pie por la entrada de vehículos.

—A alguien le va bien el negocio —dijo el Tuerto a su espalda.

—Venga, vamos a la oficina —contestó Inés cerrando el paraguas.

—Aún no. Primero quiero echar un ojo.

Inés no sabía si bromeaba o lo decía en serio. Se quedaron plantados en mitad del garaje. Había varios trabajadores, mecánicos en su mayoría, revisando motores o rotulando vehículos. El Tuerto se quitó las gafas de sol y echó un vistazo alrededor. Tenía la mirada fija, sin pestañear, la misma pupila que verías en un halcón.

Un operario apareció por un lateral. Llevaba el mono lleno de grasa y un destornillador en la mano. Era un tipo grande, con barba y gorra de béisbol. El Tuerto mostró de nuevo esa mueca extraña que en los tiempos de Atila pudo ser una sonrisa.

—Conozco a ese.

El tipo reparó en el Tuerto cuando estaba a apenas cinco metros. Se quedó helado, como si hubiera visto al demonio. Con esa rapidez de movimiento tan rara en alguien de su estatura, el Tuerto se plantó frente a él en apenas un pestañeo.

—¿Eso es para mí, Cebo?

Ninguno de los dos miró el destornillador que empuñaba como si fuera un cuchillo.

—Cuánto tiempo, Durán.

Fue un único puñetazo en la boca del estómago. Un pequeño giro de cadera, un vaivén del brazo y el puño se estrelló en la barriga del Cebo. El hombre soltó el destornillador y se le cayó la gorra. El Tuerto lo agarró del cuello según se doblaba y lo empujó entre dos ambulancias.

Inés había observado toda la escena como si se tratara de un mal sueño. Apenas había durado cinco segundos, una brevedad tal que no le había dejado reaccionar. Miró a todas partes, incrédula, pensando que habría cámaras de vigilancia, y fue tras los dos hombres.

—Has dicho que lo conocías —replicó Inés al llegar.

—Pero no que me cayera bien —contestó el Tuerto, sin ceder su presión sobre la garganta—. ¿A que no, Cebo?

—Por favor, Durán...

—Una ambulancia robada mis cojones. Esas cosas no suceden porque sí. Siempre hay un

compinche. ¿Cuánto te han aflojado?

—No sé de qué me hablas, bro.

Inés pensó que se desataría una tormenta de golpes, pero en su lugar le puso el puño cerrado en la base de la mandíbula.

—Ya hemos pasado por esto, Cebo —dijo el Tuerto—, y los dos sabemos cómo acaba.

—Joder, Durán...

—Esto va de niños. Y han secuestrado a un colega mío. Piensa si le debes una mierda a esa gente o prefieres que te saque a bailar.

—Necesitaba la pasta, ¿vale?

—¿Quién te pagó? —preguntó Inés.

—No sé su nombre, te lo juro. Tenía la piel de la cara como si se la hubieran quemado o algo así, no quise ni mirar.

—Te dedicaste a contar los billetes —añadió Durán.

—Llevaba diez mil encima, pero le pedí el doble. Dijo que no tenía tiempo, que necesitaba el carro ya. Agarré el fajo y le dije que volviera cuando lo tuviera todo. Se cabreó de la hostia.

El Tuerto le soltó la garganta. Un par de trabajadores se quedaron mirando desde lejos. El Cebo tosió mientras se tocaba el cuello.

—¿Y cómo consiguió el vehículo? —dijo Inés.

—Me pagó. Al momento.

Inés ladeó la cabeza. Su cerebro había captado algo que a los demás se les escapaba. Se plantó ante el Cebo; una mujer de tamaño medio ante alguien que podría ser portero de discoteca.

—Enséñamelo —ordenó.

—¿El qué? —preguntó el operario.

—La transferencia —dijo—. Porque así es como te pagó el resto, ¿verdad? Te hizo un ingreso inmediato, o de lo contrario no se habría llevado la ambulancia ni en sueños.

—Vamos, tía...

—Tienes dos opciones. —Levantó el índice y el corazón de su mano izquierda—. O me enseñas el resguardo o te pregunto cómo supo que, entre todas las empresas que operan con ambulancias, en esta había alguien a quien podía sobornar. Estoy empezando a pensar que erais amigos de antes.

El Cebo sacó el teléfono móvil mientras negaba con la cabeza.

—No sé quién es, te lo juro. Me lo presentó el Perla hace años, es la verdad.

Les mostró la pantalla del teléfono. Era una transferencia entre empresas, de Mobil Fresh S. A. a Ceboworld S. L.

—¿Ahora eres empresario, Cebo? —dijo el Tuerto mientras hacía una captura de pantalla y se la enviaba a su propio móvil—. Si aceptas un consejo, búscate un abogado. Te has metido en un lío gordo de cojones.

Le pasó la captura de pantalla a Inés. Ella ya había marcado el teléfono del informático.

—¿Tienes algo, José Francisco?

—Apenas me has dado tiempo, pero he entrado en los registros del banco. Necesitaré varias horas para filtrar todo esto.

—Busca una empresa llamada Mobil Fresh. ¿Te sale?

Se escuchó un tecleo al otro lado de la línea. El grupo de curiosos empezaba a ser numeroso. Inés agarró al Tuerto del brazo y lo condujo hacia la salida.

—Esto es raro... —contestó el informático—. Esa sociedad no aparece en este banco, pero sí ha operado con otra llamada Murcia Dream Invest. Se han traspasado pastizales... A ver..., parece que se dedican a comprar y vender terrenos.

—Dime todo lo que puedas averiguar —prosiguió ella—. Si seguimos el rastro del dinero daremos con ese malnacido.

Sara Segura buscaba soluciones.

El diluvio los entorpecía constantemente. Se habían retrasado casi media hora en llegar a la zona y, una vez allí, encontraron muchas carreteras cortadas por ramblas. El agua caía por todas partes y en cualquier dirección, creando riadas de barro que arrastraban matojos. Era imposible coordinar un operativo de rescate y al mismo tiempo no comprometer la seguridad de los efectivos. El helicóptero de la Guardia Civil se había retirado dada la nula visibilidad de aquel lugar montañoso.

Pero la inspectora no se rendía. Estaba cansada de ir siempre por detrás de los acontecimientos, y aquel era el momento de tomar la iniciativa.

Se encontraba dentro del coche. El repiqueteo de la lluvia contra los cristales la mantenía concentrada. Cada poco comprobaba si la app captaba la señal del GPS, pero incluso encontrar cobertura resultaba complicado. Necesitaba un cabo más firme del que tirar. Habían preguntado a los escasos vecinos desperdigados por aquella ladera si habían visto una ambulancia, y los testimonios eran contradictorios. Uno recordaba algo, pero de hacía una semana, y otro juraba y perjuraba que había escuchado una sirena. Nada sólido, todo conjeturas. Ni siquiera podían lanzarse a cubrir grandes zonas, como era su intención.

El bosque bajo la tormenta se le antojaba un sitio lúgubre. Allí, en algún lugar tras la espesa vegetación, se ocultaba el monstruo. Puede que los estuviera acechando, ni siquiera sabían quién era o qué aspecto tenía, solo que iba ganando la partida. Y Sara Segura no perdía una apuesta desde 1997.

El teléfono sonó. Era Inés.

—Aún no hay noticias, señora Herrera. En cuanto sepamos algo la llamaré.

—Tengo novedades —dijo al otro lado—. Hay una empresa relacionada con todo esto, Murcia Dream Invest. Tienen propiedades en la Región, incluyendo la zona en la que estáis.

—Espere, ¿qué relación?

—Luego se lo explicaré todo con detalle, se lo prometo. Ahora hay que investigar esas fincas. Ya he enviado las coordenadas a su teléfono.

—Señora Herrera...

—Solo le pido que lo compruebe, nada más.

Sara Segura pensó en cómo iba a justificar aquello: seguir una extraña pista de última hora proporcionada por la esposa del desaparecido. Sabía que dejarse influir por los anhelos de los familiares no era recomendable. Siempre los ponían tras la pista de quien ellos creían culpable, y

al final solo era un vecino con quien tenían riñas. Miró por el parabrisas nublado de lluvia y pensó que no podía ser peor que quedarse allí de brazos cruzados. La primera de las propiedades estaba a apenas quinientos metros.

—Está bien, yo misma iré para allá. La mantendré informada.

—Encuentre a Roberto, por favor.

La inspectora descolgó el transmisor de radio.

—¿Moreno? ¿Cuesta? ¿Dónde estáis?

Tras unos segundos de silencio, una voz rasgada por las ondas se recibió por los altavoces del zeta.

—Estamos con una testigo que quiere presentar varias denuncias, nos queda un rato.

A veces pasaba. La gente veía a un policía y le contaba todos sus asuntos de la última década. Cosas que nunca habían sido urgentes ahora se volvían clave para ellos. Lo normal era decirles que acudieran a una comisaría, pero con el nefasto clima que había aquellos días era hasta habitual que su gente quisiera resguardarse un rato, aunque fuera a costa de escuchar quejas vecinales.

—A la mierda —dijo para sí misma—. Yo me ocupo.

Colocó el navegador y arrancó el vehículo. Atravesó varios torrentes hasta llegar a una bifurcación. Si la carretera nacional estaba en buenas condiciones pese a ser una travesía de montaña, no podía decir lo mismo de esta otra. Se trataba de un camino de tierra lleno de charcos hondos y vegetación a ambos lados. Tras una curva apareció un Jeep oscuro que casi la saca a la cuneta. El vehículo policial derrapó por el barro y se detuvo unos metros más adelante. Metió primera de nuevo, pero el coche se había quedado atascado.

—Lo que faltaba.

Sara Segura miró por el retrovisor y vio algo que no le gustó. El Jeep estaba unos metros a su espalda, con las luces rojas traseras brillando tras la lluvia. No se movía. El tubo de escape expulsaba humo blanco, los cristales estaban tintados, la matrícula llena de barro e ilegible. Muy despacio, agarró de nuevo el transmisor.

—Aquí la inspectora Segura —dijo en voz baja, como si pudieran oírla—. Estoy ante un todoterreno marca Jeep color negro. ¿Alguno tiene referencia visual?

—Negativo.

—Tampoco por aquí.

—¿Coordenadas, jefa?

Al mirar de nuevo por el retrovisor vio algo que no esperaba. Una figura envuelta en un chubasquero negro había descendido por la puerta del conductor. Estaba parada bajo la lluvia, impasible, con las pupilas fijadas en el coche policial. Supo que era un hombre, aunque no le podía ver la cara.

—Joder... —dijo la inspectora.

El tipo avanzó en su dirección. Eran pasos lentos y pesados. Sara Segura llevó la mano a la

funda y empuñó la HK de 9 mm. Pensó en bajar del coche, en tratar de arrancar de nuevo, en hacer un disparo de advertencia, pero se obligó a mantener la calma. El tipo se movía despacio y era alto, más de lo que parecía por el espejo. Aguardó hasta que desapareció por un ángulo muerto del retrovisor. Giró el cuello justo cuando lo tenía frente a frente en la ventanilla contraria.

—¿Está usted bien? —dijo con fuerte acento de la zona noroeste—. Tengo una cadena en el coche, si necesita que la remolque.

Sara bajó el cristal un centímetro. La mano seguía fija en el arma. No iba a relajarse ni un segundo mientras ese individuo estuviera ahí, lo tenía claro.

—Se lo agradezco, pero no será necesario. Los compañeros están de camino.

Por un instante pudo verle el rostro tras la capucha. Era un hombre de unos setenta años, de bigote cano y patas de gallo muy marcadas. Observó su reacción cuando mencionó que pronto llegarían refuerzos, pero al tipo pareció aburrirle.

—A mandar, señora —dijo antes de despedirse.

—Por casualidad, ¿no habrá visto una ambulancia por estos caminos?

El hombre se detuvo y se rascó la barbilla. Sus ojos enfocaron el cielo, tratando de hacer memoria.

—Ahora que lo dice, vi una donde el desguace. —Señaló hacia el final del camino—. Me pareció raro, porque estaba muy nueva, ¿sabe? Le brillaban hasta los tapacubos, me extrañó que fueran a *espiezarla*.

Segura observó la dirección que le señalaba. Al fondo surgían las formas de una estructura de tejado piramidal cercada por una alambrada. Había varios árboles muertos cuyas raíces aún los mantenían en pie. En un lado había algo parecido a una nave industrial, puede que un almacén.

—Márchese de aquí —dijo.

—¿Qué?

—Es un asunto policial. —Descolgó de nuevo el transmisor de radio—. Esto se va a poner feo.

Roberto iba a morir en un ataúd.

Le dolía la cabeza más que nunca y en su mente resonaban las amenazas a Inés y Leo. No le asustaban las palabras, sino el hecho de que aquel demente era capaz de llevar a cabo sus promesas de odio. Ya lo había demostrado con creces. Unos pocos actos de horror servían para entender el porqué de su locura. No había necesitado masacrar a cientos de personas, le valía con deformar a unos niños o torturarlo a él.

Recordó las palabras de Juan García, el captor de la última niña, cuando dijo que ese individuo era Satanás.

Era una forma muy precisa de describirlo.

No iba a salir vivo. Ya se había hecho a la idea. No le importaba su sufrimiento, pero sí el de sus seres queridos. Más de una vez fantaseó con quitarse la vida cuando desapareció Jaime, pero algo dentro de él le obligó a postergarlo. Primero se maltrató con el alcohol, y luego exponiéndose a peligros de forma inconsciente. Pensó que toda su vida había desembocado en aquel agujero inmundo y sintió una profunda tristeza, que se le pegaba a los huesos y le calaba hasta eso que los poetas clásicos llamaron «alma».

Pero estar enterrado vivo no era lo peor.

Allí había algo más.

Lo sentía reptar, rozarse con sus pies, al fondo del ataúd.

Cusac trató de mantener la calma. Deliraba. Necesitaba toda su concentración para no volverse loco. Ya no tenía bridas. Llevó una mano a su muñeca ahora que sus dedos no eran unos apéndices muertos e inservibles. Apretó de nuevo el botón de emergencia y la pantalla digital se iluminó.

Estaba en un cajón de madera podrida, hecho con remiendos de tablones gastados, como si hubiera agarrado un par de palés de madera para reconvertirlos en un sarcófago rudimentario. Estaba hecho a medida, con apenas unos centímetros a cada lado de sus hombros y otros tantos hasta la tapa superior.

La pantalla se oscureció a los pocos segundos. Roberto volvió a pulsarla y llevó como pudo la muñeca hasta la altura de sus ojos. Solo le quedaba un tres por ciento de batería. Era cuestión de minutos que se quedase totalmente a oscuras. Volvió a pulsar el botón del pánico y recibió una señal de error. Comprobó que apenas tenía cobertura, un puntito que iba y venía. Tenía que lanzar un SOS en el momento justo que se conectase a una red.

Sintió un pinchazo en los pies. Aquello no podía ser una alucinación. ¿O tal vez sí? Levantó la

cabeza lo que pudo justo en el momento en que se apagaba la pantalla y vio dos ojos rojos al fondo del féretro.

Sentía los labios agrietados, la garganta seca, el dolor de cabeza..., todo eso era igual de real que el pinchazo en su pie izquierdo. Notaba los latidos en sus dedos, la sangre fluyendo, la quemazón de algo que, estaba seguro, era un mordisco.

Pulsó de nuevo la pantalla del reloj. La batería marcaba ahora un aviso de que solo quedaba un dos por ciento. Roberto levantó la cabeza y miró hacia delante. De nuevo, dos puntos rojos le observaban con recelo. Enfocó la vista todo lo que pudo, adaptando sus pupilas a la penumbra.

Cuando la luz se apagó de nuevo, estaba convencido de que aquel demente lo había enterrado con una rata hambrienta dentro del ataúd.

Inés aguardaba con el móvil en la mano. Lo tenía enchufado al cargador del coche por miedo a que se agotara la batería. Miraba de forma obsesiva la foto que había hecho al catálogo de ilustraciones de Victor Hugo que encontró en Yecla. Las letras que descubrió junto al dibujo del niño en el jarrón, ese «IZAN» escrito a lápiz, la perturbaban y enfurecían a partes iguales. Como perita calígrafa, tenía algo que podía dar con la identidad del culpable, pero sin una muestra indubitada no podía hacer nada. Cada pocos segundos comprobaba el estado de WhatsApp de la inspectora, por si estaba en línea, o escribiendo, o lo que fuera. Necesitaba noticias y las necesitaba ya.

—No sé cómo puedes estar tan tranquilo —dijo sin despegar los ojos de la pantalla.

El Tuerto permanecía recostado en el asiento del conductor, con los párpados cerrados.

—En la cárcel aprendes a ser paciente —contestó—. El tiempo es algo que te sobra. Si le prestas mucha atención, transcurre aún más despacio. Es mejor no hacerle caso.

—¿Por qué no vamos a hablar con el tipo que mencionó tu amigo?

—El Perla.

—¿Quién es?

—Da igual.

—¿Cómo va a dar igual? Es el que puso en contacto al Cebo y a ese... secuestrador de niños.

—El Perla murió el año pasado.

—¿Quién lo mató? Tal vez...

—Olvida al Perla. Se metió en el mar borracho y lo sacaron a los dos días.

Inés golpeó el salpicadero. Habían llegado a un callejón sin salida. No había mucho más de donde rascar.

—Si esto no da resultado, preguntaré en su barrio —continuó el Tuerto sin abrir los ojos—, aunque no creo que nadie sepa nada. No será inmediato, llevará días.

—Dios, me va a dar un infarto, no aguanto más.

Las emociones tenían que salir por algún lado, pero se negaba a llorar delante de ese malnacido. Si mostrabas debilidad ante un lobo, estabas acabado.

—Todo pasa —dijo Durán.

—¿Qué?

—Todo pasa. Es un mantra, una de esas frases que se repiten hasta que tienen significado. En la cárcel la decía a menudo. Habla de...

—Que todo lo malo acaba pasando —lo interrumpió Inés—. Gracias por tu frase de

azucarillo.

El Tuerto sonrió. Esta vez sí fue un gesto amable, casi paternal.

—No solo lo malo —explicó—. Lo bueno también pasa. Si estás en una situación de mierda, como esta, antes o después acabará. Aunque ahora no lo creas, el dolor desaparecerá. Pero si estás en un momento dulce, disfrútalo, porque también se evaporará.

Duran abrió uno de los ojos, el de cristal, y lo clavó en Inés. Ella sabía que no podía verla, pero aun así sintió un escalofrío.

—Todo pasa —repitió—. Tanto lo bueno como lo malo. Así va la vida.

Su equipo tardó siete minutos eternos en aparecer. Sara Segura estuvo tentada de entrar ella sola en aquel sitio sórdido. En su lugar aguardó con el coche atravesado en el camino, observando en la distancia los puntos de acceso y las posibles rutas de escape. Su objetivo estaba dentro, lo sabía.

La reunión tuvo lugar bajo el aguacero. En total eran siete agentes, cada cual con su chubasquero, sus botas de montaña y su chaleco antibalas. El resto estaba en zonas más apartadas en labores de búsqueda y tardarían en llegar. Y ella ya había aguardado demasiado.

—La jueza está procesando la orden de registro. Nos dividiremos en tres equipos. Accederemos por la puerta principal, la trasera y la del almacén. Si alguna está cerrada entraremos por las ventanas, no hay tiempo de esperar al ariete. Por lo que sabemos, Roberto Cusac está vivo, pero no tenemos ni idea de qué le estará haciendo ese demente.

—¿Órdenes? —preguntó el más veterano.

Traducción: ¿lo queremos vivo o muerto?

—Hay que interrogarlo. No sabemos si actúa solo o son una red organizada. Necesitamos que nos cuente lo que sabe. ¿Preguntas?

Nadie dijo nada. Ni siquiera asintieron con la cabeza. Todos habían visto a los niños, lo que ese desgraciado les había hecho. A ella misma le costaba sacárselos de la mente.

—Vivo —repitió—. Es importante no cagarla, compañeros.

Echó una última ojeada a aquel lugar. Cuanto más lo miraba más siniestro le parecía. Las alambradas oxidadas, el tejado de chapa, los rastros que alfombraban el perímetro, todo le indicaba que allí dentro les esperaba el peligro. Por su cerebro pasaron decenas de inquietudes en apenas un segundo. Dudaba de si Cusac estaría ahí, de si sería el sitio correcto, incluso de si seguiría con vida. Si le hubieran preguntado, habría jurado que aquella ratonera era una trampa que se les derrumbaría sobre sus cabezas en cuanto pusieran un pie dentro.

—Sincronizados en un minuto —dijo tratando de sonar todo lo convincente posible—. En marcha.

Avanzaron en formación de abanico, todos con las armas a mano y las rodillas flexionadas. Se separaron en tres grupos. Segura fue con los que iban a entrar por la puerta principal, un agente corpulento y veterano y una chica delgada que llevaba apenas cinco meses en la unidad. Se dijo a sí misma que daba igual la experiencia, que aquello no era un operativo normal, nada en aquellas semanas lo era. Nunca se estaba preparado para algo así.

Aguardaron a ambos lados del marco. Sara Segura se asomó por la ventana. El interior estaba

desordenado y sucio, con las paredes renegridas como si alguien le hubiera prendido fuego tiempo atrás. Había cascotes por el suelo, suciedad y goteras que formaban charcos de lodo.

—Despejado —susurró.

La policía joven miraba el reloj. Tenía el puño cerrado. Todos contenían la respiración. El tiempo transcurría lánguido y viscoso. Sara Segura giró el picaporte. Cerrado.

La agente bajó el puño. La inspectora colocó su bota en la parte inferior de la puerta, empujando levemente hacia dentro todo lo que la hoja de madera era capaz de ceder. Entonces el otro policía descargó una patada salvaje a la altura de la cerradura y un mundo nuevo se abrió ante ellos.

—¡Policía! —gritaron casi a la vez.

Escucharon el sonido de cristales rotos y al instante apareció el segundo grupo, que había accedido por la puerta trasera. De fondo se oyó a los que entraban en el almacén.

Revisaron la casa en segundos. Los cuartos estaban vacíos. El lugar parecía abandonado hacía tiempo, pero Segura no se fiaba. Necesitaba averiguar dónde estaba Roberto Cusac. Accionó la radio que tenía en el hombro.

—Aquí Segura —dijo—. Vivienda despejada. Repito, vivienda despejada. ¿Algo en el almacén?

La señal le devolvió silencio. Esperó con el puño apretado alrededor del micrófono. El agua goteaba desde su chubasquero al suelo. Estaba helada, pero se resistía a temblar. Al poco se escuchó una voz.

—Será mejor que venga aquí, jefa.

—Equipo Uno, conmigo —ordenó.

Salieron a toda velocidad. El garaje estaba anexo a la vivienda, una especie de nave industrial rodeada de piezas de maquinaria desechadas. La puerta estaba descolgada de un lado. La inspectora entró y se encontró con un depósito de chatarra. Estaba apilada por montones, pero no entendió la finalidad de cada uno. Había lavadoras viejas, frigoríficos y hasta calentadores de agua. El suelo estaba plagado de heces de rata. En el centro estaba la ambulancia robada.

El tercer equipo aguardaba tras una torre de hierros doblados, puede que fueran vigas metálicas inservibles. Uno de los agentes sostenía una linterna encendida enfocando algo bajo sus pies. Segura se temió lo peor.

—¿Qué ocurre?

—El lugar está vacío —explicó—. Pero hemos encontrado esto bajo una plancha de chapa.

El haz de luz mostraba una trampilla metálica en el suelo. Era una puerta de sótano colocada a ras, con un pequeño tirador. Estaba bloqueada con una cadena brillante cerrada con candado.

—Hay que abrir esto a la de ya —ordenó la inspectora.

El tiempo era algo pastoso que corría en su contra. Roberto no estaba seguro de que la señal del reloj GPS hubiera llegado a alguna parte. ¿Cómo iba a saberlo allí encerrado? Ni siquiera quería volver a encender la pantalla del reloj, esa que hacía un buen rato marcaba que solo quedaba un dos por ciento de batería.

Porque la luz inquietaba al ser que lo acompañaba en su entierro en vida.

Allí había una rata, estaba seguro. Le había mordido dos veces y luego se había quedado quieta. Él tampoco se atrevía a moverse. Si esa alimaña se ponía nerviosa, lo que le quedara de vida sería mucho más atroz.

Ya debería haberse asfixiado, o eso pensaba. Según sus cálculos, el oxígeno tendría que haberse gastado. Aunque esa era la menor de sus preocupaciones. Primero, estaba la incertidumbre sobre qué le estaría haciendo a su familia. Y en segundo lugar, esa punzada en el estómago que indicaba que tenía hambre.

Y puede que la rata también.

En la espesura del silencio escuchó algo. Fue muy nítido, al fondo del ataúd, donde estaban sus pies. Era como si algo hurgase entre la madera. Una fina cola de carne rozó su tobillo y sintió repulsión. La rata estaba rascando la caja con sus pequeñas zarpas.

Desde el principio supo que ese momento iba a llegar. El animal estaba tan desesperado como él. Su instinto lo había hecho permanecer agazapado en una esquina, pero la agonía lo llevaba a buscar una salida.

Y Roberto no podía hacer nada.

Ya había sopesado todas las posibilidades. Sus rodillas chocaban con la tapa, así que era inútil tratar de darle patadas. Sus manos apenas tenían movilidad, ni siquiera podía llevarlas a su cara para protegerse. Aquel habitáculo era claustrofóbico hasta el extremo y él estaba indefenso.

Sintió movimiento cerca de su pierna derecha. Deseó que el cajón cediera y un alud de tierra lo terminara de sepultar. La rata subió por su rodilla y avanzó hasta su entrepierna. Roberto se esforzaba para no temblar, no gritar. Si entraba en pánico todo estaría perdido.

La bestia se detuvo sobre su barriga. Tal vez podría agarrarla con las manos y golpearla contra un lateral. No estaba nada seguro de que funcionara, había visto ratas que podían entrar por tuberías minúsculas y sospechaba que eran muy elásticas. Si hacía eso solo la enfadaría más.

Escuchó de nuevo un sonido peculiar. Ric, ric. No era de unas uñas escarbando, sino otra cosa. Ric, ric. El ruido era espaciado, nada rítmico, con momentos de silencio entre uno y otro.

Ric, ric. Era un crujir muy concreto, dientes contra madera. Ric, ric. La rata estaba tratando de salir a dentelladas por el tablón.

Ric, ric, ric, ric...

Y, de repente, paró.

Ahí seguía la presión sobre su estómago. Algo le rasgó la ropa. Sintió unas pequeñas uñas clavándose en su piel. Roberto apenas podía mantener la calma. Tal vez un puñetazo certero, o girarle el cuello como a un pollo, o... Dios, si no estuviera tan débil, si tuviera un poco más de espacio.

El animal se movió. Fue muy rápido. En apenas un pestañeo pasó corriendo por su pecho y se detuvo ante su rostro. Notaba las zarpas en la garganta, un hocico maloliente le rozó la boca. Aguantó la respiración. El pelo del animal le hacía cosquillas en la barbilla.

La tenía sobre la cara.

Cerró los ojos con fuerza. Cualquier cosa menos dejarlo ciego, por favor, eso no. Un líquido caliente cayó por su cuello. Él también se meó encima.

Y sucedió.

La dentellada fue directa a su mejilla izquierda. Unas agujas afiladas se clavaron e hicieron presión. La rata agitó la cabeza de un lado a otro, tratando de arrancar la carne. Cusac gritó de pura agonía. Tenía a esa cosa encima de su cabeza. Sufrió un espasmo. Intentó desesperadamente llevar sus manos a la cara, pero era imposible.

El animal incrementó la presión de la dentellada. La sangre corrió libre por su pómulo. Nadie escuchó sus gritos.

El infierno cabía en un ataúd.

La puerta del sótano parecía frágil, pero de momento los había detenido. Una simple cadena separaba a Sara Segura de las respuestas.

Un agente encontró una barra larga con la que hacer palanca. Segura habría apostado a que los eslabones cederían sin problema, pero lo que se rompió fue el cierre del candado. De un fuerte tirón abrieron la portezuela y observaron una escalera de ladrillo que descendía bajo el suelo.

—Está bien —dijo—. Detrás de mí.

Descendieron en orden. El aire estaba cargado y olía a polvo. La inspectora encontró un interruptor en la pared, pero no encendió ninguna luz. Avanzaron con las linternas enfocando a la oscuridad y la sensación de peligro en los huesos. A cada paso que daba, a cada nuevo escalón que descendía, Sara Segura tenía la impresión de entrar en otra dimensión. Allí aguardaba el demonio, estaba convencida.

Tragó saliva. Cada sombra ocultaba manos, cuchillos y garras. Los monstruos vivían en sitios así. El hombre sin rostro estaba agazapado en las tinieblas, aguantando la respiración igual que ella, preparado para quemarlos vivos, o regarlos con ácido, o cualquier otra idea que su mente insana pudiera concebir. El haz de la linterna apenas era un pequeño dardo lumínico que rasgaba aquel sótano. Las paredes parecían necrosadas y rezumaban humedad y suciedad; el lugar apestaba a óxido, a cañería vieja, a algas podridas.

El último peldaño le pareció el final de un largo viaje. Su linterna enfocó una silla atornillada al suelo. Su respiración se aceleró, tenía los brazos rígidos. Era allí, sin duda. Aquella era la raíz del mal.

—No toquéis nada —ordenó, tajante.

Su pie tropezó con algo en el suelo. Al enfocar con la linterna descubrió una prótesis ortopédica. Correspondía a una pierna. A varios metros había otra de un brazo, y más allá una docena amontonadas. Aquel demente coleccionaba chatarra inservible, pero también aparejos médicos inquietantes. Eran antiguos, casi parecían restos de maniquís. También vio dentaduras postizas, pies y garfios.

—¿Qué es todo esto? —preguntó un agente a su espalda.

—Su salón de juegos —contestó Sara Segura.

Algo llamó su atención. En una esquina había algo que no era metálico. Primero pensó que se trataba de un arcón antiguo, pero no cuadraba con el resto de inmundicia de aquel subsuelo. Se acercó con cautela. Estaba en mitad de la estancia y medía cerca de metro ochenta de largo por medio metro de ancho, con apenas un par de palmos de altura. Era más un cajón de pescadores

que otra cosa, hecho a mano de forma tosca y apresurada. Estaba rodeado de cadenas que impedían que se abriera, con una salvedad: esta vez la llave del candado estaba puesta, como si quien la hubiera dejado allí esperara volver en poco tiempo.

Pero había algo más. Un pequeño charco de sangre seca se acumulaba en su parte baja. Sara tardó dos segundos en reaccionar tras el impacto inicial.

—¡Necesito ayuda! —gritó guardando la pistola en la funda—. ¡Deprisa!

Se arrodilló y abrió el candado justo cuando sus compañeros la flanqueaban. Observó que la tapa estaba reforzada con clavos.

—¡Palanca!

Colocó las manos sobre la madera. Aunque le temblaban mucho, no sintió que dentro se moviera nada. Se imaginaba lo peor. Alguien llegó con una barra aplanada, la introdujo por la abertura y en dos tirones la parte superior salió despedida.

El aire se volvió áspero. Los agentes se alejaron un par de pasos tapándose la nariz ante la peste a muerte. La inspectora Segura se quedó sin respiración y trató de no vomitar. Se obligó a sí misma a no apartar la mirada.

Allí estaba Roberto Cusac.

Cubierto de sangre. Imposible saber si seguía vivo.

Entre los dientes tenía la cabeza decapitada de una rata enorme.

Parte 5

La gran mayoría de los científicos denostaba la observación participante. Alegaban que el solo hecho de mirar a un grupo de estudio provocaba que este cambiara su comportamiento y por tanto diera variables erróneas.

No era su caso.

La observación participante lo era todo. Un experimento debía contar con factores externos que modificaran los patrones. Lo contrario era aburrido y banal, para eso era preferible leer un libro de historia. La clave residía en lograr esos estímulos condicionados sin que el sujeto del estudio fuera consciente de que lo estaban examinando.

Por ejemplo: se podía aguardar a que un niño, por causas casuales, acabara alejado de sus padres durante años y después calibrar su comportamiento y las consecuencias. O bien se podía secuestrar a un grupo de menores y acelerar las conclusiones. Incluso, y esto fue todo un hallazgo, se los puede mutilar para observar no solo su respuesta, sino la de sus padres cuando los reciban de vuelta.

Era un pequeño sacrificio por la ciencia, nada que no se hubiera visto en la Edad Media.

Lo importante era que el científico pasara desapercibido. Debía mimetizarse con el entorno, convertirse en uno más, formar parte de la rutina de la sociedad, del día a día. Un amigo, un jefe, un vecino. Si alguien lo catalogaba como un ente extraño, el estudio tendría menos impacto.

En ese aspecto le daba la razón al resto de la comunidad científica: la observación participante sí cambiaba algo. Pero lo que cambiaba no era el resultado, sino la mirada del investigador. Los sentimientos desarrollados tras años de hipótesis convertían un simple estudio en algo personal. Un objetivo vital. El miedo era perder de vista el resultado, porque lo que importaba de verdad era el propio experimento.

También había factores de riesgo. Pese a controlar el entorno de los sujetos, siempre aparecían variables imposibles de predecir. Podían ser climáticas, sociales o incluso políticas. Pequeños factores capaces de crear un efecto mariposa que destruyese años de estudio.

Entonces ya no importaría pasar desapercibido, solo activar el plan de contingencia. Un manual de tierra quemada, de destrucción absoluta, para desviar la atención de lo verdaderamente importante y conseguir iniciar un nuevo experimento en otro lugar.

Los logros científicos eran más importantes que los valores humanos. El avance social primaba sobre la felicidad individual. Los propios investigadores también sacrificaban gran

parte de su vida en pos de hallazgos únicos.

Nadie salía indemne de la ciencia.

Nadie.

Tenía la mano agarrotada.

La observaba como quien mira una pieza de museo. Aquella zarpa no era suya. Aquel cuerpo no le pertenecía.

Roberto se incorporó de la cama con esfuerzo. Tenía varios tubos en el brazo que desembocaban en goteros. Su cuerpo olía a productos químicos y sentía el pelo sucio. Las uñas de manos y pies estaban negras. Notaba los calmantes flotando por sus venas, recorriendo sus entrañas, pero sus músculos seguían paralizados y doloridos.

Y luego estaba la mano. Dedos como alambres, flexionados, temblorosos. Una garra hecha para excavar en la miseria. Ric, ric, ric. El sonido no existía más que en su mente.

Se obligó a mantener la cabeza centrada. Era incapaz de hilar pensamientos, pero, tras toda una vida buscando pistas de desaparecidos, había desarrollado una especie de piloto automático. Se preguntó por qué seguía vivo, si aquella era otra prueba demencial, si esa habitación de hospital era falsa. No, ese animal era más básico que todo eso. Nada de planes magistrales, solo sufrimiento directo por la vía más rápida. No era un genio del mal. No podía serlo.

Sus piernas flaquearon. Eran dos lastres. Poco a poco iba recuperando la sensibilidad. Primero fue un hormigueo y luego unos pinchazos muy dolorosos. Si un mono pudo ponerse erguido hace miles de años, él también lo iba a conseguir. Se apoyó en el gotero a modo de bastón. La planta de los pies tocó el suelo frío. Reprimió un grito de dolor cuando dio el primer paso. Iba encorvado. Aquel cuerpo no era su cuerpo, no respondía, tenía miedo de caer.

No. Eso nunca. Se acabó el tener miedo.

Levantó la cabeza. Había un televisor. Pensó que estaba encendido, pero era la pantalla oscura la que le devolvía una imagen grotesca. Ante él había un tipo despeinado, con barba desarreglada. El rostro hinchado, quemaduras eléctricas, un vendaje cubriendo parte de su mejilla. Labios agrietados, cortes en la barbilla. Le faltaba un colmillo inferior.

Y recordó.

La rata. El mordisco. La desesperación.

Y recordó.

Cerró la boca con fuerza. El cuerpo blando y peludo quiso escapar de su presa, pero él estaba fuera de sí y apretó aún más.

Y recordó.

La sangre de la alimaña por su garganta. Garras arañando su cara, su cuello. Una lucha por sobrevivir que solo la podía ganar la muerte.

El hombre sin rostro tal vez se sentía bello. El de su reflejo era un monstruo. No había logrado matarlo, tampoco volverlo loco, pero le había robado la identidad.

Se movía. Respiraba. Pero no era él. Había vuelto a nacer.

Escuchó algo a su espalda. Al girarse vio a Inés bajo el umbral de la puerta. A sus pies había una lata de refresco que se había caído de sus manos, y tras ella un policía custodiando la entrada. Inés lo observaba con una mezcla de alegría y horror. Roberto no se movió. El tiempo se había petrificado. Entonces Inés se acercó hasta él y lo abrazó.

Cusac sintió sus manos en la espalda. Estaba vivo. El mundo no era una pesadilla, todavía no.

Los recuerdos se forman a partir de vivencias intensas. Roberto atesoraba muchas de ellas, principalmente malas. Los momentos felices solo los apreciaba cuando han pasado. Por eso, cuando era consciente de estar viviendo uno de ellos, trataba de concentrarse en los detalles. Cada aroma, cada sensación, cada susurro, todo importaba. Y en aquel instante, en aquella fría habitación de hospital, había vuelto a notar el calor de un cuerpo humano.

Pese al dolor, el trauma, el sufrimiento, quiso preservar ese recuerdo por encima de cualquier otro.

—¿Estáis bien? —preguntó con voz ronca—. ¿Y Leo?

—Tranquilo, tranquilo. No nos ha pasado nada.

—Dios, tenía miedo de que...

—Todo está perfectamente.

Inés se separó de él, sosteniéndolo por la cintura para evitar que cayera.

—Dile a la inspectora que no tiene cara —dijo Roberto—. Se ha operado, se ha... estirado la piel hasta no ser nadie. No sé su edad, y tampoco tiene acento. Es un lienzo en blanco.

Inés lo acompañó de vuelta a la cama. Roberto se dejó llevar, casi como si flotara.

—Descansa —dijo ella—. Todo va a salir bien.

—Nada está saliendo bien. Dios, nada de esto debería haber sucedido.

—Lo importante es que vuelves a estar con nosotros.

Roberto pensó que era cierto. Había muerto y había resucitado. Literalmente, había salido de un ataúd. Pero volver en cuerpo no significa hacerlo también en alma. Necesitaba concentrarse en el ahora para que su mente no oscilara entre recuerdos y planes futuros.

—«Solo sé que no sé nada» —citó Cusac—. ¿Quién lo dijo? ¿Sócrates? Ahora mismo estoy en ese momento: solo sé que no sé a qué me enfrento.

—Te ha asustado. Es normal. Has pasado por una situación que habría roto a cualquiera.

—Casi lo consigues, ¿sabes? Si no lo ha logrado es porque ya estaba roto antes de llegar.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que no tenía imaginación, que tomaba las ideas de otros. Por eso me enterró vivo, porque había leído que era el mayor temor de una persona. Pero se equivocó conmigo: mi peor pesadilla fue perder a Jaime. Después de eso, nada puede asustarme.

Hablaba en primera persona, pero sabía que Inés se sentía igual. Tal vez peor. El dolor de una madre siempre sería mayor: ella lo había llevado en su vientre, era un pedazo de su ser. Su hijo Jaime era un vacío donde antes había esperanza.

—A veces lo siento, ¿sabes? Unas manos que me agarran, que me guían. Suele ser en duermeverla, o al despertar, o en momentos en que bajo la guardia. Y cuando lo miro, él se gira. No consigo verle la cara..., pero sé que está muerto, que es un cadáver, que me odia por ello.

Ninguno de los dos dijo nada. Si hubo un momento para hablar, fue hace mucho. Todo lo que venía a continuación era un puzle de dolor.

—Leo me preguntó por Jaime —confesó finalmente ella—. En el colegio se ha corrido la voz y le han llegado noticias.

—Dios..., ¿y qué le dijiste?

—Aún nada, no era el momento.

—Tienes razón.

—Necesito que te centres, Roberto. ¿Qué más sucedió en ese lugar?

Cusac no tenía ganas de seguir recordando. Le hubiera gustado poder borrar de su mente todo lo vivido, pero las imágenes se agolpaban. Cualquier detalle podía ser clave para detener a ese malnacido.

—Insistió mucho en que no era un asesino —continuó Roberto—. De hecho, os amenazó, pero no con mataros... sino con cosas peores.

—Prefiero no saberlo.

—Se dice que no hay nada peor que un asesino. Él ha demostrado lo contrario. Sin matar puede provocar mucho más dolor.

—El Código Penal está lleno de delitos horribles, y el homicidio es solo uno de ellos. Piensa en toda esa gente que vive años de abusos desde la niñez. En ocasiones son décadas de sufrimiento. No sé de dónde sale ese miedo a los asesinos en serie.

Roberto asintió. Cuando acaba el día y no puedes acostar a tu hijo en su cama, descubres que hay peores destinos que la muerte.

—Él lo sabe. Dijo que desfigurar a esos niños era su gran obra. Lo llamó su «Helter Skelter».

Hizo una pausa. En su cabeza se apilaban muchas teorías y conceptos. No quería mezclar ideas, sino exponer su punto de vista, sacarse de dentro la marca de la duda que le había inoculado el hombre sin rostro. Respiró profundamente y prosiguió:

—Charles Manson ha pasado a la historia como uno de los peores asesinos que existieron..., pero en realidad no mató a nadie. Él influía en otros para que fueran estos, sus seguidores, quienes ejecutaran sus planes y cometieran todos aquellos crímenes.

—Eso también es matar. El que da la orden tiene tanta culpa como quien aprieta el gatillo.

—Es aún más peligroso. No se expone, no hace el juego sucio. Tiene a otros que lo ejecutan por él.

—Como buen cobarde.

—Charles Manson contaba con un grupo de discípulos en su secta que lo veneraban como a un mesías. El hombre sin rostro tiene dinero y paga a gente desesperada para que retenga a niños secuestrados. Manson llamó «Helter Skelter» a su credo, pero el nombre lo robó de una canción

de The Beatles. Hasta el contenido era un refrito del libro de Krishna. Ni siquiera para eso fue original. Igual que el psicópata al que perseguimos, que solo copia a otros.

—Ese tipo ya me parece lo bastante espeluznante. No lo compares además con Charles Manson, por favor.

—Piensa en Hitler. ¿Llegó a asesinar a alguien directamente? Sabemos que estuvo en la Primera Guerra Mundial, de acuerdo, y que sus actos provocaron la muerte de millones de personas. Pero ¿disparó a alguien? ¿Estranguló? ¿Apuñaló? ¿Es posible que el mayor genocida de la historia no tuviera agallas para matar con sus propias manos?

—Basta, Roberto.

—¿Qué?

—Te digo que pares. Primero Manson, ahora Hitler... Sí, el hombre sin rostro es un demente, lo tengo claro. Y muy peligroso. Dios, apenas duermo desde hace días. Pero necesito pensar que lo vamos a atrapar, que no es todopoderoso, ¿de acuerdo?

Inés lo agarró de la mano. Cusac pensó que era el momento de dejarse llevar y no plantearse nada más. Crear un recuerdo bonito, de cuando su mujer entrecruzó los dedos con él aquel día en el hospital pese a que debería haber muerto. Ya tendría tiempo para ocuparse del resto.

—De acuerdo —dijo.

—Descansa, ¿vale? Lo primero es que te recuperes. Tengo que hacer un par de cosas, pero volveré enseguida. Cuando estés más tranquilo te contaré todo lo que hemos descubierto cuando no estabas.

Roberto asintió.

«Cuando no estabas», acababa de decirle Inés. Qué mal sonaba.

Tenía que regresar del todo, aunque aún tuviera la cabeza en el ataúd.

Sara Segura e Inés se observaban la una a la otra en la cafetería del hospital preguntándose cuál de las dos llevaba más tiempo sin dormir.

—Roberto ha despertado —dijo Inés.

—¿Cómo está?

—Desorientado y confuso.

—Que descanse, lo necesita.

—Ha dicho que ese demente tiene el rostro operado, una especie de *lifting* extremo que le ha borrado la expresión.

La inspectora no levantó la mirada de su café.

—Entonces era cierto, no tiene cara.

—¿Quién se haría algo así por propia voluntad?

—En mi vida como policía me he encontrado con gente muy rara, señora Herrera —dijo—. ¿Recuerda aquellas noticias de la droga caníbal? En Murcia tuvimos un caso. Cuando lo detuvieron, el tipo se había comido media mano. Al esposarlo, empezó con su lengua. Tuvieron que sedarlo. Y eso es solo la punta del iceberg.

—Yo he visto gente con el cráneo tatuado, o con *piercings* rarísimos, pero deformar tu propia cara de esa forma...

—Lo encontraremos —continuó Segura—. Es un rasgo que nos servirá para dar con él. Normalmente nos centramos en cicatrices o marcas distintivas, pero esto es especialmente raro. ¿Cuánta gente así debe de existir?

Por la cristalera se veía un mundo exterior cambiado, sin calimas ni tormentas eternas. Ahora lucía un sol espléndido que se reflejaba en los cientos de charcos de cada calle.

—Señora Herrera, ayer se entregó un tipo en comisaría asegurando ser el cómplice del robo de la ambulancia. Era uno de los principales sospechosos que teníamos en el radar, un trabajador de la empresa concesionaria.

—Un golpe de suerte —contestó sin mirarla.

—El primero en veinte años como policía —dijo—. También estamos revisando la documentación que usted aportó sobre el entramado de empresas.

—«Sigue el dinero.» ¿Quién dijo esa frase?

—Lo que me preocupa es cómo justificárselo a la juez.

—Encontramos a Roberto, ¿no? Y también a esos pobres niños. ¿No debería bastar con eso?

—De cara a un posible juicio, el no ser capaces de explicar cómo obtuvimos las pruebas

podría ser fatal. Hablamos de una reducción de condena, o incluso podrían alegar detención ilegal.

Inés le clavó las pupilas. La inspectora hacía tiempo que había visto un cambio en su forma de mirar: más dura, acerada, sin compasión. Pero en ese momento vio también convicción. Y no hay nada más peligroso que una persona que cree en una causa.

—Eso será si lo atrapan con vida, ¿no? —dijo Inés.

—Entiendo su dolor —continuó Segura—. Aunque no me veo capaz de imaginarlo, sé que su situación no es nada fácil. Pero también tiene que comprender que necesitamos a ese demente vivo.

—¿Por qué?

—Sabemos que no trabaja solo, y que tenía varios escondrijos donde torturaba a esos pobres críos. Necesitamos interrogarlo para estar seguros de que no hay más niños en peligro y de que todos sus cómplices acaban entre rejas.

Inés desvió la mirada hacia la ventana y asintió muy despacio. Su mente estaba muy lejos de allí. Parecía tranquila, su pulso era firme y el gesto duro.

—Ambas sabemos que está mejor muerto —concluyó.

Uno de los mayores miedos de Roberto Cusac era que su hijo y él se mirasen como dos completos extraños. Nunca pudo imaginar que ocurriría tan pronto.

La presencia de un policía en la puerta de su habitación no le tranquilizaba. Había hablado con él, le había explicado todo el protocolo, pero aun así no se sentía calmado. No podía estarlo. Ese demente seguía suelto por el mundo y era capaz de lo peor. Había amenazado a su familia con cosas terribles. Por muchos agentes que los rodeasen, no podía soportar la idea de que Leo estuviera en peligro.

—¿Qué te ha pasado en la boca? —preguntó el niño.

—No es nada.

—¿Y el diente?

—A veces nos damos un golpe y se rompen, pero estoy bien.

Tenía las cortinas echadas y la habitación estaba en penumbra, con las luces apagadas. No le importaba si llovía o hacía sol. El mundo era un recuerdo neblinoso del anterior Roberto, ese que había muerto. El que había resucitado veía las cosas de un modo distinto, en una escala de grises eterna. Pensó en su infancia por las calles de Alicante, en su etapa como policía, en su vida actual como padre y esposo, y todo tenía un halo impostado, de teatro de sombras, como si un velo de mentiras lo hubiera cubierto por completo. Sus recuerdos eran lejanos, de otra persona, de otro Roberto.

—Tengo que devolverte algo —dijo.

Cusac se incorporó y abrió el armario metálico. Allí había ropa que le había traído Inés, y también algo que le había salvado la vida. De regreso a la cama de hospital, se lo mostró a Leo. Era su reloj, el que tenía GPS, el que debía ayudarlos si algún día su hijo desaparecía. Ahora le pareció un simple adorno sin utilidad alguna. El hombre sin rostro había dejado claro que nada era infalible.

—No tiene batería —le explicó.

—Da igual, luego lo cargo. ¿Te sirvió para encontrar el camino?

—Iluminó mi momento más oscuro.

—Pero si no tiene batería.

—Bueno, antes sí, pero la gasté.

—Ah...

Leo jugueteó con el reloj entre sus dedos y lo guardó en el bolsillo. Luego levantó la cabeza y se quedó mirando a su padre.

—¿Lo tienes? —dijo Leo.

—¿El qué?

—El diente. Para el ratoncito Pérez. Te lo cambia por regalos.

—No, no sé dónde está.

—A mí se me cayó este en clase. —Abrió la boca y se señaló un incisivo—. Y me lo tragué.
¿Te acuerdas?

—Me acuerdo.

—No lo encontramos, pero el ratoncito Pérez me dejó un sobre de Pokémon de todas formas.

El niño se acercó a la cama de hospital y miró bajo la almohada. No pareció sorprenderse al no hallar nada.

—No te preocupes, papá. Aunque no encuentres algo, a veces sales ganando igual.

Roberto observó su mano derecha. Era una zarpa de dedos agarrotados y crispados, pero por alguna razón sí la consideraba suya. Esa era la mano del nuevo Roberto, el que había salido de aquel ataúd infernal. La mano que lo definía como muerto en vida.

—¿Cuándo vamos a volver a casa? —dijo Leo.

—Muy pronto.

—Estoy cansado de estar con Feli, es muy rara. Se va a su cuarto y me deja viendo la tele, pero la escucho gritar.

—A veces los mayores también lloramos. ¿Sigues yendo al colegio?

—A veces. Nos sigue siempre un coche de policía, ¿sabes? Y cuando volvemos a casa se quedan en la puerta toda la noche, pero...

—¿Ocurre algo?

—No, nada.

—Dime, ¿qué pasa?

—Héctor, uno que va a cuarto... dice que, si el ratoncito Pérez existe, los monstruos también. Habla de vampiros y de zombis. Los ha visto. Y me da miedo.

Roberto acarició el pelo de Leo. Siempre le sorprendía lo suave y fino que era.

—No te diré si Héctor tiene razón o no, eso da igual —contestó el padre—. Lo importante es que la policía está para protegernos.

—¿También de los monstruos?

—Sobre todo de los monstruos. Y yo también te protegeré siempre.

Puede que se miraran como dos extraños, como si uno de los dos fuera un astronauta que llevara años fuera de casa y un día regresara como si nada hubiera ocurrido, pero seguían siendo ellos. Los dos. Padre e hijo. Un vínculo difícil de romper cuando se cultiva desde pequeño.

—¿Me das un abrazo?

Más tarde, el policía de la puerta diría que fue Roberto Cusac quien pidió el abrazo, pero una enfermera que pasaba por allí juraría que fue el niño. En lo que ambos estaban de acuerdo es que

durante los dos minutos siguientes no se escuchó nada en el interior de la habitación, donde padre e hijo se fundían en silencio, luchando por ser el último en separarse del otro.

—Hora de repasar lo que tenemos —dijo Sara Segura.

Cuando empezó aquella historia, contaba con varias unidades para averiguar el paradero de los niños desaparecidos. Poco a poco se fueron sumando voluntarios y, al final, casi toda la comisaría hacía turnos extra para dar carpetazo a aquel asunto. En todos aquellos años trabajando en la policía había encontrado a pocos agentes que realmente tuvieran vocación de servicio público. La gran mayoría se habían sacado la oposición de jóvenes, cuando no sabían qué hacer con sus vidas. Pero algo había cambiado. Era un gran trabajo: los agentes comprendían enseguida el orgullo que significaba llevar una placa, y al poco tiempo ya no quedaba casi nadie que no se implicara en las tareas del CNP. Podía sonar a tópico hablar del cuerpo como una gran familia, pero en momentos de necesidad, cuando los ogros salen de sus guaridas para secuestrar niños, entonces sí se comportaban como una unidad.

—¿Estamos todos? —preguntó Sara.

En realidad era una frase hecha. Podía haber dicho cualquier otra cosa. En aquella sala de la comisaría, una de las más amplias, no cabía un alfiler. Por la puerta de entrada se veían más y más cabezas de uniformados que no habían logrado entrar. Media Murcia estaba atenta a sus palabras.

—El testigo, Roberto Cusac, nos ha proporcionado información valiosa sobre el secuestrador. Es un tipo alto, sobre el metro ochenta, complexión normal tirando a atlética. No conocemos la edad, puede oscilar entre los treinta y cinco y los cincuenta y cinco. Y el principal rasgo característico es que no tiene cara. Lo repito: no tiene cara. Los niños decían la verdad. Ese individuo se ha operado hasta casi hacer desaparecer sus rasgos faciales. ¿Entienden de lo que hablo? Su rostro es una especie de máscara, como un plástico pegado al cráneo.

Hubo un murmullo generalizado. Las palabras más repetidas fueron «Michael Jackson».

—Quiero un grupo de trabajo que investigue todas las clínicas de cirugía estética facial de la Región. Luego ampliaremos el foco a las grandes capitales. Puede que este tipo de operaciones solo se lleven a cabo en Madrid, Barcelona o Sevilla. También consultaremos a compañeros de otras comisarías, por si alguien reconoce al sospechoso. Incluso si se operó en el extranjero es posible que haya realizado algún tipo de revisión por aquí. Pero sobre todo quiero discreción. Esto es solo una conjetura, pero puede que nuestro hombre sea cirujano o esté relacionado con el mundo de la medicina.

—¿En qué se basa? —preguntó alguien.

—Sabemos que tiene dinero. Si no, sería imposible organizar algo a esta escala. De hecho,

presumió de ello ante Cusac. Y sabemos también que se ha operado varias veces. Puede que sea propietario de varias clínicas, o puede que no, pero no quiero arriesgarme a que suenen las alarmas. Si se siente cercado, huirá.

Hizo una pausa para beber un trago de café. Había cientos de puntos que comentar, decenas de aristas que resolver, pero aquella era una reunión informativa para que cada cual se centrara en su tarea. Ella era la única que tenía todos los datos en la cabeza, y era algo que no le deseaba ni a su peor enemigo.

—Hablando de dinero, ¿cómo vais con eso?

—Tenemos un listado parcial —contestó una agente—. Hemos contactado con los bancos para que nos pasen la información completa, pero...

—Tardará tiempo, lo sé —interrumpió Sara Segura—. ¿Hasta dónde podemos llegar con lo que tenemos ahora mismo?

—Las empresas que más interactúan entre sí son Mobil Fresh y Murcia Dream Invest. Ambas están registradas en un despacho de abogados de Panamá llamado Mostad-Fonquesa. Son empresas *offshore* para blanquear dinero, dudamos que alguna de ellas sea la matriz principal.

—Pero operan en Murcia.

—Aunque no sepamos quién es el dueño, sí podemos saber en qué han invertido. Principalmente compran y venden activos a gran velocidad, pero hemos descubierto algo extraño.

La mujer se acercó hasta donde se encontraba Sara Segura y le mostró unos papeles.

—Solo tenemos las transacciones que vienen en este listado parcial que nos proporcionó Inés Herrera —explicó—. Pero buscando en fuentes abiertas hemos encontrado una reseña de una donación.

Sara Segura observó el papel que tenía ante ella. Era un pantallazo de la página web de la Asociación ADI. Mostraba un donativo de casi 10.000 euros procedente de Murcia Dream Invest.

—¿Es una broma?

—Cuando aparecieron los niños hicimos una pequeña auditoría a la asociación. Esto es información pública, los obliga la Ley de Transparencia, lo tienen en su propio portal web. No quiere decir nada, dado que tienen varias sedes en España, pero al descubrirlo decidimos mirar con lupa todos los documentos que teníamos.

De pronto, todo le pareció muy obvio. Una asociación dedicada a desapariciones de niños justo en el centro de un caso de menores secuestrados. Cusac le había explicado que el hombre sin rostro era un tipo de pensamiento básico, por lo que no era de extrañar que se escondiera a simple vista. Y la asociación ADI era algo tan elemental que a pocos se les pasaría por la cabeza mirar en esa dirección.

—¿Por qué no me avisaron antes?

—Llevamos toda la mañana con esto, inspectora. Queríamos darle algo sólido.

—¿Y lo tenéis?
La agente asintió.
—Lo tenemos.

Inés fumaba en el aparcamiento del hospital. Nadie le decía nada, tal vez por el fuego frío que desprendía su mirada. Por su mente rebotaban infinidad de pensamientos: el hombre sin rostro, Jaime, Leo, Roberto...

Y esos pensamientos se mezclaban con emociones: miedo, rabia, dolor, esperanza.

Y esas emociones se fusionaban con recuerdos: el ataúd lleno de sangre en el que encontraron a su marido, los niños deformados escapando de la pesadilla de Victor Hugo, la carrera contrarreloj saltándose la ley junto al Tuerto para hallar respuestas.

Y, a su vez, todo lo anterior se entrelazaba creando cientos de ideas inconexas y mareantes. Incapaz de centrarse en una sola cosa para analizarla, su cerebro rebotaba de una a otra en una espiral infinita de locura.

Sonó su móvil. Lo dejó pasar. Debía de ser José Francisco de nuevo. No paraba de telefonarla, y ella no tenía ganas de hablar ni de dar explicaciones. Le devolvería la llamada más tarde, no corría prisa. Ya nada era urgente.

Escuchó algo a su espalda. Al girarse vio a Feli, que acababa de pisar un charco con sus chanclas hippies.

—Oh, no me fastidies —dijo señalando sus pantalones bombachos, también mojados—. Me costaron una pasta en el Desigual.

—¿Ahora te acercas a la gente por la espalda sin hacer ruido, Feli?

—Tía, mira cómo me he puesto.

—No será la primera vez que vas descalza por la calle. Creo que jamás te he visto con los pies limpios.

—Conseguir este nivel de negro en la planta de los pies no es fácil —contestó mientras se descalzaba—. He venido a verte porque por teléfono no hay quien te localice.

Se abrazaron. Inés no sintió nada. Fue como una mera transacción.

—Chiquilla, ¿cómo estás? —preguntó Felicidad.

—No lo sé—dijo—. Estoy, y ya.

—Cuenta conmigo para lo que necesites, niña. Aparte de ser tu amiga, me dedico a esto. Es normal que pienses que puedes con todo, pero a veces necesitamos ayuda.

—Ya lo sé.

—Pedir que te echen una mano no es una debilidad, sino signo de inteligencia. Y tú eres la tía más lista que conozco, cari.

—Necesito estar sola un rato, nada más.

—Como quieras, pero úsame, ¿vale? Te lo digo en serio. —Feli le puso la mano en el hombro—. Dime, ¿en qué piensas?

Inés reflexionó unos instantes, tratando de ordenar sus pensamientos inconexos y concretarlos en algo parecido a una frase. La versión rápida trataba sobre toda la vorágine en la que estaba inmersa desde hacía varios días. Pero había otra respuesta, más profunda, que hablaba del bien y del mal, de algo tan abstracto e íntimo como el dolor emocional, de las preocupaciones por los hijos, de no entender un mundo que cambiaba más rápido de lo que era capaz de asimilar. Era una pregunta con muchos flecos, así que simplemente le dio una larga calada al cigarro y exhaló el humo con calma.

—Era imposible que llegáramos a tiempo —dijo al fin—. Roberto debería estar muerto.

—Olvida eso, lo importante es que todo se ha resuelto.

—No había manera de salvarlo. No sabíamos dónde estaba. Ese malnacido lo torturó y lo metió en una caja para que lo devorara una rata.

—Inés...

—La policía jamás habría dado con él. Esa zona es inmensa, con decenas de casas desperdigadas por toda la ladera de la montaña. Y ni siquiera sabían qué buscaban. ¿Sabes que ese cabronazo le dejó el reloj con GPS? Era consciente de que no tenía cobertura, de que no le serviría de nada, pero aun así se lo dejó para darle esperanza. Todo estaba pensado para hacerle daño, para hacernos daño. Sabes que tengo razón.

—No digo lo contrario.

—Si no llego a saltarme la ley, si no hubiéramos actuado con tanta velocidad... Dios, si ese hijo de perra lo hubiera enterrado de verdad en lugar de dejarlo a la vista, ahora estaríamos en un funeral.

Feli le acarició la espalda. Inés seguía con la mirada fija en ninguna parte, pero con la mente puesta en lo que pudo haber sido.

—Esos pensamientos solo te harán más daño. Deja de darle vueltas, céntrate en el presente.

—¿Qué lleva a una persona a actuar así? Lo de esos niños, ahora lo de Roberto... Es el mal en estado puro, sin maquillaje ni disfraces. La maldad al desnudo.

—No puedes entender lo que le pasa a esa gente por la cabeza. Sus pensamientos van por otros caminos, es imposible que puedas siquiera imaginar lo que traman. Y lo mismo ocurre al revés, ese tipo de personas se sienten incomprendidas y aisladas de la sociedad.

Inés dio una nueva calada, pero le supo amarga. De pronto ya no le apetecía fumar. Notaba la lengua pastosa y la saliva agria.

—Los que hacen daño a los niños no deberían existir. Es así de simple.

—Pero existen.

—Entonces habrá que arrancarlos como una muela podrida.

Su móvil volvió a sonar. Inés miró hacia el infinito. Feli puso los brazos en jarras.

—Vamos, no puedes ocultarte del mundo como un avestruz. Contesta ya.

Inés asintió. No tenía ganas de nada, pero el universo no se iba a detener por eso. Observó que tenía doce llamadas perdidas y una entrante. En la pantalla aparecía el número de la inspectora Segura.

—Tenemos que vernos, señora Herrera.

—¿Cuándo?

—Ya. Es importante. Hemos descubierto algo que lo cambia todo y necesito hacerle unas preguntas. La espero en comisaria en media hora, ¿le va bien?

—Sí, claro.

La línea se cortó antes de que pudiera despedirse. Inés se quedó mirando a Feli sin saber qué decir. La conversación había sido rápida y enigmática. De pronto, una melodía sonó en el bolso de la psicóloga. Feli sacó el teléfono, observó la pantalla y se la mostró a Inés: era Sara Segura de nuevo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Izan había cambiado de habitación. Ahora estaba en una más amplia, con pósteres coloridos en las paredes y un gran ventanal en lugar de espejo. Debía de haberse corrido la voz de que le gustaba *La patrulla canina*, pues había decenas de juguetes de la serie esparcidos por el suelo. La televisión estaba apagada.

Roberto sintió una punzada al verlo. El pequeño seguía igual que la última vez, pero sus ojos refulgían de ilusión.

—Hola, campeón —saludó.

El niño dejó de jugar y lo miró de frente. Cusac no pudo aguantar al abismo y se derrumbó sobre una butaca.

—¿Estás bien? —preguntó el pequeño.

Roberto negó con la cabeza.

—Lo he visto —dijo—. Al hombre sin cara.

Izan pareció encoger. Su gesto se tornó entre triste y asustado.

—¿Él te hizo eso? —Señaló las magulladuras de la mejilla.

Cusac observó su mano agarrotada. Pensó en su encuentro con el demonio, en cómo este trató de convencerlo de que todo aquel sufrimiento era culpa suya por meterse donde no le llamaban, por echar a perder su plan maléfico. Las amenazas a su familia, el entierro en vida..., todo era por su culpa.

Estaba seguro de que con Izan, Siena y Thiago actuó igual, acusándolos del dolor que les causaba. El infierno interior de los niños era más doloroso que el de cualquier adulto debido a la inocencia con la que se enfrentaban al mundo.

—Es a lo que se dedica, ¿no? —preguntó Roberto, tratando de que su voz no sonara tan trágica—. A hacer daño.

—Es muy malo.

—Sin duda, ¿pero sabes qué? También es un cobarde.

—¿En serio?

—Vive con miedo. No se atreve a ir de frente. Se mueve por impulsos, pero eso no significa que sea valiente. Por eso sé que nunca más volverá por aquí.

Roberto lo dijo con convicción. Ese hombre sin rostro eludía los enfrentamientos directos, se escondía en las sombras, atacaba por la espalda. A él lo secuestró y lo derrotó psicológicamente. Solo entonces se atrevió a enterrarlo con aquella alimaña. No era un líder, solo actuaba cuando

sabía que sus pasos eran firmes y no había peligro. Su pensamiento era básico y lineal, más típico de un carroñero que de un depredador.

Y eso sería su perdición.

—Eres el niño más valiente que conozco —continuó—. Conseguiste escapar y salvaste a tus amigos. Si hay un héroe aquí, ese eres tú.

—¿Un héroe?

—De pequeño leía cómics. Y descubrí una cosa. Daba igual que fueras el hombre más fuerte del mundo, como puede ser Superman, o que no tuvieras poderes, como Batman. Lo importante era ser un héroe, luchar por lo que es justo, proteger a los demás. ¿Entiendes lo que digo?

Izan asintió sin demasiada convicción.

—Ese hombre sin cara no te ha derrotado. Lograste salvar a esos niños, escapaste de aquella casa. Por eso nunca podrá ganarte, porque eres el héroe de esta historia.

—Un héroe... —repitió el pequeño—. Entonces tú también.

Roberto se removió incómodo en la butaca.

—Yo solo hago lo que tengo que hacer.

—Pero también salvaste a Siena y a Thiago, y has escapado del hombre sin cara.

—No es lo mismo.

—Sí lo es. A lo mejor... Quizá no somos Superman y Batman, sino un grupo.

—Como la patrulla canina.

—¡Eso es!

Cusac sonrió. Pensó en lo que había hablado con Inés y con la inspectora Segura. Él, que se creía capaz de todo, había acabado envenenado y secuestrado. Solo estaba vivo porque sus aliadas lucharon hasta encontrarlo. Incluso ese bastardo malnacido del Tuerto había cumplido con su parte. Había esperado poder proteger a su familia comportándose como un lobo solitario, pero el hombre sin rostro los había amenazado igual.

—Nunca he sido de trabajar en equipo —confesó.

—¿Por qué no?

Roberto no se atrevía a decirlo en voz alta. No podía. Izan era un niño pequeño que había pasado por un infierno, no podía volcar sobre él sus propios problemas. Cómo podía decirle que cuando desapareció Jaime sintió que no había nada que le atara a la vida, que esa parte autodestructiva seguía en su interior, que se cambiaría por su hijo con los ojos cerrados.

Cómo decirle...

—Hay cosas que no puedes controlar —contestó—. Cuando trabajas en equipo, son más aún. Eso es lo que me da miedo de verdad, que los demás sufran y yo no pueda hacer nada.

Cusac levantó la vista. No miraba a Izan de frente, no podía. De alguna forma, sentía su dolor como propio. Se odiaba a sí mismo porque esos niños hubieran estado encerrados con aquel torturador y él no lo hubiera investigado. Debería haber visto las señales, pero no lo hizo. Se

responsabilizaba del estado de Izan y no podía soportarlo. Al final, sí iba a convencerse de que todo era culpa suya.

—¿Vas a meterlo en la cárcel? —preguntó el pequeño.

Roberto había decidido matarlo. Fue una reflexión meditada en frío. No podía permitir que los pensamientos de ese miserable se propagaran. Pero matarlo lo podría convertir en un mártir, y entonces otros podrían seguir su estela. Aquellas ideas enfermizas que predicaba eran peligrosas.

Sí, acabaría con él. Sin ayuda. Sin exponer a nadie más. Lo mataría no porque quisiera, sino porque tenía que hacerlo. ¿Acaso no sacrifican a los caballos cuando se rompen una pata?

Sonó el teléfono. Inés se lo dio cuando lo ingresaron de nuevo. En la pantalla leyó el nombre de José Francisco Albertos.

—Roberto, hola, ¿estás con Inés?

—Ahora mismo no. ¿Qué sucede?

—No me coge las llamadas, supongo que estará estresada con todo este lío. Quería decirle que le he enviado el listado completo al e-mail, que lo puede ver ahí.

—¿Qué listado?

—¿No te lo ha dicho? Hay una empresa asociada a ese tipo que..., bueno, el que se lleva a los niños. Se dedica a la compra y venta de terrenos. Le pasé un listado parcial, pero lo he cruzado con varias bases de datos y ahora es más completo. Están todos los movimientos de los últimos años. Es una mina de oro. Pero lo más increíble es una cosa que he descubierto. ¿A que no imaginas qué edificio aparece relacionado con el caso?

Inés no esperaba encontrarse con Sara Segura en una sala de interrogatorios. Había cámaras grabando y una ventana espejo en una de las paredes. Junto a la inspectora había varios policías más. Reconoció al comisario Navarro, con el que había hablado brevemente cuando desapareció Roberto; de cabeza afeitada y cejas blancas, se mostraba siempre serio y con gesto de preocupación. Todos se arremolinaban ante la jueza Marín, que aunque rondaba la edad de jubilación aún conservaba la mirada avispada tras las gafas progresivas.

—Siéntense —dijo Segura, señalando las sillas al otro lado de la mesa.

Feli estaba nerviosa. Inés lo notaba, pero no dijo nada. Ni siquiera sabía de qué iba todo aquello, pero no le gustaba estar en aquel lugar. Como abogada, había asistido a muchos acusados en sitios similares a aquel, con jueces que solo buscaban una prueba firme a la que agarrarse mientras duraban las pesquisas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inés.

—Estamos cerca de resolver el caso —dijo el comisario—. Pero antes necesitamos hacerles unas cuantas preguntas.

Inés notaba cómo el aire se hacía cada vez más irrespirable. No estaban detenidas, de ser así les estarían tomando declaración por separado, pero tampoco se mostraban muy amigables con ellas y no entendía la razón.

—Por favor, sean claros —dijo—. ¿Qué sucede?

El comisario miró a la jueza Marín y esta hizo un ademán afirmativo. La inspectora Segura sacó varios papeles de una carpeta.

—Hemos descubierto una conexión entre Murcia Dream Invest y la Asociación ADI. Es decir, entre el individuo que estamos buscando y la ONG donde ustedes trabajan.

—No es una ONG —dijo Feli con un hilo de voz.

—Está bien —contestó Inés mostrando las palmas de sus manos—. Debe de tratarse de un error. ¿Por qué razón iba la Asociación ADI a...?

No pudo terminar la pregunta. Sara Segura empezó a desplegar varios documentos sobre la mesa. En el primero se veía una donación de Murcia Dream Invest a la asociación por valor de 10.000 euros. En el siguiente aparecía el comprobante del ingreso con fecha y hora. Había saldos contables y documentación de la última auditoría.

Inés no sabía qué decir. Aquello era imposible. Su mente era incapaz de procesar esa información como cierta. La asociación a la que tanto esfuerzo y tiempo había dedicado, la que se ocupaba de las familias de los desaparecidos, la que mantenía viva la llama de la esperanza...

se financiaba a través del mismo trastornado que se dedicaba a secuestrarlos y torturarlos. No, aquello no podía estar bien.

—Debe ser un error —dijo boquiabierta—. No tiene ningún sentido. La labor de ADI es justo la contraria.

—Esto es más grande de lo que parecía en un principio —intervino el comisario Navarro—. Ya sabíamos que el sospechoso trabajaba con otros a los que pagaba o sobornaba, como los cuidadores de las víctimas o el tipo que le proporcionó acceso a la ambulancia. Pero esto es distinto. Hablamos de colaboración a largo plazo, asociación financiera y Dios sabe qué más.

—No puede ser verdad —negó Inés de nuevo—. ¿Cómo están tan seguros?

La jueza hizo otro gesto y la inspectora colocó un nuevo folio ante los ojos atónitos de Inés. Sabía lo que era, pero no podía creerlo. Vio los códigos y los sellos. Leyó y releó el nombre señalado en rojo, pero no lo entendía.

—No podremos saber quién controla la sociedad Murcia Dream Invest hasta que nos lleguen los datos del extranjero —dijo Sara Segura—. Pero cuando vimos este donativo, supimos en qué dirección debíamos mirar. Solo nos llevó unos minutos comprobar si alguna persona vinculada a la Asociación ADI tenía empresas a su cargo. La respuesta la tienen delante.

Anselmo Egea.

Su nombre aparecía en varios documentos del Registro Mercantil en relación con el despacho de abogados panameño Mostad-Fonquesa, testaferros de Murcia Dream Invest.

—Su jefe tiene vínculos con el bufete que lleva las operaciones de la empresa asociada al secuestrador. Dicho de otra forma, el rastro del dinero nos conduce a la Asociación ADI y a Anselmo Egea.

—No es posible —repitió Inés—. Ese despacho de abogados tendrá cientos de clientes en España, ¿me equivoco?

—Miles, en realidad —le rectificó el comisario—. Pero, dígame, ¿qué posibilidades hay de que uno de ellos esté relacionado con todo este caso de una manera tan directa?

—Si tuviera que apostar —continuó Segura—, diría que Egea será el nombre que aparecerá como administrador de Murcia Dream Invest.

Inés no podía aceptarlo. Si eso era cierto, todo su esfuerzo y todo su trabajo habrían sido un espejismo. Anselmo les agitaba un palo con una zanahoria y ellos iban detrás.

—Imposible —murmuró con las manos en la cabeza—. Es imposible...

—No lo es.

Todos se giraron hacia Feli. No había abierto la boca en ningún momento. Estaba muy seria, blanca, con la frente perlada de sudor.

—Hace unos días, cuando la prensa destapó todo este asunto de los niños, escuché a Anselmo hablar por teléfono —explicó—. No sé con quién discutía, pero estaba muy nervioso. Gritaba fuera de sí, fue muy extraño. Dijo... dijo que no podía seguir así, que habían ido demasiado lejos. Dios, ¿por qué no lo vi?

—Tranquila, no podía saberlo. —Sara Segura puso su mano sobre la de Feli.

—Estos días estaba muy alterado —prosiguió—. La tenía tomada con Roberto, le decía que se quedara quieto, que no investigara nada, que no metiera las narices donde no le llamaban. ¿Lo recuerdas, Inés? Tú estabas allí.

Inés no estaba allí, sino a miles de kilómetros. Su cabeza era incapaz de prestar atención. Aquello hacía que su realidad se rompiera en mil pedazos. Estaba en shock.

—Las hemos traído hasta aquí para confirmar nuestras sospechas —aseguró el comisario—. Ya tenemos preparado un operativo, pero necesitamos su colaboración.

—¿Por qué no lo detienen y ya está? —dijo Feli.

La jueza Marín dio un paso adelante. Al igual que Feli, apenas había intervenido.

—No es tan sencillo. Solo procederemos si pensamos que puede destruir pruebas. De momento lo vamos a someter a vigilancia y vamos a pinchar su teléfono. Pero necesitamos que nos ayuden desde dentro. ¿Podemos contar con ustedes?

—Basta de hablar con evasivas —contestó Inés—. ¿A qué se refieren en realidad?

Jueza, inspectora y comisario intercambiaron una breve mirada. Marín sonrió.

—¿Alguna vez han llevado un micro oculto?

La antigua fábrica de salitres de Murcia fue la única en activo durante la guerra de la Independencia, proporcionando pólvora a las tropas españolas, pero su construcción databa de 1654. Pese al paso del tiempo, los derrumbes y los incendios, todavía conservaba su imponente fachada de tres plantas. Ubicada en pleno centro de la ciudad, tenía ese halo misterioso de las casas históricas, con un enrejado de punta de lanza y portones de hierro.

Roberto Cusac observó la mole que se alzaba ante él. Según había investigado de camino, aquella pieza arquitectónica única había pertenecido a Defensa antes de pasar a manos consistoriales. Por eso no entendía la cesión realizada a Murcia Dream Invest. La empresa pantalla del hombre sin rostro figuraba como concesionaria en las labores de conservación del inmueble.

Esa era la razón de que no apareciera en el listado original: no era de su propiedad, sino que estaba vinculada mediante contrato administrativo.

Cusac repasó las últimas horas. No le había costado demasiado perder de vista a su escolta en el hospital. No estaban allí para retenerlo, sino para que nadie le atacara, y los protocolos eran diferentes. Aprovechó el cambio de turno para vestirse y salir. Tampoco fue complicado llegar a su casa. Lo que sí le requirió un gran esfuerzo, sobre todo mental, fue sacar el revólver que tenía en la caja fuerte. Las balas las guardaba en otra habitación, lejos del arma. Mientras la limpiaba y engrasaba sintió que le temblaban las manos y que le venían náuseas. Ahora la llevaba oculta en una cartuchera sujeta a un costado.

Acarició uno de los pilares que daban acceso a la fábrica. Su mano seguía siendo una garra, pero podía abrir y cerrar los dedos. Era psicológico, estaba seguro. Un movimiento inconsciente que tenía que aprender a controlar.

Igual que sus sueños.

En la pesadilla, tenía que decidir si entrar por la puerta negra y salvar a su hijo o pedir ayuda. Roberto estaba ante la boca del lobo y había decidido no solicitar refuerzos. Otra vez el mismo error. Esa era su naturaleza, imposible luchar contra ella.

Pero había otro motivo, uno más atávico, que le salía de las tripas: la policía, con sus reglas, le impediría apretar el gatillo.

Necesitaba acabar con aquello cara a cara. Era el momento del contraataque. Matar al portador de la peste para erradicar la enfermedad.

Empujó con suavidad la reja y el chirrido de las bisagras oxidadas se escuchó en toda la calle Acisclo Díaz. Cusac observó alrededor. La gente caminaba de un lado a otro sin prestar atención

a ese tipo en vaqueros y chaqueta de cuero marrón. Ni siquiera miraban al majestuoso edificio que tantas décadas había contemplado.

Roberto entró en el interior de la finca. Estaba en una escueta terraza que desembocaba en el portón de hierro cubierto de pintadas. Sentir el peso del revólver en la cintura, lejos de calmarle, le ponía aún más en tensión. Estiró el brazo y empujó hacia dentro la plancha metálica.

Algo pasó por encima de su zapato. Al bajar la mirada vio un ratón que salía huyendo sin dirección. Cusac llevó por instinto la mano a la culata. Por su mente pasaron recuerdos de oscuridad en un ataúd, de sangre en la garganta, de una rata subiendo por su cuerpo.

Tardó varios segundos en recobrar la compostura. Tenía la respiración acelerada y le temblaban las rodillas. Se sentía débil y su psique estaba muy cerca de fragmentarse en mil pedazos.

No estaba preparado.

Pero ¿cuándo lo estaría?

No podía perder más tiempo. Nunca llegaría ese momento ideal en que cada pieza encaja en su lugar. Tocaba jugar con las cartas que tenía en la mano. Arriesgarse.

Aunque un ratón pudiera provocarle escalofríos, aunque su rival fuera el mismo Satán, aunque ya le hubieran derrotado.

Roberto respiró hondo, puso un pie delante de otro y desapareció en la oscuridad.

El interior de la fábrica de salitres se encontraba en un estado lamentable. Parte del techo había cedido, las paredes mostraban desconchones y grietas, el suelo estaba plagado de cascotes y barro. Aquel lugar era un cascarón enfermo de lo que en su día fue un próspero negocio que salvó a España de la invasión francesa. Ahora amenazaba con desmoronarse sobre su cabeza.

Sí, puede que hubiera traspasado algún umbral invisible y estuviera en el purgatorio. Eso explicaría muchas cosas.

El sonido de sus pisadas sobre los escombros resonaba por el pabellón. La linterna de su móvil iluminaba un pasillo de techo alto con habitaciones a ambos lados. Había pintadas y restos de basura, pero su mente estaba en otro lugar.

En un ataúd. Con una rata.

Mismo olor a podrido, misma luz tenue, misma desesperación.

Su mano desenfundó el revólver que llevaba a la cintura en un acto reflejo. Había oído algo. Era un sonido parecido al de unos pies arrastrándose.

Allí había alguien más.

Apuntó hacia delante. No quería disparar, pero lo haría. La linterna del teléfono chocaba con partículas de polvo suspendidas en el aire. Una gota de agua cayó sobre su cabeza. No quería matar a nadie, pero el hombre sin rostro no podía seguir viviendo. Recordó la sangre mezclada con pelos resbalando entre sus dientes. La oscuridad parecía engullirlo para luego vomitarlo y después tragarlo de nuevo. Tenía frío. En el ataúd también estaba helado. Ya no permanecía allí, pero su mente regresaba a la pesadilla cada medio segundo. El revólver pesaba, la mano con la

que sostenía el móvil era una garra, las sombras danzaban a su alrededor, el infierno reclamaba su presencia como apóstol ingrato, oveja descarriada, santo caído.

Otra vez un ruido. El sonido lo atravesó de lado a lado y lo puso en tensión. Los pensamientos enfermizos se echaron a un lado y reapareció el detective. A su mente llegó la imagen de su hijo.

Por desgracia, no vio al atacante hasta que fue demasiado tarde. El impacto llegó frío y húmedo, como una puñalada con un cuchillo de hielo.

Qué fácil era todo para aquellos que lo vivían a diario.

Cuando desapareció Jaime, Inés pasó una temporada separada de Roberto. Habló con amigos abogados que le pintaron un panorama repleto de posibilidades. Ve a juicio, decían, apriétale todo lo que puedas. No contaban con el desgaste psicológico, ni con la dilatación del tiempo, ni con que ella no quería hacer sufrir a nadie. Eran las decisiones de otros adaptadas a su propia vida. Le resultaba desagradable sentir que no estaba al mando, así que dejó de hacerle caso al ruido y se dejó llevar por su propio instinto. Ella también era letrada, aunque no estaba especializada en esos temas, y ver el terremoto desde otra perspectiva le cambió la forma de pensar.

Ahora notaba el micrófono oculto en el pecho. Esperaba que la tecnología hubiera cambiado con los años, pero, tal vez por la urgencia de la situación o por la escasez de presupuesto característica de la policía, el micrófono se lo habían sujetado al cuerpo con un esparadrapo. Así tendría mayor alcance, dijeron. Se escucharía con más nitidez, aseguraron. «Lo noto bajo la ropa», contestó ella.

Mientras caminaba por la acera hacia la Asociación ADI se sentía nerviosa y confusa. Por suerte, Leo estaba a salvo en la comisaría, y Roberto se encontraba en el hospital bajo custodia..., o eso pensaba ella. Lo que la asustaba era el hecho de enfrentarse a sus miedos cara a cara. Ella fue quien se ofreció a Anselmo para trabajar allí, la que ideó el programa para que tuvieran a un detective a media jornada investigando casos, aunque en realidad echara horas de más. Nunca heredaría la empresa, como se decía vulgarmente, pero sentía la asociación más suya que de nadie. Tenían al enemigo en casa, y era inconcebible.

Una mano fría la agarró del brazo. Inés atajó sus pensamientos y regresó a la realidad. A su lado caminaba Feli, también cableada de arriba abajo.

—Venga, chica, que ya casi estamos —dijo.

—No es la distancia lo que me preocupa.

—Te entiendo —contestó—. Como dicen los funambulistas, no mires abajo.

La policía había insistido mucho en que fuera Feli la que llevara el peso de la conversación. Querían sacarle una confesión a Anselmo Egea, algo que le implicara sin lugar a dudas, algo que pudieran usar en un juicio. Pensaban que con ellas se relajaría, que tal vez se le podría escapar algo. Y ahí entraba Felicidad y su título de psicóloga. Confiaban en que pudiera conducir la charla sin que Egea se percatara, que afinara las preguntas, que estuviera atenta a su lenguaje no verbal. Inés había visto a Feli buscar sus gafas de sol por todo el despacho cuando las tenía sobre

la cabeza. Era la misma que siempre necesitaba ayuda para usar la fotocopidora o que reenviaba emails personales por error a todos sus contactos.

Aquello iba a ser un desastre.

La puerta estaba abierta y las luces apagadas. Al pasar, Inés se quedó petrificada. La inspectora le había pedido que se mostrara natural, que Anselmo no sospechara nada. Sabían que estaba allí porque la policía se lo había confirmado. Aquello ya no era su lugar de trabajo, sino la guarida de un trasgo. Al fondo del pasillo, en el despacho grande, aguardaba la maldad.

—No se encienden —indicó Feli, pulsando varias veces el interruptor de la luz.

—¿Y qué hacemos?

Inés sentía presencias moverse en la negrura. Pisadas de niños, voces infantiles, algo similar a lo que había vislumbrado en la biblioteca de Yecla. Se dijo que eran alucinaciones, algunas de ellas auditivas, causadas por el estrés y la falta de sueño.

O tal vez fueran espectros que la perseguían por sus errores y la atacaban en momentos de tensión.

Una voz grave y rasgada llegó desde lo más profundo del lugar. Inés nunca se había fijado en lo imponente que era. Ahora que sabía que era un peón más del hombre sin rostro, le parecía el tono de un verdugo.

—Vamos, pasad —dijo Egea—. He quitado los automáticos de esa parte de la oficina. Ya no podemos soportar más gastos.

Las dos mujeres se miraron. Feli agarró a Inés de la mano y caminaron juntas por un pasillo oscuro que parecía la garganta de algún ser primigenio. Al fondo, el despacho entrecerrado de Anselmo Egea dejaba escapar un resplandor por los márgenes de la puerta.

Inés tenía los nervios a flor de piel. Sentía los músculos tan tensos que le costaba incluso doblar el codo. Los dedos convertidos en un puño, los nudillos blancos, los tendones marcados en el dorso. La respiración agitada, los pelos de la nuca erizados, la garganta tan seca que la saliva le rasgaba por dentro. No quería estar allí, aquel no era su lugar, necesitaba huir de ese infierno.

Feli estiró el brazo y empujó la puerta. En el despacho estaba Egea ante el ordenador. Un flexo en la enorme mesa del despacho era el único punto de luz.

—El barco se hunde —dijo Anselmo—. Y no somos el Titanic, sino una patera en medio del océano. Nadie nos echará de menos.

Egea golpeó la mesa con una de sus enormes manazas. Inés dio un paso atrás. Su jefe era un tipo alto, pero ahora además le parecía temible. Observó el vaso con licor ambarino que descansaba en una esquina. Anselmo había bebido, lo cual lo hacía aún más incontrolable. Por su mente pasaron eximentes, atenuantes y agravantes relacionados con el alcohol, como si todavía estuviera empollando para algún examen de final de carrera. Necesitaba centrarse en el ahora, olvidar el ayer, apostar por el mañana.

—Todo esto de los niños ha sido un terremoto —continuó—. Menos mal que los periodistas

ya se han marchado, pero la asociación no está en un buen momento. Las familias están nerviosas y los inversores todavía más, y yo no sé qué decirles.

—Diles la verdad —contestó Inés con más firmeza de la que esperaba.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Egea.

—Eso es lo que hemos venido a discutir.

El palo fue directo a la cabeza de Roberto. Si no le abrió el cráneo fue porque un crujido a su espalda lo alertó a tiempo para levantar el brazo. Eso evitó que el golpe fuera a la sien. En su lugar, el tablón impactó de lado, desviado por un acto reflejo.

Apretar el gatillo fue instintivo. Ni siquiera apuntó, solo flexionó el índice de la mano derecha. El estruendo retumbó en sus oídos. Confiaba en que fuera suficiente para asustar a su agresor.

Había perdido el móvil. Le dolía el costado del cráneo y el antebrazo. Tenía la visión borrosa. Sentía que la sangre le resbalaba por la barbilla y que le temblaba la mano con la que sostenía el arma.

Pero lo vio.

Ante él había una figura encorvada con un listón de madera en la mano derecha.

Cusac apuntó con el revólver. Su agresor tiró el tablón al suelo y levantó las manos. Roberto dio un paso al frente y le clavó el cañón en el pecho; el tipo se quejó con un grito agudo. Lo empujó contra la pared y quedaron cara a cara.

Aún no sabía cómo mantenía la calma. Ni siquiera pensaba, solo se movía por impulsos. Lo fácil habría sido disparar de nuevo y luego preguntar. Era tan sencillo como deslizar el dedo por el gatillo. Estaba a su merced.

Pero algo no iba bien.

Apeataba. Despedía un olor acre, como a fósforo, a miseria condensada durante décadas. Y, entre la penumbra, se apreciaban rasgos humanos.

Aquel tipo no era Satanás.

—No me mate, se lo suplico.

Roberto se tensó aún más. Aquello podía ser otro truco mental. El hombre sin rostro era más alto y delgado, iba bien vestido, y no tenía barba. Sin embargo, había algo familiar en su semblante. Su mente hiló recuerdos con ideas y un nombre llegó a su cerebro.

—¿Qué haces aquí?

Pese a la oscuridad, pudo ver que era Moyano, el mendigo que le había seguido en su paseo por Murcia. El asombro por la coincidencia le duró unos segundos. Entonces recordó que las casualidades no existen, que ese vagabundo trabajó para el hombre sin rostro, que estaba en una de sus propiedades, que le había atacado por la espalda, que los comprachicos pagaban a gente desesperada para que hiciera el trabajo sucio. Eso solo podía significar que Moyano había mentido en la comisaría, que siempre había sido un lacayo del psicópata y que este no lo había

contratado solo de forma puntual para vigilarlo por el centro de Murcia. De nuevo, sus músculos se tensaron y su atención se centró en la cacería.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No me haga daño, yo no he hecho *na*.

—Ambos sabemos que no es cierto. ¿Dónde está?

—Venga, hombre, que pensaba que venías a robarme, que ha sido un malentendido, que baje la Virgen y lo vea.

Roberto amartilló el revólver. El chasquido metálico hizo callar a Moyano. Le colocó el cañón aún caliente en el carrillo, para que sintiera el tacto del acero.

—¿Sabes lo que le diré a la policía? Que me atacaste por la espalda, me asusté y disparé con esta pistola que me encontré en el suelo.

—Eso no es mío.

—¿Recuerdas a la inspectora Segura? ¿Esa tan elegante y con el pelo tan largo? Es amiga mía, me creerá. Además, tú solo eres un drogadicto, no le importas a nadie.

—¡No, por favor! Tengo hijos.

—Entonces entenderás que tenga que matarte. Si eres padre, sabrás lo que hizo ese degenerado al que sirves.

—Yo no tengo *na* que ver con eso.

—Odio que me mientan.

Dio un paso atrás. Moyano no se movió. Cusac observó cómo le temblaba la barba. Le apuntó al torso.

—Será en defensa propia, conmutarán la pena de prisión por libertad vigilada. No pisaré la cárcel, pero tú acabarás en una fosa común. Dime dónde está.

Decidió que contaría hasta tres y dispararía de nuevo al techo, pero no hizo falta. Moyano se arrodilló en el suelo suplicando con las manos entrelazadas.

—Le juro que no lo sé, no me mate, por el amor de Dios.

—¿Vive aquí? ¿Este es su escondite?

—Yo solo tengo que vigilar, *na* más.

—¿Vigilar qué?

—Hay una sala con papeles. Yo no sé qué significan, no me gusta entrar ahí. Pero él viene a veces y los repasa.

—¿Dónde está esa habitación?

Moyano estiró un brazo tembloroso y señaló las tripas de la casa en ruinas, donde la oscuridad se volvía espesa y sucia.

—De acuerdo —dijo Cusac—. Vamos allá.

Egea se recostó en el sillón del despacho. La luz del flexo ya no le daba en la cara: ahora era una figura negra escondida en la penumbra, como los malos de James Bond. Al lado de Inés estaba Feli, que aguantaba los nervios mejor que ella, aunque tenía la frente sudada. El micro sujeto a su pecho le picaba y trataba de no rascarse.

—La verdad es que toda esta publicidad no nos ha beneficiado para nada —dijo Egea—. Las familias se preguntan de qué sirve una asociación como la nuestra si los niños aparecen mutilados. Los medios se han cebado a base de bien. Ahora hay un nuevo tipo de noticia que usan cuando no tienen otra, y consiste en dar datos estadísticos y comentarlo con el corrillo de expertos. Según ellos, nuestra tasa de éxito a la hora de recuperar a niños desaparecidos es de cero.

Egea agarró el licor y se lo bebió de un trago.

—No cuentan, claro, las desapariciones de días o meses. No, claro que no. Ellos se centran en los que llevan años en paradero desconocido. Poco se habla del apoyo psicológico, moral y legal que prestamos a las familias, prefieren fijarse en el presupuesto que manejamos, como si lo malgastáramos en fiestas o algo así.

—¿Y de dónde sale el dinero? —dijo Feli.

Era una pregunta a bocajarro. La policía había descubierto el vínculo de la Asociación ADI con el hombre sin rostro por una transferencia de una de las empresas de este último. El principal beneficiario era Anselmo Egea, que también era quien las gestionaba.

—Lo sabéis de sobra —gruñó—. Ayudas estatales, donaciones privadas y algo de recursos propios.

—¿Y quién fiscaliza esos donativos?

—¿A qué viene esa pregunta, Feli? Nos someten a varias auditorías cada año, todas nuestras cuentas son transparentes.

—¿Y si de repente se descubriera que ese dinero procede de, no sé, el tráfico de drogas?

—Como no ha pasado nunca, no lo sé —contestó Anselmo removiéndose en su sillón—. Bastantes preocupaciones tengo ya como para ponerme a pensar en problemas imaginarios.

Egea se incorporó. Inés observó aquella mole. Tenía unas manos enormes, con pelo hasta en los nudillos. Su cabeza era proporcional al resto del cuerpo, con una gran frente y una prominente papada. No era un tipo atlético, pero su sobrepeso acrecentaba aún más el tamaño de aquella bestia. Despacio, se acercó a un armario y lo abrió. De allí sacó una botella de licor y se sirvió en un vaso de tubo.

—¿Qué opinas de los niños, Anselmo? —dijo Inés.

Anselmo Egea permaneció de pie, observándolas desde la oscuridad. Inés se sentía atrapada en una pesadilla. Imaginaba monstruos bajo la mesa, ocultos tras los archivadores o agazapados a su espalda. A ratos escuchaba un tintineo lejano acompañado de una canción infantil o un coro de niños. Solo ella era capaz de oírlo. Tenía que salir de allí y alejarse de aquel cubil de tinieblas.

—¿Para eso habéis venido? —preguntó el hombre.

—¿Por qué crees que alguien les haría algo así? —insistió Feli.

Egea cabeceó a los lados. Entre sus enormes zarpas, el vaso parecía un dedal.

—Es algo que me he preguntado mucho estos días. ¿Qué lleva a alguien a hacer algo así? No tengo la respuesta.

—¿Y una teoría?

—Claro, como todos.

—¿Y cuál es?

—Le proporciona placer —dijo—. Puede que sexual o de otro tipo, no lo sé. Pero lo imagino regodeándose del sufrimiento ajeno. El dolor de los otros le hace disfrutar. Vive para ello.

—El sadismo es un factor, pero no lo explica todo —respondió Feli—. Las novelas negras, en las que los personajes padecen mil penurias, son las más vendidas. A los lectores les encanta el horror. Todos nos reímos con vídeos de accidentes. El otro día, sin ir más lejos, subiste uno al chat de la empresa.

—No es lo mismo.

—Tiene la misma raíz. El tema es no empatizar, quedarse mirando mientras otro sufre. Como dices, se obtiene una recompensa, pero puede ser tan personal que sea difícil de explicar a otras personas. La variable empatía no se da en estos casos.

—Mira, Feli, estoy demasiado cansado y borracho para que me toquen las narices, ¿vale? Haced lo que sea que hayáis venido a hacer y largaos de aquí.

El canturreo llegó nítido a los oídos de Inés. Había menores danzando en corro, murmurando por las esquinas, susurrando, riendo, acusándola. Eran invisibles, habitantes de una dimensión desconocida: estaban en el limbo adonde iban a parar quienes eran borrados, secuestrados, asesinados. Y Egea, sumido en su autoindulgencia, era el epicentro.

—Solo eran niños —interrumpió Inés—. ¡Niños!

Feli se le acercó y le susurró al oído.

—¿Qué haces? Lo vas a estropear todo.

—Aquí teníamos algo especial —continuó sin prestarle atención—. Era un trabajo muy duro, pero necesario. ¿Por qué, Anselmo? ¿Por qué aliarte con ese psicópata?

—¿De qué estás hablando?

—La policía lo sabe todo. —Inés dio un paso adelante, encarándose con el gigante—. El secuestrador dio dinero a la asociación, te lo dio a ti.

—No toleraré que mi profesionalidad se ponga en entredicho.

—Tú eres el que gestiona las cuentas, el que lleva el control bancario. Tú, malnacido... Tú estabas detrás de todo esto desde el principio.

—¡Basta! —Egea lanzó el vaso contra el suelo y los cristales saltaron en todas direcciones—. Nadie se ha implicado más que yo en esta empresa. ¡Nadie! Para mí también es personal. Y me da igual si el dinero me lo entrega Jesús o Satanás. ¿Me oyes?

—Eres basura...

—Puedes insultarme, puedes decirle lo que quieras a la policía. A estas alturas me da todo igual. Solo quiero salvar esta asociación de la quema.

—Acabas de confirmar que recibes dinero negro —dijo Feli—. Lo has negado y ahora lo reconoces.

—¿Y qué más da? El dinero es dinero, no tiene color. Si sirve para mantener un solo día más abierta esta oficina, claro que lo acepto.

—¿Y si procede de un asesino de niños? —prosiguió Inés—. ¿También te da igual?

—Puedo tolerar muchas cosas, pero no que me insulten y se me ponga en entredicho.

—Tú mismo lo has admitido.

Anselmo Egea agarró un abrecartas que tenía sobre la mesa. Era una especie de espada curva en miniatura. Inés Herrera se quedó paralizada.

—El fin justifica los medios —dijo el gigante.

Y entonces ocurrió: los policías entraron en tromba en el despacho. Con gran estrépito, varios agentes provistos con pistolas y chalecos antibalas se abalanzaron contra Egea. El hombre se resistió a voz en grito. Fueron necesarios casi ocho agentes para hacerle caer. Cuando escuchó el ruido de las esposas cerrándose, Inés experimentó un bienestar amargo.

Fue entonces cuando las voces callaron, los niños ocultos en las sombras cesaron su canción y todo se convirtió en un mudo silencio de tinieblas.

Cusac recordó la primera regla que le enseñaron en la academia: ve siempre con tu compañero. Nunca debías salir solo. Por nada del mundo. Si un día tu pareja no podía trabajar y no te reasignaban, te quedabas en comisaría. Bajo ningún concepto estaba permitido ir por libre.

Si eso ocurría, algo saldría mal.

Ahora iba solo, siguiendo a Moyano a través de unas ruinas con destino a una habitación secreta. El revólver cada vez pesaba más en su mano. Y lo que era peor: estaba mentalizado a usarlo si se veía obligado. Solo por empuñarlo ya incumplía varias leyes, y si apretaba el gatillo todo se complicaría aún más.

El complejo de la fábrica de salitres serpenteaba en varias estancias semiderruidas. Cascotes, polvo, suciedad y mucha oscuridad eran toda la decoración. Paso a paso, se dio cuenta de algo subyugante: no estaban solos.

Primero vio una hoguera al fondo de un descampado al asomarse por la ventana, luego restos de ropa pulcramente doblada sobre un colchón desnudo en el suelo, y pasos espectrales provenientes de la planta superior. Cusac escuchó murmullos, siseos ahogados de gargantas que no se atrevían a gritar. Allí, tras el muro de la noche, habitaban fantasmas cotidianos que nadie se atrevía a mirar.

—¿Cuánta gente hay aquí? —preguntó a Moyano.

—Somos varios. Algunos van y vienen.

—¿Cuántos?

—Diez. Doce, quizá.

—¿Mendigos?

—Hay de todo. También heroinómanos y punkis de esos con crestas.

—¿Todos trabajáis para él?

—Es una forma de verlo.

Llegaron ante una puerta de hierro que daba a una escalera que descendía hasta el subsuelo. Si las pesadillas tenían una entrada, era como aquella. Se trataba de una plancha metálica sujeta con gruesas bisagras a una pared de ladrillo desconchado. La escalera se enroscaba sobre sí misma, retorciéndose, con los peldaños sueltos y agrietados. Las telarañas formaban hilos grises que colgaban de todas partes y el polvo se confundía con los cristales rotos que tapizaban el suelo. El fondo era un agujero negro que absorbía la poca luz que desprendía el móvil.

—¿Qué hay abajo?

—No nos deja entrar. Una vez bajé y tenía papeles y otras cosas. ¿Quieres ir tú primero?

En ocasiones no hay una decisión correcta. Lo que está bien se confunde con lo que está mal. La amalgama de grises no distingue a un vencedor de un vencido. Si dejaba que Moyano fuera delante, corría el riesgo de que abajo hubiera un arma oculta y la usara contra él. Si dejaba que fuera detrás, aparte de un posible ataque por la espalda que le hiciera rodar por los escalones, también podía retroceder y cerrarle la puerta para dejarlo atrapado. Cualquier cosa que hiciera conllevaba un peligro.

—Tú delante —dijo.

—*Usté* manda

Moyano avanzó con paso decidido por la estrecha escalera. Cusac le siguió el ritmo. Tras de sí escuchó voces, cacofonías de ultratumba que parecían provenir de las paredes.

El sótano estaba incluso en peor estado que el resto del edificio. El agua que se filtraba desde el exterior se estancaba en el suelo, formando un charco inmenso que les llegaba por los tobillos. El techo estaba abovedado, tal vez se trataba de una antigua bodega usada a modo de silo por los primeros usuarios de la fábrica.

A unos pasos de la escalera había una puerta de madera abombada y descolorida que daba a una especie de despacho. Cusac iluminó el interior. Se apreciaban fotos borrosas en las paredes, una mesa, una silla y un espejo de cuerpo entero. Dispersas por diferentes secciones había velas apagadas.

—¿Tienes fuego? —preguntó a Moyano—. Claro que tienes, vaya pregunta. Enciende ese candelabro de allí.

El mendigo extrajo un mechero del bolsillo y fue prendiendo las mechas. El cuarto pronto tomó un tono rojizo que desafiaba a la oscuridad gélida de aquel lugar inundado. Por fin, Roberto pudo ver lo que tenía ante él.

Un mosaico de niños deformados surgió de entre las sombras. Las polaroids se extendían por el muro frontal y también por los laterales. Manos atrofiadas, espaldas arqueadas, cuellos contraídos, dedos engarfiados. La inocencia desfigurada.

—¿Este es el hombre al que sirves? —preguntó.

Moyano se encogió de hombros y encendió un cigarrillo arrugado.

—Todos tenemos nuestras desgracias.

Roberto se obligó a mirar. Agudizó sus sentidos, se concentró al máximo y contempló aquel mausoleo del horror. Buscó algo fuera de lo común, que no hubiera visto antes, quizá fotos más antiguas.

Buscó a Jaime.

Pero no estaba. Allí solo había rastro de los cuatro que ya había salvado. Esas eran todas las víctimas del hombre sin rostro. Lo imaginó allí, en aquel sucio habitáculo, contemplando su obra, quién sabe si dándose placer sexual, o masoquista, o de otro tipo. Prefería no pensarlo.

La buena noticia era que no había nuevos niños. Los había rescatado a todos.

Revisó el resto de la estancia en busca de más pistas, pero solo había material de oficina.

Aquello no era una guarida, sino un altar.

—¿Hay más sitios como este? —preguntó.

—No que yo sepa.

—¿Siempre baja aquí?

—No deja que nadie lo siga. Se encierra varias horas y luego se marcha.

—¿Nada más?

—Bueno, nos da unos cuantos billetes y dice que estemos preparados por si nos necesita. No habla mucho, *sabusté*.

Cusac lanzó una nueva mirada a aquel *collage* de los horrores. Pensó en para qué servía todo aquello fuera de la mente podrida del hombre sin rostro. No eran pruebas determinantes en un juicio, tenían otras más importantes. Y Roberto tampoco iba a dejar que ese psicópata llegara vivo ante un tribunal. Lo más probable era que esas fotos se filtrasen a la prensa o acabaran en internet. Así que determinó que todas aquellas instantáneas no valían más que para perpetuar un dolor que era mejor olvidar.

Agarró una de las velas y la acercó a la pared. La humedad impidió que ardiera inmediatamente, pero no tardó en prender la llama y en unos segundos el tabique entero estaba incendiado.

Moyano no dijo nada. Ambos se quedaron absortos viendo arder las pesadillas.

Inés estaba al borde del infarto. El enfrentamiento contra Egea había tenido consecuencias *a posteriori*. En el momento se había mantenido firme, con el corazón desbocado y las palabras surgiendo de su boca sin miramientos. Pero al acabar, cuando se lo llevaron esposado y los policías rebuscaron en el despacho, se sintió desvanecer. La tensión acumulada y el agobio de los días anteriores le habían pasado factura. Llegó al sillón más cercano, el del escritorio de Feli, y se dejó morir. Solo le apetecía cerrar los ojos y descansar hasta el fin de los tiempos.

—¿Cómo se encuentra, señora Herrera? —dijo la inspectora Segura desde el vano de la puerta.

Inés miró al techo. Las luces brillaban con fuerza. Estaba agradecida de que hubieran dado a los interruptores y acabado con las tinieblas que parecían perseguirla.

—Esto es demasiado para mí.

—Ya lo hemos visto.

—¿La he cagado mucho?

—El fallo fue nuestro. No se preocupe por nada, tenemos a Egea bajo custodia.

—Tiren la llave, por favor, solo pido eso.

—Ahora lo ablandaremos unas horas y procederemos a tomarle declaración. En caso de negarse, se lo pasaremos directamente a la jueza Marín.

—Entiendo.

—Esto no ha terminado. Según la información que nos dé, procederemos en una dirección u otra. Pero es un gran paso.

—Ojalá hubiera podido sonsacarle algo más, pero...

—No se preocupe —cortó Segura—. No se puede lograr que un caballo escale un manzano. Nosotros nos vamos ya, mañana procederemos al registro. Deben marcharse.

—Deme unos minutos. Estoy sobrepasada.

—Es el escenario de un crimen, no pueden quedarse. El despacho de Egea está cerrado con llave y mañana tenemos que revisar hasta el último rincón de este lugar. Recojan sus cosas y márchense.

—Dos minutos —repitió Inés—. No necesito más.

La inspectora frunció el entrecejo y se despidió con un gesto. Inés se quedó pensando si lo del corcel y el árbol era tan ofensivo como parecía o solo un elogio mal usado. Feli apareció por la puerta con dos tazas de café.

—Qué fuerte, tía, qué fuerte —dijo—. Aún estoy temblando.

—Y yo.

—Se han llevado los ordenadores de Egea y un montón de archivadores, y he visto a un tipo con una linternita de esas con luz violeta. Es como una peli.

—De terror.

—Ya se ha acabado, nena. Ahora vamos a tomarnos dos cubatas por ahí, que nos lo merecemos.

—No tengo yo el cuerpo de marcha. Roberto sigue en el hospital. Quiero pasar por casa y llevarle unas cosas.

—Yo te acerco, no hay problema.

—Gracias.

—Oye, ¿sabes si ese amigo tuyo está soltero?

—¿Qué amigo? ¿El Tuerto?

—No, mujer, el pocacosa, el profesor.

—¿Bastian Menéndez?

—Me parece cuqui, ¿a ti no? Es de esos que te dan masajes en los pies, estoy segura.

—Creo que no pegáis ni con cola.

—Que tampoco nos vamos a casar, mujer. Solo quiero una noche loca y salvaje de masajes en los pies. ¿Has visto sus manitas? Son como de princesa.

—¿Cuando dices masajes te refieres a masajes o a otra cosa?

—Tienes razón, esto del micro oculto me ha puesto el cuerpo flamenco. Dame su teléfono, que lo cito en mi casa.

—No sé si está casado, o si tiene pareja, o si...

—¿Con esos deditos de mantequilla? Ya te digo yo que no.

—Sí, será mejor que nos vayamos. La policía ha dicho que no podemos quedarnos.

—Pues nos vamos de aquí, que ya huele a cerrado. Voy a por mi bolso, tú quédate ahí, meditando.

Feli se marchó de nuevo, dejando a Inés en una soledad intranquila y extraña. Le parecía surrealista que la policía fuera a registrar la asociación ADI. Imaginó perros y señores envueltos en trajes de plástico a la búsqueda de cualquier huella. Acarició el borde de la mesa y vio que el primer cajón estaba abierto. Tenía cerradura y era donde Feli guardaba cualquier cosa innombrable que quisiera ocultar al mundo.

—Tienes que cerrar bien esto —dijo—, porque lo mismo la policía mira aquí también.

—No te oigo, cari, ahora voy —gritó Feli desde la entrada.

Inés terminó de abrir el cajón. Como suponía, allí no había nada raro que pudiera avergonzar a su amiga, solo un montón de papeles y un libro antiguo. Le llamó la atención que Feli lo guardara allí, bajo llave, y lo agarró. En la portada aparecían dos personas pintadas al óleo peleando y a punto de despeñarse por una catarata. El libro llevaba por título *Las memorias de*

Sherlock Holmes. Había un señalador en una de las páginas. Inés lo abrió por ahí y lo que vio la dejó petrificada.

Allí, en el relato titulado «El problema final», estaba el sello de la biblioteca de Yecla.

El mismo que aparecía en *El hombre que ríe* que encontraron en la casa donde rescataron a Izan y los otros niños.

Sobre la mesa había varios pólits de Feli. Inés se quedó sin habla al darse cuenta de que aquella letra era la misma que había visto en el libro de dibujos de Víctor Hugo en su visita a Yecla. Buscó en el móvil la foto con la palabra «IZAN» escrita en mayúsculas y la cotejó con la letra de su compañera. Era idéntica no solo en el trazo, sino también en el tipo de presión sobre el papel.

La policía había dicho que las donaciones iban destinadas a la Asociación por motivos desconocidos. El propio hombre sin rostro le había confesado a Roberto que el experimento también era psicológico.

El libro se le escapó de las manos y cayó al suelo. Egea no era el culpable.

Feli apareció por la puerta. En su hombro colgaba el bolso.

—¿Nos vamos? —dijo con una enorme sonrisa.

Algunas personas solo quieren ver cómo el mundo arde. Roberto Cusac era una de ellas. Moyano no emitió ni media palabra mientras el altar de fotos se convertía en carbonilla. Solo aguardó a su lado, lamiendo un cigarro con parsimonia. Al acabar, cuando las llamas eran ascuas que no calentaban, escupió una hebra de tabaco a un lado y dijo:

—No le va a gustar.

—Así funcionan las guerras. A veces pierdes alguna batalla. —Le apuntó de nuevo con el revólver—. Vamos, ve delante otra vez.

Regresaron por donde habían llegado. Sus zapatos estaban calados, la oscuridad de la escalera los engullía a cada paso, las voces tras las paredes presagiaban tragedias.

—¿Y ahora qué? —preguntó Moyano.

—Vamos a comisaría y les cuentas lo que sabes. Esta vez la verdad.

—¿Y si no me apetece?

—Te meteré una bala en las costillas y te interrogarán desde el hospital.

—Te da igual todo, ¿no?

—Denúnciame.

Ascendieron peldaño a peldaño, las suelas de su calzado rechinaban con la grava de la superficie, la escalera de caracol parecía no tener fin. La luz del móvil acrecentaba las sombras y el aspecto malsano de aquella ruina. Al aproximarse a la puerta de salida el murmullo de fantasmas se hizo más intenso. Roberto se colocó muy cerca de Moyano, para evitar que cruzara el umbral a toda prisa y lo dejara allí encerrado.

Cuando salieron al primer piso, había intuido figuras ocultas en las tinieblas que los observaban y susurraban entre sí. Ahora ya no se escondían. Una docena de mendigos y toxicómanos rodeaban la salida. En sus ojos vio el alcoholismo del que logró salir años atrás, esas mismas pupilas viscosas que le devolvía el espejo cada mañana. Pero había algo más, un abismo todavía más profundo: enfermedades mentales producidas por el abuso de sustancias, la mala vida o la falta de tratamiento. Era, sin duda, el tipo de gente desesperada y manipulable de la que el hombre sin rostro se solía aprovechar.

En primera fila había dos tipos diferentes del resto. Su mirada no era viscosa, sino acerada. Tenían pendientes en las orejas y la nariz, vestían mallas ajustadas y llevaban la cabeza rapada y cubierta de tatuajes. Cada uno sujetaba una cadena gruesa con manchas de lo que a simple vista podía ser óxido, pero que Cusac sospechó que era sangre reseca. Uno de ellos, el más alto, hablaba por teléfono.

—Sí, ya han salido —contestó a su interlocutor—. De acuerdo, así se hará.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el otro, con gafas, tirantes y varias riñoneras.

—Que se venga con nosotros.

—Ya lo has oído, tira la cacharra, que hoy toca excursión.

Cusac miró alrededor. Allí había más de diez personas en un semicírculo cubriendo la ruta de huida. Los dos punkis portaban cadenas y parecían encantados de poder usarlas.

—No me voy a ninguna parte.

Moyano avanzó un par de pasos, dejándolo solo. Antes estaba entre el grupo y él, ahora ya no le servía de parapeto.

—Haga lo que dicen, esta gente no es pacífica —le sugirió.

—¿Quién me va a obligar?

Roberto estiró el brazo y apuntó a los punkis a la cara de forma alternativa, primero a uno y luego al otro. El flash de su teléfono apenas alumbraba un par de metros.

—Escucha, Clint Eastwood, como mucho te quedan cinco balas —dijo el alto—. Antes has disparado al techo y el tambor solo tiene capacidad para seis.

—Veo que en la cárcel os enseñan matemáticas.

—Tengo un doctorado. —Lo dijo de un modo tan convincente que Cusac le dio plena credibilidad—. Y mira a tu alrededor. Somos más que tú.

—No tienes balas para todos, pasma.

—Ya, pero tengo cinco. Dime, ¿quién le pone el cascabel al gato?

—¿Qué dice el madero de gatos? No me jodas, hijo de puta.

—¿Os da igual que me lleve a cinco por delante?

Los dos punkis se miraron, desconcertados.

—Es lo que nos ha ordenado él —contestó el alto.

—Y su palabra es ley, ¿no?

—Ya te digo.

Roberto tenía que reaccionar. En apenas dos segundos su mente calibró a mil por hora. Las conexiones sinápticas accedieron a todo lo vivido y lo extrapoló a la situación actual. Fue más instinto que razonamiento, pero no le quedaba otra.

—Y dijo que me quería vivo, ¿verdad? —preguntó, y se colocó el cañón del revólver en la sien.

Los punkis se volvieron a mirar, esta vez indecisos. El murmullo del resto de los presentes se intensificó. Nadie entendía nada, ni siquiera el propio Cusac, que se enfocó a sí mismo con la linterna de su móvil.

—¿Te vas a matar? —preguntó el alto—. ¿En serio esperas que me lo crea?

—Será más rápido y limpio que si me voy con vosotros. Pero os juro que me llevo por delante a alguno.

La situación era tensa desde el principio. Pero hora empezaban los nervios de verdad. Pronto

habría gritos e histeria y daría igual una amenaza que mil, porque se actuaría sin pensar, a la desesperada. Cada vez tenía menos tiempo.

—¿Creéis que voy de farol? —Cambió el arma de posición y se apuntó al cuello, por debajo de la mandíbula, con el cañón en vertical—. Ya perdí a mi hijo, que era lo que más me importaba, ahora solo perderé la vida.

Los susurros se volvieron más erráticos y alterados. Moyano dio varios pasos atrás y desapareció tras una columna. Los punkis negaban como los toros en el redil. El más alto levantó la mano y sacó de nuevo el móvil.

—Voy a llamarlo otra vez —dijo—. Y que nos diga qué hacer.

Cusac no podía permitirlo. El hombre sin rostro les diría que grabaran su suicidio. Su estratagema se desmoronaba. A su alrededor, el grupo de desarrapados se removía inquieto. Necesitaba una distracción si quería salir de allí.

—Nunca fui bueno con las matemáticas —dijo—. Siempre preferí la física.

Era el momento.

Roberto apagó la luz del teléfono. La oscuridad lo envolvió todo. Contaba con dos segundos de confusión, pero solo aguardó uno antes de cerrar los ojos con fuerza y disparar varias veces.

Inés estaba paralizada. Feli la observaba con su sonrisa amigable. El libro con el sello de la biblioteca de Yecla estaba a sus pies, lejos de su alcance.

—Va, venga, no te hagas la remolona —dijo Feli—. Vámonos de aquí ya, que la policía nos va a echar un broncazo.

Inés se incorporó. A su mente acudían cientos de ideas inconexas, recuerdos con su compañera, bromas, cenas... Dios, incluso se quedaba con Leo cuando ella estaba ocupada. Tenía que avisar a la inspectora cuanto antes.

—Tengo que hacer una llamada. —Inés levantó el teléfono fijo—. ¿Me esperas fuera?

—Me quedo aquí, no hay prisa.

—No tardaré.

—Pero mira como tiembblas, si te vas a desmayar, ricura. Esto de Egea ha sido fuerte, ¿eh? Yo no me separo de tu lado.

Inés recapacitó a toda velocidad. Necesitaba contactar con Sara Segura, pero allí estaba en peligro. Feli no se había dado cuenta de que había descubierto el libro que la vinculaba al hombre sin rostro. Tenía que actuar con normalidad, y eso incluía hablar por teléfono delante de ella, como había hecho siempre, sin secretos. Marcó el número de Roberto y después colgó. Aguardó haciendo el paripé unos segundos y luego colgó.

—Roberto no lo coge.

—Llámallo desde el coche, anda.

—Sí, mejor.

Avanzó hacia la puerta, donde Feli la aguardaba. Intentaba aparentar que no pasaba nada, pero no era capaz ni de mirarla a los ojos. ¿De verdad su mejor amiga estaba implicada en aquel caso de niños secuestrados y deformados? ¿Tan cerca había tenido el mal y había sido incapaz de verlo?

—Vaya careto, chiquilla —dijo Feli al verla pasar por su lado—. Creo que necesitas descansar.

—No es nada..., enseguida se me pasa.

Murcia la recibió con frío. La noche ya estaba sobre ellas, aunque no eran ni las ocho. Feli cerró tras de sí, tratando de no tocar las cintas policiales. Inés pensó en salir corriendo, en cualquier dirección, gritar fuerte y pedir ayuda, explicarle a quien quisiera escucharla que esa mujer sonriente de aspecto alternativo era la personificación de todas sus pesadillas.

Pero no podía hacerlo. Eso la pondría en guardia, desaparecería, huiría lejos o se escondería.

Y la quería en una cárcel.

Camaron hasta el coche. Inés iba callada, mientras que Feli hablaba sin parar. Nunca se había fijado en que parloteara tanto para contar tan poco. Casi todo lo que decía eran bromas fáciles o chascarrillos sin gracia. No era un discurso argumentado, solo palabras banales para rellenar un silencio. Se preguntó si toda su relación había sido así desde el principio, una sonrisa amplia y una charla ligera. Hizo un rápido repaso a lo que sabía de su pasado, y era muy poco. En cualquier caso, ahora no podía estar segura ni tan siquiera de que eso fuera verdad.

Cuando una mentira lo envuelve todo, hasta las verdades son sospechosas.

—Estás que te va a dar algo, muchacha, si apenas puedes respirar —dijo al tiempo que le ponía una mano en el hombro.

Inés saltó a un lado. Fue una reacción instintiva, ni siquiera la pensó. Al instante negó fuerte con la cabeza, intentando salvar la situación.

—Creo que me va a dar una crisis nerviosa —contestó—. Necesito una ducha, nada más.

Feli la observó en silencio. Inés no supo cuánto tiempo estuvieron así, pero temía que sospechase de ella. Al instante volvió a sonreír como si nada hubiera pasado.

—Sí, echas peste, pero no quería decírtelo. Si te duchas, nos vendrá bien a todos.

De nuevo bromas sin fuste, palabras que no iban a ningún lado. ¿Cómo no lo había visto antes? Alcanzaron el coche y Feli se puso en el lado del conductor.

—Venga, te dejo en tu casa y mañana será otro día..., o eso dicen.

Inés ya no la escuchaba. Se subió en el lado del copiloto y sacó el móvil del bolso. Cuando Feli observaba por el retrovisor para salir del lugar donde había estacionado, Inés aprovechó para desbloquearlo con su huella dactilar y mandar un breve wasap a la inspectora Segura: «Feli es el topo». Aguardó unos segundos a que el doble *check* se pusiera azul, pero se mantuvo gris.

—¿Roberto tampoco contesta los mensajes? —preguntó Feli.

—No, se ve que está dormido o medicado. Yo creo que voy a hacer lo mismo.

—Como tú quieras, cariño, pero no esperes que te suba en brazos hasta tu piso.

Inés bloqueó el móvil de nuevo y lo retuvo entre sus dedos. Se puso de costado y entrecerró los ojos, pero dejó una pequeña rendija por la cual ver qué sucedía. Comprobó que Feli había tomado rumbo hacia el barrio de San Basilio. No tardarían en llegar.

—Ay, cari, lo olvidaba —dijo Feli—. En la guantera tengo una cosita para ti, ¿la puedes coger?

Inés dejó de hacerse la dormida y asintió con la cabeza. No se atrevió a mirar a Feli. Estaba tan tensa que le rechinaban los dientes.

Inés abrió la guantera situada en el asiento del copiloto.

—¿Ves una cajita de puros de madera? —preguntó—. Mira lo que hay dentro.

Inés comprobó que Feli tenía las dos manos en el volante. Aquello no podía ser una estratagema, tal vez tenía algún regalo para Leo. El coche continuaba rumbo a su domicilio. Solo

necesitaba aguantar unos minutos más, así que agarró la pequeña caja de pino y la abrió. Su interior estaba recubierto de plástico, y en el centro había un pañuelo de tela hecho una bola.

—¿Qué es esto?

—Anda, ábrelo, que no va a explotar.

Inés aguantó la respiración. Agarró el pañuelo y lo extendió. No había nada en su interior, pero notó algo raro.

—Está húmedo —dijo.

—Esa es la sorpresa.

Al momento se sintió mareada. Fue un efecto demasiado rápido para ser natural. Sin previo aviso, su cabeza cayó hacia un lado y su cuerpo, tan tenso como estaba, se volvió lento y pesado. No estaba paralizada, pero apenas tenía fuerzas para moverse.

—¿Qué... qué me has hecho? —balbuceó.

—Es una droga que anula la voluntad —contestó Feli muy seria; ya no parecía la misma—. Hay muchas en el mercado, así que da igual que te diga cuál es. Solo debes saber que actúa como una especie de suero de la verdad. A partir de ahora, y mientras te duren los efectos, estás a mi merced. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Sí —contestó casi sin proponérselo.

—Vale, entonces dime qué me ha delatado —prosiguió—. ¿Cómo has descubierto que siempre he sido cómplice del hombre sin rostro?

La gente pocas veces se enfrenta a armas de fuego. Lo que saben de ellas es por la televisión o las películas. Los que han disparado son conscientes de que cualquier escena de acción acaba con el protagonista sordo de por vida. Y de que, al disparar a oscuras, el fogonazo es parecido al de un flash potente.

Cusac sí sabía esas cosas, por eso actuó como lo hizo.

El ruido los desconcertó y asustó a partes iguales, y el chispazo los cegó momentáneamente. Las dos detonaciones fueron hacia el techo, pero en una trayectoria diagonal, de forma que no hiriera a nadie pero que los punkis vieran el fuego lo más de frente posible. O esa era su intención. Él había cerrado los ojos con fuerza antes de apretar el gatillo.

Justo en ese momento sintió unos dedos finos que tiraban de su mano. Tal vez solo lo imaginó, pero en todo caso lo vivió como algo muy real. Esa fue la señal que necesitó para lanzarse corriendo hacia un lateral.

Chocó con varios individuos, empujó a otros más y avanzó en dirección a la salida. Encendió de nuevo la linterna del móvil. Eso delataba su posición, pero al menos evitaría que tropezase en aquel lugar oscuro y lleno de cascotes. Esprintó todo lo que su mala forma física le dejó. La salida estaba cerca. Escuchó ruidos a su espalda, pero no se giró. Nada le importaba, solo seguir y salir de allí. La puerta cada vez estaba más cerca, al igual que las voces que lo perseguían. Aquella pesadilla era real, con el enemigo a sus talones y la escapatoria que cada vez parecía más lejana.

Pensó en Jaime, en Leo, en Inés, en la mierda de padre que era y en el desastre de marido en que se había convertido. Se dijo a sí mismo que aquello no podía ser el final, que necesitaba una segunda oportunidad para arreglar las cosas, para hacerlo mejor.

La mano invisible que lo guiaba tiró de nuevo y él aceleró aún más.

Los pulmones le abrasaban. Los latidos repiqueteaban en su cráneo a mil por hora. Tenía las piernas agarrotadas por el esfuerzo, al borde del calambre. La adrenalina limitaba su visión y le hacía ver todo como a través de un túnel. Las sombras se movían y susurraban y le amenazaban. Tropezó, cayó y siguió, ni siquiera sabía cómo. Apenas eran veinte metros, pero se le hacían eternos. El final del camino estaba a un solo paso. Estiró la mano para empujar el portón y se escurrió por el espacio entre el marco y la hoja.

Estaba en el exterior, pero no a salvo.

Continuó corriendo. Las piernas casi no le respondían. Salió del enrejado y fue calle abajo, en busca de cualquier refugio. Rezó por cruzarse con un coche de policía. El sonido de sus latidos y

la respiración agitada no le permitían escuchar nada más. Giró el cuello y echó la vista atrás.

Había cerca de veinte personas en la calzada, inmóviles, mirando en su dirección. No sabía que fueran tantos, tal vez hubiera más gente oculta en otras estancias. Allí, a lo lejos, en primera fila, estaban los dos punkis frotándose los ojos. El alto aún tenía el teléfono móvil en la oreja. Unos instantes después colgó y se lo guardó en un bolsillo. Dijo algo, pero Cusac no pudo leerle los labios. Después, volvieron a entrar en el edificio.

Roberto no se dio permiso para relajarse. Podía ser una artimaña. Un coche le pitó para que se subiera a la acera. Siguió su travesía hacia la Gran Vía, buscando el refugio que confiere el rebaño.

Estaba vivo. Algo en su cabeza cambió y empezó a ver el vaso medio lleno. No pensó que casi muere, sino que era afortunado por salir de aquella encerrona. Lo había logrado. Se sentía con suerte.

Tardó varios segundos en saber qué ocurría. Miró la mano con la que sujetaba el móvil; cada vez estaba menos engarfiada. La vibración correspondía a una llamada de número desconocido. Supo quién era su interlocutor antes incluso de contestar.

—Tenemos que acabar con esto —dijo.

—Estoy de acuerdo —respondió el hombre sin rostro—. Le propongo un duelo al sol.

—¿Los dos solos? ¿Sin ejército de yonkis?

—Soy una persona discreta. Todo este asunto está llamando demasiado la atención. Seguramente desaparecerá pasado un tiempo, pero coincido con usted en que tenemos un asunto personal que resolver.

—¿Eso es un sí o un no?

—Nos vemos ante el ángel crucificado.

—¿Dónde?

—Haga los deberes. Le espero a las diez de la noche. Venga solo o habrá represalias.

Cusac se rio. Fue algo inesperado incluso para él, una risa sincera y natural. El hombre que ríe.

—¿Le parece gracioso? —preguntó el psicópata.

—Es que... Estaba pensando que, a estas alturas, ya no puedes amenazarme con nada.

—Si piensa eso, es que no sabe de lo que soy capaz.

Y colgó.

—¿Cómo has descubierto que siempre he sido cómplice del hombre sin rostro? —preguntó Feli.

Inés se encontraba en una nebulosa. Estaba allí físicamente, pero su mente permanecía adormilada, lejos de su cuerpo. Un sueño lúcido demasiado real.

—El libro. —Las palabras salían solas, sin que pudiera detenerlas.

—Ese cajón y su estúpida cerradura que nunca funciona... —se quejó Feli muy seria—. Ni siquiera recordaba que lo tenía allí, ¿sabes? Cuando te deje en casa tendré que volver a recogerlo.

Feli se detuvo en un semáforo. Observó a Inés como una serpiente miraría al ratón que va a comerse. Luego agarró el móvil y llevó el índice de Inés al lector de huellas digitales. El teléfono se desbloqueó al momento.

—Nos creemos a salvo —dijo—. Vivimos en nuestras casas, conocemos a nuestros vecinos, ponemos contraseñas con mayúsculas y números..., pero encendemos el móvil con un dedo.

Feli entró en la aplicación de mensajes y sonrió.

—Muy lista. Pero la inspectora aún no lo ha abierto. Sabes que se pueden borrar, ¿verdad? Mira, es así de fácil.

—¿Qué... me vas...?

—Tranquila, no te mataré. —Feli se guardó el teléfono de Inés en el bolso—. Pero vamos a ir rápido, los efectos de la droga no duran mucho.

Había oído hablar de esa droga. Un falso turista para a alguien por la calle y le enseña un mapa. La víctima lo toca y se marea, dado que está impregnado de una sustancia. Entonces el timador lo acompaña a un cajero para que saque dinero y luego lo abandona desorientado. Tan sencillo como eso. Lo que nunca imaginó fue que lo viviría en sus propias carnes.

—¿Por... qué? —logró preguntar.

—Ya lo sabes. —Se lo pensó mejor—. O tal vez no. No, no eres tan lista. En fin, tenemos tiempo. ¿Qué quieres saber? ¿Por qué lo hemos hecho? La respuesta es muy fácil: por el bien de la humanidad.

Nadie es el villano de su propia película. Hasta los terroristas tienen una razón para sus matanzas, para inmolarse, para destruir el mundo. No era nada nuevo, y no iba a dejarse impresionar. Sin embargo, le costaba enlazar pensamientos, su mente era una turbina asfixiante en la que ella apenas conseguía ser una espectadora.

—La ciencia no puede supeditarse a los dictados de la moral —prosiguió Feli, tan cambiada, tan analítica—. Mira a tu alrededor. Vivimos en la época de los ofendidos por internet. Se

enfadan porque a su superhéroe favorito lo cambian de raza en tal o cual película, pero nunca se manifestarán cuando les suban los impuestos.

Inés no sabía ante quién se encontraba. Ya no era la Feli ilusa y patosa a la que consideraba su amiga. Aquella persona era controladora, fría, muy fría. Era capaz de mirar por el retrovisor y de poner intermitentes con la misma calma con la que confesaba sus crímenes. El hecho de estar inmovilizada en su propio cuerpo no era nada comparado con no saber quién era en realidad la persona que tenía en el asiento contiguo.

—Lo que descubrimos es que la gente se molesta solo si ve el horror, pero no hace nada cuando está oculto. Las personas se sublevan si ven un vídeo de alguien maltratando a un perro, pero duermen tranquilas pese a saber que los de control de animales sacrifican a cientos a diario. Creen que los sedan, o que no sufren, pero hay muchísimas denuncias que nos hablan de muertes a palos. Y da igual. Es más importante opinar sobre ese actor que abofeteó a otro en los Óscar. Pueden conocer las estadísticas de naufragios en cayucos, pero hasta que no ven un bebé ahogado a pie de playa no reaccionan. Ese es el nivel de hipocresía del siglo XXI.

Inés quería gritar, salir corriendo, darle un puñetazo. Todo a la vez. Odiaba esa sensación de estar a su merced, el saber que su vida no dependía de ella sino de una psicópata con ganas de trascender. Trató de levantar un brazo, pero era imposible, los sentía como dos fardos pesados. La cabeza le oscilaba de un lado a otro, y sospechaba que se había meado encima.

—La ciencia avanza a otro nivel —prosiguió Feli—. En la época de la Inquisición no se podía experimentar con cadáveres. Aquello fue un retroceso brutal para la medicina. Y con la psicología ocurre lo mismo. Solo podemos tratar a personas que ya han sufrido un trauma y extrapolar los resultados, lo cual es como intentar desentrañar los misterios del universo mirando solo una estrella. No, cariño, para que la ciencia avance se necesitan experimentos en ambientes controlados, sin interferencias externas. Por eso nos llevamos a esas criaturas, para avanzar en el estudio de la psique humana. Nadie nos habría dado permiso para hacer algo así en una sociedad tan hipócrita como la nuestra.

—Los... deformaste...

—No fui yo, sino él. Eso debe quedar claro. Mi idea inicial era secuestrar a varios niños y tenerlos bajo observación durante años, ver cómo evolucionaban, comprobar su desarrollo cognitivo anclados a una televisión como única ventana al mundo. Pero él... tenía otros planes. Solo aceptaría si hacía esa barbaridad médica. Sinceramente, creo que su experimento no iba destinado a la búsqueda del conocimiento, sino que lo hacía por el placer de verlos sufrir. Si tuviera más tiempo te contaría más cosas de ese al que llamáis «hombre sin rostro».

Estaban llegando a casa. Inés no entendía qué pretendía hacer con ella. La escuchaba, pero le costaba mantener la concentración. Su voz sonaba lejana, como si estuviera en una gran gruta. Solo la sensación de peligro la mantenía despierta. Puede que olvidara todo lo sucedido, le sonaba que algunos fármacos provocaban ese efecto, por lo que trataba de estar atenta pese a las circunstancias. En ello ponía toda su voluntad, por muy anulada que estuviera.

—Cuando fui a tu piso y me contaste que habían encontrado a los niños, casi me da un infarto. Tú pensaste que estaba dolida por todo el tema de las deformidades, pero en realidad veía cómo años de investigación se venían abajo. Y luego empezó esa lucha entre machos que se llevan entre manos. ¿No te parece patético? Le dije que lo olvidara, que podíamos empezar de nuevo, pero no me hizo caso. Incluso cuando envenené a tu querido Roberto con una taza de café, mi impulsivo socio se empeñó en sacarlo del hospital. Demasiada atención, estaba perdiendo el control. ¿Sabías que comenzó como paciente mío? Por suerte ya lo tengo encarrilado de nuevo.

—Eres... una hija de...

—Cariño, no te rebajes al insulto. Si no te has enterado de qué iba la película hasta ahora no es culpa mía, sino tuya. Nunca hemos sido amigas. Solo trabajaba en ese antro para estudiar el dolor de los padres. Es algo que también hice contigo. ¿Recuerdas cuando te cortaste con el papel y te di una tirita de superhéroes? Deberías haber visto la cara que pusiste, haciendo pucheritos, a puntito de echarte a llorar. ¿Crees que llevaba esa tirita por casualidad? No, querida, observaba tu reacción. Siempre lo hago. Por eso me he dado cuenta de que habías descubierto quién era en realidad.

—Leo...

—Tranquila, no le he hecho nada. Le ponía vídeos de ese Roblox infernal cuando no estabais, nada más. Intenté estudiar su reacción ante el hermano desaparecido, pero aún no está maduro. Apenas había empezado a tratar con él.

Feli aparcó el coche en un paso de peatones. Estaba claro que tenía prisa. Luego ayudó a Inés a bajar y la sujetó por los hombros para hacerla caminar. Las piernas a duras penas la sostenían, pero por alguna razón se dejaba llevar.

—Y ahora, querida amiga, como no me interesa que me acusen de tu asesinato, vamos a fingir un suicidio.

Roberto Cusac tardó más de lo que esperaba en encontrar la referencia del ángel crucificado. Ninguna mención en redes, ni en revistas, ni en periódicos. Parecía que alguien hubiera querido tapar su existencia. Finalmente halló una pista en una antigua entrevista al actor Paco Rabal, murciano ilustre como pocos, donde mencionaba el tema de pasada.

Fue entonces, sentado al volante de su Seat Exeo, cuando Roberto descubrió dónde lo había citado el hombre sin rostro.

Y no le gustó.

Observó mapas, comprobó rutas, incluso encontró una simulación en 3D.

Aquello era una encerrona.

Aguardó en silencio, a oscuras, como si la espera pudiese aportar las respuestas. Observó su mano izquierda. Había recuperado casi toda la movilidad, ya no parecía una zarpa. Vio rasguños nuevos en la derecha, tal vez debidos al forcejeo en la fábrica de salitres. Y, sobre todo, logró mantener la mirada al hombre del espejo.

—No deberías estar vivo —dijo en voz alta.

Pero lo estaba, de momento.

Se llevó la zurda, esa que antes era una garra, al pecho. Al trozo que le arrancaron cuando desapareció Jaime. Allí, entre las costillas, había un vacío que se expandía y amenazaba con devorarlo desde dentro. Los médicos eran incapaces de localizarlo, pero él lo notaba bajo la piel, moviéndose, pugnando por recuperar lo que le habían quitado. Porque un hijo era esperanza, era futuro, era parte de sí mismo. Era, porque ya no estaba. Solo quedaba el hueco, una herida sin cicatrizar, supurante, dolorosa, que se hacía más grande cuanto más creía haberlo superado. Era la muerte en vida, la desesperación, el abatimiento, una brújula que solo servía para desorientarlo y privarle de cualquier objetivo. Porque todo era ceniza. La comida había perdido el sabor, los viajes carecían de sentido, las fiestas de cumpleaños eran el obituario que les recordaba la tragedia. Todo hacía que el espacio que tenía junto al esternón se agitara y lo punzara, repitiendo los mismos patrones de angustia y sufrimiento. Allí, en su pecho, habitaba el desconsuelo.

Se permitió gritar. De dolor. Profundo y genuino dolor.

Se calmó y se secó las lágrimas. Luego puso un audio que guardaba en varios dispositivos. Era Jaime cantando una canción que había aprendido en el colegio. Era su hijo, congelado en una burbuja del tiempo, un niño que ya no existía, que de estar vivo tendría otra edad y otro timbre, pero era lo que necesitaba en ese momento.

Fue entonces cuando decidió que no quería morir sin saber qué le había pasado a su hijo. Ya

se había arriesgado hasta el extremo y casi no lo cuenta. Leo e Inés le anclaban al presente, le permitían luchar por el futuro, pero Jaime era quien lo definía como persona.

Marcó un número. Contestaron al segundo tono.

—Necesito ayuda —dijo.

Nadie iba a ayudarla.

Ese era el único pensamiento que tenía Inés en mente mientras se adentraban en el portal. La droga en su organismo le anulaba la voluntad, así que incluso si se cruzaban con un vecino y Feli le pedía que dijera que estaba borracha, ella lo haría. La sensación de vulnerabilidad era atroz, no podía hacer nada por sí misma. ¿Y qué había dicho de fingir un suicidio? Solo saldría de aquella si Feli le permitía vivir, lo cual era improbable.

—No... lo hagas... —logró decir.

—Tranquila, pronto habrá acabado todo —susurró Feli mientras llamaba al ascensor—. Dios, ¿quién te manda rebuscar entre mis cosas? Ya teníamos a Egea como falso culpable. El pobre idiota ni siquiera sabía que era gestor de Murcia Dream Invest. Le di a firmar una pila de papeles y ahí estaba el contrato.

Las puertas del elevador se abrieron y pasaron al interior. Feli pulsó el botón de la tercera planta. La cabeza de Inés iba en todas direcciones. Quería salir de allí pero no podía. Pensaba en Leo, en Jaime, en Roberto, en tantas y tantas cosas que le quedaban pendientes. La cercanía de la muerte la angustiaba. Trató de mover los brazos y solo logró levantarlos unos centímetros. Era imposible defenderse de Feli, ahora reconvertida en un cibernético sin sentimientos.

Segundos después llegaron al tercer piso y salieron al rellano. Ni un vecino, ni un sonido, nada. Estaban solas. Inés se derrumbó.

—Eh, tranquila. Será rápido, te lo prometo. Pero, dime, ¿le has contado a alguien más lo que sabes de mí?

—No...

—¿Es la verdad?

—Sí...

Feli sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Te echaré de menos, ¿sabes? Me encantaba la tristeza de tus ojos cada vez que hablabas de Jaime. Siempre surgía, siempre. No hubo ni una sola vez en que te nombrara a tu hijo desaparecido que no te afectara. Una pena que nuestro experimento termine aquí.

Feli abrió la puerta con las llaves de Inés. Encendió las luces y pasaron dentro. Dejó a Inés sobre el sofá y regresó a cerrar. Lo hizo con el pestillo de dentro, para evitar que nadie entrara de golpe y las sorprendiera.

Inés observó lo que había sido su hogar. Pensó en que allí había sido feliz, pero que podría haberlo sido más. Los días monótonos ahora le parecían alegres; las tardes cotidianas, paraísos a

los que volver; las noches fumando a escondidas por la ventana, islas de tranquilidad. No quería marcharse de allí, era demasiado pronto. No, así no, por favor.

Pero no podía moverse.

Iba a morir. Era inevitable.

—Bien, a ver cómo lo hacemos, no quiero que esto se eternice. —Feli se acercó a la ventana que daba a la calle y la abrió de par en par—. Lo mejor será que te tires por aquí. Una caída de tres plantas debería bastar.

—No...

—Ya sé que no lo vas a hacer. Para eso estoy yo aquí. La droga te hace obedecerme, está claro, pero no vas a matarte. Todo tiene un límite. Solo te pido que te asomes a la ventana y cierres los ojos, nada más. Yo haré el resto.

El teléfono fijo comenzó a sonar. Apenas lo había hecho en los años anteriores, ahora que todo el mundo usaba móvil. Lo mantenían porque les salía gratis por una oferta muy ventajosa de la compañía de internet.

—Bien, vamos, dame la mano.

Feli agarró a Inés de nuevo y le pasó el brazo por el hombro. Esta vez sus piernas no respondieron y se doblaron. Sentía las lágrimas escapar de sus ojos y recorrer sus mejillas.

—Por favor...

—No me lo pongas más difícil, Inés. Somos amigas, ¿recuerdas? Hazlo por mí.

El teléfono se silenció. Feli arrastró el cuerpo semicaído de Inés hasta la ventana.

—Ponte recta —ordenó.

—No...

—Hazlo...

Inés no quería. Inés no quería nada. Inés no quería nada de lo que estaba sucediendo ni asomarse por esa ventana y que Feli la empujase al vacío y que todo acabara y no volver a abrazar a su hijo.

Pero no podía hacer otra cosa.

—Vamos, ahora saca la cabeza y apóyate con los brazos. Es como tomar el fresco, nada más.

—Feli...

—Ni siquiera es mi nombre real.

—Te lo... suplico...

—Negación, negociación... Me sé las fases del duelo. Tú solo déjate llevar.

Feli la agarró de las manos y la guio hasta el marco de la ventana. Luego extrajo una petaca metálica de su bolso y la destapó.

—Es vodka, tranquila. Solo eso, vodka. Mira. —Feli echó un trago—. ¿Ves? Necesito que bebas un poco, quedará bien en la autopsia que encuentren alcohol en tu estómago. La pobre madre desesperada no aguantó más la presión y acabó con su vida. Vaya drama, ¿no?

—Por favor...

No la dejó terminar la frase. Según estaba hablando, Feli le metió la petaca en la boca y le tapó la nariz. Inés tosió y escupió. Cada vez estaba más mareada.

—Bueno, debería servir —dijo Feli lanzando la petaca al suelo—. Llegó la hora. ¿Quieres decir unas últimas palabras? ¿No? Mejor, estoy aburrida de oírte lloriquear.

El móvil de Inés sonó. Feli sintió la vibración en su bolso, donde lo había dejado tras borrar el wasap de la inspectora Segura.

—Dos llamadas en un minuto —dijo para sí misma—. ¿Hay algo que no me hayas contado, Inés?

Inés no sabía nada. Estaba ante la ventana, paralizada. Su cabeza iba adelante y atrás. No quería moverse, y tampoco podía.

Feli extrajo el móvil del bolso y miró la pantalla. Sus ojos se abrieron de par en par y apretó los labios con mucha fuerza.

—¿Es una broma?

Le mostró el teléfono a Inés. En la pantalla ponía «Central de alarmas».

—La instalé... hace unos... días...

—¿Y por qué llaman?

—Hay que... introducir un código al entrar... Si no, salta la... alarma silenciosa... y las cámaras...

Feli miró al techo en un acto reflejo. Allí estaban, unas bolas redondas que no había visto en anteriores visitas.

—¿Hay algún código?

—Tengo que decir... la palabra...

—Vale, pues vas a contestar y les vas a decir la clave, ¿de acuerdo?

Feli le tapó la boca con la mano, descolgó y puso el altavoz.

—Hola, le llamo de la central de alarmas —dijo una voz femenina al otro lado—. Tenemos un aviso de esta dirección y llamamos para hacer la comprobación de rutina. ¿Va todo bien?

Feli asintió con la cabeza. Inés asintió con la cabeza. Feli le quitó la mano de la boca.

—Sí... —contestó

Feli volvió a taponarle la boca. Las lágrimas caían de nuevo por sus ojos. ¿Por qué no era capaz de contestar la verdad, que una loca asesina estaba a punto de tirarla por la ventana?

—Muchas gracias, si es tan amable, ¿podría decirme la palabra asociada a su alarma? Con esto ya podremos apagarla.

Feli asintió con la cabeza. Inés asintió con la cabeza. Feli le quitó la mano de la boca. ¿Qué palabra era? Había dos, y la telefonista no había especificado nada al respecto. Por primera vez desde que tenía anulada la voluntad podía elegir.

—Hamelin... —respondió.

Feli le tapó la boca. El móvil se quedó en silencio. Un segundo. Cinco.

—Muchas gracias —dijo—. Nosotros nos ocupamos, puede estar tranquila. Permanezca a la

espera.

Feli colgó el teléfono. Se llevó las manos a la cabeza y ahogó un grito.

—¿Hamelin? ¿De verdad? ¿Hamelin?

—Es la palabra...

—¿Para qué?

—Para... avisar de que... el monstruo ha vuelto...

Feli miró hacia el techo. Las cámaras ahora tenían un pequeño led verde encendido que antes no estaba.

—Esto cambia los planes —dijo Feli.

El viento arreciaba en aquella parte de la Región. El santuario de Santa Eulalia, en Totana, aparecía en las webs turísticas con una iluminación acorde a su estatus, mostrando las paredes de piedra vista y lo imponente de su arquitectura, con un atrio que daba acceso a la ermita y edificaciones a ambos lados.

Pero no era así como se mostraba aquella noche.

Cuando Cusac aparcó en las inmediaciones todo estaba oscuro. Consultó el reloj del salpicadero. Había tardado cincuenta minutos en llegar. Primero tomó la autovía desde la capital y luego varias carreteras hasta entrar en plena Sierra Espuña y su increíble espectáculo natural. Allí esperaba ver la majestuosa silueta del santuario, pero se topó con las tinieblas.

Descendió del Seat Exeo y observó movimiento. Se escuchaban voces, pasos. Caminó con la linterna del móvil encendida y encontró a diversas personas que habían tenido la misma idea. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y agarró el revólver por las cachas. Ya había estado rodeado de extraños que le atemorizaban y no iba a permitirlo por segunda vez.

Sin embargo, aquella gente parecía más perdida que amenazante. Una mujer se le acercó. Vestía uniforme de recepcionista y estaba visiblemente nerviosa.

—Hola, ¿es usted cliente?

—¿Cliente?

—Del complejo hotelero. —Señaló hacia el edificio a un costado del atrio principal—. Tenemos problemas con la electricidad y no funciona ni siquiera el generador de emergencia. Estamos trasladando a los huéspedes a un hotel en la ciudad. ¿Puedo ver su reserva?

—Vengo a recoger a un amigo —mintió—. ¿A qué hora se ha ido la luz?

—Hace cuarenta y cinco minutos. Un señor de Madrid que estaba visitando la iglesia en ese momento ha tenido una crisis de ansiedad. ¿Se imagina el susto? Solo y a oscuras en el templo, pobre hombre.

Entre la penumbra se intuía que la puerta de la ermita estaba abierta todavía. El hombre sin rostro había previsto el escenario de su enfrentamiento final con mucho detalle. Roberto estaba seguro de que aquello era una trampa diseñada para acabar con su vida.

—La dejo con su trabajo, que veo que tiene bastante. —Se despidió con un gesto—. Voy a buscar a mi amigo.

Roberto caminó en zigzag, en un intento de comprobar que nadie le estuviera siguiendo. Sentía que vigilaban cada uno de sus movimientos, pero era incapaz de localizar quién trabajaba para el hombre sin rostro y quién era un cliente despistado por culpa de aquel apagón provocado.

Se detuvo ante la puerta abierta. Su pesadilla recurrente volvía a ser tangible. De nuevo, un paso lo separaba del abismo. Allí dentro aguardaba aquello que más lo aterrizzaba en la vida, la personificación del ladrón de niños, del vacío que dejó Jaime en sus vidas. Y, como en cada uno de sus sueños, sus pies se movieron solos y traspasó el umbral.

La ermita estaba considerada como una maravilla a varios niveles. Tanto por su antigüedad como por sus sobresalientes retablos podía erigirse como uno de los templos más importantes no ya de la Región de Murcia, sino de toda España. Pero lo que de verdad transformaba el complejo en algo único eran sus pinturas murales. No quedaba ni un trozo de pared sin decorar. Según las guías turísticas, todas habían sido realizadas entre 1601 y 1624 por el artista Juan Ibáñez y se conservaban en un estado impecable. Cusac estaba seguro de que, si el techo no hubiera sido de vigas, hubiera encontrado también allí el imaginario de aquella pintura tan detallista. Nunca había visitado la Capilla Sixtina, pero la ermita de Santa Eulalia podía considerarse su hermana pequeña. Todo un despliegue de cromatismo orientado a impactar a los fieles que fueran de peregrinación.

A oscuras, sin embargo, la sensación era muy diferente. Roberto sentía la mirada de cientos de figuras, de ángeles y demonios, de santos y pecadores. Se dijo a sí mismo que el agobio estaba permitido, que incluso un parque de atracciones apagado transmitía terror. Aquellas pinturas llevaban siglos allí, estaban antes de que naciera y seguirían estando cuando falleciera. El olor a madera le recordó su encierro en el ataúd.

Entonces pensó en Leo, en lo que le relajaban las visitas a los templos, en el momento en que fue a recogerlo al colegio y lo encontró en la iglesia contigua, en su mano tocando la suya. Sus dedos se movieron por acto reflejo. Quería agarrarlo fuerte, que nunca se soltara. Y eso le dio valor para caminar entre los bancos de roble hasta alcanzar el altar, donde aguardaba la santa. Sin embargo, su objetivo no estaba ahí, sino a la izquierda.

Junto a una figura de Santiago Apóstol se encontraba lo que había ido a buscar: una pintura de un ángel crucificado.

La primera impresión fue la de estar ante algo extraño. Podría haber usado otras palabras, como *llamativo* o *diferente*, pero aquello estaba tan fuera de lugar y era tan impactante que ese era el adjetivo correcto. Se preguntó cuántas imágenes de ángeles clavados a una cruz habría por el mundo, y supuso que muy pocas. Aquello convertía la ermita de Santa Eulalia en una *rara avis*.

La pintura mostraba a san Francisco de Asís ante una cruz en llamas que parecía caer sobre él. En ella se apreciaba la imagen característica de Jesús de Nazaret, con la corona de espinas y la herida de lanza en el costado, y las manos y los pies clavados a la madera. Lo sorprendente era que tenía alas: dos en la espalda, otras dos que le bajaban por las piernas y dos más en la cabeza. En general, daba la impresión de que algo no estaba bien. Era muy rompedor y sorprendente, más si se pensaba en la época en la que fue creado. No era la típica iconografía del Salvador, ni tampoco un ángel clásico. Sí, sin duda el adjetivo apropiado era *extraño*.

—Llegas tarde —dijo una voz a su espalda.

Al girarse vio una figura recortada ante la puerta. No llevaba linterna ni nada que se pareciera. Se mantenía firme, con las manos en los bolsillos de un abrigo largo y la cabeza cubierta con una capucha. Pese a las tinieblas, Cusac pudo distinguir los ojos hundidos de una calavera.

Satanás había llegado.

Inés despertó de su pesadilla para descubrir que seguía viva. Le pareció escuchar a niños jugando. Era ese típico susurro acelerado de quienes han cometido una travesura y quieren esconderse. Pasos rápidos, risas cómplices. Estaba tumbada en su sofá. Se asustó. Apenas distinguía unas sombras de otras, rodeadas de murmullos e inquietud.

—Tranquila, somos del SUAP —dijo una mujer a su lado con un acento que no supo identificar—. Se ha desmayado.

Los niños callaron. Un pitido se instaló en sus oídos.

—¿Dónde está...?

—Aquí no hay nadie, señora. Escúcheme, vamos a trasladarla. Necesito saber si ha tomado algún medicamento.

Inés trató de centrar la mirada. No recordaba que alguna vez le hubiera dolido la cabeza de esa manera, tan de dentro hacia fuera, como un pinchazo que se propagaba a cada pensamiento. Los párpados le pesaban, se cerraban solos, y la agonía de abrirlos una y otra vez era tan titánica que solo lograba pestañear de forma extraña. Vio uniformes amarillos y negros, escuchó pasos, voces, sintió vértigo y tuvo una arcada.

—Tranquila, está a salvo —prosiguió la doctora—. Nos avisaron cuando sonó la alarma. ¿La han atacado?

Con un esfuerzo inhumano, Inés Herrera logró sentarse, y con otro esfuerzo de la misma magnitud consiguió mantener la verticalidad. Tenía la lengua hinchada, la boca seca y los pulmones acelerados.

—Ha intentado... matarme...

—¿Quién? —preguntó una voz masculina.

Inés levantó la mirada y reconoció la placa del policía.

—Se llama Feli. Es... es compañera de trabajo.

—¿Feli qué más?

—Un apellido muy raro... Prunyonosa. No sé si lo he dicho bien...

—¿Sabe dónde puede estar?

Algo eclosionó en su cabeza. Le vino una idea atroz, demasiado dolorosa para verbalizarla. En su despertar, sabía que Feli no estaba allí para hacerle daño, pero eso significaba que podía estar en cualquier otra parte.

—Leo.

—¿Quién es Leo?

—Mi hijo. ¡Tengo que llamarlo!

—Un momento.

—Necesito un teléfono.

—Tenemos más preguntas que...

—Estoy en mi casa, no he hecho nada malo. Quiero hacer una llamada para comprobar que mi hijo está bien.

Nadie dijo nada. Inés estiró el brazo hacia el teléfono fijo y un sanitario se lo alcanzó. Mientras marcaba el número, uno de los policías habló por radio y el otro dijo:

—¿Cree que esa persona puede hacerle daño a su hijo?

—Lo sé con certeza —contestó.

La línea dio un tono. Luego otro. Al tercero contestaron.

—Inspectora Segura, soy Inés Herrera.

—Hola, Inés —contestó un policía joven con el que había hablado varias veces con anterioridad—. La inspectora se fue hace una hora, tiene redirigidas las llamadas a comisaría. ¿Quiere que le deje un recado?

—No, no. Por favor, pasadme con Leo.

—No sé si será posible.

—¿Por qué no?

—Me ha parecido verlo salir antes con su amiga Feli.

Su corazón emitió un latido extraño, a destiempo. Aguantó la respiración hasta que no pudo más. Su pulso tembló sin control y el teléfono estuvo a punto de caérsele.

—¿Se lo ha llevado? —preguntó.

Ni siquiera escuchó la respuesta. Feli siempre se quedaba con Leo cuando ellos estaban ocupados, más en aquellos días de locura con el caso de los niños raptados. La policía era consciente de ello. Nadie los había avisado de que Feli era la estrategia de todo aquel complot porque ella era la única que lo sabía. Y ahora se había llevado a Leo. Ignoraba dónde estaba su hijo. Era la segunda vez que le ocurría, primero con Jaime y ahora con Leo. Ya conocía cómo acababa aquello, con un vacío indescriptible y la desesperación de no hallar nunca una respuesta, por dolorosa que pudiera ser.

No pudo digerirlo, nadie podría, y se quebró.

Gritó. Gritó con fuerza. Los médicos la sujetaron. Ella no forcejeó, solo siguió desgastando sus alaridos hasta que una aguja perforó su brazo y volvió a sumirse en la oscuridad.

El cráneo lo observaba desde las tinieblas. Se encontraba a unos diez metros, en la entrada de la ermita, y a esa distancia su rostro parecía de cera, inexpresivo, una máscara de látex o tal vez de cuero quemado. La capucha del abrigo le cubría el pelo, pero dejaba a la vista el horror en que había convertido su cara.

—¿Así acaba todo? —preguntó Roberto.

—Los finales son finales —replicó—. Ni buenos ni malos. Las cosas se acaban y ya está.

Era su voz. Cómo olvidarla. El mismo tono de ultratumba que escuchó en la casa de San Pedro del Pinatar, el que lo amenazaba una y otra vez por teléfono, el que lo enterró vivo. Había cumplido su enfermiza promesa de ir allí.

—¿Y ahora qué?

—Te mataré —contestó el hombre sin rostro—. Y luego desapareceré. Tal vez me marche a otro país, tal vez me quede en Murcia. No lo he decidido. Solo debes saber que seguiré con mis investigaciones.

—Torturar no es ciencia.

—Tienes razón, es conocimiento, incluso me atrevería a decir que es arte. Pero no he venido aquí a hablar de eso.

—Pensaba que te encantaba escucharte a ti mismo.

El hombre se rio en voz baja. Fue apenas audible, pero Cusac lo escuchó con nitidez. Luego giró la cabeza sobre su hombro y miró al exterior.

—Sé que llevas un micrófono —dijo—. Ahora actuáis así.

—No sé de qué hablas —mintió Roberto.

—La policía llegará pronto, ¿verdad?

—Espera...

—La gloria tiene muchas formas. Puede consistir en alcanzar cotas científicas impensables para una mente finita o algo tan simple como dos enemigos matándose el uno al otro. ¿Estás preparado para tocar los laureles de la inmortalidad?

No tuvo tiempo de contestar. El hombre sin rostro movió su brazo derecho y sacó algo que llevaba oculto en el abrigo largo que lo cubría. Cusac reconoció la mirada gélida de los dos orificios de una escopeta de cañones recortados.

Roberto se lanzó entre los bancos de madera en el momento justo de escuchar el estallido. Las astillas saltaron en todas direcciones. Sintió cómo se le clavaban varias en la mejilla y en el

brazo. El segundo disparo impactó de nuevo contra la bancada. El olor a pólvora se mezcló con el de serrín.

Tardó apenas dos segundos en reaccionar, pero le parecieron una eternidad. Ya no le quedaban cartuchos a su enemigo, tenía que recargar. Era el momento de contraatacar, no tendría otra oportunidad.

Se incorporó con el revólver sujeto con ambas manos. Le caía sangre por la barbilla, pero la adrenalina hizo que no sintiera dolor, solo ira. Al levantarse, vio al hombre sin rostro prendiendo un trapo que sobresalía de una botella.

Era un cóctel molotov.

Iba a quemarlo vivo.

La llama de la bomba incendiaria iluminó la faz sin vida ni emoción de su adversario. Sus ojos eran dos masas inertes y gelatinosas al fondo de las cuencas; la piel tensionada le confería un aspecto aún más inhumano. Pero lo más descorazonador era que sí, se reía.

Aquella era la versión definitiva del hombre que ríe.

Cusac apretó el gatillo dos veces. Dos detonaciones. Dos balas salieron del revólver, las únicas que le quedaban. Volaron a cámara lenta. Una impactó en la puerta tras el hombre sin rostro, pero la segunda creyó que le había dado en el hombro derecho. El tipo se tambaleó con el impacto y lanzó el molotov, ya sin fuerza, a apenas unos metros de su posición.

Las llamas brotaron con furia, ruidosas y aberrantes, alcanzando enseguida más de tres metros de altura. Devoraron los bancos de madera con ansia, como un monstruo de fuego resuelto a aniquilar aquella joya de arte sacro. Y, tras la llamarada del dragón, los dos hombres se miraron a los ojos por última vez. Uno, pensando en su familia. El otro, apretando los dientes con rencor.

El hombre sin rostro dijo algo que Roberto no logró escuchar porque le pitaban los oídos, y tampoco pudo leer esos labios rígidos. Un pestañeo después, su némesis desapareció en las tinieblas.

Roberto se había quedado sin balas. Sangraba. Pero iba a detenerlo.

—Ha salido —dijo en voz alta, con la esperanza de que el micrófono que llevaba oculto funcionara—. Está huyendo.

El calor era abrasador, el humo se acumulaba en el techo del templo. Cusac se tapó la boca con las faldas de su camisa y rodeó aquella hoguera inmensa. Escuchó gritos provenientes de la calle. Al alcanzar la puerta tropezó con la recortada que había abandonado en el suelo. También vio el impacto de una de sus balas contra la madera, lo que le llevó a la conclusión de que, en efecto, su adversario estaba herido.

—Cusac, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó la inspectora Segura con una pistola HK desenfundada—. Hay un incendio.

—¿Lo habéis atrapado?

—Lo hemos visto salir, pero se ha ocultado en la oscuridad. Dios, apártese de ahí, vamos.

Salir al exterior fue como renacer. El aire era fresco, con aromas de romero y pino. Varios

coches patrulla mantenían los faros encendidos para iluminar el atrio. Los trabajadores del complejo se echaban las manos a la cabeza al ver las llamas de los bancos, que amenazaban con destruir las valiosas pinturas e incluso con derrumbar el santuario. Pronto empezaron a llegar personas con cubos de agua y extintores.

—¿Dónde está? —gritó Roberto—. Solo podía salir por aquí, tiene que estar escondido en alguna parte.

—Tranquilo, nosotros nos ocupamos —dijo la inspectora, y acto seguido le habló a la radio—. ¿Lo tenéis?

—Negativo. Por aquí no ha salido —dijo una voz por el *walkie-talkie*.

—El sensor térmico tampoco lo capta —contestó otra—. El incendio no ayuda.

Uno de los agentes gritó y señaló al cielo. Todos giraron la cabeza. Recortado contra el firmamento de estrellas, se divisaba la figura de un hombre. Estaba en el techado de tejas de la iglesia y sostenía un arma en su mano.

—¿Es él? —preguntó la inspectora Segura—. ¿Cómo ha llegado hasta ahí?

La respuesta vino en forma de disparos. La figura apretó el gatillo varias veces. Las balas soltaron chispas cuando impactaron contra el suelo. Los policías no dudaron en devolver el plomo y se inició un breve tiroteo que terminó cuando, segundos después, el hombre cayó al vacío y se estrelló contra el atrio.

Cusac lo vio todo como si fuera un mal sueño. Otra vez.

Se separó de la inspectora, apartó a la gente allí congregada y se quedó paralizado al ver el cadáver.

Era él. La piel estirada, la cara de serpiente, los ojos hundidos en una mirada cadavérica.

Cusac se sentó en el suelo, extenuado. La pesadilla había terminado por fin. El ogro, como en los cuentos, acababa muerto por las flechas de los caballeros.

Roberto aguardaba sentado en la parte de atrás de una ambulancia. Con ayuda del sanitario se quitó el chaleco antibalas que llevaba bajo la ropa. En él se apreciaban hasta cinco perdigones en el costado izquierdo. Tenía una herida en el antebrazo, un disparo limpio que lo había atravesado sin tocar hueso ni tendón. En la cara tenía fragmentos de madera, pequeños pero dolorosos.

Se sintió afortunado.

Era poca penitencia para lo que había sucedido. Si no llega a avisar a la policía, habría muerto. El chaleco le había salvado la vida. La cobertura policial le había dado confianza para enfrentarse a sus demonios. El vaso seguía medio lleno, por mucho que la parte vacía fuera inabarcable.

Tras salir de la fábrica de salitres había hablado con la inspectora Segura. Le dijo que iba a enfrentarse a ese tipo con o sin su ayuda y se volvió a ofrecer como señuelo humano, igual que en la catedral cuando atraparon a Moyano días atrás. Ese era el trato. Si no iba a su encuentro, el hombre sin rostro se escondería bajo tierra y jamás aparecería de nuevo. La policía necesitaba a Roberto tanto como él necesitaba a la policía. No podían hacerlo solos. Por ello se concibió un operativo rápido. Habría varios agentes de paisano en el atrio aprovechando el caos y la confusión, pero el resto esperarían ocultos para no alertar a su objetivo. Cusac llevaría micro y chaleco antibalas, y tenía orden de confirmar la identidad del hombre sin rostro. Ellos actuarían de inmediato, en apenas quince segundos todo estaría lleno de uniformados. Tenían agentes vigilando en la lejanía y habían bloqueado las salidas. Dado el poco tiempo del que disponían habían logrado un gran despliegue. Para Sara Segura, la prioridad era la seguridad de Cusac, pero este solo pensaba en atrapar de una vez por todas al origen de sus pesadillas.

Y si estaba muerto, mucho mejor.

Varios coches pararon ante las puertas del santuario. Cusac reconoció a la comitiva judicial, comandada por el instructor de guardia y el secretario. La inspectora Segura los saludó y luego se dirigió hacia donde él estaba.

—Al final parece que nuestro hombre sí era capaz de matar —dijo mientras se encendía un cigarro—. ¿Cómo se encuentra?

—Como si me hubieran disparado y tratado de quemar vivo.

—Luego le tomarán declaración, pero necesito confirmar un par de detalles. Primero, y lo más importante, ¿de dónde sacó ese maldito revólver?

No podía decirle que lo llevaba oculto, ni que lo había escondido en el coche para que no lo localizaran. Portar armas era un delito grave, casi tanto como dispararlas contra alguien.

—Estaba allí, en la iglesia.

—Uno de nuestros hombres la revisó antes de que llegara y no había nada. ¿De dónde lo sacó?

Cusac se encogió de hombros. Le dolía todo el torso. El médico le aplicaba yodo en las heridas con una gasa.

—Estaba allí, ya se lo he dicho. Creo que quería que nos matáramos mutuamente. ¿Cómo va el incendio?

—Se han quemado varios bancos, no hay que lamentar más daños. Pero no cambie de tema.

—No lo hago. Afrontaré todas las causas que se abran contra mí y diré lo mismo cada vez que me interroguen. Disparé porque me vi acorralado. Ni siquiera sabía si esa cosa iba a funcionar o si tendría balas.

—Como quiera. Yo solo podré corroborar lo que he visto, eso lo entiende, ¿cierto? Ahora me tengo que ir con el juez.

Antes de que se alejase, Roberto la llamó de nuevo.

—¿Sabe si tiene una herida de bala en el hombro derecho?

La inspectora lo observó muy seria. Dio una larga calada a su cigarrillo con la mandíbula muy apretada, como si se esforzara por no abrir la boca y seguir discutiendo.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Le di —dijo Cusac—. Estoy seguro. En el hombro.

—Estaba oscuro y había un muro de fuego entre ambos.

—Eso fue después. Cuando disparé, retrocedió y apenas pudo lanzar la bomba a un par de metros de distancia. En la puerta solo había un impacto, la otra bala debe de estar en su cuerpo.

—Sabemos cómo hacer nuestro trabajo —contestó—. En cualquier caso, nosotros también le disparamos. El forense nos sacará de dudas, pero creo que ese desgraciado acabó como un colador.

—Eso me da igual. Yo hablo del hombro. No sé si la bala lo atravesó y se perdió o si di en hueso y aún sigue ahí.

—O si falló y la bala se perdió en el bosque.

—Le di.

Sara Segura negó para sí misma y tiró el cigarro al suelo.

—Hable claro —dijo mientras pisaba la colilla.

—Quiero estar seguro de que es él.

—Lo es. No puede ser nadie más. Usted ha visto el cadáver.

—Hay algo que no me cuadra. Parecía más... no sé, más alto en persona.

La inspectora le puso las manos en los hombros. No era una mujer de acercarse demasiado a las personas, y mucho menos de contacto físico, por lo que ese gesto sorprendió mucho a Roberto.

—Se acabó —dijo—. ¿Me oye? Se acabó.

—Pero...

—Ya basta —lo interrumpió—. Cuando son una amenaza siempre parecen más grandes de lo que son en realidad. Es así. No le dé más vueltas. Es nuestro hombre. Puede estar tranquilo.

—¿Y si no lo es? ¿Y si es otro truco?

—Entonces seguiremos investigando.

El teléfono de la inspectora sonó con estridencia. Apartó las manos de Roberto y contestó.

—¿Qué sucede? —preguntó—. Sí, he visto las llamadas, pero tengo un lío de tres pares de...

Se hizo el silencio. Un silencio pastoso y frío. Roberto lo notó. Hizo un gesto al médico para que le perdonase un segundo y se acercó a la inspectora.

—¿Cuándo ha sucedido eso? —prosiguió Segura—. Vale, ¿y quién se está ocupando? Sí, de acuerdo. Mantenedme informada.

Al colgar, parecía abatida. Colocó los brazos en jarras y se giró hacia Roberto.

—Señor Cusac, es sobre su hijo.

—Ya hemos llegado —dijo Feli al entrar en el camarote—. ¿Habías viajado alguna vez en barco?

Leo no le prestó demasiada atención. Estaba aburrido, sin juguetes ni teléfono móvil. Feli le había dicho que había tirado el suyo a la basura y no entendía por qué.

—¿Cuándo va a venir mamá?

—Tus padres nos están esperando en el otro lado —mintió—. Mañana habremos llegado y podrás verlos. Mira, ponte en tu cama.

El habitáculo era estrecho, pero tenía dos pequeños colchones pegados a la pared. No estaba fabricado para ser cómodo, sino para ser útil. Feli dejó su bolso en el compartimento que separaba ambos catres, el cual estaba preparado para depositar una maleta que, por supuesto, no llevaba.

Las últimas horas habían sido una locura. Cuando supo que la estaban grabando, dejó a Inés sobre el sofá y le dijo que se durmiera. Luego salió y cerró la puerta. Calculó que la policía tardaría unos cinco minutos en aparecer desde el aviso, pero llegaron antes y se los cruzó por la escalera. Por suerte no la reconocieron, pero la habían descubierto y no tardarían en cursar una orden de busca y captura. Tenía que huir de allí.

Primero pensó en ocultarse en algún hotel. Podía llamar a una de esas páginas que alquilan pisos turísticos y esconderse durante varios días. La policía buscaría primero en hoteles y tardarían en revisar las cámaras de tráfico. Pero al final la atraparían. Se correría la voz y vigilarían las estaciones de tren, de autobús y aeropuertos. Quedarse no era una opción. Necesitaba salir del país cuanto antes.

Un viaje por carretera hasta Portugal o Francia era una posibilidad. No llamar la atención, tal vez conseguir otro vehículo. Pero eso era lo que ellos esperaban que hiciera. Necesitaba adelantarse y llegar cuanto antes a un país sin tantos convenios de extradición. Así que comprobó los horarios de los ferris a Argelia.

Tenía margen. Podía conducir hasta Cartagena, buscar aparcamiento, tomarse un café y luego embarcar. Era una travesía nocturna, el barco arribaría a puerto al día siguiente. Para entonces puede que la policía aún no tuviera la orden internacional de búsqueda al no ser un país de la Unión Europea. Si conseguía llegar a Argelia, sería mucho más fácil desaparecer. Las autoridades africanas no iban a perder el tiempo en perseguirla, solo cabía el arresto si se metía en un lío, y aun así puede que lograra salir con un buen soborno.

Iba con tiempo y tenía un plan. Tal vez por eso se envalentonó y decidió llevarse a Leo. Era

un riesgo, pero consideraba al niño como su seguro de vida. Quizá le sirviera para negociar más adelante. Despistaría la atención de los investigadores y reforzaría la hipótesis de que se iba a esconder en algún lugar cercano. Se sentía inteligente y poderosa. Nada podía pararla.

Lamentó que todo hubiera acabado así. Su empresa era loable, pero fue lo primero que se vino abajo. Aquellos experimentos con niños podían haber trascendido y haber aportado un conocimiento nuevo sobre la psique infantil. Ver cómo se moldeaban según sus parámetros era su sueño. Le costaría años volver a hacer algo parecido. Primero, tendría que dar con otro ayudante, uno manipulable que la viera como una diosa y obedeciera sus órdenes sin ponerla en entredicho. Al final, ese imbécil de rostro estirado había resultado ser más problemático que otra cosa. Esta vez buscaría un perfil más sumiso y obediente. Quizá incluso alargase su estancia en Argelia, si allí encontraba mejores condiciones. Tendría que cambiar de nombre de nuevo, pero eso no le preocupaba. Además, ya se había cansado de Felicidad. Pronto empezaría una nueva era.

Observó a Leo. Lo consideraba poco menos que imbécil. Había tratado de orientar su personalidad, de jugar con su cerebro, pero el niño se resistía con una mezcla de carácter y pasotismo. No resultaba apropiado para sus experimentos psicológicos. Era probable que desarrollara problemas mentales a las primeras de cambio. Dudaba qué hacer con él, si tirarlo por la borda a media noche o arrastrarlo hasta Argelia. La decisión iba a depender de lo mucho que la crispara durante el viaje.

Comprobó el reloj. La nave debería de haber zarpado hacía diez minutos. Cuando subieron aún había cola para embarcar los coches en la bodega. No había contado con posibles retrasos. Por alguna razón ilusa había pensado que un transbordador con cinco horas de travesía saldría puntual.

—Tengo hambre —dijo Leo.

—Luego compraré algo.

—Y sed.

—Espera a que se ponga en marcha el barco.

—Yo quiero comer ya.

—Y yo que te esperes.

—Pero tengo hambre.

—Eso ya lo has dicho.

—Y sed.

Feli sospechó que el viaje se iba a hacer muy largo en compañía del niño. Ahí fue cuando decidió definitivamente lanzarlo al mar y ver cómo se ahogaba. Sería más tarde, cuando apagaran las luces y la gente estuviera durmiendo. Mientras tanto tendría que aguantarlo.

—¿Y a qué hora cenamos?

—Luego, a las diez o así.

Leo sacó un reloj inteligente del bolsillo y lo miró.

—Pero si son casi las once.

Feli se quedó perpleja. Se acercó a Leo de un salto y lo agarró del pelo. Allí estaba el reloj con GPS que le habían comprado sus padres.

—¿De dónde has sacado esto?

—Me lo devolvió mi padre —contestó.

—¿Desde cuándo lo llevas en el bolsillo?

—No sé ponerme la correa yo solo —dijo el niño—. Suelta, me haces daño.

Alguien llamó al camarote. «Revisor», dijo una voz desde fuera. Feli supo entonces que había perdido, que en el exterior había varios geos con las armas listas para abrir fuego, que lo siguiente sería ver cómo saltaba la puerta de sus bisagras y entraban dispuestos a todo.

En aquel momento, cuando todas sus fantasías se esfumaron y comenzó a imaginar cómo sería su vida en prisión, pensó que no se arrepentía de nada.

Epílogo

Los niños son crueles. Se habla mucho de la inocencia, de la bondad, pero poco del salvajismo. Un gato muerto a pedradas, una pelea entre hermanos, un acoso sin fin... Son cosas de chavales.

No perdonan al que es distinto.

De mí se burlaban por ser feo. «Caramierda», me llamaban. Yo solo ansiaba ser como ellos: bello, sano y perfecto. Ser aceptado. En su lugar encontré odio, incomprensión y burlas. Eran malvados e inmisericordes, y eso me impulsó aún más a ser su igual.

Alguien me regaló un libro. El hombre que ríe, de Victor Hugo. No recuerdo quién fue. Puede que el que lo hizo no lo hubiera leído previamente, o que se tratara de una broma de mal gusto, pero allí estaba mi dolor. La historia de un monstruo de feria que llega a hablar en la corte británica y todos se burlan de él. Pero es feliz. Pese a todo el dolor, él siempre ríe con la risa forzada de los que son bellos y perfectos.

Los médicos me operaron varias veces. Ellos me salvaron de los tumores que recorrían mi cuerpo y mi rostro. Tenían el poder de decidir quién vive y quién muere. Dada la rareza de mi enfermedad, los buenos doctores convencieron a mis padres para someterme a un estudio científico. Descubrí que también quería ser como ellos: salvar vidas, experimentar con seres humanos, reconstruir caras, cuerpos, almas.

El cambio fue exterior e interior.

Por fuera poco a poco fui pareciendo una persona normal, sin abultamientos por tumores ni cicatrices producto del bisturí. Toda imperfección se podía corregir. Durante la carrera aprendí que todos somos iguales cuando nos rajan en una mesa de autopsias, y al especializarme en cirugía estética supe que cualquiera, por horrible que sea, puede tener un rostro bello. Por eso me fui perfeccionando con el tiempo. Sin arrugas, con una piel tersa, estirada, sin impurezas. Al final fui el más bello de todos.

El cambio interior fue fruto de la curiosidad. Los estudios científicos arrojaban luz sobre enfermedades incurables. Lo que antes era una muerte segura, con el tiempo se volvía una simple molestia crónica. A los pacientes se les daba una oportunidad. Sin embargo, la moral primaba sobre la investigación. Era inadmisibile. ¿Por qué no me dejaban experimentar con niños? ¿Por qué debía esperar a encontrar malformaciones para poder estudiarlas? ¿De qué servía tanto esfuerzo si los padres no firmaban el consentimiento?

Las sesiones psicológicas me ayudaron a adoptar la decisión. En la consulta me impelían a que tomara las riendas de mi vida, a ser yo mismo, a perseguir mis sueños. Y eso hice. Con

esfuerzo, e invirtiendo grandes cantidades de dinero, logré formar mi pequeño experimento. Me rodeé de miserables, como los personajes de la novela de Victor Hugo, y ellos me facilitaron la labor. Así, operaba a ricos en mis clínicas de Miami y Ginebra, e investigaba el curso de las malformaciones en los pisos francos de Murcia. El trabajo financiaba el estudio, y el estudio me daba la vida.

Los niños son crueles. Pero también frágiles y dúctiles. Esos mismos críos que se burlaban de mis deformidades ahora me admiran por mi belleza, por mi rostro perfecto, al tiempo que se lamentan por ser monstruos abominables. La ciencia siempre gana.

Es una lección. Es un experimento. Es mi vida.

Seré eterno incluso tras la muerte.

Cusac llegó al ala infantil del hospital Virgen de la Arrixaca. Se alegró de encontrarse con Izan, Siena y Thiago, a los que se les había unido también la cuarta niña, Yasmina.

—¡Es Roberto! —gritó Izan al verlo.

Los pequeños lo rodearon y se pusieron a hablar a la vez de mil cosas. Cusac trató de poner orden, pero enseguida vio que era imposible y simplemente se rio. Le alegraba comprobar que el tratamiento iba mejor de lo esperado, dado que la recuperación de los menores ya era visible. El cuerpo era sabio y lograba revertir el infierno por el que habían pasado. Los psicólogos que los trataban se mostraban muy optimistas con respecto a su evolución.

—Esperad, no he venido solo —anunció—. Quiero presentaros a alguien.

Hizo un gesto y Leo asomó tímidamente por la puerta con una camiseta de Mario.

—Os presento a mi hijo. Se llama Leo y es de vuestra edad.

—Yo soy mayor —dijo Siena.

—Bueno, más o menos de la misma edad. Dentro de unos años os iréis juntos de fiesta y no veréis diferencias, hacedme caso.

—Hola —murmuró Leo.

Thiago se aproximó a su lado, intrigado por su ropa.

—¿Ese es Mario? —preguntó.

—Sí, el del videojuego. Me gusta más que Sonic.

—Es el mejor. ¿Quieres que juguemos a Mario?

—¿Cómo se juega?

—Yo soy Mario y tu Luigi.

—No quiero ser Luigi.

—Entonces los dos somos Mario.

No hacían falta reglas, ya las inventarían sobre la marcha. Todo era tan sencillo como dejarse llevar. La magia de la infancia consistía en eso.

—Señor —dijo Izan—. ¿Ya no volverá a hacernos daño?

Ni siquiera pronunció su nombre. Cusac notaba el miedo que le producía incluso pensar en él, y lo comprendía bien, puesto que ambos compartían ese terror.

Recordó el informe de la autopsia, donde se mencionaban diferentes impactos de bala en el cuerpo del hombre sin rostro, pero ninguno en el hombro derecho. Llevaba zapatos que concordaban con las huellas encontradas en la casa de San Pedro del Pinatar, pero el forense dictaminó que era un número mayor del que le correspondía. Las impresiones digitales

desvelaron su identidad: Martín de Casale, natural de Buenos Aires, Argentina. Hallaron restos de su ADN en la finca de Moratalla donde mantuvo secuestrado a Roberto. El Cebo, imputado por facilitarle la ambulancia, corroboró sin lugar a dudas que ese tipo desfigurado y de piel estirada era el hombre que le había presentado el Perla un año atrás y el mismo al que le había vendido la ambulancia. De Moyano y los demás nunca más se supo, por lo que no había más testigos presenciales.

Sin embargo, pese a la avalancha de pruebas, Cusac no terminaba de estar convencido. Estaba casi seguro de que le había acertado con una bala en el hombro derecho, que era más alto que el cadáver que se enfriaba en el Instituto Anatómico, y que el tipo con el que habló varias veces y del que tenía parte de una conversación grabada no tenía en absoluto acento latinoamericano. Incluso recordó cuando estuvo secuestrado y se fijó en la forma de las uñas, las cuales discrepaban respecto a su memoria. Incluso su cara, cadavérica e inexpresiva, tenía cierto aire melancólico que no recordaba haber visto antes.

Pero no podía demostrarlo. No tenía pruebas. Tal vez todo era culpa del estrés y la paranoia. Y ante los ojos atemorizados de Izan, simplemente le acarició la cabeza y dijo:

—Nunca volverá a haceros daño.

El niño asintió y regresó con los demás.

Fue en ese momento cuando sintió unos dedos que se asían a su mano derecha. Al girarse, esta vez sí, vio a Jaime. Tenía la misma edad, el mismo pelo y la misma ropa que el día que desapareció. Pero además tenía rostro. Le miraba y le sonreía.

—Te quiero —dijo Roberto.

Una segunda presión, esta vez en la mano izquierda, hizo que girase la cabeza. Allí estaba Leo, mirándolo perplejo.

—¿Con quién hablas? —preguntó.

En ese instante se dio cuenta de que solo agarraba a Leo; la otra mano estaba vacía.

—Con mi hijo —contestó—, que eres tú.

No hizo amago de soltarla como aquella vez que lo recogió en la capilla del colegio. En su lugar apretó la mano con más fuerza para que nunca se marchase. Era su hijo, único e incomparable.

Inés sentía la mano de Roberto apretando la suya. Habían pasado tanto tiempo separados que ahora se les hacía extraño. Caminaban juntos por las instalaciones de la cárcel de Sangonera. Le sorprendió la amabilidad de los funcionarios de prisiones, siempre con una sonrisa y dispuestos a ayudar. A su lado iba un jefe de servicios del centro y la inspectora Sara Segura.

—¿Está convencida de esto? —preguntó la policía.

—Es ella la que ha querido verme, ¿no?

—La jueza no permite grabaciones. Lo que le diga será entre ustedes, pero si confiesa algo háganoslo saber. Cuantos más cargos sumemos más difícil será que salga en libertad. Nosotros miraremos desde la cabina.

Roberto le apretó aún más la mano para darle aliento. No era necesario, estaba dispuesta a todo. No tenía miedo, ni se sentía humillada, mucho menos una víctima. Era poderosa y lo sabía. Feli era la que debía tenerle pánico.

—¿Preparada? —preguntó Cusac.

—Más que nunca —contestó ella.

Pasó al locutorio. Fue una decepción verlo tan parecido a los de las películas: un cristal de separación entre ambos lados y dos teléfonos para hablar. En su mente lo imaginaba de otra manera, más oscuro y frío. Aquello era más bien como la oficina de un banco.

Feli aguardaba al otro lado del espejo. Vestía ropa de calle, nada de uniformes amarillos o rojos. Ahí sí que la ficción patinaba respecto a la realidad, tal vez debido a que los guionistas bebían más de las obras de otros que de patearse ellos mismos las calles. A Inés le sorprendió verla sonreír, como si se alegrara de verla. Tenía las uñas pintadas de un rojo tan intenso que parecía que acabara de volver de la esteticista. Despacio, se acercó y tomó asiento.

—Hola, querida amiga —saludó Feli—. ¿Cómo estás?

Inés no dijo nada. Se quedó contemplándola, impasible.

—Esto es como un hotel, ¿sabes? —prosiguió la reclusa—. Me traen la comida y tengo tele en la habitación, no puedo quejarme.

El silencio y la mirada de hielo de Inés fueron la única respuesta.

—Vale, vale, no estás para bromas —continuó Feli—. Te estarás preguntando para qué te he llamado y qué tengo que decirte.

—En realidad, no —dijo Inés.

Feli parpadeó, perpleja.

—¿Qué?

—Digo que no me importa lo que digas o pienses. No he venido a escucharte, sino a mirarte a los ojos y a hablar yo.

La interna oteó en todas direcciones, como si aquello fuera una broma de cámara oculta.

—¿En serio? Mira, aún hay muchas cosas que no sabes de todo este asunto, cabos sueltos para los que tengo respuesta, pero antes tú debes hacer algo por mí. Escucha...

—Me da igual —la interrumpió—. No es tu momento, es el mío.

Inés, con el telefonillo en la oreja, se aproximó al cristal. Feli hizo lo mismo. Estaban cara a cara, muy cerca, separadas tan solo por la pared de vidrio. Entonces Inés dijo:

—Eres mala, muy mala, rematadamente mala.

Y colgó.

Feli estaba desconcertada. Observó cómo Inés se alejaba dándole la espalda y perdió los papeles.

—¡Te dejé viva! —gritó—. ¿Me oyes, guarra? Si aún respiras es porque yo lo permití, igual que con el mongolo de tu hijo. ¡Os pude haber matado a los dos!

Inés llegó a la puerta y se giró antes de abrirla. Levantó el dedo corazón de la mano derecha muy recto, para que Feli pudiera verlo bien. En él llevaba una tirita de superhéroes.

—No te tengo miedo —dijo.

Después abrió la puerta y salió de la sala de locutorios, abandonando a aquella mujer en su miseria.

La vuelta a casa nunca es como se espera. El viaje cambia a los caminantes y lo que se dejó atrás pertenece a lo viejo, al que se fue y no al que regresa.

Inés sintió un pequeño escalofrío cuando introdujo el código de la alarma al entrar para evitar que sonara. Supo que lo tendría que hacer de ahí en adelante. Formaba parte de la nueva realidad que les tocaba vivir.

Roberto observó su hogar consciente de que lo habían mancillado. Para el ojo no entrenado, el lugar del crimen una vez levantado el cadáver no se diferenciaba mucho del que había sido con anterioridad, pero el olor a sangre permanecía.

—¿Te apetece cenar algo? —le preguntó a Inés, disimulando normalidad.

—Ahora mismo no.

—Está bien.

La tomó suavemente del codo. Ella se acercó a su rostro en un movimiento mil veces interiorizado y se besaron en los labios. Entre ambos también había un terremoto, y debían aprender a rehacerse desde las ruinas. No era la primera vez, sabrían recomponerse, pero antes necesitaban pasar cada uno su duelo interior.

Leo se lanzó de cabeza al sofá y agarró el mando de la consola, pero luego lo dejó de lado y cogió un manga. Para él sería más fácil el tránsito. Más adelante, tal vez, descubriría recortes de prensa y sabría la verdad de lo que ocurrió. Ahora no era el momento de meterle problemas en la cabeza, y las páginas de *One Piece* eran un refugio tan lícito como cualquier otro.

Inés fue a la ventana y sacó un cigarro que no encendió. Roberto se puso a su lado y le pasó la mano por la espalda. Ninguno de los dos dijo nada.

Un tubo de escape petardeó en la calle. Ambos se pusieron tensos. Roberto dio un salto hacia atrás, a Inés se le cayó el tabaco. Entonces lo supieron, ya no podían engañarse más: nada volvería a ser igual.

Agradecimientos

En junio de 2023 aparecieron sanos y salvos cuatro niños que estuvieron perdidos durante cuarenta días en la selva tras un accidente de avión. El más pequeño era apenas un bebé de once meses. Todo el mundo lo celebró. Era la historia de unos niños que regresan a la vida desde una muerte segura. Era un final feliz.

Esta novela que sostienes en tus manos, querido lector, es un final feliz. Nadie quiere leer historias de niños que sufren, sino de los que recuperan la sonrisa.

La realidad es bastante más cruel. La estadística nos dice que apenas regresa nadie que haya desaparecido. Es así de triste. Y ahí entra la ficción. Para hacernos soñar, viajar, imaginar y, por qué no, también reflexionar. Pero sobre todo para fantasear sobre cómo sería agarrar al hombre del saco del cuello y darle una más que merecida lección. De eso trata este libro, eso he querido transmitir.

Dicen que una buena novela negra tiene crítica social. Yo no sé si se puede sacar alguna lección de estas páginas, pero sí me gustaría echar algo de luz sobre las asociaciones de ayuda a niños desaparecidos. La más conocida es la fundación Quién Sabe Dónde (QSD Global), que realiza una labor complementaria a la policía y evita que los casos caigan en el olvido. Ellos son reales, ellos existen.

«Eres mala, muy mala, rematadamente mala.» Esta frase lleva mucho tiempo en mi cabeza y tenía que sacarla de ahí. Se la dijo la madre de Gabriel a Ana Julia Quezada, la asesina confesa de su hijo, durante el juicio celebrado en Almería en septiembre de 2019. Yo asistí para escribir unas crónicas para el diario *ABC*, donde conocí a los ahora amigos Cruz Morcillo y Manu Marlasca. Ahí, en algún momento, nació la semilla de lo que luego sería *El hombre sin rostro*.

Tengo dos hijos. Algunos pasajes me provocaron pesadillas. Hacía todo lo posible por no llegar a ellos demasiado pronto, y cuando finalmente llegaba tenía la necesidad de escribirlos deprisa para poder pasar página, nunca mejor dicho. Mientras redactaba esos párrafos también pasé por un momento personal muy delicado. Quizá por eso el libro tiene esa pátina de historia de terror de fondo. Al final no es más que una reflexión sobre la familia: hasta dónde estás dispuesto a llegar por proteger a un hijo, una esposa, un marido... Y sobre el precio de bailar en la oscuridad.

Para escribir *El hombre sin rostro* me rodeé de amigos. Necesitaba sentirme en casa, protegido, con apoyos. Roberto e Inés aparecieron por primera vez en mi novela *Un mundo peor*. También encontraréis a otros secundarios de anteriores obras, pero eso lo dejaremos como guiño

a mis lectores más fieles. Pienso que esta familia tan peculiar tiene mucho por contar, así que tal vez más adelante vuelvan a llamar a mi mente y quieran convertirse en páginas escritas.

También aparecen amigos míos reales. Gracias a Sara Segura, Daniel Bosch, José Hernández Cebo y el Tuerto Durán por dejarme convertirlos en personajes de ficción. Agradecer asimismo a Sory y Miriam por ofrecerse como lectoras cero del manuscrito.

Mezclar géneros es algo que llevo haciendo casi desde que comencé a publicar, aunque siempre prevalece la novela negra. En este caso me planteé si algo escrito hace ya doscientos años sería igual de aterrador en la actualidad. Por si acaso, le pedí ayuda a mi hermano de armas Jesús Cañadas, quien con sus consejos logró acentuar el punto de terror de esta novela. Tanto la investigación como el reportaje citados en el libro, de Manuel Beltrá Torregrosa y Mado Rodríguez respectivamente, existen y os invito a que los consultéis.

Esta historia no habría sido posible sin el apoyo sin fisuras de Pablo Álvarez, mi agente y amigo, quien me animó en los momentos más duros y creyó en el libro desde el primer día. Con guerreros así de tu lado se pueden ganar todas las batallas. Por supuesto, mi agradecimiento infinito para mi editora Anna Soldevila, que apostó por esta novela de niños ausentes y supo ver en ella el potencial que tenía. Nunca podré expresar lo feliz que soy por estar en la familia de Destino, destacando especialmente a Martina Torrades, quien con su agudeza me ayudó a pulir los últimos flecos del libro.

No quiero olvidar a aquellas personas que, aunque no hayan intervenido directamente en la realización de esta novela, sí han jugado un papel fundamental con sus consejos, charlas o apoyo. Gracias a mi familia: Soledad, Juana Mari, Raquel, Gabri, Dani, Isaac y el recién llegado Adrián. Mi vida no sería la misma sin mi Arturo y mi Candela, os quiero. A Yanira, como siempre, pues sigue presente en estas páginas. También agradecer a los aliados de siempre y a los que se han ido sumando: Rafa, Samuel, Diego, Javi, Alicia, Edgar-Max, Elena, Alberto, Sevi y Merce. Quiero destacar a Pedro Rivera, Manuel Cebrián, Juanjo Lara, Marcos Ortuño, Fernando García, Marto Pariente, César Pérez Gellida, Mariano Sánchez Soler, Leandro Pérez e Ismael Martínez Biurrun, quienes tanto me han ayudado sin yo pedirlo. Por último, un agradecimiento muy especial a mis hermanos de Campos del Río, mi segunda casa.

Y gracias, por supuesto, al maestro Victor Hugo, el más moderno de todos los clásicos. Por suerte, su obra no inspira a asesinos en serie, sino a escritores que sueñan con revivir las historias que tanto les gusta leer.

En los últimos cuatro años me he mudado siete veces. He pasado de vivir en Suecia a tener un pie en Almería y otro en Murcia. De alguna forma me siento como un vagabundo, alguien sin domicilio. Por eso necesitaba volver a mis raíces, y a Murcia le debía una novela. Han pasado casi quince libros, pero aquí está. La historia que acabas de leer transcurre íntegramente en las fronteras de la Región que me vio nacer. Pienso que el lema turístico es más que acertado: «Ven y lo entenderás». En pocos kilómetros cuadrados tenemos todo lo que puede pedir un escritor a un escenario: playa, montaña, grandes ciudades, edificios únicos y paisajes increíbles. Desde la

zona portuaria de Cartagena hasta la cuenca minera de La Unión, pasando por las fabulosas salinas de San Pedro o las pinturas rupestres de mi querida Yecla, la Región de Murcia es un lugar fabuloso donde ubicar cualquier historia. Y gastronómicamente ni os cuento. Por eso el último agradecimiento es para mi tierra, mi hogar.

Gracias, Murcia, por tanto.

CLAUDIO CERDÁN,
6 DE ENERO DE 2024

El hombre sin rostro
Claudio Cerdán

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Claudio Cerdán, 2024

Autor representado por Editabundo, S. L., Agencia Literaria

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© de las ilustraciones de la cubierta: Dmitri1ch, Nadezhda Bolotina, Kidsada Manchinda / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A. (2024)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

ISBN: 978-84-233-6528-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

